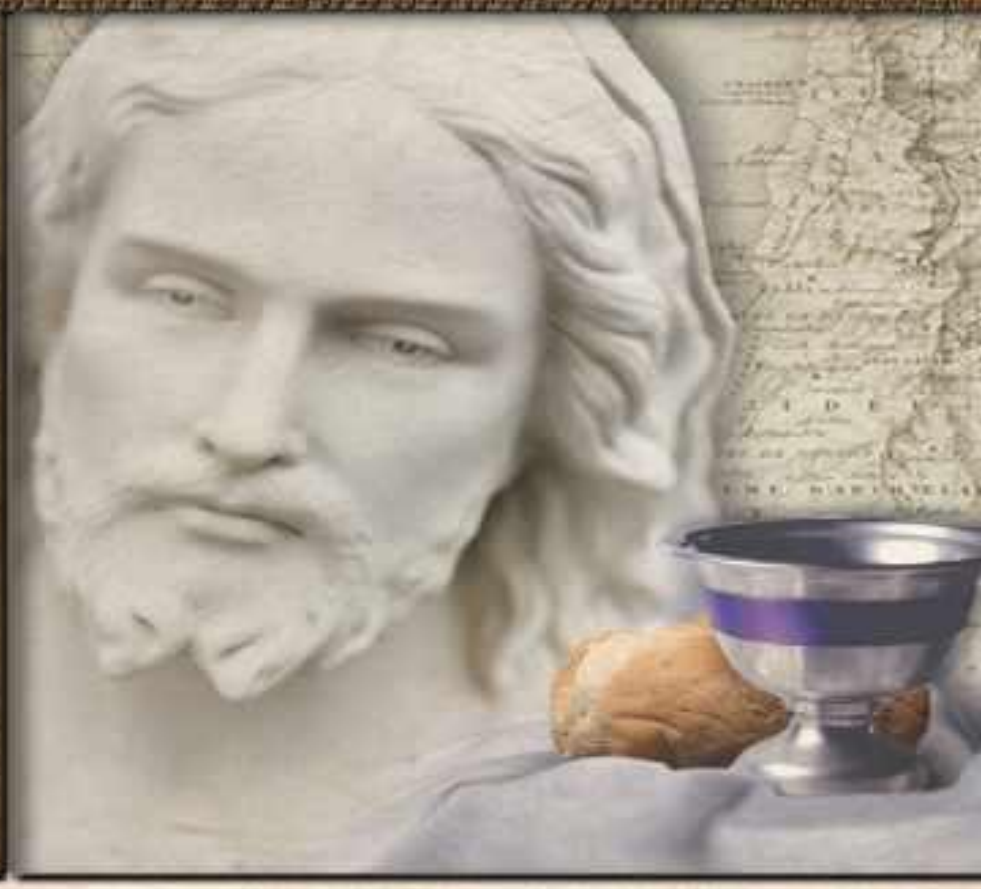
— VINE —
COMENTARIO TEMÁTICO
CRISTO

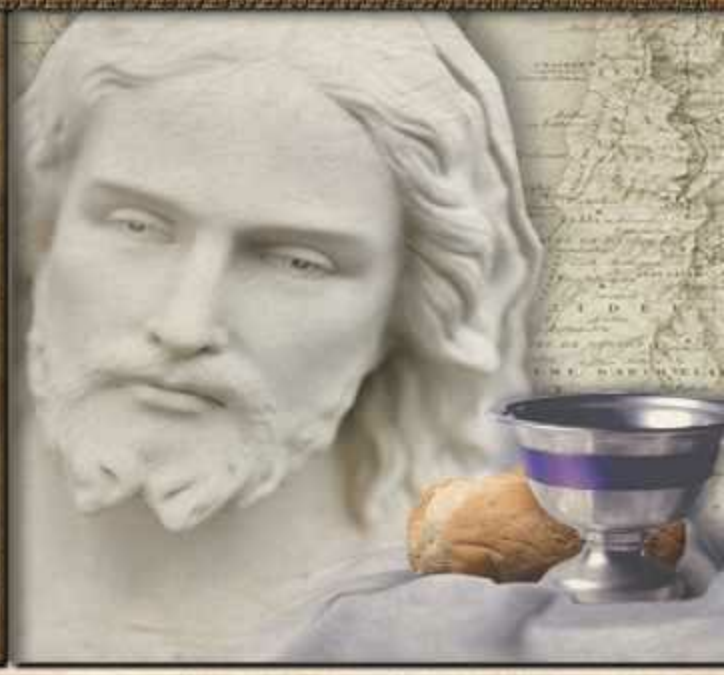
Del autor del *Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y Nuevo Testamento exhaustivo*



W.E. VINE CON C.F. HOGG

— VINE —
COMENTARIO TEMÁTICO
CRISTO

Del autor del *Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y Nuevo Testamento exhaustivo*



W.E. VINE CON C.F. HOGG

– VINE –

COMENTARIO TEMÁTICO

CRISTO

– VINE –

COMENTARIO TEMÁTICO

CRISTO

W.E. VINE CON C.F. HOGG

GRUPO NELSON
Una división de Thomas Nelson Publishers
Desde 1798

NASHVILLE DALLAS MÉXICO DF. RÍO DE JANEIRO

© 2011 por Grupo Nelson®
Publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América.
Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece completamente a
Thomas Nelson, Inc. Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson,
Inc. www.gruponelson.com

Título en inglés: *Vine's Topical Commentary: Christ*
© 2010 por W. E. Vine Copyright Ltd. de Bath, Inglaterra
Publicado por Thomas Nelson, Inc.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovado 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usados con permiso. Reina-Valera 1960 ® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las citas bíblicas son de las siguientes versiones y son usadas con permiso:

Citas bíblicas marcadas "DHH" son de La Biblia Dios Habla Hoy, 3era. Edición®,
© 1996 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usada con permiso.

Citas bíblicas marcadas "PDT" son de la Palabra de Dios para Todos © 2005 por el Centro Mundial de Traducción de la Biblia.

Editora General: *Graciela Lelli*
Traducción: *Miguel Mesías*
Adaptación del diseño al español: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

ISBN: 978-1-60255-388-0

Impreso en Estados Unidos de América

11 12 13 14 15 QGF 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Tabla de contenido

Introducción

Sección 1: La persona y obra de Cristo

- El Hijo de Dios
- Su calidad de Hijo como el enviado
- Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy
- Significado del título «el Primogénito»
- En él estaba la vida
- La calidad eterna de Hijo que Cristo tiene
- La encarnación de Nuestro Señor
- El Siervo perfecto
- La impecabilidad de Cristo
- Las glorias morales de Cristo
- El sacrificio expiatorio de Cristo
- La resurrección de Cristo
- La ascensión de Cristo
- El sumo sacerdocio de Cristo
- Cristo el Primogénito
- La expiación
- Cristo es el Señor
- La cruz de Cristo
- El sacrificio vicario de Cristo
- Redención
- El prólogo del Evangelio
- Cristo como la luz
- La necesidad del nuevo nacimiento
- Cristo como la vida
- Desbordamiento que da vida
- La resurrección y la vida
- Los que reciben la vida
- Cristo el enviado
- Testigos de Cristo
- Amor divino
- La muerte de Cristo

Sección 2: La vida de Cristo

- La selección de discípulos
- Las bodas de Caná
- La purificación del templo
- Nicodemo
- El testimonio adicional del Bautista
- La mujer de Samaria

La segunda señal
Sanidad de un hombre inválido
Los cinco mil
Cristo y los doce
La mujer sorprendida en adulterio
Ciego de nacimiento
La revivificación de Lázaro
Jesús lava los pies de los discípulos
Getsemaní
Pilato y los judíos
La muerte de Cristo
Evidencias de la resurrección
Jesús se aparece a los discípulos

Sección 3: Las enseñanzas de Cristo
El primer discurso público en el Evangelio de Juan
El segundo discurso público en el Evangelio de Juan
El tercer discurso público en el Evangelio de Juan
El cuarto discurso público en el Evangelio de Juan
El Buen Pastor
El quinto discurso público en el Evangelio de Juan
El preludio al sacrificio
El discurso en el aposento alto
La oración intercesora

Introducción

Al escribir algo sobre el tema infinitamente grandioso y sagrado de la persona y obra del Hijo de Dios, hacemos bien si vacilamos. El lugar que pisamos es tierra santa; no podemos acercarnos a él si no es descalzos, no sea que no nos contemos entre aquellos que lo han profanado mediante especulaciones erróneas y perversiones de la verdad. El temor a las numerosas masacres que se hacen de las doctrinas de la fe respecto a nuestro adorable Señor, y el mandamiento que se nos da: «que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos» (Judas 3), nos dan un acicate adicional para ocuparnos de este tema santo y así continuar el testimonio ya dado por los que se han aferrado a la verdad y la han enseñado.

—C. F. Hogg

Indudablemente, William Edwy Vine era erudito en muchos campos. Además de ser teólogo y hombre de sobresaliente intelecto académico, tenía un corazón por toda la humanidad que le hizo experto en la comunicación.

Nacido en 1873, cuando C. H. Spurgeon, D. L. Moody y F. B. Meyer disfrutaban de popularidad a ambos lados del Atlántico, Vine se crió en un internado que poseía y dirigía su padre. Este factor contribuyó de manera trascendental a su interés en la enseñanza. A los diecisiete años era maestro en la escuela de su padre mientras asistía a la Universidad College de Gales como preparación para más adelante obtener un título en la Universidad de Londres, un máster en artes clásicas.

A los veintiséis años pasó las vacaciones de Semana Santa en la casa de una pareja consagrada, el Sr. Baxendale y su esposa, donde conoció a la hija de éstos, Phoebe. Pocos años más tarde, Vine y Phoebe se casaron. Fue un matrimonio como bajado del cielo. Tuvieron cinco hijos: Elena, Cristina, Eduardo, Winifred y Jeanette. Durante su compromiso, la reputación de Vine como claro expositor bíblico iba creciendo. Poco después aceptó ser codirector de la escuela con su padre. En 1904, después de que su padre murió, su hermano Theodore llegó a ser codirector con él.

Fue durante ese tiempo, en conjunción con el Sr. C. F. Hogg, cuando produjo tres comentarios clásicos: 1 y 2 Tesalonicenses, seguido de Gálatas. Estas obras maestras exhiben el alcance pleno de la erudición de Vine.

Mientras Vine enseñaba en la escuela, preparaba sus estudios de máster y escribía comentarios profundos, también desarrolló el hábito vitalicio de enseñar clases de gramática del griego del Nuevo Testamento. Esto puso el cimiento para su obra clásica de todos los tiempos: *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, y más tarde, *Diccionario expositivo de palabras del Antiguo Testamento*. Sus diccionarios son clásicos —hay más de tres millones de ejemplares por todo el mundo—, prueba de que su erudición y claridad de expresión son tan relevantes hoy como cuando fueron publicados.

Comentarios expositivos

Vine aplica un enfoque «microscópico» a la enseñanza expositiva; enfoque en la palabra que toma en consideración toda referencia a esa palabra en la Biblia así como también a su uso en el griego contemporáneo y clásico. La exposición de Vine versículo a versículo revela una profundidad de comprensión que comentarios mucho más voluminosos no logran dar. Explica el significado de

palabras clave en cada versículo y las enlaza con el pasaje completo.

Este volumen es una recopilación de los escritos sobre Cristo hallados en la serie de cinco volúmenes *The Collected Writings of W. E. Vine* [Escritos compilados de W. E. Vine]. En algunos casos, estos artículos han sido condensados de su forma original. Los párrafos introductorios en cursivas se han añadido para ayudar al lector.

1

LA PERSONA Y OBRA DE CRISTO

El Hijo de Dios

En el Evangelio de Juan, el escritor hace énfasis en su declaración de que Jesús es tanto eterno como igual con Dios Padre. Padre e Hijo son uno y, sin embargo, distintos. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres seres separados; cada uno posee los atributos de Deidad. El que hay un solo Dios sigue siendo una doctrina esencial de la fe cristiana. Este énfasis se enfoca con más precisión en el prólogo de Juan. No solo hay asombrosos enunciados teológicos en cuanto a Jesucristo y su relación con el Padre, sino también afirmaciones muy prácticas en cuanto a sus cualidades y características, muchas de las cuales se pueden ver en el griego original, algo que usted leerá a continuación.

El Verbo eterno

«En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» (Jn 1.1). El primero de estos enunciados declara su preexistencia. Cualquiera que sea la manera en que se entienda la frase «en el principio» (probablemente se refiere a la creación del universo), el hecho primordial es que él, el Verbo, existía antes de eso. Fuera cuando fuese el principio de la creación, él ya estaba allí. No hubo principio para su ser.

El segundo enunciado declara lo distintivo de su persona. Él estaba «con Dios». La preposición no es *sun,* que significa «acompañamiento», ni *meta,* que sugiere acompañamiento con interés mutuo, sino *pros,* que expresa una actitud personal hacia y ocupación con Aquel cuya presencia se está experimentando.

El tercer enunciado proclama su Deidad, su unidad en la Deidad con Aquel a quien el segundo enunciado mencionó como Dios. Las tres declaraciones recalcan la naturaleza personal de Aquel que es el Verbo. El que esto implique la existencia de dos dioses queda refutado por este mismo Evangelio, que declara que el Padre y el Hijo son uno, y por otros pasajes bíblicos que proclaman que hay solo un Dios.[1]

Significado de las repeticiones

A estos enunciados iniciales les sigue una repetición del primero y del segundo, con énfasis en el pronombre demostrativo: «Éste» (o, más bien, «Éste uno») era en el principio con Dios». Pero, ¿por qué esta repetición? No hay repeticiones vanas en las Escrituras. A veces, un enunciado que se repite es confirmación de lo que se ha dicho; a veces también es introducción de lo que sigue de inmediato. Este es el caso aquí, porque, justo después del enunciado repetido de que el Verbo estaba en el principio con Dios, se le atribuye el origen de la existencia del Universo. «Todas las cosas por él fueron hechas».

Se reitera y amplía de nuevo: «Y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho». Esto tampoco es una simple repetición. Es una preparación para la declaración de que él es el autor de la vida: la vida, que existe en él esencialmente, es concedida por medio de él a sus criaturas. «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres». La dependencia de sus criaturas en él y para la vida descansa sobre el hecho de que en él la vida es sin origen y esencial. El orden de la vida y la luz es significativo. En la naturaleza, la vida en su plena actividad depende de la luz; la luz es la vida de la creación física animada. En los asuntos espirituales, la posición se invierte. La Vida es la luz. No recibimos vida espiritual simplemente porque Cristo es la luz. Él trae luz a nuestras tinieblas porque

él trae vida, la vida que llega a ser nuestra cuando nacemos de Dios, es decir, cuando recibimos a Cristo por fe (v. 12).

Estos temas, el Verbo, la Vida y la Luz, según se presentan en los versículos 4-13, llevan a un retorno al título «el Verbo» en el versículo 14, y a la afirmación «y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros». La Versión Revisada en inglés ha traducido correctamente «se hizo» en lugar de «fue hecho».[2] La afirmación de que él «se hizo carne» declara lo voluntario, de parte de Aquel que es el Verbo, del hecho de su encarnación. Más adelante en el Evangelio, como también en la Primera Epístola de Juan, aprendemos que este acto voluntario fue igualmente el envío por parte del Padre. Los consejos de la gracia fueron diseñados y puesto en práctica en forma mutua; esto también es cierto respecto al Espíritu Santo, cuya parte en la encarnación se declara en Mateo 1.18-20 y Lucas 1.35.

Omisión del artículo definido

El apóstol da testimonio por sí mismo y por sus colegas apóstoles de que «vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre». Hay ciertos hechos a subrayar en esta fraseología. El artículo definido está ausente en el original antes de «unigénito» y de «Padre». De acuerdo con un bien conocido principio sobre el artículo definido griego, su omisión antes de ciertas descripciones de personas u objetos sirve para recalcar el rasgo o carácter particular mencionado en esa descripción; por otro lado, la inserción del artículo definido simplemente dirige al lector a la persona u objeto como algo bien conocido, o algo que hay que reconocer. De este modo, si se hubieran usado artículos definidos aquí, el apóstol simplemente habría estado señalando (como suele ser) que las dos personas a quienes ha mencionado eran bien conocidas para sus lectores como «el unigénito» y «el Padre». Pero este no es el caso, porque está dando una descripción de la clase particular de gloria que él y sus colegas apóstoles habían visto. La naturaleza de la descripción, entonces, muestra que los artículos definidos se omitieron a propósito para recalcar las características particulares del primero como Unigénito y del otro como Padre.

El significado de «gloria»

Podemos notar aquí el significado en las Escrituras de la palabra «gloria», según se usa para Dios y Cristo. Por lo que se dice en los pasajes en donde se halla la palabra, entendemos que gloria, en este sentido, es la manifestación de características o carácter. Por ejemplo, cuando en el capítulo 2 leemos: «Este principio de señales [una señal es un milagro con un significado o mensaje] hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria», la gloria que él reveló en su obra misericordiosa en las bodas fue la expresión tanto de su poder como de su carácter.

Así pues, la gloria que los apóstoles presenciaron en Cristo era la expresión visible de lo que se indica en la relación de «un unigénito del Padre».

Es más, la Versión Revisada ha traducido con acierto la preposición «desde» y no «de». La palabra en el original es *pará,* que significa, en la construcción, «desde la presencia de», «desde con [una persona]». La misma preposición se usa en las propias palabras del Señor en 7.29: «de él procedo, y él me envió».

Esta preposición «de», junto con lo que ya se ha establecido respecto a la gloria como la del unigénito del Padre, indica que el que se hizo carne fue él mismo, en virtud de la relación previamente existente, el único y perfecto representante y manifestación del ser y carácter del Padre, desde cuya presencia vino. En otras palabras, la gloria a la que Juan se refiere fue el resplandor de una calidad de Hijo Unigénito, único y eterno.[3]

El término «unigénito»

El término «unigénito», usado en el versículo en conexión con el artículo definido, es una palabra que, con referencia a Cristo, se halla solo en los escritos del apóstol Juan, y, como hemos visto en el ejemplo anterior en el versículo 14, el término no se refiere a que su humanidad se generase. Hay otras declaraciones relativas a su calidad de Hijo que no contienen el título «unigénito» y que de hecho se refieren a su encarnación; pero ese no es el caso de *monogenés*, «unigénito». Se refiere a una relación como Hijo en el cual él está solo, coigual y eterno con el Padre, y es sin embargo distinto en personalidad como Hijo.

De nuevo, según se usa para la relación del Hijo con el Padre en los afectos ideales e íntimos incluidos en el mismo, este término se debe distinguir del de generación al aplicárselo a seres humanos. La frase «generación eterna» no halla nada que corresponda con ello en las Escrituras. No sirve para explicar la doctrina de las relaciones personales eternas en la Deidad. Las limitaciones humanas impiden una comprensión completa de lo eterno. Y, sin embargo, en su gracia, Dios ha presentado los hechos relativos a sí mismo con un léxico y expresiones que podemos entender, aunque los hechos en sí mismos están más allá del alcance del concepto humano.

El término, como es frecuente en las Escrituras, significa aquí tanto unicidad como cariño. Así, en Hebreos 11.17, el escritor, citando Génesis 22.2 de la Septuaginta, en lugar del hebreo traducible como «tu hijo, tu único hijo, el que amas, el mismo Isaac», dice que Abraham ofrecía (lit., «estaba ofreciendo») «su unigénito».

Por consiguiente, está claro que unigénito equivale en ese pasaje a «único». Ahora bien, en cuanto al parentesco en sí, Isaac no era el único hijo de Abraham. Ismael había nacido antes, pero Isaac ocupaba una relación única con Abraham y un lugar de cariño especial.

El significado de la palabra «unigénito», en un sentido totalmente aparte del de nacimiento, tiene ejemplos contundentes en dos pasajes de Salmos. En la parte del Salmo 22 que predice las expresiones del Señor en la cruz se apela: «Libra de la espada mi alma, del poder del perro mi vida». Según el hebreo y el griego, la palabra traducida como «vida» es «unigénito». Lo mismo sucede en el Salmo 35.17, cuya traducción al español dice: «Rescata mi alma de sus destrucciones, mi vida de los leones». Desde luego, no puede haber aquí una conexión con la relación natural de padre e hijo; lo que se insinúa es esa parte del ser que se menciona en la posición de precioso y único. Lo mismo ocurre con el uso del término respecto a la relación infinita y sin origen entre el Padre y el Hijo.

Además del pensamiento de unicidad y cariño, el término, cuando va junto a la palabra «Hijo», conlleva la idea de representación completa, el Hijo manifestando en plena expresión las características del Padre. Esto lo establece lo que leemos también en Juan 1.18.

En el seno del Padre

La clara implicación de la calidad preexistente de Hijo de Cristo se confirma en el versículo por la descripción del Hijo como aquel que está «en el seno del Padre». En su expresión se emplea el artículo definido con el participio presente del verbo «ser»; lit., «el [un] ser en el seno». Esta forma de redacción nos da prácticamente una descripción titular, que se debe distinguir del uso del pronombre relativo con el tiempo presente del verbo ser («quien está»). Si hubiera sido la intención del escritor indicar que el Hijo está en el presente en el seno del Padre, en contraste con un tiempo del pasado en el que no estaba en esa posición y relación, se habría usado la cláusula relativa, es decir, el pronombre relativo con el tiempo presente (i.e., *jos estí*, «quien está»). La construcción en participio (el artículo definido con el participio presente «estando») no está limitada, de este modo,

en un punto del tiempo. Aquí, la construcción conlleva una descripción eterna, expresando una condición y características de relación, esencial y no originada.

La frase «en el seno del Padre» implica la idea de afecto, y es indicativa de la intimidad y amor inefables esencialmente existentes entre el Padre y el Hijo, en la que el Hijo participa en todos los consejos del Padre y es siempre objeto de su amor.

La preposición *eis* («en») expresa algo más que la preposición similar *en*.[4]

No solo se sugiere «en» indicando la unión esencial del Hijo con el Padre, sino también la idea de su absoluta competencia para responder al amor del Padre. De ningún otro se podría decir eso. No se gana nada al traducir la preposición con «entre», como si fuera un sentido más literal.

Por tanto, el uso del artículo definido en esta construcción señala la naturaleza única y esencial tanto de la posición como de la relación de Cristo.

Así como en los versículos 1-14 las doctrinas relativas a él como el Verbo culminan en la declaración de su encarnación, «el Verbo se hizo carne», así ahora en el versículo 18, recordando la descripción de «unigénito» del versículo 14, y distinguiendo al Hijo mediante esa designación, conduce, al terminarse el prólogo, al testimonio de Juan el Bautista. Lo introduce la partícula «y» que conecta el versículo 19 con el versículo 18. Este testimonio trae ante nosotros la verdad culminante de Cristo como Cordero de Dios (v. 29).

Ilustraciones adicionales del artículo omitido

El principio de recalcar el carácter o descripción de una persona mediante la omisión del artículo, como se ejemplifica en la cláusula «un unigénito del Padre», queda bien ilustrado en ciertos pasajes de la Epístola a los Hebreos en conexión con la calidad de Hijo que posee Cristo.

Hebreos 1.1, 2

En las palabras iniciales de la epístola, «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo», la inserción de la palabra «su» en cursiva es suficiente indicación de que no hay artículo definido en el original. Así pues, el enunciado dice literalmente: «nos ha al fin de los días hablado en un Hijo». El énfasis se pone en la relación personal. Aquel en quien Dios nos ha hablado se destaca como el que está en relación con él como Hijo con Padre. En el versículo 8, en contraste, se usa el artículo: «Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo». El uso aquí del artículo definido marca al Hijo como la Persona de quien ya se ha hablado en este sentido.

El propósito del énfasis en la palabra «Hijo» en el versículo 2 no es dar la idea de que Dios nos ha hablado en uno que llegó a ser su Hijo, sino que lo ha hecho en uno cuya relación con él como Hijo existe antes de la creación y de su encarnación. Designar a Cristo como heredero fue cuestión de los consejos divinos en la eternidad.

El pasaje es en sí mismo un testimonio de la calidad de Cristo como Hijo preexistente; porque Dios no solo nos ha hablado en Aquel que es su Hijo, sino por él, «el heredero de todo», y «quien hizo el universo» (las edades). La clara implicación es que Aquel por quien Dios hizo los mundos estaba en relación con él en ese respecto como su Hijo. Si no había tal relación antes de la encarnación, parece inevitable concluir que un Dios hizo uso de otro Dios para hacer los mundos. No hay dos dioses, ni tres actuando juntos. La Deidad es monoteísta. Aquel por quien todas las cosas fueron creadas (Col 1.16) era Hijo del amor del Padre (v. 13) y uno con él en Deidad como Creador y en todos los demás atributos de la Deidad.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nunca fueron tres seres separados, poseyendo cada uno los atributos de la Deidad, siendo cada uno autoexistente y poseedor de carácter y poder similares. Que hay solo un Dios sigue siendo una doctrina esencial de la fe cristiana. Que hay tres personas distintas en la Deidad es coherente con la verdad fundamental de la unidad de la Deidad. Los mismos títulos dados en las Escrituras son evidencia de esto. Y, sin embargo, cada uno es Dios, es decir, poseedor de la Deidad, y todos subsisten juntos como un Dios. El negar la calidad eterna de Hijo que posee Cristo lo deja a uno abierto a la idea triteísta de que, en cuanto a presencia, lugar y gloria, las personas divinas estuvieron juntas, coiguales y coeternas, pero el Padre y el Hijo no estaban relacionados como Padre e Hijo. Eso conduce también a la noción errónea de que las relaciones del Padre y el Hijo pertenecen simplemente a la esfera de la revelación.

Será útil aquí citar los comentarios de Liddon sobre el uso de la palabra *personas* con referencia al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Hablando de la verdad relacionada con la Deidad, dice: «Postula la existencia en Dios de ciertas distinciones reales teniendo su base necesaria en la esencia de la Deidad. Que tales distinciones existen es un asunto de la revelación ... Estas formas distintas de ser se llaman personas. Sin embargo, ese término no puede emplearse para denotarlas sin considerable cautela intelectual. Al aplicarse a los hombres, "personas" implica la noción antecedente de una especie, que se determina por el momento y por la fuerza de la expresión, en un solo modo, incomunicable, de ser. Pero la noción de especies es totalmente inaplicable a esa Esencia Una Suprema que llamamos Dios; la misma esencia pertenece a cada una de las personas divinas. Sin embargo, no por ello hemos de suponer que la doctrina revelada propone nada más que tres variantes de la relación de Dios en sus tratos con el mundo. Por el contrario, su revelación propia tiene como base ciertas distinciones eternas en su naturaleza, que son en sí mismas totalmente anteriores a, e independientes de toda relación con la vida creada. Aparte de estas distinciones, la revelación cristiana de la paternidad eterna, de una verdadera encarnación de Dios y de una comunicación real de su Espíritu no es sino la trama infundamentada de un sueño. Estas tres distintas "subsistencias", que llamamos Padre, Hijo y Espíritu, a la vez que nos permiten comprender mejor el misterio de la vida autosuficiente y bendita de Dios antes de rodearse de seres creados, son también perfectamente compatibles con la verdad de la unidad divina. Y cuando decimos que Jesucristo es Dios, queremos decir que en el hombre Cristo Jesús la segunda de estas personas o subsistencias, una en esencia con la primera y con la tercera, se dignó llegar a encarnarse».

El artículo definido omitido en Hebreos 1.5

De nuevo, en Hebreos 1.5, en la cita «Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo», la omisión del artículo definido pone el énfasis en la relación expresada en los términos «Padre» e «Hijo». Este enunciado no es una predicción de un tiempo en que diese comienzo la relación personal. No es el principio de la relación personal lo que se tiene en mente. Lo que se establece es, primero, su carácter distinto en contraste con la no existencia, como en el caso de los ángeles; y en segundo lugar, la realización adecuada de la misma en su vida de entera obediencia a la voluntad del Padre; y no solo entonces, sino su eterna continuación después. La relación personal que había existido eternamente halló una nueva expresión en el Hijo encarnado.

Hay un amor que no tuvo principio para su relación personal. El amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre nunca hubiera sido conocido y captado en adoración por los redimidos si no hubiera sido por la encarnación del Hijo. La manifestación de la relación personal nos da para apreciar en su medida lo que el Padre es para el Hijo y lo que el Hijo es para el Padre. Entonces, en el enunciado «Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo» tenemos que se nos asegura que la relación personal iba

a realizarse en un cumplimiento eterno en las actuaciones divinas a favor del hombre y en un inefable aprecio allí de la paternidad del Padre por parte del Hijo, y de la calidad de hijo del Hijo por parte del Padre.

La palabra *juios,* «hijo», no es simplemente, ni desde luego lo es siempre, indicativo de prole; significa expresión de carácter. Leemos, por ejemplo, de «hijos de este mundo» e «hijos de luz» (Lc 16.8). Referido al Señor Jesús, el título individual «Hijo» generalmente significa, como en los pasajes que acabamos de considerar respecto a él, que participa en una subsistencia sin origen de la naturaleza del Padre, y es el revelador de su carácter. Así, le dijo a Felipe: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14.9). Está claro que lo que se tiene en mente en tal declaración no es el comienzo de la relación personal.

1. Esto mismo se aplica al Espíritu Santo. La doctrina de la unidad de la Deidad es prominente en el Antiguo Testamento, y así se mantiene en el Nuevo. El Nuevo, sin embargo, en coherencia con el progreso de la doctrina en el volumen sagrado, revela claramente la verdad de la Trinidad de personas en la unidad de la Deidad. Hace poco, un unitario hizo el siguiente comentario en una conversación con alguien que sostiene la verdad de la Trinidad en unidad: «Si lo que *nosotros* creemos es verdad, ustedes son idólatras; si lo que *ustedes* creen es verdad, no somos cristianos». Ahora bien, la doctrina de la Trinidad, entretejida como lo está en la misma trama del Nuevo Testamento, excluye el triteísmo e invalida cualquier imputación de adoración de tres dioses. Y sin embargo, negar la divinidad de Cristo es privarse del título de ser cristiano.
2. *Ginomai* nunca se debe traducir «hacer», excepto en la voz pasiva cuando el español lo exige.
3. El que de Juan el Bautista se diga que ha sido enviado «enviado de [*pará*] Dios», no contradice la idea en 1.14 de que Cristo estuvo antes de su encarnación en una relación personal, sin origen, como Hijo del Padre, y que la gloria que los apóstoles contemplaron fue la gloria de Aquel que sostenía esta relación personal. Lo que requiere consideración es tanto la fraseología contextual acerca de la gloria de Cristo en su manifestación a este respecto, y la enseñanza de las Escrituras en otras partes respecto a la relación eterna entre el Padre y el Hijo. Son totalmente distintas las circunstancias del Bautista y lo que las Escrituras enseñan sobre la persona de Cristo. Esto último excluye de antemano que forcemos la analogía basándonos en un uso similar de la preposición. De los ángeles y profetas se dice que están en la presencia de Dios y, en este sentido, Juan el Bautista fue enviado de Dios, pero la verdad relativa a Cristo como «unigénito del Padre» es diferente. *Pará* con el genitivo referido a él tiene que ver con lo que antecede a su nacimiento.
4. Etimológicamente *eis* (en realidad *ens*) era pues una palabra más comprehensiva que el simple *en.*

Su calidad de Hijo como el enviado

Jesús fue enviado por el Padre, y se le llama Hijo de Dios. Lo que sigue se centra en la relación entre Padre e Hijo —miembros coexistentes y coiguales de la divina Trinidad— según se describe en el Nuevo Testamento. La calidad de Hijo de Jesús también es un elemento esencial en nuestra comprensión de la fidelidad de Jesús.

Hay muchos pasajes que hablan de su calidad de Hijo como el que el Padre envió; esto exige nuestra contemplación, sobre todo en lo que tiene que ver con la gloria y la gracia de nuestro bendito Señor. El primero de estos pasajes en el Evangelio de Juan está en el capítulo 3, versículos 16 y 17: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él». Ni este pasaje bíblico ni ningún otro dicen que fue el Hijo de Dios en su condición humana el que fue dado y enviado. Este enunciado no significa que el envío al mundo tuvo lugar después de su nacimiento y de haber llegado a ser un hombre maduro. Tanto el dar como el enviar fueron desde el cielo. La grandeza del amor de Dios al dar y enviar se mide en términos de la relación personal preexistente expresada en el título «unigénito».

El hecho de que el Señor estuviera en presencia de Nicodemo cuando dijo esto de sí mismo no sustenta la idea de que el envío al mundo fuera posterior a su nacimiento. Tampoco el hecho de que Juan el Bautista empezara su carrera pública como hombre enviado de Dios da lugar a una analogía para el envío de Cristo de la misma manera. Juan no tenía existencia antecedente; Cristo era preexistente en la eternidad.

Tampoco el hecho de que Cristo viniera como mediador provee argumento en contra de su calidad preexistente de Hijo. Su relación, como Hijo, con el Padre no es contingente con respecto a su obra mediadora. Por el contrario, como veremos en Colosenses 1.15, 18, sus actos mediadores, respecto tanto a la creación como a la redención, fueron consecuentes con su ya existente calidad de Hijo.

«Santificó y envió»

En su controversia con los judíos, el Señor habló de sí mismo como el «que el Padre santificó y envió al mundo» (Jn 10.36). El orden es significativo, y es suficiente para mostrar, cuando se toma con otros pasajes bíblicos, que el envío fue del cielo a la tierra. El orden es «santificó y envió», y no «envío y santificó». La santificación, es decir, el apartar para el propósito, no fue una cuestión de tiempo. Antes de la fundación del mundo estaba en los consejos de Dios que el Hijo fuera apartado para su misión de gracia redentora.

El testimonio de 1 Juan 4.9-10 respecto al amor de Dios por nosotros solo se puede entender correctamente de la misma manera: «En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados». El amor del Padre por el Hijo, implícito en el término «unigénito», fue un amor del cual el Hijo mismo, al dirigirse al Padre como Padre, dice: «me has amado desde antes de la fundación del mundo» (Jn 17.24). Si no había ese amor preexistente entre el Padre y el Hijo, ¿cuál puede haber sido la relación personal en la cual se ejerció? No basta que las personas divinas fueran coiguales y coeternas. Dios no envió a alguien que fuera únicamente Dios.

Gloria preexistente con el Padre

El amor incluido en la relación personal antes de la encarnación señala que el envío no tiene lugar surgiendo de la vida pública después de que Cristo hubiera crecido, sino de la gloria de la cual dice: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese» (17.5). Tales palabras son con certeza un testimonio en contra de una interpretación de que la gloria que tuvo era con uno que con el tiempo llegó a ser su Padre cuando él nació. Es verdad que no podemos definir esa gloria, pero podemos aceptar la verdad de la existencia eterna de la relación personal y el amor eterno que incluye. El hecho de recibir honor y gloria del Padre en los días de su carne excluye la posibilidad de testimonio al contrario. Así que, insistimos, la declaración del apóstol, «Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo» (1 Jn 4.14), no quiere decir que, habiendo llegado a ser el Padre, envió al que había llegado a ser su Hijo para que fuera el Salvador del mundo.

Su condición de Hijo, esencial en su divinidad

Es evidente, por la oración del Señor que se registra en Juan 17, que su relación como Hijo con el Padre subsiste esencialmente en su personalidad divina. Su calidad de Hijo, por consiguiente, debe haber subsistido en la Deidad eterna, e inmutable también, porque un cambio en la Deidad es imposible.

La relación preexistente se expresa en las palabras del Señor en Juan 16.28: «Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre». El curso doble, tanto al venir como al volver, es claro. Su retorno al Padre fue en el orden inverso del procedimiento de su venida. Él vino del cielo al mundo; volvió del mundo al cielo. Habla de Aquel de quien vino como «el Padre», no en el sentido de que salió de uno que luego llegó a ser su Padre en su nacimiento, sino de uno que era el Padre cuando él vino. Tampoco pueden sus declaraciones querer decir que su venida al mundo fue una entrada a la vida pública, al llegar a su edad adulta, después de que Dios había llegado a ser su Padre. Su salida del mundo, mediante su exaltación a la diestra del Padre, era una antítesis directa de la humillación que asumió cuando, viniendo de la gloria que había tenido con el Padre, se humilló a sí mismo y se encarnó.

Una analogía respecto al Espíritu Santo (Gá 4.4-6)

La palabra «enviar» se usa tanto para el Hijo como para el Espíritu Santo en Gálatas 4.4-6: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.
Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!».

El uso de la palabra «envió» con referencia al Espíritu Santo arroja luz sobre la significación de la palabra al usarse en referencia al envío del Hijo por el Padre. El Señor dijo que el Padre enviaría al Espíritu Santo, y que él mismo lo haría de la misma manera. Él no era el Espíritu Santo porque fuera enviado; no llegó a ser Espíritu Santo en ocasión de su misión. Así tampoco Cristo llegó a ser Hijo al ser enviado por el Padre.

La analogía, entonces, confirma la calidad preexistente de Hijo que posee Cristo. Pero no solo eso, sino que el mismo título «el Espíritu de su Hijo» expresa la relación esencial y característica del Espíritu Santo respecto al Hijo en razón de la cual él produce el espíritu de calidad de hijos en nosotros.

Incluso gramaticalmente, la declaración no se puede leer como si quisiera decir que «Dios envió a

su Hijo, habiendo nacido de una mujer». La construcción en el original va en contra de tal interpretación. La construcción es precisamente la misma que, por ejemplo, en Filipenses 2.8, donde «haciéndose» traduce la misma palabra que aquí se traduce «nacido» (*ginomai*), siendo la misma la forma del verbo. La declaración «se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte», no podía querer decir que él se humilló a sí mismo habiendo llegado a ser obediente hasta la muerte. Por el contrario, su humillación propia se expresó en su acción de llegar a ser obediente. La forma particular del verbo que se traduce «haciéndose» significa el modo de la humillación.

Así, el versículo precedente, donde la misma palabra se traduce «hecho», establece el modo de su despojamiento: «Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres». No se despojó después de tomar la forma de siervo y llegar a ser semejante a los hombres. Estos actos especifican cómo tuvo efecto su despojarse.[1]

La construcción, entonces, arroja luz sobre el enunciado de Gálatas 4.4. La cláusula «nacido de mujer» particulariza el hecho, no el antecedente, del envío. No fue enviado después de su nacimiento. El envío tuvo su efecto en su nacimiento. El que fue enviado ya era Hijo del Padre. Fue y es el Hijo, no debido a que empezó a derivar esta relación personal del Padre en su encarnación, sino debido a que siempre fue, en esa relación personal, la expresión de lo que el Padre es, como confirma su propia declaración: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14.9).

Relación personal no determinada por la revelación

El hecho de que nombres tales como «el Hijo», «el Hijo de Dios», no fueron dados sino hasta el Nuevo Testamento de ninguna manera sirve para refutar la relación personal preexistente. ¿Acaso Jehová, por ejemplo, no existió como Jehová antes de que el título fuera revelado al hombre? ¿Fue Dios «Dios todopoderoso» simplemente desde el momento en que se dio a conocer por este título? ¿Acaso su existencia como Padre empezó simplemente desde el momento cuando ese título fue revelado al hombre? Ni en sueños. La existencia de los atributos y carácter de Dios, y la relación del Hijo con el Padre, no dependían de su revelación al hombre. Ciertamente, gracias a que Dios se ha dado a conocer como Padre, y ha provisto los medios por los cuales podemos llegar a ser sus hijos, es por lo que podemos considerarle en esa relación personal y podemos por gracia dirigirnos a él así. Pero el hecho no nos da ninguna base para la suposición de que él no era el Padre sino hasta que se dio a conocer en esa relación personal. Tampoco debemos suponer que Cristo fue Hijo solo cuando se reveló como Hijo, así como tampoco que Dios fue Dios solo cuando se dio a conocer como tal. Los hechos de la Deidad no son contingentes al conocimiento humano. Considerar la relación personal de paternidad y de calidad de Hijo como contingentes a la revelación de las personas de la Deidad a las criaturas es concebir el asunto en el orden inverso al que se revela en las Escrituras. La relación eterna del Padre y el Hijo era enteramente compatible con la igualdad de las personas en la Deidad. Era compatible, también, con el hecho de que Dios, como Dios, es invisible, y con la verdad de lo inescrutable de la Deidad como tal.

Subordinación no inferioridad

Se suscita la cuestión de si la posición de sujeción que Cristo tuvo en su vida de perfecta obediencia al Padre incluía su inferioridad en la relación personal divina. Ahora bien, incluso en las relaciones personales terrenales, la calidad de hijo no necesariamente incluye inferioridad. Cuando un hijo crece hasta la edad adulta y asume responsabilidades que anteriormente le pertenecían a su padre, con frecuencia está en una posición de igualdad con su padre. Salomón era rey de Israel mientras su padre David todavía vivía. Si esto puede ser así en las relaciones personales humanas, ¿cuánto más

en las relaciones en la Deidad? Cristo se hizo subordinado en su encarnación con el propósito de cumplir la voluntad del Padre, y en gracia divina hacia el hombre, pero su subordinación no suponía su inferioridad, como Hijo de Dios. Al hacerse hombre no abrogó sus atributos de Deidad. En su nacimiento, y sin intermedio, se mantuvo su Deidad.

En consecuencia, dijo: «Yo y el Padre uno somos» (Jn 10.30), y ordenó que todos debían honrar al Hijo «como honran al Padre», declarando de la misma manera que «El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió» (5.23).

Si en los asuntos humanos el envío de una persona pudiera significar autoridad de parte del que envía e inferioridad de parte del que es enviado, no tendríamos justificación para señalar la idoneidad de la analogía en el caso de las personas divinas. Porque sigue siendo verdad que, en absoluta Deidad, el Hijo, como tal, fue enviado por el Padre, como tal, al mundo, sin ningún cambio en la igualdad de las personas, así como en la divinidad. El hecho de la igualdad eterna no hace que la relación personal, y lo que incluye el envío, sea incompatible con la continua igualdad, respecto a divinidad.

Lo mismo se puede afirmar del Espíritu Santo. En la Deidad siempre fue y siempre permaneció en igualdad con el Padre y con el Hijo, y sin embargo el Espíritu Santo fue enviado en Pentecostés tanto por el Padre como por el Hijo (Jn 14.26; 15.26; 16.7). El envío no incluyó inferioridad en su caso. Por consiguiente, respecto a las personas de la Deidad, el término «enviar» no implica una posición relativa tal que sea inconsistente con la igualdad en divinidad.

La nueva condición en que Cristo entró al hacerse hombre fue, en verdad, de subordinación (Heb 2.9; 5.8; 1 Co 15.27). Por eso dijo: «el Padre mayor es que yo» (Jn 14.28). Podemos comparar con este enunciado sus palabras respecto a sus ovejas: «Mi Padre que me las dio, es mayor que todos» (Jn 10.29). El contexto de cada pasaje muestra que hay una diferencia. El enunciado de 10.29 no es relativo al Hijo como encarnado, sino que es absoluto; porque él dice que las ovejas están tan seguras en su mano como en la de su Padre (v. 28), y procede a decir: «Yo y el Padre uno somos» (v. 30). En 14.28, sin embargo, el contexto apunta a la declaración «el Padre mayor es que yo», como relacionada con el Hijo en tanto que encarnado. Aquí el Señor tiene en mente su retorno al Padre. Él iba a entrar entonces en la gloria que no había tenido en los días de su carne. Está considerando su retorno a la luz de la compleción de aquello que había venido a hacer en su carácter de Siervo, y en cumplimiento de la voluntad del Padre. Su subordinación en los días de su carne, por consiguiente, no incluye inferioridad.

1. La construcción es de participio aoristo seguido de un predicado principal en pasado. El participio pasado aoristo (o indefinido) en tal construcción no marca un evento que tuvo lugar antes de lo que expresa el verbo precedente; sirve para especifi car el modo de la acción que señala tal predicado.

Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy

Salmo 2.7 se cita tres veces en el Nuevo Testamento. Esta referencia del Antiguo Testamento es ilustrativa de la encarnación de Jesús, pero también de su sacerdocio. Empezando en los Salmos, podemos rastrear la calidad de Hijo de Cristo en lo que tiene que ver con su papel como sacerdote según el orden de Melquisedec.

Salmo 2.7 y sus citas

La primera cita: Hechos 13.33

La declaración «Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy», citada en Hechos 13.33; Hebreos 1.5, y 5.5, a partir del Salmo 2.7, indica una acción distinta realizada en un momento dado. En cuanto a la ocasión a que se refiere, la insinúa el contexto tanto en Hechos 13 como en Hebreos 1. En Hechos 13, Pablo está hablando a los hombres de Israel en la sinagoga de Antioquía de Pisidia; al narrar brevemente la historia del pueblo, habla de David como alguien que había sido «levantado» para ser rey (v. 22). Obviamente, aquí no se tiene en mente ninguna resurrección de los muertos, sino criar a una persona desde el nacimiento y la niñez hasta la edad adulta, para ocupar un cargo particular en la nación. En el mismo sentido, Moisés había hablado de Cristo como sigue: «El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí». Esto lo cita el apóstol Pedro al hablarle al pueblo en el pórtico de Salomón (Hch 3.22) y Esteban cuando se dirige al concilio (7.37). Esta profecía recibió su cumplimiento en tanto que Cristo fue criado como profeta en la nación como resultado de su encarnación. Ese ministerio él lo cumplió en los días de su carne.

En Hechos 13.32-33, el apóstol Pablo habla de la misma manera en la sinagoga de Antioquía respecto a Cristo. Él dice: «Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús» (v. 33). Es decir, Dios le resucitó en medio de la nación en el mismo sentido que en los otros pasajes que se acaban de señalar. La expresión «de nuevo» en la Versión Autorizada en inglés no tiene ninguna correspondencia en el original. La traducción de la Versión Autorizada añadió la expresión «de nuevo» a manera de interpretación. La referencia en este versículo (a diferencia del siguiente) no es a la resurrección, sino lo que ya se ha dicho. En el versículo 34, el enunciado adicional de su resurrección se hace con énfasis: «Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: Os daré las misericordias fieles de David». El hecho de que había sido levantado de los muertos está de este modo en contraste enfático con, y como contraparte de, lo que se dijo en el versículo 33 en cuanto a que fue levantado en la nación. Se coloca el énfasis mediante la adición de las palabras «de los muertos».

Ahora bien, en el versículo 33, la declaración de levantar a Jesús en medio de la nación se confirma por la cita del Salmo 2: «Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy». En consecuencia, la referencia de esta cita sería a su encarnación. El orden es significativo: su encarnación en el versículo 33, su resurrección de los muertos en el versículo 34. En estos dos aspectos, el apóstol dice que Dios ha cumplido su promesa hecha a los padres y también ha dado las misericordias seguras de David.

La segunda cita: Hebreos 1.5

Que la declaración «Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy» se refiere a la encarnación lo confirman la cita de Hebreos 1.5 y su relación con el versículo 6. La cláusula: «Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo» mira a la segunda venida (véase Heb 5, en relación con el tema de Cristo como el Primogénito). Ese evento, todavía futuro, se pone en contraste con el nacimiento de Cristo, su primera venida. Fue entonces cuando Dios trajo a su Primogénito al mundo por primera vez. En consecuencia, a esto, es a lo que se refiere la cita del versículo precedente: «Mi Hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy».

Lo que se dice respecto a la encarnación en esta declaración se puede ver correctamente solo a la luz de la relación personal existente y eterna del Padre y el Hijo. Esta relación personal preexistente halló expresión en ese acto de gracia por el cual el Hijo se hizo hombre mediante la operación del Espíritu Santo de acuerdo a los consejos del Dios triuno.

Que el Señor Jesús fue el Hijo de Dios en esa fase especial de su existencia en la que «particip[ó] de carne y sangre» (Heb 2.14), nacido de la virgen María, no implica que no haya existido en relación personal como Hijo con el Padre. Ese acto, realizado con los propósitos de redención en mente, lo efectuaron, además del Espíritu Santo, aquellos que tenían una relación mutua, sin origen, y naturaleza divina como Padre e Hijo. La declaración «Mi hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy» se pronunció en vista del hecho de que ahora, en el esquema de la redención, el que era el Hijo se había encarnado, combinando en sí mismo la humanidad y la divinidad.

Su encarnación constituyó una fase nueva y distinta en la existencia de Aquel que, siendo persona, sin origen, en la Deidad, fue antes «el unigénito en el seno del Padre». Esa relación personal preexistente no hace sino aumentar la gloria de la gracia de su encarnación. Suya había sido la gloria eterna que había tenido con el Padre, y era suya ahora la gloria adicional de esa gracia misericordiosa por la cual se rebajó para hacerse hombre. La misma infinitud de su persona en relación con el Padre impide deducir que su calidad de Hijo empezara en el momento en que el Padre, en vista de lo que tuvo lugar en Belén, dijo: «Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy».

La tercera cita: Hebreos 5.5

La tercera cita se da en conexión con el sumo sacerdocio de Cristo, que forma el tema central de la epístola. Se presenta al principio del capítulo 3 y prosigue desde el versículo 14 del capítulo 4 y al capítulo 5, y desde el capítulo 7 hasta el 10. En los capítulos 5 y 7 hay dos puntos que se destacan de manera prominente en la presentación de lo perfectamente apropiado que fue el Señor Jesucristo para su ministerio sumosacerdotal. El uno tiene que ver con su encarnación, su experiencia en los días de su carne, su muerte, resurrección y exaltación. El otro tiene que ver con el carácter eterno de su calidad de Hijo.

Respecto al primero, y con vista a ampliar el carácter del sacerdocio de Cristo, el escritor muestra cómo él cumplió todo lo que se predijo respecto a él en el sacerdocio levítico (cap. 5.1-4). Dos cualificaciones marcaban al sumo sacerdote antiguo: era tomado de entre los hombres y era nombrado por Dios para el hombre (v. 1). Esto se cumplió en la persona del Señor Jesucristo. Se hizo hombre, y Dios Padre lo nombró: «Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy» (vv. 4, 5). El pasaje recalca el hecho de su humanidad, los días de su carne, su fuerte clamor y lágrimas, su perfecta obediencia como Hijo y sus sufrimientos. Su muerte sacrificial fue el cimiento sobre el cual él cumple perfectamente su oficio como sumo sacerdote.

El carácter de Melquisedec de su sacerdocio

Pero se añade además que su sacerdocio no es según el orden aarónico, sino según el orden de Melquisedec (vv. 6-10). Este tema se extiende al final del capítulo 6 y al principio del 7.

Ahora bien, su eterna calidad de Hijo se insinúa en conexión con el hecho de que su sumo sacerdocio es de Melquisedec. Porque Melquisedec fue «hecho semejante al Hijo de Dios» en esto: que se nos presenta en el registro de Génesis «sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida» (Heb 7.3). Si la calidad de Hijo que posee el Señor empezó en su encarnación, entonces la analogía falla respecto a que él tuvo principio de días en su nacimiento. Es significativo que en esta comparación se le llama «el Hijo de Dios», porque justo antes, en 6.20, se le llama simplemente «Jesús», y al principio del capítulo, «Cristo». El título «Hijo de Dios» se escoge a propósito a fin de que, estando presente esta relación personal, él pueda, al no haber tenido principio de días ni fin de vida, cumplir la analogía con Melquisedec. La misma gloria del sumo sacerdocio de Cristo reside en esto, en que él está en su relación personal como Hijo de Dios, y que a este respecto no tiene ni principio de días ni fin de vida. Era obligación de los sacerdotes aarónicos declarar su genealogía, pero Melquisedec está ante nosotros en la narración de Génesis no solo con la ausencia de estos detalles, sino también sin mención de ningún padre humano, y en esto también es semejante al Hijo de Dios.

Así pues, en esta relación personal divina con el Padre, Cristo no tiene ni principio de días ni fin de vida. Esto está en agudo contraste con el período que se menciona como «los días de su carne» (5.7), que empezaron con su nacimiento y terminaron con su muerte. Pero no es así con su calidad de Hijo, y en este sentido es una característica significativa del Evangelio de Juan no darnos el registro de su nacimiento, con objeto de presentarle como Hijo de Dios.

De este modo, las perfecciones de nuestro Sumo Sacerdote están, entre otros aspectos, en que él poseyó tanto divinidad como humanidad. Su divinidad se establece en la Epístola a los Hebreos, así como también en otros pasajes bíblicos, sobre la base de que él era Hijo de Dios, no simplemente en el tiempo, sino también en el pasado eterno; su humanidad se establece en que, siendo ya Hijo del Padre, se hizo hombre por un acto de gracia, «nacido de mujer» por operación divina. Esta magnífica condescendencia recibió la declaración divina: «Tú eres mi hijo, Yo te he engendrado hoy».

Es cierto que la palabra «eterna» no se usa en las Escrituras en conexión con la calidad de Hijo de Cristo, pero eso no es prueba de que no existiera la relación personal en el pasado eterno. La expresión que avala la enseñanza general de las Escrituras es sólida, y las Escrituras dan abundante evidencia de que la relación personal era eterna.

Significado del título «el Primogénito»

A Jesús no se le llama solo el Hijo Unigénito de Dios; también se le menciona como el Primogénito de toda la creación. Aquí exploramos el significado bíblico de ser «Primogénito» y miramos con detalle cinco pasajes diferentes en los que aparece el término. Al examinar este título adquirimos una mayor comprensión de la relación de Jesús con el Padre, su prioridad, su poder creador y su posición sobre toda la creación.

1. El Primogénito con referencia a la creación

Hay un pasaje significativo que, como el capítulo 1 del Evangelio de Juan, habla tanto de su calidad de Creador como de su relación personal con el Padre, y enseña claramente que él le dio a la creación su ser en virtud de su calidad preexistente de Hijo. Se trata de Colosenses 1.15, 16, donde se describe a Cristo en estos término: «Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación».[1]

Es necesario considerar primero el carácter objetivo de la frase «de toda la creación». Decimos «objetivo» en contraste con «subjetivo», como si fuera él mismo el sujeto del poder creativo, y así se lo catalogara con la creación; por el contrario, la construcción es claramente objetiva, significando que el universo le debe su existencia a él como su Creador. Esto lo confirma el contexto subsiguiente, que declara que «en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades». En consecuencia, catalogarlo con la creación es implicar que él mismo fue creado, lo que es un absurdo. La frase quiere decir, entonces, que como Primogénito él fue el productor de la creación.[2]

Podemos notar, de paso, las tres preposiciones del versículo 16. La Versión Reina Valera las traduce correctamente: «Porque en él fueron creadas todas las cosas ... todo fue creado por medio de él y para él». La primera preposición, «en», significa que él personalmente fue el centro de los consejos divinos respecto a la creación antes de que esta tuviera en realidad existencia, tal como un diseño arquitectónico existe en la mente de arquitecto antes de que se construya el edificio en sí. La segunda fórmula preposicional, «por medio de», le señala a él mismo como instrumento al llevar la creación a la existencia. La tercera, «para», significa que él es el objeto para cuya gloria el universo ha sido llevado a la existencia.

El término «Primogénito»

El término «primogénito», aunque a veces aparece en las Escrituras en su sentido literal, se usa frecuentemente sin referencia a la primogenitura, para indicar preeminencia. Esto está claro, por ejemplo, en cuanto a la ley mosaica en Deuteronomio 21.16, que decretó que el hombre que tenía dos esposas, una amada y otra aborrecida, y a quien ambas le habían dado hijos, al dividir su herencia entre sus hijos, «no podrá dar el derecho de primogenitura al hijo de la amada con preferencia al hijo de la aborrecida, que es el primogénito». Claramente, el término se usa para indicar una posición de preeminencia o de cabeza sobre los demás. A veces, en efecto, la palabra se usa sin referencia ninguna al nacimiento natural. Así, Dios le dice al faraón: «Israel es mi hijo, mi primogénito» (Éx 4.22). Otra vez, en Jeremías 31.9, habla de la misma manera de Efraín: «Porque soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito».

Ahora bien, aunque el término involucra en efecto las relaciones personales de paternidad y de hijo, los pasajes de Éxodo y Jeremías bastan para ilustrar el hecho de que, en cuanto al Señor Jesucristo, el título no se refiere a ningún comienzo de su relación personal con el Padre. Por el contrario, se usa para significar su prioridad y su preeminencia sobre todos los seres creados. Le caracteriza como el patrón ideal al cual ellos deben ajustarse por diseño.

El primogénito de toda creación

La forma de expresión ilustrada por la frase «primogénito de toda creación» se usaba con frecuencia para distinguir a una persona de otras declarando que estaba antes de las demás en el tiempo y era superior a las otras en posición. Por ejemplo, la traducción literal de las palabras de Juan el Bautista en Juan 1.15, 30, es: «Él es el primero de mí». Ahora bien, Juan combate expresamente la idea de que él mismo fuera el Cristo, y desde luego la frase que usó no cataloga a Cristo con el orden de seres a los cuales él mismo pertenecía. Así, el historiador griego Jenofonte habla de cierta guerra como «la más notable de las guerras previamente libradas». El «de» claramente implica distinción, no asociación; porque una guerra no es en sí misma de un número de las que se libraron antes de ella. En la literatura inglesa, también, este uso distintivo de la palabra «de» puede ilustrarse por el verso de Milton: «Adán, el hombre más santo de los hombres nacidos desde entonces». Adán no fue uno de los hombres nacidos después de él, así que el «de» se usa en el sentido de distinción, no de identificación.

De igual manera, Cristo, como el Primogénito, es distinto y anterior a todos los seres creados, y la frase caracteriza su superioridad sobre ellos como su Creador. En la frase «el primogénito de toda creación», sin embargo, la importancia especial no está en solo su prioridad a, y preeminencia sobre, la creación, sino en su relación con el Padre mientras que actúa como Creador.

En este versículo debe excluirse de la frase la prioridad meramente temporal. La idea dominante es su calidad de cabeza, pero de nuevo esto no es sino la esencial, y por consiguiente sin origen, relación personal con el Padre. La frase, y de hecho el pasaje mismo, muestra que en la creación del universo Cristo actuó no solo en virtud de su deidad, sino como el Hijo que realiza la obra para gloria del Padre. El término «primogénito» combina de manera hermosa, como ningún otro término lo haría, los dos asuntos: el de su relación personal con el Padre y el de su calidad de cabeza sobre la creación. No se habla aquí de su resurrección, porque no fue en su resurrección cuando él llegó a ser primogénito. Tampoco la creación natural le debe su existencia a él en virtud de su futura resurrección de los muertos.

Los cinco pasajes vistos cronológicamente

Con el término «primogénito» usado de esta manera en Colosenses 1.15, podemos conectar los otros cuatro lugares en los que se usa para Cristo. Los tomaremos de acuerdo al orden cronológico de los eventos conectados con el título. El primero tiene que ver, como hemos señalado, con su obra como Creador. El segundo y el tercero hacen referencia a su muerte y su resurrección. El cuarto está relacionado con su posición entre sus santos en su futuro estado glorificado; el quinto, con la manifestación de su persona y gloria en su Segunda Venida.

2. El término «primogénito» en conexión con su resurrección: (Primer aspecto) Colosenses 1.18

En el versículo 18 del capítulo 1 de Colosenses, a Cristo se le llama «el primogénito de entre los muertos». Mientras que el versículo 15 habla de su poder y calidad de cabeza respecto a la creación

natural, este versículo dice de él lo mismo respecto a lo espiritual: «y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia». Esto no implica que Cristo entrara en esta relación con el Padre en su nacimiento o en su resurrección. Tal como sucede con respecto a la creación, así era su prioridad en la resurrección. A diferencia de otros vueltos a la vida previamente, él fue resucitado para no morir más.

El que él es el primogénito de los muertos no implica que él fue el primogénito debido a que había sido resucitado de los muertos. Lo que se indica en la frase es el hecho de que, si él no hubiera resucitado de los muertos, ningún otro pudiera haber tenido resurrección, y la iglesia jamás podía haber sido hecha existir. De nuevo, como hemos visto respecto a la creación natural, el término combina la idea doble de su relación personal no originada con el Padre y su calidad de Cabeza sobre la creación espiritual.

«El principio»

Además, en relación con sus santos, como primogénito de los muertos se le llama aquí «el principio». En su resurrección yace la fuente y potencialidad de la vida espiritual de ellos; su resurrección es la promesa y garantía de la de ellos. El que él sea el primogénito respecto a ellos no es cuestión de primogenitura, sino de superioridad, y de que es cabeza sobre ellos, para que «en todo tenga la preeminencia». En relación con la iglesia, él es la fuente y creador de la vida espiritual de los santos que forman su cuerpo. Como cabeza, él los gobierna, guía, une y sostiene; él es la fuente principal de la energía y el poder de la actividad de ellos.

Con referencia a la nueva criatura, el Señor habla de sí mismo como «el principio de la creación de Dios» cuando se dirige a la iglesia de Laodicea (Ap 3.14). Como ya se observó en cuanto al sentido objetivo de la frase, él mismo no está incluido en lo creado. Pero, siendo nombrado divinamente en los consejos del Dios triuno como Cabeza sobre todas las cosas en la nueva creación, él mismo da a conocer el carácter de su gloria como algo que es de Dios. «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es [o, como lo dicen otras versiones, «hay una nueva creación»] ... Y todo esto proviene de Dios» (2 Co 5.17, 18). El lugar que la iglesia ocupa se lo debe a Cristo, que es la fuente de ella y quien también le da su verdadero carácter.

3. El segundo aspecto de su resurrección: Apocalipsis 1.5

Este pasaje habla otra vez de él como el primogénito en relación con su muerte y resurrección. Aquí se le llama «el primogénito de los muertos». No hay preposición en el original, de acuerdo con los mejores manuscritos, en contraste con Colosenses 1.18, donde se usa la preposición *ek*, «fuera de». Aquí, como allí, el término no lleva el sentido de primogenitura, sino de prioridad, superioridad y calidad de cabeza, en virtud de su relación personal con el Padre. La diferencia entre los dos pasajes es que la frase de Apocalipsis 1.5 pone un énfasis especial en el hecho de que Cristo *estuvo* muerto (cp. v. 18), en tanto que Colosenses 1.18 enfatiza el hecho de que se levantó de *entre* los muertos. Así como en Colosenses 1.15, donde el término «primogénito» se usa objetivamente para denotar que la creación le debe su existencia a él y se mantiene bajo su poder soberano, así aquí el hecho de que los santos van a ser resucitados de los muertos se debe a su resurrección. Gracias a su resurrección, a sus santos se les llama «la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos» (Heb 12.23); porque la de ellos es una posición de relación personal con el Padre y el Hijo y de preeminencia respecto a otros.

Los primogénitos de Israel eran los representantes de todo el pueblo como nación apartada por

Dios para sí mismo. Israel se describe de modo similar como «mi hijo, mi primogénito» (Éx 4.22; Jer 31.9). En cada caso, el pensamiento es el de preeminencia en relación personal con Dios. Respecto a Israel, otras naciones han de ser traídas al divino favor de aquí en adelante gracias a la relación personal que Dios estableció entre sí mismo y su pueblo escogido. En este sentido, ellos son su primogénito.

Podemos comparar el término «primicias», que significa una posición especial como resultado del favor de Dios y sus acciones de gracia. Dos palabras hebreas se traducen de este modo, una con el significado de «la parte principal» (Nm 18.12; Pr 3.9, etc.); y la otra con el de «la parte que madura más temprano de la cosecha o del árbol» (Éx 23.16; Neh 10.35, etc.); se hallan juntas en Éxodo 23.19, etc.: «Las primicias de los primeros frutos».

Así como toda la tierra de Canaán fue consagrada a Dios mediante la consagración de las primicias, así a toda la nación de Israel se la reconocía como perteneciente a Dios al apartar al primogénito (Éx 13.12-16). Después, la tribu de Leví sustituyó al primogénito de las familias, para ministrar al Señor (Nm 3.12, 45-50).

Así, la iglesia es posesión especial de Dios. No es solo su posesión, sino que, puesto que es «la congregación de los primogénitos», ellos son, en su relación personal especial, una muestra de que todo lo demás le pertenece a él. Su unión con Cristo en su vida de resurrección les otorga esta distinción sobre los demás miembros de la raza humana. El título los identifica de inmediato con Cristo mismo. Todos los demás que son traídos al divino favor se ven en este término. Así como Cristo, como «las Primicias», es la garantía y promesa de la resurrección futura de los santos, así los creyentes, «un tipo de primicias», son la garantía y promesa de la futura restauración de la creación.

4. Su posición entre los santos glorificados: Romanos 8.29

«Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos». Esto señala a la consumación de los consejos divinos en Cristo, cuando, con cuerpos conformados a su cuerpo de gloria, los santos serán completamente semejantes a él: «Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó» (v. 30). Este tiempo pasado es prospectivo, presentándose al evento futuro como realizado, en línea con los enunciados precedentes. El que se hable de Cristo como «el primogénito entre muchos hermanos» indica que él es el modelo, el tipo, al cual ellos han de conformarse en una relación personal en la cual, puesto que él es el unigénito, está en prioridad y superioridad a ellos, y, siendo el Primogénito, está en su posición glorificada como preeminente sobre ellos. La relación personal divina de ellos es cuestión de pura gracia. Él no estará solo, en su gloria absoluta, sin origen, como el Hijo unigénito; por el contrario, habiéndonos la gracia divina relacionado con él, él será visto en su preeminencia como Primogénito entre muchos, de quienes «no se avergüenza de llamarlos hermanos», los muchos hijos que habrán sido traídos a gloria mediante su muerte. En esa consumación de gracia, dirá: «He aquí, yo y los hijos que Dios me dio» (Heb 2.10-13).

5. Su gloria manifestada: Hebreos 1.6

Cronológicamente, el último pasaje en el cual se llama a Cristo «el Primogénito» es Hebreos 1.6: «Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios».

La traducción en la Versión Revisada en inglés es importante para una comprensión apropiada del significado. La palabra *palin*, «otra vez», no se usa en el versículo 6 de la misma manera que en el

versículo 5, para introducir una cita adicional. En el versículo 6 viene, en el original, dentro de una cláusula adverbial que empieza con la palabra «cuando». Otro caso de este uso de la palabra es 2 Corintios 12.21, «cuando vuelva».

Por tanto, en el versículo 6, en lugar de simplemente introducir una cita nueva, se señala al evento futuro, cuando Dios trae otra vez a su Primogénito al mundo, es decir, en la Segunda Venida. El tiempo a que se refiere lo marca el decreto divino: «Adórenle todos los ángeles de Dios». En su nacimiento hubo «una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios» (Lc 2.13), pero en su regreso a la tierra en su gloria manifiesta todos los ángeles le adorarán. Le acompañarán cuando venga en la gloria de su Padre (Mt 16.27; 25.31; 2 Ts 1.7; Ap 19.14). Ahora bien, la cita, «Adórenle todos los ángeles de Dios», viene de la versión de la Septuaginta de Deuteronomio 32.35-43. Ese pasaje habla del tiempo de la Segunda Venida. Habla del juicio de los enemigos de Israel, la liberación final de esa nación y la bendición concedida a los gentiles. En el Nuevo Testamento se cita con frecuencia la Septuaginta.

Lo que sigue es una traducción de las partes sobresalientes del pasaje: «En el día de la venganza yo recompensaré. Porque Jehová será consolado por sus siervos. Porque afilaré mi espada como relámpago ... y juzgaré a mis enemigos, y daré la retribución a los que me aborrecen. Mi espada devorará carne ... en la sangre de los muertos ... en la cabeza de sus enemigos que los oprimen. ... Regocíjense, ustedes, cielos con él, y adórenle los ángeles de Dios; regocíjense ustedes, gentiles, con su pueblo ... El Señor purgará la tierra de su pueblo». La cabeza de los enemigos de Israel, como en la Versión Revisada del versículo 42, «las cabezas de los líderes enemigos», es el hombre de pecado, la primera bestia de Apocalipsis 13. Pueden compararse con esta profecía Salmos 96 al 100; Isaías 11.4; Daniel 7.11; Zacarías 14; 2 Tesalonicenses 2.8; Apocalipsis 19.20, y otros pasajes relativos a las circunstancias de la Segunda Venida de Cristo.

Revisión de los cinco pasajes

Para resumir los cinco pasajes, el que fue el Primogénito del Padre antes de la creación del universo, al cual él mismo dio existencia, el que es el «Primogénito de muchos hermanos», cuando venga para derrotar a los enemigos de Dios y de su pueblo los judíos, y para establecer su reino de paz en la tierra, ocupará como Primogénito su posición preeminente en el mismo lugar de su anterior humillación y rechazo.

Distinguiendo, entonces, entre los dos títulos, «Unigénito» y «Primogénito», el primero habla de su relación personal sin origen con Dios Padre, como expresión de su deleite en su Hijo, y mira más allá de los límites del pensamiento humano a la eternidad del pasado. Al referirse a su relación personal divina, única y absoluta, no se usa con referencia a seres creados. El título «Primogénito» se usa, sin embargo, con referencia a seres creados, pero le distingue (1) absolutamente de todas las criaturas, y (2) relativamente de aquellos que forman la iglesia y que serán llevados a la gloria en completa conformidad a su semejanza. La cuádruple enseñanza del título se puede presentar de este modo: indica (1) su relación personal divina, una relación personal esencial y sin origen en sí misma; (2) superioridad respecto a los seres creados en cuanto al tiempo; (3) su poder creativo como fuente de existencia de ellos; (4) su preeminencia y posición como cabeza sobre ellos, siendo él el tipo ideal cuya gloria aquellos están diseñados para proclamar, al ser conformados a la misma.

«La imagen del Dios invisible»

La mención de Cristo como Primogénito respecto a la creación, en Colosenses 1.15, tiene un significado especial en relación con el enunciado previo: «Él es la imagen del Dios invisible». Eso

afirma su divinidad, porque *eikón*, «imagen», no es meramente semejanza o parecido, sino que incluye representación visible y adecuada. De este modo, cuando se usa para Cristo, expresa en una palabra lo que se dice de él en Juan 1.18 respecto al Padre, que «él le ha dado a conocer»; es decir, lo ha representado visible y completamente. Su uso en Hebreos 10.1, en contraste con *skía*, «una sombra», sugiere la idea de sustancia. La ley tenía «la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas», i.e., no la sustancia misma de las cosas.

Así pues, con esto en mente, se le llama «el Primogénito de toda creación» (la ausencia del artículo antes de «Primogénito» enfatiza esta relación personal con el Padre). Ahora bien, la Epístola a los Colosenses se escribió para contrarrestar las enseñanzas heréticas promulgadas en Asia occidental y otras partes de que la materia era el origen y morada del mal, y que por consiguiente Dios y la materia eran antagónicos entre sí y no tenían comunicación el uno con la otra, y que la creación y el gobierno del mundo se debían a la acción de una serie de seres intermediarios, ángeles o emanaciones, que actuaban como mediadores.

Para combatir estos errores especulativos, el apóstol establece la verdad de que Cristo, el Primogénito, él único Hijo eterno de Dios, era, como tal, el único y solo agente mediador tanto en la creación como en el mantenimiento del universo, y es, de igual manera, como Primogénito (con el ya mencionado significado del término), el único mediador respecto a la creación espiritual, la iglesia. Apenas poco después, al instruir a Timoteo, que estaba trabajando en esa misma región, en cuanto a lo que debía inculcar de manera especial, dice: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Ti 2.5). Del mismo modo, el apóstol Juan, combatiendo el mismo error, mostró que el Verbo eterno, el Hijo Unigénito, se encarnó, con propósitos de redención. El Hijo eterno era la sola respuesta a todas las especulaciones cósmicas, la solución a todos los problemas místicos.

Aunque la creación fue un acto mediador, y Cristo es también el único mediador respecto a la redención y la creación espiritual, el tema de su calidad de mediador no se menciona en realidad en el Evangelio de Juan. Esta omisión resulta apropiada para ese rasgo especial de este Evangelio: establecer a los creyentes como hijos de Dios. Cristo es el mediador de los pactos (Gá 3.19, 20; Heb 8.6; 9.15; 12.24); es el mediador entre Dios y los hombres; será el mediador del reino de Dios en su fase futura (1 Co 15.24-28). Pero no se dice que sea el mediador entre Dios Padre y sus hijos.

1. Véase un ensayo sobre el tema en «Echoes of Service», octubre 1910; también el folleto «Christ the Firstborn».
2. Esta construcción de genitivo objetivo es muy frecuente en el NT. De este modo, en Juan 2.17: «el celo de tu casa» quiere decir «el celo por tu casa». En Juan 10.7, «la puerta de las ovejas» signifi ca «la puerta por donde entran las ovejas». Hechos 4.9 dice literalmente: «la buena obra de un hombre impotente», que claramente es «la buena obra hecha a favor de un hombre impotente». En Juan 17.2, donde, literalmente, la frase es «potestad de toda carne», la única interpretación posible es «potestad sobre toda carne». Hay un contundente ejemplo adicional de genitivo objetivo en la descripción de Cristo como «el principio de la creación de Dios» (Ap 3.14). Esto no lo cataloga con la creación que se menciona aquí, sino que habla de él como el originador, la causa primaria y cabeza de ella.

EN ÉL ESTABA LA VIDA

El prólogo de Juan dice: «En él estaba la vida». También sabemos que a Cristo se le llamó «el camino, la verdad y la vida», y él da la esperanza de vida eterna a todos. Cristo es eterno, y la evidencia de su eternidad se establece cuidadosamente desde el gran «YO SOY» de Génesis hasta el «primero y postrero» de Apocalipsis. La fuente de la vida eterna para el creyente se relaciona directamente con la naturaleza eterna de Jesús mismo; en verdad, el Eterno es el único capaz de proveer vida eterna.

Como el Padre, el Hijo tiene vida en sí mismo, como uno con él en la Deidad. «En él estaba la vida» (Jn 1.4). Él es «la vida» (11.25; 14.6; 1 Jn 5.20). Y, sin embargo, esencialmente, la vida que había en él no la poseía independientemente del Padre. Él dice: «Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo» (5.26). La misma comparación «Porque como el Padre tiene vida en sí mismo» excluye la idea de que el Señor se refería simplemente a la vida humana en la cual entró en su nacimiento. No es un caso de causa y efecto, o de consecuencia de una condición. En otras palabras, la declaración no conlleva la idea de que, puesto que el Padre tiene vida en sí mismo, por eso le dio al Hijo el tener vida en sí mismo. El enunciado es de comparación; la medida de la vida del Hijo es la medida de la vida del Padre. El Padre no le dio vida al Hijo como le da vida a sus criaturas. La unidad de las dos personas en la Deidad prohíbe ese pensamiento. La vida reside esencialmente en el Hijo, y siempre ha sido así, como el que posee una comunicación externa de ella y desde el Padre, en virtud de la relación personal sin origen en la Deidad.

El tiempo especial del verbo en el original que se traduce «ha dado» (aoristo, que es, literalmente, tiempo indefinido) no es aquí equivalente del tiempo perfecto: «él ha dado».[1]

El que el Hijo tiene vida del Padre no se puede disociar de la relación personal eterna. Bien se ha dicho: «El Padre desde toda la eternidad la dio, el Hijo desde toda la eternidad la recibió». El que el Señor Jesús sea el dador de vida al hombre no descansa simple y únicamente en el hecho de que él se hizo hombre teniendo en mente darse a sí mismo en sacrificio propiciatorio. La vida eterna se concede, desde luego, sobre esa base, pero eso no es sin el hecho primario y esencial de que el Hijo era coeterno y coexistente con el Padre en la vida y en la relación personal. Lo mismo se aplica al uso de la palabra «dio» en el versículo que sigue, donde el Señor dice: «y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre». El otorgamiento de autoridad a él para hacer juicio es en vista de que él es el Hijo del Hombre tanto como es Hijo de Dios, pero no se indica un punto específico de tiempo para ese otorgamiento. No dice que el Padre le dio su autoridad al Hijo después de que este hubiera llegado a ser Hijo del Hombre. Deducimos, entonces, que este enunciado se debe ver a la luz eterna de los consejos de Dios, para quien el futuro es tan real y certero como el presente.[2]

La apertura de la Primera Epístola de Juan da testimonio adicional de la calidad preexistente de Hijo del Señor. El apóstol dice: «os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó». El que la vida eterna es la persona de Nuestro Señor Jesucristo se ve claro no solo por el contexto, que muestra que él fue Aquel a quien los apóstoles habían visto y tocado, sino por la identificación de «la vida eterna» con Cristo, en lo que se dice al final de la epístola; es decir: «y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios, y la vida eterna». Como

«la vida eterna», él estaba con «el Padre». El apóstol no dice aquí que él estaba con Dios, sino con «el Padre». No que él estaba en el pasado eterno con Uno que subsiguientemente llegó a ser Padre en la encarnación, sino que, como «la vida», él estaba con Uno que estuvo con él en relación personal de Padre. La manifestación fue temporal, la presencia con el Padre fue eterna. Él no empezó a ser la vida en su nacimiento, ni tampoco entonces empezó a ser el Hijo.

Su preexistencia eterna

En la contemplación de este tema, las Escrituras llevan nuestros pensamientos a la inmensurable eternidad del pasado, y de allí a lo que constituye el período de mayor crisis en la historia de la raza humana, y de nuevo hacia adelante al futuro sin tiempo, interminable. Dos de estos, y a veces los tres, aparecen juntos en algunos pasajes. Por ejemplo, el pronunciamiento profético que predijo la localidad de la encarnación del Señor declaraba al mismo tiempo su existencia sin origen en la eternidad del pasado: «Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Mi 5.2). No puede haber error sobre a quién se quiere indicar. La persona indicada es aquel que «nació en Belén de Judea en días del rey Herodes» (Mt 2.1). Los principales sacerdotes y escribas sabían muy bien que la profecía de Miqueas hablaba directamente del Mesías, porque la citaron en respuesta a la pregunta del rey Herodes en cuanto a dónde debía nacer el Cristo (vv. 4-6). La frase «de eternidad a eternidad» en el original es la misma que en las palabras del Salmo de Moisés: «Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios» (Sal 90.2).

Su propio testimonio

Cristo mismo declaró su preexistencia eterna cuando les dijo a los judíos: «De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy» (Jn 8.58). Traducido con rigor es: «Antes de que Abraham llegara a ser, yo soy». Él se presentó en contraste con Abraham en el hecho de que la existencia de Abraham tuvo un comienzo. Su propia existencia se caracterizaba por no tener principio; la de Abraham estaba limitada por la condición del tiempo, la suya había sido eterna. Consciente de su existencia ilimitada, sin tiempo en el pasado, habla de sí mismo con el título eterno de Jehová, el gran «YO SOY». Los judíos no se equivocaron al comprender esto. La discusión se cierra de manera repentina y dramática. Esta autoproclamada divinidad por parte de Cristo exigía, según ellos, su muerte inmediata por apedreamiento, de acuerdo a la ley. Si su afirmación hubiera sido no deliberada, él fácilmente podría haber protestado y explicado el asunto. Pero, en lugar de ello, él simplemente «atravesando por en medio de ellos, se fue».

De nuevo, declara que cuando él, el Hijo del Hombre, ascienda al cielo, estará «adonde estaba primero» (Jn 6.62). Dijo con frecuencia que había venido del Padre, y que el Padre le había enviado al mundo; y en su oración final presenta su preexistencia previa a la creación, diciendo de su gloria pasada que era suya con el Padre «antes que el mundo fuese» (Jn 17.5).

El verbo personal

A la luz de estas declaraciones del mismo Señor hallamos una explicación de las palabras de apertura del Evangelio de Juan. Solo en el sentido de su preexistencia eterna y personal se puede entender correctamente la declaración: «En el principio era el Verbo». Como quiera que se tome la frase «en el principio», y cualquiera que sea el tiempo que nuestra mente finita pudiera concebir en ella, Aquel que es el Verbo entonces ya «era». El enunciado no dice que él tuvo un principio, que en algún momento empezó a ser; dice que en el principio ya era existente, implicando que no tuvo

origen.

Este pasaje, como otros que se han mencionado, relaciona la eternidad pasada de su ser con su encarnación: «y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios ... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1.1, 2, 14). No hay ni la más ligera sugerencia aquí de que «el Verbo» era una cualidad abstracta, impersonal. Todo el pasaje clama en contra de esa idea. Este Evangelio en sí mismo es un testimonio contra eso. Aquel a quien aquí se llama «el Verbo», que estaba «con Dios» y «era Dios», en unión y sin embargo distinción en la Deidad, al mismo tiempo se le menciona como el Creador. «Todas las cosas por él fueron hechas» (v. 3). De manera similar, el pasaje habla de él como «la Luz», no una emanación impersonal, sino como un Ser, que, como luz, vino al mundo (v. 9), y de nuevo a este respecto, se habla de él como Creador: «el mundo por él fue hecho» (v. 10). Se llama a sí mismo «la luz del mundo». Personal como la luz, fue de igual manera personal como el Verbo. Y entonces, para recalcar más su personalidad, el apóstol muestra que el que es «el Verbo» no es otro que el Hijo unigénito de Dios (v. 18). Este título, «unigénito», se considerará más tarde. La identificación del Verbo con el Hijo es en sí misma suficiente para refutar toda idea de que el Verbo, o Logos, en algún momento fue otra cosa que un ser personal. Su preexistencia, entonces, debe haber sido coeterna con la del Padre.

El testimonio de las Epístolas

Las Epístolas son de igual manera explícitas en esto. El apóstol Juan, en su primera carta habla de Cristo como el «Verbo de vida ... la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó» (1 Jn 1.1, 2). En la Epístola a los Colosenses, Pablo dice: «Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten» (Col 1.17). No hay, por consiguiente, nada que no le deba la existencia a él, ni nada que exista independientemente de él. De nuevo, en la introducción de la Epístola a los Hebreos, se presenta a Cristo en su preexistencia como creador y sustentador de todas las cosas, y como el que purga el pecado en el Calvario (Heb 1.3), y como el Inmutable y Eterno en el futuro (v. 12). Este pasaje asocia los tres, el pasado eterno, el punto central de tiempo y el futuro eterno. La eternidad pasada y la eternidad futura de su ser hallan su enfoque en la cruz.

Y de Cristo en Apocalipsis

En el último libro él habla de la gloria, declarando tres veces que él es «el primero y el último; y el que vivo», y el que estuvo muerto y que vive «por los siglos de los siglos» (Ap 1.17, 18; 2.8; 22.13). Su título, «el primero», no implica que tuvo un principio, así como tampoco «el último» implica que tendrá un fin. Estos términos no pueden significar que él pertenece al orden de los seres creados. Por el contrario, son términos que Jehová usa tres veces para sí mismo en Isaías (Is 41.4; 44.6; 48.12). Ellos, por consiguiente, declaran, respecto al Hijo, lo que es verdad del Padre, su existencia propia sin origen y sin fin, su poder divino como la causa originadora de toda la creación y su supremacía absoluta sobre todo.

El testimonio de las Escrituras que hemos estado considerando en cuanto a la preexistencia de Cristo constituye al mismo tiempo un testimonio de su divinidad esencial. De un ser creado no se podría decir que sus salidas fueron «de eternidad». El prólogo del Evangelio de Juan no solo muestra que él es personalmente el Verbo, sino que indica definitivamente que él era Dios (Jn 1.1), y puesto que él mismo declara que salió del Padre, y que él y el Padre son uno, debe haber sido uno eternamente con el Padre en la Deidad. De nuevo, tanto este Evangelio como las Epístolas indican que él fue el creador de todas las cosas, poder que le pertenece solo a la Deidad.

Al contemplar la gloria esencial y eterna de Cristo en la eternidad pasada, aprendemos a valorar

más inteligentemente y con mayor adoración su obra redentora en la cruz. ¡Que esto nos ayude a ocupar el lugar humilde a sus pies, y, respondiendo a la gracia de Dios en él, adorarle y servirle con temor y amor filial todos nuestros días!

Señor Jesucristo, Verbo eterno,
Hijo bien amado del Padre,
Tú mismo fuente y Señor de la creación,
Tú, viviente, que imparte vida,
Por la vida y el perdón mediante tu sangre
Alabamos tu nombre, oh Hijo de Dios.

Tú, que de la gloria descendiste,
La gloria del Padre, y sin embargo tuya propia,
A muerte vergonzosa tu camino seguir,
Para que nosotros podamos tener parte en tu trono glorioso,
Por «gracia abundante» por tu sangre
Alabamos tu nombre, oh Hijo de Dios.

Tú, vida y luz no creada,
Por quien los cielos y la tierra fueron hechos,
En la cruz del Calvario, en la noche oscura de la muerte,
Por ti el precio de nuestro rescate fue pagado.
Por nuestra redención mediante tu sangre
Alabamos tu nombre, oh Hijo de Dios.

Exaltado en lo alto a la diestra de Dios,
Por tus redimidos pronto vendrás,
Cumpliendo todo lo que esa gracia ha planeado,
La casa de tu Padre, nuestro hogar destinado.
¡Y todo lo debemos a tu sangre derramada!
Bendito sea tu nombre, tú, Hijo de Dios.

1. El tiempo aoristo en el griego es el método normal de expresar «acción indefi nida o indeterminada». A menudo es cumulativa, no expresa acción desde el punto de vista de una acción realizada en una ocasión precisa o definida, sino que describe un suceso como un todo sin referencia al tiempo que llevó su realización. «El aoristo griego no señala ningún intervalo entre lo dicho (i.e., lo que se expresa en el tiempo) y el momento de decirlo ... El aoristo griego y el pasado en inglés no se corresponden exactamente ... El aoristo es tan rico en significado que el inglés tiene difi cultades para expresarlo» (A. T. Robertson, *Grammar of the Greek New Testament*, pp. 831, 832, 848).

Si esto es así en circunstancias y condiciones naturales, cuánto más en asuntos concernientes a las relaciones personales inescrutables en la Deidad y a las condiciones relativas a la vida de las personas de la Deidad. No vacilamos, por consiguiente, en considerar que el uso de los tiempos aoristos en Juan 5.26 y 27 señalan, no a sucesos específicos en el tiempo, sino al Hijo y su obra redentora y función judicial.

2. El que él es el Hijo de Dios conlleva el hecho de su divinidad esencial; el que él es el Hijo del Hombre expresa no simplemente su humanidad, sino también el hecho de que él es el hombre representativo, cumpliendo en su persona los propósitos divinos respecto al hombre.

La calidad eterna de Hijo que Cristo tiene

¿Fue Jesús «el Hijo» antes de que naciera como hombre? Muchos hoy luchan con lo que significa que Jesús sea a la vez eterno, unigénito y Primogénito. Aquí vemos con mayor detalle la respuesta a estas preguntas, considerando la relación entre el Padre y el Hijo, el papel de Jesús como «unigénito», la realidad de la humanidad de Cristo y su vida sin pecado.

La pregunta que tenemos ante nosotros es si en su preexistencia Cristo fue el Hijo de Dios, o si llegó a serlo en su encarnación. Muchos pasajes bíblicos que testifican de su calidad de Hijo divino pudieran, tomados aparte de pasajes opuestos, considerarse como sugerencia (y así se los ha entendido) de que llegó a ser Hijo de Dios en su nacimiento, y que este título se aplica a él solo desde ese punto y en adelante. Si halláramos, sin embargo, que hay pasajes bíblicos que demuestran su calidad eterna de Hijo en el pasado, debemos entender los otros pasajes bajo esa luz.

En la Epístola a los Gálatas, el apóstol dice: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo,Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley» (Gá 4.4). Está claro que se refiere a su envío del cielo a la tierra por la encarnación, y no a ninguna misión subsiguiente en los días de su carne. Este pasaje indica claramente que Dios envió a Uno que ya era su Hijo. No podemos leer esto como si quisiera decir que «Dios envió a Uno que en su nacimiento llegó a ser su Hijo», así como tampoco el enunciado paralelo del versículo 6, «Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo», se podría tomar como queriendo decir que Dios envió a Uno que llegó a ser su Espíritu al enviarlo. El Espíritu de Dios, enviado en Pentecostés, había sido siempre su Espíritu. De modo similar, el versículo 4 implica que Aquel a quien Dios envió ya era su Hijo.

El testimonio del señor

Con esto concuerdan las propias declaraciones del Señor registradas en el Evangelio de Juan. Les dijo a los discípulos: «habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre» (Jn 16.27, 28). Así, presenta una clara insinuación de su relación personal preexistente como Hijo antes de la encarnación. Algunos han considerado que su declaración «salí del Padre» apunta a un proceso eterno del Padre en el pasado, o lo que se ha denominado la «generación eterna» del Hijo. Esto, sin embargo, no parece ser lo que quiere decir el Señor aquí. Su declaración «otra vez dejo el mundo, y voy al Padre» expresa la inversión de su procedimiento mencionado en la primera parte del versículo. Su ida al Padre es la antítesis de su salida del Padre. Lo que el Señor está enseñando en este pasaje no son las interrelaciones de la Deidad en lo abstracto, sino su misión del Padre al haber sido enviado por él al mundo.[1]

Sus palabras a los discípulos se deben comparar con su enunciado previo a los judíos: «yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió». Aquí, de nuevo, se refiere claramente a su misión, no a su persona.

El testimonio de la Primera Epístola de Juan

El apóstol Juan, en la introducción de su Primera Epístola, dice: «la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó» (1 Jn 1.2). No dice aquí que el que era la vida estaba «con Dios», sino que estaba «con el Padre». El término «Padre» implica la existencia de un Hijo. Los términos «padre» e «hijo» son correlativos. El

apóstol no puede haber dicho tal enunciado en ningún otro sentido que el de paternidad y calidad de hijo preexistentes.

No hay ni indicio en las Escrituras de algún tiempo en el cual Dios empezó a ser Padre; y, sin embargo, los pasajes bíblicos anteriores dicen con claridad que su paternidad en relación con Cristo fue preexistente a la encarnación. La paternidad de un Ser eterno y la calidad de Hijo del otro deben haber sido igualmente eternas. A la luz de esta declaración introductoria en la Epístola, debemos entender la declaración subsiguiente en el capítulo 4.14: «el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo». Fue un Padre el que envió y un Hijo el que vino.

Su Hijo Unigénito

Estos pasajes bíblicos nos proporcionan la interpretación de otros pasajes. Cuando leemos, por ejemplo, que «de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito» (Jn 3.16), la declaración no se puede tomar como queriendo decir que Cristo llegó a ser su Hijo unigénito en la encarnación. Eso sería privar al versículo de su significado y fuerza. El valor y grandeza de la dádiva reside en la calidad de Hijo del que fue dado. Su calidad de Hijo no fue efecto de haber sido dado.

La expresión «unigénito», que, según se usa para Cristo, se halla solo en el Evangelio de Juan y en su primera epístola, no se refiere a su encarnación. En el Evangelio, él dice: «y vimos su gloria, gloria como del [lit., un] unigénito del [lit., un] Padre» (1.14) [no como la Versión Autorizada, «del Padre»]. «Desde» traduce correctamente la palabra *pará;* la misma preposición se usa en sus palabras del capítulo 7.29: «de él procedo, y él me envió». La gloria fue la del Unigénito del Padre, el solo representante y manifestación del ser y carácter de Aquel que le envió en virtud de la relación personal. En otras palabras, la gloria a la que Juan se refiere fue el resplandor de una calidad de Hijo única, eterna y unigénita. En esta relación personal, él vino del cielo a la tierra en misión de su Padre.

En el mismo sentido eterno debemos entender las declaraciones de que «el unigénito Hijo ... está en el seno del Padre» (1.18), y la ya citada de 3.16 (cp. 3.18). Esto se aclara por lo que el apóstol dice en su primera epístola, que «Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él» (1 Jn 4.9). El envío fue mediante su encarnación, y no subsiguiente a ella. El hecho de que él es «el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre» expresa tanto su unión eterna con el Padre en la Deidad como la inefable intimidad y amor entre ellos, participando el Hijo en todos los consejos del Padre y disfrutando de todos sus afectos. La forma de expresión que se usa en el original, y que se traduce «que está», indica que «el seno del Padre» siempre ha sido y siempre será el lugar de morada del Hijo.

Por tanto, debemos entender el término «unigénito», cuando se refiere al Hijo, solo en el sentido de relación personal sin origen. La palabra «Hijo», en el caso del Hijo de Dios, habla de él como el arquetipo perfecto de todo lo que la palabra connota, sea en relación humana o divina; la expresión «unigénito» habla de la unicidad de esta relación en su caso.

El término «unigénito»

El que se deba usar la palabra «unigénito» para la relación del Hijo con el Padre no implica ningún principio para su calidad de Hijo. Sugiere relación personal, es cierto, pero se debe distinguir de generación según se aplica al hombre. El esfuerzo por moldear nuestras ideas de relación personal divina según nuestro conocimiento de las relaciones personales humanas es simplemente delatar nuestra ignorancia. La mente finita no puede concebir lo infinito. Nuestras limitaciones de

tiempo y sentido nos prohíben una plena comprensión de lo eterno. Y, sin embargo, Dios ha indicado los hechos relativos a sí mismo en palabras y expresiones que podemos entender, aunque los hechos mismos están fuera del alcance de la noción humana.

La proclamación del Padre, anotada como predicción en el Salmo 2.7, «Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy», y citada en Hechos 15.33, Hebreos 1.5 y 5.5, se debe distinguir de los pasajes que se han estado considerando, que hablan de Cristo como el unigénito. Esto último significa, como hemos visto, una relación personal eterna preexistente; lo que dicen el Salmo 2 y sus citas señala a una ocasión distintiva, ya sea la encarnación o la resurrección.

El término «Primogénito»

De nuevo, el título «Primogénito» (Col 1.15, 18; Ro 8.29; Heb 1.6; Ap 1.5), según se usa para Cristo, no implica un principio de su ser, ni tampoco lo cataloga con sus criaturas; indica la dignidad de su preeminencia sobre todas ellas. Cuando, por ejemplo, el apóstol Pablo habla de él como «el primogénito de toda creación» (Col 1.15), el modo de expresión en el original y en el contexto del pasaje nos previene suficientemente contra la idea de que se catalogue a Cristo con la misma creación. La forma idiomática de expresión le distingue de todos los seres creados y declara su prioridad y superioridad sobre ellos. El versículo siguiente es explicativo de su título y muestra que, en lugar de ser creado, él mismo fue el Creador. El término «unigénito» es absoluto y, como tal, Cristo se presenta solo en relación personal eterna con el Padre. El término «Primogénito» es relativo; lo distingue de todas las criaturas, pero las trae a colación a fin de mostrar la infinita superioridad sobre ellas.

Reconocimiento humano de su calidad de hijo

En los días de su ministerio terrenal, el reconocimiento de su relación personal divina como Hijo de Dios, en cualquiera que fuera la relación en que se usara el título, no se basaba en un recordatorio de su nacimiento sobrehumano, sino en la exhibición de sus atributos divinos; porque ni siquiera en su humanidad mientras estaba en la tierra dejó de poseer tales atributos, aunque tal vez no siempre los ejercía. Por ejemplo, la confesión de Natanael, «Rabí, tú eres el Hijo de Dios» (Jn 1.49), pronunciada ante la exhibición de la omnisciencia del Señor, dependía, no de la posible familiaridad de Natanael con el hecho de carácter divino del nacimiento de Cristo, sino del reconocimiento de su personalidad divina. Todavía más sugerente es la confesión de Marta, resultado de la evidencia de sus atributos divinos: «yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo» (Jn 11.27), reconocimiento a la vez de su preexistencia y de su calidad divina de Hijo. Lo mismo se puede decir de los efectos de su omnipotencia al calmar la tormenta, cuando los discípulos le adoraron, diciendo: «Verdaderamente eres Hijo de Dios» (Mt 14.33). Tal es el caso también del testimonio de los que estaban poseídos de demonios, los cuales, ante la exhibición de su poder para librar a las víctimas de esta tragedia, clamaban: «Tú eres el Hijo de Dios» (Lc 4.41). Lo que Cristo había sido en la eternidad pasada ahora era conocido entre los hombres.

El Hijo antes de la creación

El escritor de la Epístola a los Hebreos indica que las palabras del Salmo 102.25-26: «Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás», las dirigió el Padre al Hijo. Es decir, la declaración le fue dicha al Hijo como tal mucho antes de su encarnación. Él era, entonces, ya Hijo cuando creó los cielos y la tierra (Heb 1.8, 10). Esto deja claro el significado del versículo 2. Es «en un Hijo» en quien Dios nos ha hablado. La

omisión del artículo definido o el pronombre sirve para recalcar la relación personal. Es cierto que nos ha hablado por un Hijo encarnado, pero también «él hizo los mundos» por medio de él, demostrando que su calidad de Hijo no empezó en su encarnación.

De nuevo, la Epístola a los Hebreos indica que la breve biografía del Melquisedec en Génesis fue modelada de modo que, al no mencionarse ni a sus padres ni su muerte, él fue hecho (i.e., en la narración inspirada) «semejante al Hijo de Dios». La similitud está en que él «no tuvo ni principio de días ni fin de vida». Así pues, como Hijo de Dios, Cristo no tuvo principio de días. Su calidad de Hijo, por consiguiente, no tuvo origen y es eterna.

«El que confiesa al Hijo»

El no creer en la calidad de Hijo preexistente y eterna de Cristo, mientras que se reconoce a Dios como Padre eterno, es transgresión de su palabra expresa: «para que todos honren al Hijo como honran al Padre» (Jn 5.23). Negar la eternidad del Hijo mientras que se la admite en el caso del Padre no es adscribirles igual honor: «Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre». Cuidémonos para permanecer en la verdad, para que también podamos «permanecer ... en el Hijo y en el Padre» (1 Jn 2.23, 24). Solo conforme consideramos correctamente las excelencias de su gloria eterna como Hijo de Dios pueden nuestros corazones postrarse en debida adoración a Aquel que se humilló hasta la muerte de cruz a fin de acercarnos a Dios.

1. Es cierto que al fi nal del versículo 27 se usa la preposición *pará*, en tanto que en el versículo 28 se usa una preposición diferente, *ek*. No podemos, sin embargo, forzar el significado de *ek* para que sea «fuera de», y para que denote generación eterna. Indica su venida del cielo a la tierra incluso con más fuerza que en la cláusula precedente. En verdad, el Señor puede aquí haber estado recalcando la plenitud de su amor y sacrificio al dejar la gloria para venir al mundo.

La encarnación de Nuestro Señor

Lo que se dice de la ofrenda de harina en los capítulos 2 y 6 de Levítico nos recuerda que la encarnación se puede considerar correctamente solo en el lugar santo, y que es asunto de meditación para los que solo tienen relación de sacerdotes con Dios. Al meditar, adoremos y alabemos.

«Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley» (Gá 4.4). ¡«Nacido de mujer»! Hay un significado especial en esto. El apóstol distingue así el nacimiento de Cristo del de todos los demás. Si no fuera así, simplemente estaría indicando un hecho de experiencia común y desperdiciando sus palabras en un mero exceso superfluo de detalles. Ese no es el estilo de Pablo. Su argumento no tiene sitio para perogrulladas. Nadie, al escribir un bosquejo biográfico de un hombre ordinario, pensaría en decir que nació de una mujer. ¡No! El que el apóstol hable de este modo de Cristo le distingue en su preexistente y divina calidad de Hijo, indicada por él, a la vez que testifica tanto de su humanidad real como de su nacimiento sobrenatural.

«El Verbo se hizo carne»

Este enunciado de la encarnación de Cristo está en estrecho acuerdo con otros pasajes de las Escrituras relativos al tema. La palabra que se traduce «nacido» no es *gennao*, el término ordinario para describir «nacimiento», sino *ginomai*, «llegar a ser», y esta es la palabra que se usa en la declaración de Juan 1.14: «el Verbo se hizo carne». Y, de nuevo, en Filipenses 2.7: «Haciéndose como todos los hombres» (dhh). En el primer pasaje, como ya hemos observado previamente, «el verbo» no es el *Logos* impersonal, sino «el unigénito Hijo de Dios». Así lo identifica la apertura del Evangelio. Aquel a quien Dios envió era su Hijo. Dios no lo envió en el cuerpo de un hombre. Él «fue manifestado en carne» (1 Ti 3.16). Se hizo carne, poseyendo plena y perfecta humanidad, cuerpo, alma y espíritu.

Estos tres constituyen la totalidad de todo lo que es esencial a la humanidad, y este es aquí el significado de la palabra «carne». Cristo mismo habla de su cuerpo y de su alma, y de su espíritu. Acerca del significado emblemático del pan en la Cena del Señor, dijo: «Esto es mi *cuerpo*». En la hora oscura de Getsemaní dijo: «Mi *alma* está muy triste». Y en la cruz:

«Padre, en tus manos encomiendo mi *espíritu*». Él no vino en carne; se hizo carne, y lo que llegó a ser lo es ahora y lo será para siempre, porque él viene en carne (2 Jn 7), lo que claramente se refiere a su Segunda Venida.

La realidad de su humanidad

se expresa también en el pasaje de Filipenses que se mencionó arriba. Cristo Jesús «siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse (o como medio de autoengrandecimiento), sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres». Hay una referencia más completa a este pasaje más adelante, cuando consideremos el carácter de siervo de Cristo. El hecho de que se hizo semejante a los hombres explica cómo tomó la forma de siervo. La expresión «semejante a los hombres» de ninguna manera niega la realidad de su humanidad. El apóstol no dice «semejante a un hombre», sino «semejante a los hombres», i.e., como los hombres en realidad son; un modo de existencia nuevo para él. Solo de Uno que era más que hombre se podría decir esto. La suya era verdadera humanidad, no meramente algo parecido. Al hacerse lo que no había sido antes, hombre, no dejó de ser lo que siempre había sido, Dios.

La encarnación de Cristo

No fue la unión de dos personas,
una divina y otra humana. La sede de su personalidad fue su Deidad siempre existente. Él dijo: «antes de que Abraham fuese, yo soy» y «el que me ha visto a mí, ha visto al Padre». Su humanidad no fue en ningún momento independientemente personal. En nuestro caso, la sede de la personalidad se halla en el espíritu humano, pero el hombre Cristo Jesús fue idéntico en persona con el Verbo eterno. En él solo había una subsistencia personal, y esa desde la eternidad. Al asumir humanidad todavía continúa y sigue siendo una y la misma persona, cambiando solo la manera de subsistir. El que antes era en naturaleza solo el Hijo de Dios, se hizo también, y ahora es, en la naturaleza del hombre. De aquí que preferimos decir que él llegó a ser «hombre» y no «un hombre». Si no fuera la misma persona (el Hijo de Dios, que, siendo en forma de Dios, tomó la forma de un esclavo y se hizo obediente incluso hasta la muerte de cruz), todo el argumento del pasaje de Filipenses, es decir, su gracia que actuó de este modo, se perdería.

Es de Cristo mismo de quien todo esto se dice, no de su naturaleza divina por un lado y de su naturaleza humana por el otro. Él actuaba personalmente, no por esta o esa naturaleza, sino como uno, y en la unidad de su persona están inseparablemente combinadas las dos naturalezas, «sin confusión y conversión» (al contrario de lo que mantenían los eutiquianos, que suponían que la humanidad de Cristo fue absorbida en su divinidad) y «sin división, sin separación» (al contrario de lo que mantenían los nestorianos, que dividían y separaban las naturalezas). Es el mismo ser el que actúa en todo momento. Tampoco fue el Padre o el Espíritu que se encarnaron, como los patripasianos enseñaban. La humanidad se menciona solo para el Hijo. «En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Col 2.9).

Ahora surgen dos preguntas:

¿Cómo fue posible la encarnación?
y, ¿cómo se realizó? La primera recibe respuesta al principio del Antiguo Testamento; la segunda, al principio del Nuevo. «Y creó Dios al hombre a su imagen» (Gn 1.27). El hombre estropeó la obra de la mano divina por su libre albedrío. Este fue el efecto de la caída. La narración describe el plan divino para la recuperación del culpable y la restauración de la armonía rota del ser del hombre. El Señor Dios mismo pronunció la profecía inicial de la encarnación. Sería la simiente de la mujer la que heriría la cabeza de la serpiente (Gn 3.15). El temor de esto llevó a Adán a ponerle a su esposa el nombre de Eva, «la viviente». El ponerle ese nombre fue la respuesta de fe a la promesa divina. «Viviente», no debido a que la propia vida de ella fue librada, sino debido a su maternidad (v. 20). La vida mediante la simiente de la mujer, ese es el mensaje latente en el nombre de la madre de la humanidad.

¿Cómo se realizó la encarnación?
En cuanto a la segunda pregunta, cómo llegó la encarnación a ser un hecho, la santidad del tema exige la reverencia de quitar el calzado de nuestros pies. Prohibida la especulación. Las narraciones del Evangelio, con sus declaraciones nada complicadas de los hechos proveen todo lo que es necesario para la fe. El Evangelio de Mateo registra el mensaje divino a José, que le fue dado en un sueño: «Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo:

He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel» (Mt 1.20-23).

El Evangelio de Lucas anota el mensaje dado a la virgen María personalmente por el ángel Gabriel. Respondiendo a la pregunta de ella sobre cómo la promesa de un Hijo podría cumplirse en su estado de soltera, le dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios».

La fe de los desposados José y María fue asombrosa. La natural perplejidad de la mente de José al descubrir que María estaba encinta antes de que se unieran la indica Mateo (1.20). El que, no obstante, recibiera a María como esposa, fue la obediencia de la fe. Todavía más impresionante fue la fe de la misma María, que en su respuesta a la comunicación divina dijo: «He aquí la sierva [mejor, «la esclava», *doulé*] del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra». Las meras consideraciones humanas podrían haberla llevado por lo menos a abstenerse de una aceptación tan dispuesta de una situación que naturalmente sería malentendida por la gente y que sería comidilla de chismes.

Por el poder sin límite del Altísimo, y por medio del Espíritu Santo, el Hijo de Dios se encarnó, participando con nosotros de carne y sangre, de manera que el propio Creador llegó a ser parte de la misma creación que él había hecho existir con su palabra (Heb 2.14). El Cristo verdaderamente «nació» de la mujer. El lenguaje de las Escrituras excluye la antigua teoría monofisita (una naturaleza) de que él no participó de la sustancia de ella; negación, en otras palabras, de que él se encarnó por medio de su madre.

La verdad del nacimiento virginal de Cristo es

ESENCIAL A LA FE CRISTIANA,

está en conexión inseparable con su impecabilidad reconocida y con las otras evidencias del carácter sobrenatural de su persona. Las narraciones que el Evangelio da de sus hechos y sus enseñanzas proscriben toda incongruencia desde las declaraciones iniciales y preliminares de su nacimiento sobrenatural. Sus propias afirmaciones como Hijo de Dios quedarían invalidadas si él no hubiera nacido de una virgen. Si acepta como hechos lo que se cuenta de su vida, el lector sin prejuicios se ve obligado a aceptar los enunciados de su nacimiento virginal. Si se niega esto último, se debe dar cabida a las dudas en cuanto al carácter y atributos de la persona que está ante nosotros en las narraciones del Evangelio. No creer en el nacimiento virginal y profesar aceptación del resto de los registros en cuanto a él es del todo incoherente.

Los relatos del nacimiento de Cristo en los Evangelios de Mateo y Lucas son innegablemente partes genuinas de estos Evangelios. Los capítulos que dan el registro de la Natividad se hallan en todos los manuscritos. En cada Evangelio, los primeros capítulos nos llegan precisamente con la misma autoridad que los capítulos restantes. Lo genuino de estos escritos ha sido plenamente vindicado. Las evidencias internas son suficientes para mostrar que el relato del nacimiento virginal de Cristo jamás podría haber sido inventado.

Se aduce que el nacimiento virginal de Cristo no contribuye a explicar su impecabilidad y que la mancha de pecado pudiera haber sido trasmitida por María, puesto que la naturaleza de ella era de pecado. Pero ese argumento no tiene base. El poder sin límite del Altísimo, el poder del Espíritu Santo y el acto del Hijo de Dios mismo en la encarnación fueron suficientes para asegurar absoluta libertad de toda mancha de pecado. Como ya se comentó arriba, el nacimiento de Cristo no fue la generación de un nuevo ser. Fue la entrada, de parte de uno que ya era Dios, a un nuevo modo de existencia; de aquí que «el Santo» siguió siendo santo.

«La gracia de nuestro Señor Jesucristo»

«Porque ya conocéis la gracia», dice el apóstol, «de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos». Este es el significado y el mensaje de la encarnación. No es cuestión de fría teología. Jamás podremos contemplar correctamente el tema sin que estimule nuestra más profunda gratitud y afecto. Es más, nos corresponde, impulsados por gracia tan maravillosa, rendirle en devoción de amor «todo lo que tenemos y somos».

¡Ha venido! El Cristo de Dios
Dejó por nosotros su morada gozosa,
Descendiendo de su trono bendito
A este desierto tenebroso.

¡Él, el Poderoso Rey ha venido!
Haciendo de esta pobre tierra su casa;
Viene para llevar nuestra carga triste de pecado,
Hijo de David, Hijo de Dios.

¡Hijo nos es dado!
Ha venido del propio cielo de Dios,
Trayéndonos con él de arriba
Santa paz y santo amor.

—H. Bonar

El Siervo perfecto

La razón principal por la que Jesús vino al mundo fue hacer la voluntad de su Padre. Vino para servir, y su obediencia a su Padre fue perfecta. Su función estaba predicha: «He aquí mi Siervo». Sus sacrificios quedaron explicados: «Obediente hasta la muerte». Y su ejemplo está allí para que lo sigamos: «Como el Padre me envió, así también los envió a ustedes».

Los propósitos por los cuales Jesús vino al mundo se indican de varias maneras en las Escrituras. Él vino «a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc 19.10). Vino a llamar a los pecadores al arrepentimiento (5.32), y a salvarlos (1 Ti 1.15). Su objetivo primario, sin embargo, fue hacer la voluntad de su Padre. «Porque he descendido del cielo», dice él, «no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Jn 6.38). Este era su propio sustento, su «comida» (4.34). Solo él pudo decir de manera absoluta: «El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón» (Sal 40.8).

Su senda de obediencia al Padre sin desviación le caracterizó como aquel de quien Jehová había dicho por el profeta Isaías: «He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento» (Is 42.1). «El cual, siendo[1] en forma de Dios [no parecido a Dios, sino ese modo de ser que revela la naturaleza y carácter esenciales de Dios[2]], no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse [más precisamente, «cosa que hay que agarrar»; el verdadero significado es probablemente «un medio de auto engrandecimiento»], sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho [lit., haciéndose] semejante a los hombres» (Fil 2.6, 7).

Un Siervo

Tomó forma de «siervo». Esto nunca se dijo de él en relación con los hombres, porque la palabra implica la sumisión completa de la voluntad a aquel a quien se sirve. Él fue en verdad servidor (*diákonos*) de los hombres; así habló de sí mismo, por ejemplo, cuando, corrigiendo la ambiciosa rivalidad de los discípulos, dijo: «el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor (*diákonos*), y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mr 10.43-45). Así, otra vez, en el aposento alto, presentándose como contraste a sus preguntas sobre quién de ellos sería el mayor, él dice: «yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lc 22.27). *Diákonos* implica actividad en el ministerio dirigida por el juicio propio de uno, en tanto que *doulos* implica sujeción a la voluntad de otro. Por eso, esta última palabra se dice de Cristo solo en relación con su servicio a Aquel que le envió. Él fue el *diákonos* de los hombres, el *doulos* de Dios. Justo del modo como la frase «forma de siervo» expresa la realidad y el carácter de su posición como siervo, porque él indudablemente lo fue, así «forma de Dios» expresa la realidad de su divinidad. Él fue tan verdaderamente Dios, tanto en su preexistencia como después de encarnarse, como fue siervo cuando estuvo en la tierra.

Sus atributos divinos

Puesto que las frases «tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres» (Fil 2.7), explican el enunciado precedente de que «se despojó a sí mismo», es importante observar cuidadosamente el testimonio de las narraciones de los Evangelios respecto a sus atributos y caminos como Siervo de

Jehová. El que él siguió siendo Dios en el sentido más completo, es, como hemos visto, algo claro en todo el pasaje. También se indica directamente en varios lugares del Nuevo Testamento. Los Evangelios le presentan como Uno que, en tanto que poseía los atributos divinos, los ejerció en dependencia de y sujeción al Padre. El poder que exhibió fue el que le pertenecía solo a Dios. La naturaleza estaba completamente sujeta a su control. Anduvo sobre el agua, calmó la tempestad con una palabra, convirtió el agua en vino, proveyó sobrenaturalmente pan. De nuevo, tenía poder absoluto sobre la enfermedad y la muerte; sanó «toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mt 4.23), y revivificó a muertos. Una sola expresión de sus labios hizo que sus supuestos captores retrocedieran y cayeran a tierra (Jn 18.6).[3]

Insistimos, él «conocía a todos», «pues él sabía lo que había en el hombre» (Jn 2.24, 25). Él sabía el historial secreto de las vidas de las personas (4.16-19) y su destino (5.24-29; 8.21). Él percibía los pensamientos de los hombres (Mr 2.8; Lc 5.22). Exhibió conocimiento del futuro imposible para los hombres. Su predicción de eventos futuros se ha cumplido hasta aquí con absoluta precisión.[4]

Profundamente significativo, también, es el hecho de que el Señor podía ver lo que estaba teniendo lugar, aunque no estuviera en presencia corporal allí para contemplarlo. Le dice a Natanael: «Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi» (Jn 1.48). No fue sino la evidencia de poderes divinamente sobrenaturales de Cristo lo que extrajo de Natanael la exclamación: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel». Y el Señor admitió la evidencia de su divinidad al reconocer la fe del hombre: «¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que éstas verás».

Su obediencia AL Padre

Ahora bien, el pasaje de Filipenses 2, que muestra la permanencia de su divinidad en y después de su encarnación, indica también que él se hizo «obediente hasta la muerte». Toda su vida fue de obediencia al Padre sin desviación, y su muerte fue el acto culminante de eso. «Por lo que padeció aprendió la obediencia [no dice que él aprendió a obedecer]» (Heb 5.8). Nunca hizo nada independientemente del Padre. Él dijo: «No puede el Hijo hacer nada por [lit., desde] sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre» (Jn 5.19). Esto no significaba limitaciones intrínsecas en su caso; sus limitaciones fueron solo las que voluntariamente se impuso a sí mismo. Porque luego dice: «porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente». Todo lo que él hizo, lo hizo en unión inseparable con el Padre. Él dijo: «Yo y el Padre uno somos»; y otra vez: «Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo». Por consiguiente, el poder sobrenatural le pertenecía de manera inalienable a él como Hijo. Y, sin embargo, siempre actuó como alguien que, en virtud de su humanidad, vivía dependiente de, y en sujeción a, la voluntad de su Padre.

Su unción

De nuevo, él declaró que hacía señales por el Espíritu de Dios (Mt 12.28). El apóstol Pedro también, refiriéndose al momento del bautismo de Cristo en el Jordán, dice que Dios le «ungió con el Espíritu Santo y con poder» (Hch 10.38). Esto no implica que Cristo estuviera en sí mismo desprovisto de poder sobrenatural, o que no poseyera los atributos de la Deidad antes de ser ungido, ni tampoco implica que él estuviera sin el Espíritu Santo hasta ese momento. Sus obras fueron realizadas como resultado de una unción divina. Y aquí se nos enseña de manera más completa la gloria de su gracia como Siervo perfecto; porque muestra que, mientras que su divinidad le daba a todo lo que hacía un carácter y valor únicos, él no actuaba meramente en virtud de su divinidad, sino, continuando la posición de dependencia en, y sujeción a, el Padre, Cristo vivió, enseñó, actuó y se ofreció a sí

mismo, y ganó su poderosa victoria, en el poder del Espíritu. Si no hubiera sido así, no hubiera preservado perfectamente el lugar de siervo que de manera tan real asumió en este mundo.

Él puso su vida

Al «hacerse semejante a los hombres», su cuerpo mismo llegó a ser instrumento del cumplimiento de la voluntad de su Padre. Esto lo predijo el Salmo 40, según se cita en Hebreos: «Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí» (Heb 10.5-7). Él pudo restringir, y en efecto restringió, el uso de sus atributos divinos. Permitió que sus captores lo ataran después de exhibir su poder divino al hacer que cayeran postrados con su palabra. Se sujetó a la violencia e indignidad humanas. Permitió que los que estaban encargados de su crucifixión realizaran su trabajo. «Fue crucificado en debilidad» (2 Co 13.4), no por impotencia, ni por la debilidad causada por el maltrato, sino por la suspensión voluntaria de su poder esencial como Hijo de Dios. La fuerza humana en sí misma sería absolutamente impotente contra él, si no fuera porque fue su voluntad someterse a ella. Como prueba, dijo de sí mismo algo que no podía ser cierto de ningún mero hombre: «Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder [o autoridad] para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (Jn 10.17, 18).

Las restricciones que se impuso a sí mismo son coherentes con su verdadera humanidad. Al mismo tiempo, en estas mismas restricciones exhibió constantemente su poder sobrenatural. En ninguna parte se muestra con tanta contundencia como en la cruz. Ciertos detalles respecto a su muerte la distinguen de la crucifixión de un mero hombre, como, por ejemplo, su potente grito, la entrega de su espíritu y, antes de eso, el inclinar (o, más bien, reclinar) su cabeza, en contraste con el orden natural de que a la última exhalación le sigue la caída de la cabeza. Su muerte no podía haber sido la muerte de un mero hombre. Es inútil argumentar que Dios no puede morir y que, por consiguiente, Cristo no era Dios. Aquel que era Dios pudo hacerse también hombre a fin de morir, y eso fue lo que hizo. Su muerte fue la muerte sobrenatural de uno que era a la vez hombre y Dios.

«De aquel día y de la hora»

Como con su poder divino, también con su conocimiento divino, refiriéndose a su Segunda Venida, dijo: «Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre» (Mr 13.32). No se trataba de un fallo en su conocimiento. En verdad, es muy posible que el original conlleve el pensamiento de que el conocimiento del Hijo va solo en conjunción con el del Padre. Esto estaría de acuerdo con su declaración: «Mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre» (Jn 8.16); «Yo hablo lo que he visto cerca del Padre» (v. 38). La declaración del Señor en Marcos 13 es prueba de que poseía poderes de conocimiento que le pertenecían solo a Dios. También exhibe su carácter como el perfecto Siervo de Jehová. Juan 1.17-34 es otro ejemplo de esto. Estaba en la senda de la voluntad del Padre que después de la muerte de Lázaro él esperara dos días antes de ir y que al llegar preguntara cuánto tiempo había estado enterrado y dónde. Todo esto muestra su ternura compasiva hacia los afligidos.

Así pues, las Escrituras enseñan claramente que el Señor nunca abandonó sus atributos divinos y que se matriculó en la escuela del Padre y aprendió de él su voluntad diaria. Fue de Cristo de quien Isaías escribió: «Jehová el Señor me dio lengua de sabios ... despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios. Jehová el Señor me abrió el oído» (Is 50.4, 5).

La higuera estéril

En el caso de la higuera que se relata en Marcos 11.13, decidió hacer uso del medio ordinario de investigación común para los hombres. «Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo». La higuera estaba sin fruto. «No era tiempo de higos». Los higos debían haber estado allí antes que las hojas si iba a haber algún fruto. De inmediato, y con vista a la significación moral de su acción, condenó a la higuera a la destrucción. Tanto en la investigación como en la destrucción cumplió la voluntad del Padre en perfecta comunión con él.

Todos estos ejemplos, si bien evidencian la verdadera humanidad de nuestro Señor, deben al mismo tiempo considerarse a la luz de su divinidad esencial. No es que los atributos de lo divino fueran comunicados a la naturaleza humana; las acciones del Señor eran las de alguien que poseía ambas naturalezas. Nunca actuó en un momento como hombre y en otro como Dios. Las dos naturalezas estaban, y están, perfecta e inseparablemente combinadas en él. Las restricciones que se impuso a sí mismo ilustran la declaración del apóstol de que Cristo «se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo». Revelan la realidad esencial de su carácter de siervo, y solo así se las puede considerar correctamente. Estos no son asuntos únicamente de cristología.

Su ejemplo para nosotros

Le contemplamos, por consiguiente, como uno que sin desviación se deleitaba en hacer la voluntad del Padre, sin jamás permitir que nada estropeara la gloria de su servicio y obediencia filiales. Esto era su mayor gozo, el gozo que destila en su declaración: «No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre» (Jn 5.30).

Así, otra vez, al dejar el aposento alto con sus discípulos, con los horrores del Getsemaní, su traición, con su juicio y muerte por delante, dice: «Yo amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago» (14.31). Este era el espíritu que halló expresión en la hora de su negro combate en Getsemaní, en su proclamación de sublime resignación: «Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya».

Que nuestra contemplación del Hijo de Dios lleve nuestros corazones a adorarle y alabarle, y, al considerarle en la perfección de sus caminos, recordemos que él «nos dejó un ejemplo para que sigamos sus pisadas»; y que hallemos nuestro deleite en hacer su voluntad. Porque a nosotros se aplica su palabra: «Como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes».

1. O, más bien, «existiendo»; la palabra *juparco* lleva consigo una idea doble: primero, que lo que se dice de esta persona le caracterizaba de una manera especial tanto antes como también al tiempo a que se refi ere, y, en segundo lugar, que esa persona mantenía esas características después del hecho particular dicho de ella. Para dar una ilustración: «José ... el cual era [*juparcon,* siendo] miembro del concilio ... fue a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús» (Lc 23.50, 52). No dejó de ser miembro del concilio después de su petición a Pilato. Así, Cristo no dejó de ser «en forma de Dios» después de hacerse hombre.
2. Ese es el significado de la palabra *morfé*, forma; denota la manifestación de la realidad inseparable de la persona o cosa mencionada.
3. Los milagros de Cristo han de distinguirse de los realizados por apóstoles, profetas y otros. En el caso de ellos, el milagro se realizaba por poder divino impartido. Compárese la declaración de Pedro al sanar al cojo: «¿Por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a éste?» (Hch 3.12). Cristo fue él

mismo uno en la Deidad y, por consiguiente, tenía todos los atributos de la Deidad, en tanto que, siendo también hombre, actuaba en el poder del Espíritu.

4. En este sentido, podemos señalar lo que el Señor dice en cuanto a su conocimiento del Padre. En uno de los debates con los oponentes judíos dice: «Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco» (Jn 8.55). En la declaración anterior la palabra es *ginosko*, que indica conocimiento derivado de la experiencia; en la posterior es *oida*, que significa conocimiento intuitivo. De esta manera, él se diferencia por entero de los judíos. Es cierto que él usa la palabra *ginosko* para su conocimiento del Padre, como también lo hace para el conocimiento que el Padre tiene de él mismo, como, por ejemplo, en Juan 10.15, donde dice: «así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre».

La impecabilidad de Cristo

Jesús vino al mundo como hombre y, sin embargo, vivió sin pecado. No hay duda de lo inmaculado de su carácter; las Escrituras respaldan el hecho de que él «no conoció pecado». Aquí examinamos las afirmaciones, testimonio y evidencias bíblicos que respaldan la impecabilidad de Cristo.

El testimonio de los escritores del Nuevo Testamento en cuanto a la impecabilidad de Cristo es variado y, sin embargo, unánime. Y el testimonio es tanto más contundente en tanto que ni la variedad ni la unanimidad podrían haber sido arregladas previamente. Incluso el lector más crítico, si es sincero, se ve obligado a admitir la imposibilidad de que los escritores puedan haber convenido en consenso de opinión sobre el tema. En verdad, la misma diversidad del testimonio va contra tal idea.

Tomaremos primero las declaraciones directas de los mismos escritores. Pudiéramos haber esperado hallar aseveraciones de la impecabilidad de Cristo hechas por los escritores de los Evangelios. Su testimonio, impactante en sí mismo, es, sin embargo, de un tipo diferente. Es verdad que algunos de los personajes de sus escritos hacen pronunciamientos definitivos, pero para encontrar aseveraciones de parte de los que escribieron el Nuevo Testamento debemos pasar a las epístolas. Y aquí el testimonio es de sólida consonancia con el carácter y circunstancias de aquellos escritores que proclamaron la impecabilidad del Señor.

El testimonio de los apóstoles

El testimonio del apóstol Pedro es que Cristo no pecó (1 P 2.22). Es apropiado que esto lo diga uno que se caracterizó por ser un hombre rápido para actuar. Añade «ni se halló engaño en su boca», tal vez recordando su propia precipitación para hablar la noche de su traición. Juan afirma: «No hay pecado *en él*» (1 Jn 3.5). Los Evangelios dicen claramente que a este apóstol se le concedió una proximidad especial, una intimidad con el Señor en los días de su carne, como, por ejemplo, cuando en la cena se apoyó en el pecho de Jesús (Jn 13.23-26). Él, entonces, testifica, no de acciones externas, sino del ser interior del Señor.

Una tercera forma de testimonio viene de la pluma de Pablo, que dice que Cristo «no *conoció* pecado» (2 Co 5.21). Esto es peculiarmente apropiado de parte de alguien que estaba tan comprometido con comunicar la mente del Señor que dice «nosotros tenemos la mente de Cristo» (1 Co 2.16) y más adelante exhorta a los santos a tener la mente de Cristo (Fil 2.5).

Las declaraciones más completas las hace el escritor de la Epístola a los Hebreos, y esto es coherente con el hecho de que casi toda la epístola se ocupa de las glorias de Cristo. Aquí leemos que él «fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado», y que fue «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores» (Heb 4.15; 7.26).

El testimonio de los Evangelios

Pasamos ahora de las afirmaciones directas de este tipo al testimonio de los Evangelios. Los Evangelios proporcionan un testimonio triple: (1) el del carácter y caminos de Cristo; (2) las proclamaciones de Cristo mismo; (3) el testimonio de sus adversarios.

Su carácter y caminos

(1) Los escritores de los Evangelios, como hemos dicho, no dicen por sí mismos que Cristo fue sin pecado. ¡Con cuánta facilidad pudieran haberlo hecho! ¡Cuán fácilmente pudieran haber elevado sus alabanzas, comentado de las perfecciones de Cristo o hablado con admiración del carácter impecable de Cristo! La ausencia de tales comentarios hace su presentación más contundente. Con una naturalidad sin barniz y con sencillez presentan los hechos vistos por ellos o que les fueron comunicados, y la persona que cada uno de ellos presenta, independientemente del otro, y sin embargo con perfecta consistencia, se ve como el mismo arquetipo de santidad, cuya belleza inmaculada y gloria impoluta etiquetan de imperfección todo lo que no es él mismo.

Cristo no llegó a ser sin pecado. Fue sin pecado desde el principio. Nunca dio ni rastro de conflicto respecto a contradicciones morales internas. Ni el más prolijo escrutinio puede detectar el más ligero grado de arrepentimiento o remordimiento de parte suya. Él nunca oró pidiendo perdón, porque no tenía pecado que confesar. Ninguna frase de las que jamás pronunciara se podría malinterpretar como para que indique conciencia de culpa o admisión de indignidad. Al instar a los hombres al arrepentimiento, fue por los pecados de ellos; nunca se identificó con ellos en esta necesidad. Cuando los hombres se ven abrumados por la calamidad, espontáneamente admiten su condición de pecado. En las horas de su mayor angustia, Cristo nunca deja ver ni en lo más mínimo, cuando derrama su alma, una conciencia de error.

Contacto sin contaminación

Tampoco, insistimos, se podría jamás decir que su santidad fue preservada por evitar el contacto con lo contaminado. Él no vivió una vida enclaustrada. Tampoco se esforzó por alejarse del conflicto ni evadió la compañía de los pecadores. Sus archicríticos lo acusaron de ser «amigo de publicanos y pecadores». Los Evangelios le presentan como hombre verdadero, miembro de la raza humana, perteneciente como tal a todas las razas y todas las generaciones de la humanidad, identificándose con la humanidad en todo, excepto en el pecado. Se halló continuamente en el más íntimo contacto con los degradados y contaminados, rodeado constantemente por una multitud de influencias malignas, pero se mantuvo absolutamente limpio de la contaminación de ellos. En esto fue esencialmente distinto del más santo de los hombres ordinarios. Los que más se aproximaban a él en carácter eran los que se sentían a mayor distancia moral de él.

Sin embargo, la suya no fue de ninguna manera una impecabilidad automática; él «fue tentado en todo según nuestra semejanza». Se suele suscitar la pregunta: ¿Cómo pudo la tentación ser real para Cristo, considerando su impecabilidad absoluta? Las Escrituras dicen que «él mismo padeció siendo tentado» y gracias a eso él «es poderoso para socorrer a los que son tentados» (Heb 2.18). ¡Padeció siendo tentado! Su mismo poder para sufrir y su perfección moral hicieron que la fuerza de la tentación fuera más real y terrible para él. La cadena confiable que aguanta la tensión es sometida a prueba tanto como la cadena no confiable que se rompe. Cuanto mayor es la confiabilidad, mayor la prueba. Es la cadena que no puede romperse la que aguanta la mayor prueba. Es el que nunca se rinde el que siente la plena fuerza de la tentación y sufre más.

Sus propias afirmaciones

(2) Cristo mismo afirma que no tuvo pecado. Como un desafío incontestable a sus más ensañados adversarios, y con una certeza de que el reto no podía aceptarse, dice: «¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?» (Jn 8.46). A sus discípulos les dice: «viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí» (Jn 14.30). No había nada en él que pudiera responder a las sugerencias o instigaciones del maligno.

Se ha insinuado que cuando al joven rico que le preguntó lo que debía hacer para heredar la vida eterna, el Señor le dijo «¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios», estaba descartando el título de bueno. Tal conclusión se debe a una mala comprensión de las circunstancias. El joven usó la palabra «bueno» con una percepción inadecuada del significado del término; la forma en que lo usa indica una noción defectuosa de su propio pecado. Cristo dio a entender en su respuesta que si en algún sentido se le aplica el término, ha de ser en el sentido más alto, es decir, como se aplica a Dios. Así que, lejos de sugerir una conciencia de imperfección o defecto, el Señor estaba insinuando precisamente lo opuesto. El pedestal en que el joven le puso en realidad no era lo suficientemente alto (Mt 19.16-22).

Aquí, como en otros casos, se mostró a sí mismo en conflicto con las ideas habituales de lo que era bueno. Como se ha dicho: «Él entró en violenta colisión con ellos y, con originalidad creativa, estableció mediante su enseñanza, vida y sufrimiento una noción de lo bueno directamente opuesta a la predominante», y de una manera «solo posible si él mismo poseía y estaba lleno de la gloria de lo verdadera y esencialmente bueno que él sabía y sacó a la luz», lo bueno que era suyo divina e intrínsecamente.

El testimonio de sus enemigos

(3) El testimonio de sus adversarios es variado y, sin embargo, de nuevo, concordante. Los demonios le reconocieron como «el Santo de Dios» (Mr 1.24), denominación aplicable a nadie más que a Jesucristo; y que indica su absoluta libertad de toda mancha de pecado. Sus más acérrimos enemigos, los fariseos, que siempre le observaban durante todo su ministerio público tratando de hallar aun la más ligera falta en él, que tramaban atraparle en sus propias palabras y a menudo espiaban incluso su vida privada, no pudieron al final hallar ninguna acusación contra él, excepto la acusación sin base de faltarle al respeto a César, la cual fue descartada por el juez romano que intervino en el caso.

Su traidor, con remordimiento, dijo: «He traicionado sangre inocente».

Su juez declaró: «Yo no hallo ninguna culpa en este hombre».

Su verdugo exclamó: «Ciertamente este hombre era justo».

¿Adaptó él sus enseñanzas a la ignorancia humana?

Bajo el peso de esta triple evidencia, cae por su propio peso la imputación de que Cristo, al impartir sus enseñanzas, ajustó sus ideas a la ignorancia de la gente, o utilizó mitos judíos para dar instrucción y advertencia; como cuando, por ejemplo, narró las circunstancias de la muerte y destinos del rico y Lázaro (Lc 16.19-31). ¡Qué grotesca y errada noción imaginarse que él, «en cuya boca no hubo engaño», de quien el testimonio de que era «santo, sin mancha, y sin contaminación» ha sido vindicado en todo punto de vista, se rebajara a adoptar el método del engaño! Es un insulto a su nombre sagrado afirmar que él, cuyo corazón fue en sí mismo santuario de la santidad divina, que declaró con incuestionable autoridad que le había sido entregado el juicio de todos los hombres, alguna vez haya jugado con la ignorancia de los hombres, ¡y además en cuestiones relativas al destino humano en el otro mundo!

En la vida de todo otro hombre hay desarmonía: los efectos desintegradores del pecado son universales en la raza humana. Solo con Cristo es diferente. Su naturaleza se nos revela como la armonía más sublime y pura. La razón y la voluntad jamás estuvieron divorciadas en su caso. Nunca preponderó indebidamente en él ninguna facultad mental o moral. Por ejemplo, exhibió vitalidad de emoción y sentimiento, pero nunca las que pasan al entusiasmo apasionado. Todos sus caminos se caracterizaron por una dignidad sublime. La armonía ininterrumpida de su naturaleza estuvo a la par de su armonía ininterrumpida con el Padre. En esto, como en su divinidad, se aplican sus palabras:

«Yo y el Padre uno somos».

Conclusiones inevitables

De la impecabilidad de Cristo se deducen ciertas consideraciones. Su singularidad en este aspecto incluye la singularidad de su nacimiento. El nacimiento por generación natural no ha producido ninguna excepción entre los hombres para invalidar el pronunciamiento de que «todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios». No es así con Jesucristo. Su impecabilidad vindica la doctrina de su nacimiento virginal y explica el hecho. De nuevo, su vida sin pecado le dio derecho, por ley divina, a la exención de la muerte; y sin embargo murió. Su muerte tenía, por consiguiente, que ser vicaria: «Cristo murió por nuestros pecados»; «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados». Es más, su impecabilidad determinó su resurrección como prerrogativa suya por derecho. El Santo de Dios jamás podía ver corrupción. En su caso, «la muerte no pudo retenerlo». De ahí que a sus pervertidos y arbitrarios jueces les dijera, con conocimiento de la muerte que tenía por delante, que él iba a ser levantado «a la diestra del poder de Dios» y aparecería en gloria y majestad divinas.

El carácter de su vida en la tierra mostró que estaba perfectamente cualificado para acometer la obra de la gracia redentora en el sacrificio expiatorio en la cruz. Somos redimidos «con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación» (1 P 1.19). «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Co 5.21).

«En la angustia de su alma inmaculada,
Percibo mi culpabilidad;
Oh cuán vil mi situación postrada,
Puesto que mi rescate fue tan grande».

Las glorias morales de Cristo

La perfección de Cristo no consistió meramente en la ausencia de pecado, sino en la presencia de armonía. El carácter de Jesús estaba libre de toda mancha de pecado, así que todo existía en equilibrio: mansedumbre y majestad, poder y misericordia, justicia y benevolencia. Su gentileza nunca se caracterizó por debilidad, ni su amor por mero sentimentalismo. Su celo nunca degeneró en impulsividad, ni su calma en indiferencia. En verdad, la vida de Cristo se caracterizó por los nueve aspectos del fruto del Espíritu.

«Júntense todos los nombres gloriosos,
De sabiduría, amor, y poder,
Que los mortales jamás conocieron,
Que los ángeles jamás llevaron;
Todos son demasiado insuficientes para hablar de su valía,
Demasiado insuficientes para revelar a nuestro Salvador».

Las perfecciones que marcan la vida y testimonio del Señor Jesús responden a la descripción profética de su carácter dada por el Espíritu y por medio del salmista: «Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios» (Sal 45.2). La plena comprensión de sus glorias morales está más allá del ingenio humano. Por primera vez, los ojos del Padre se posaron sobre uno en la tierra con infinita satisfacción y aprecio. Él creció «cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca». Desde sus primeros días de vida en la tierra, y en cada etapa de su crecimiento hacia la vida adulta, le dio al Padre un deleite inmaculado que halló expresión en su bautismo en la voz que vino del cielo diciendo: «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt 3.17).

Las etapas sucesivas de su niñez y juventud se resumen brevemente en la declaración del Evangelio de Lucas: «Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él», y también «Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres» (Lc 2.40, 52). Verdadero niño, joven, hombre, fue en toda etapa poseedor del pleno orbe de perfecciones morales y de esa combinación completa de los rasgos de carácter que le caracterizaron como «el Santo de Dios».

La armonía de su carácter

La perfectamente ajustada combinación y correlación de virtudes que exhibió en su vida le distinguen de todos los demás. El más grande y mejor de los hombres da evidencia de alguna medida de desigualdad en disposición, alguna preponderancia de un rasgo de carácter sobre el otro.

No hubo tal desproporción en el Señor Jesús. Su carácter nunca recibió modificación ni reajuste. Fue el mismo en todo momento, poseyendo siempre el mismo equilibrio y armonía. En él la majestad se combinó perfectamente con la mansedumbre, la dignidad con la condescendencia, grandeza consciente con sencillez sin ostentación, poder con misericordia, justicia con benevolencia, indignación santa contra el pecado con compasión tierna por el pecador. Su gentileza nunca se caracterizó por debilidad, ni su amor por mero sentimentalismo. Su celo nunca degeneró en impulsividad, ni su calma en indiferencia. La completa constelación de virtudes resplandeció en su carácter con lustre reluciente, irradiando en todas sus proclamaciones y caminos e impartiendo

unidad sin igual a sus diferentes acciones. Ninguna situación, por crítica que fuera, le halló de mal talante. «La gracia y la verdad vinieron por Jesucristo». Su incansable interés por el bienestar del hombre se caracterizó al mismo tiempo por su devoción al Padre sin desviación.

El registro inicial del Evangelio

Las glorias de su carácter, que están tan considerablemente veladas para nosotros respecto a sus primeros años en su hogar en Nazaret, resplandecen en toda su belleza de inmediato cuando el relato de los Evangelios empieza a presentar su vida y testimonio públicos. El primer pensamiento de uno es hablar de las obras de gracia y verdad en la fiesta de bodas en Caná de Galilea y también de la purificación del templo. Pero, al considerar que son posteriores a la tentación en el desierto, se hace evidente una fuerte relación. ¡Cuánto se pierde al no comparar entre sí las varias narraciones de los Evangelios! ¡No meramente con referencia a los mismos incidentes registrados en ellos, sino en la disposición de los diferentes incidentes! No hace mucho se le ocurrió a este escritor que pudiera haber una cierta correspondencia entre las glorias morales del Señor en las circunstancias de la triple tentación que le presentó Satanás, según lo anotan los Evangelios más tempranos, y el carácter de sus primeros actos públicos y enseñanzas según la narración de Juan. En un primer momento, la comparación revela coincidencias obviamente diseñadas por el Espíritu de Dios, y posiblemente también presentes en la mente de Juan. Hay correspondencia con el orden de las tentaciones según se da en el Evangelio de Mateo. Ese orden es cronológico. Allí donde el orden de Lucas difiere del de los otros Evangelios, no hay discrepancia en cuanto a los hechos. Lucas agrupa deliberadamente sus temas, conectándolos de una manera diferente al orden real de los eventos.

Las tentaciones y sus equivalentes opuestos

Ahora bien, los primeros actos de benevolencia y fidelidad del Señor, según los narra el Evangelio de Juan, son el equivalente opuesto de sus tres victorias sobre el maligno en el desierto. Y en esto podemos discernir una determinación divina de que las glorias divinas de su triunfo sobre el adversario se exhibieran de inmediato en sus obras de gracia y fidelidad, y en su enseñanza.

La primera tentación y el primer milagro

Esta primera victoria en el desierto está en resistir la sugerencia del diablo de convertir las piedras en pan, es decir, negarse a transformar una sustancia en otra de mayor valor para suplir una necesidad inmediata. Su primer milagro público fue precisamente de esta índole, aunque las sustancias fueron diferentes. En las bodas de Caná, convirtió el agua en vino y al hacerlo realizó el mismo tipo de acción que se había negado a hacer por instigación de Satanás. En los consejos divinos, el carácter de su victoria sobre el enemigo espiritual halló su correspondencia en su acción de bendición en Caná. «Este principio de señales hizo Jesús ... y manifestó su gloria» (Jn 2.11). Esta gloria, que el hombre no había visto antes, expresada en la negativa a actuar de cierta forma, ahora se exhibe de una manera correspondiente en servicio al Padre y a favor de los hombres. Con certeza, podemos apreciar una recompensa divina en esto, un gozo en la exhibición de gracia después de la prueba del conflicto.

La segunda tentación y la purificación del templo

La segunda manera en que el Señor venció al adversario en el desierto se vio en su negativa a arrojarse del pináculo del templo para vindicar (probablemente ante la mirada del público) el hecho de su calidad divina de Hijo. Es muy difícil considerar que sea una coincidencia no prediseñada el

que su segundo acto público anotado después de las bodas de Caná de Galilea estuviera relacionado con el templo de Jerusalén. En lugar de arrojarse desde afuera, limpia su interior. Su fidelidad en el primer caso halla su paralelo opuesto en su fidelidad al mantener el carácter de la casa de su Padre. En vez de apoyarse, por sugerencia del diablo, en que Dios proveería cuidado angélico para impedir la destrucción de su cuerpo, ahora predice la destrucción del «templo de su cuerpo» y declara que lo resucitará. Habiéndose negado a exhibir su gloria por consejo del maligno, en la preservación de su cuerpo, lo dedica al sacrificio redentor en la cruz, y manifiesta su gloria en su resurrección. El esquema de Satanás de preservar el cuerpo de Cristo no era otra cosa que un sutil esfuerzo de prevenir la mayor gloria de la resurrección de su cuerpo. Aquí, de nuevo, hay una compensación divina; porque fue en su resurrección donde el Padre vindicó la calidad de Hijo de Cristo. «Fue declarado Hijo de Dios con poder ... por la resurrección de entre los muertos» (Ro 1.4).

En el caso de la primera tentación y el primer milagro del Señor, habiéndose negado a suplir sus propias necesidades, exhibió, al suplir las necesidades de otros, su simpatía y ternura; en el segundo ejemplo, al limpiar el templo en su celo por la casa de su Padre, manifestó su santidad y fidelidad.

La tercera tentación: El reino y la adoración

La tercera victoria en el desierto fue la negativa del Señor a recibir de Satanás los reinos de este mundo y su gloria, a condición de rendirle un acto de adoración (Mt 4.8-10). Aquí, de nuevo, hallamos una correspondencia similar en la narración del Evangelio de Juan; porque el reino de Dios y la adoración a Dios son los temas de los que el Señor trata en los episodios siguientes de ese Evangelio, es decir, en sus conversaciones con Nicodemo y la samaritana. El diablo había tratado de frustrar la exhibición divinamente señalada de las glorias del reino con un arreglo que anticiparía su manifestación. Conforme a los consejos divinos, primero deben operar los poderes del reino espiritual. El reino de Dios debe ser un misterio antes de que llegue su manifestación. Cuando el reino espiritual, el reino al que se entra por el nuevo nacimiento, se complete, el usurpador, sobre el cual triunfó el Señor, será arrojado de la tierra, y el reino del mundo que Cristo no aceptó de sus manos llegara a ser su posesión, por decreto y poder de Dios.

¡Qué maravilloso que a la pobre mujer degradada de Samaria, esclava del pecado y Satanás, el Señor le diera instrucción respecto a la adoración! No podía haber pasado mucho tiempo desde que él repelió a su adversario diciendo «escrito está: Al Señor tu Dios adorarás» hasta que le dijo a la mujer que los verdaderos adoradores «adorarán al Padre en espíritu y en verdad».

«El que venciere»

Hay lecciones para nosotros en todo esto, es decir, en el hecho de que las glorias morales del Señor al vencer la tentación se mostraron, con tan precisa correspondencia, en el carácter de los inicios de su ministerio entre los hombres. La fidelidad al resistir al enemigo espiritual es el seguro precursor del poder en el servicio a Dios. Y el carácter de servicio a menudo lo determina la naturaleza de la victoria sobre la tentación. José, que se niega a manchar su carácter y arruinar su supervisión en la casa del Potifar cediendo a la seducción de la esposa de su patrón, llega a ser primer ministro sobre todo el país, y recibe una esposa por designación del rey. Daniel, que se niega a deshonrar a Dios al conformarse a los arreglos de la corte oriental y contaminarse con la carne del rey, llega a ser gobernador sobre toda la provincia de Babilonia y presidente sobre ciento veinte sátrapas de todo el dominio. La fidelidad a la voluntad de Dios, bajo la presión de la tentación, trae su recompensa en esta vida y recibirá su recompensa eterna en el más allá. Aquel que en los días de su humillación resistió todo esfuerzo seductor para alejarlo de la senda de la cruz es «coronado de gloria y honor»,

y desde su lugar de majestad y poder anima a sus santos tentados a vencer: «así como él venció». Los que se niegan a contaminar sus vestidos aquí andan con él «vestidos de blanco».

Aquel que es tema de los relatos de los Evangelios se presenta ante el lector como alguien que no pertenece a ningún tipo o clase especial de hombre. Cristo es el hombre representativo. Él une en sí mismo todo rasgo característico del hombre, salvo el pecado y sus efectos. En él reluce toda virtud fuerte y varonil, así como toda cualidad tierna y suave. Él abarca en sí mismo los ideales de ambos sexos. Como Westcott dice: «Todo lo que hay en un hombre de fuerza, justicia y sabiduría; todo lo que hay en una mujer de sensibilidad, de pureza y perspectiva, está en Cristo, sin las condiciones que estorban en nosotros el desarrollo de las diferentes virtudes de una persona. Jesús es el único hombre universal, en estrecha semejanza con los hombres de todos los tiempos y climas».

Los Evangelios le presentan como alguien libre de las limitaciones características de raza, nación o familia. Esto es más asombroso si tenemos en cuenta que todo, tanto en su nacionalidad como en las circunstancias familiares de nacimiento y crianza, conducía a formar un tipo distinto. Hay dos influencias que contribuyen especialmente a la formación de una persona: la herencia y el medio ambiente. Sus efectos son separadores, divisores, aislantes.

Herencia

Cristo nació en la nación judía. De todos los tipos nacionales, el judío es uno de los más persistentes. Sin embargo, no hay nada en el carácter ni en las enseñanzas de Cristo que le caractericen conspicuamente como judío. En esto él es único, excepcional. Sus enseñanzas hallan una audiencia que bien puede ser toda la humanidad y dan respuesta a las experiencias internas de todos los hombres. Él es el eslabón de conexión entre hombres de las más divergentes nacionalidades. Las leyes restrictivas de herencia no hallan ilustración en él.

Medio ambiente

Tómese de nuevo el tema del medio ambiente. Las circunstancias y entorno de la crianza de una persona tienden a ejercer una influencia caracterizadora que le distingue de acuerdo a dónde vive. El distrito de Galilea no era una excepción. Por el contrario, las referencias a este lugar, en los Evangelios y Hechos, lo destacan particularmente como de carácter distintivo. «Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan?», dijeron los que estaban escuchando el testimonio de los discípulos el día de Pentecostés. Que la procedencia también se notaba por el acento lo vemos claro en Mateo 26.73. Por tanto, el medio ambiente de sus primeros años tenía todo lo necesario para afectar la vida de Cristo de tal manera que evidenciase dónde se había criado. Y sin embargo, ¡cuán libre estuvo él de todo distintivo de este tipo!

Considérese de nuevo la profesión artesana en que se crió, el medio de ganarse la vida de su familia. Después de iniciar su vida y testimonio públicos, los que le habían conocido preguntaron: «¿No es éste el carpintero?» (Mr 6.3). Lo normal sería decir que ese entorno no le llevaría a tener rasgos de universalidad. Sin embargo, ¡cuán globales son sus afinidades! Las barreras que tienden a separar a los hombres de una nacionalidad de los de otra se derriban en él. No importa a quién o dónde se lean las narraciones de los Evangelios, no hay nadie que no halle en él al pariente más próximo, uno en quien hay, exceptuando el pecado, un punto de contacto que no se encuentra en ningún otro.

Un fruto con nueve aspectos

Ahora contemplaremos las glorias morales de Cristo desde otro punto de vista. La Palabra de Dios

declara que «el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza [o dominio propio]», nueve virtudes combinadas en una armonía perfecta de carácter. Este pasaje, que habla de los efectos de la obra del Espíritu en el creyente, nos da al mismo tiempo un comentario del carácter del Señor según se revela en los Evangelios. En su caso, estas excelencias morales eran una exhibición de glorias esenciales en su humanidad. Ilustrar cada rasgo usando los relatos de los cuatro evangelistas ocuparía un volumen demasiado grande. Consideraremos aquí el testimonio de Cristo mismo sobre su carácter a este respecto. El espacio tampoco nos permite referirnos a la totalidad de su enseñanza. Un pasaje será suficiente. Contiene dentro de su ámbito cada uno de los rasgos citados en el versículo de la Epístola a los Gálatas, y casi, aunque no exactamente, en el mismo orden. Se trata de su discurso a los discípulos en el aposento alto la noche de su traición. Aquí también habla del fruto. Para que los discípulos den fruto, por necesidad debe ser resultado del propio fruto de él.

La primera en la lista de las virtudes mencionadas es

Amor

Ahora bien, en el capítulo 15 del Evangelio de Juan, el Señor habla de su amor justo después de su declaración de llevar fruto. «En esto», dice, «es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor» (15.8, 9). Su amor no era mero sentimiento; consiste en guardar los mandamientos de su Padre. Y nuestro amor no debe ser diferente; debe expresarse en obediencia a los propios mandamientos de Cristo, y también en amarnos unos a otros (vv. 10-12). El suyo fue el «mayor amor», exhibido al poner su propia vida.

El siguiente aspecto del fruto del Espíritu es

Gozo

Este halla su correspondencia en la siguiente proclamación del Señor: «Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros» (v. 11). Uno de sus propósitos al hablarles a los discípulos era que su gozo se cumpliera en ellos (17.13). Su gozo está en permanecer en el amor del Padre y en hacer su voluntad, y solo así puede nuestro gozo cumplirse.

La tercera cualidad es

Paz

El Señor habla de su paz pronto en su discurso: «La paz os dejo, mi paz os doy» (14.27). Esta es «la paz de Cristo» de la cual el apóstol escribe en Colosenses 3.15, la que debe gobernar, o más bien, arbitrar, en nuestros corazones, eliminando nuestras ansiedades y temores y resolviendo nuestros problemas. ¡Qué oscuras y terribles fueron las circunstancias del Señor la noche de su traición! El traidor ya estaba participando en su complot asesino. La agonía de Getsemaní era inminente ante él, para ser seguida por las terribles experiencias de su juicio y los más terribles sufrimientos de la cruz. Todo eso lo conocía el Señor de antemano. Sin embargo, en estas circunstancias es cuando él les habla a los discípulos de «mi paz».

A leer en el capítulo 15, las otras cualidades mencionadas bajo el fruto del Espíritu se nos presentan en el debido orden. No se las menciona específicamente, pero no podemos leer las palabras del Señor respecto a sí mismo sin discernir en seguida estos rasgos de su carácter, sobretodo mientras habla del tratamiento que recibió de los hombres. El mundo, dice, le ha aborrecido (v. 19), y esto en sí mismo nos sirve para recordar su

Paciencia

Esta se ve particularmente en sus controversias con los judíos que se le oponían, según se narra en el Evangelio de Juan, capítulos 5 al 11. Tan solo se apartó finalmente de ellos después de que habían pecado alejando todas sus oportunidades (11.54).

Los hombres le habían perseguido (v. 20). Sus persecuciones sirvieron para una exhibición de su

Benignidad

Su benignidad, que nunca se convirtió en debilidad, fue la expresión de su simpatía, su compasión tierna por todos los débiles, angustiados y necesitados.

A pesar de la dureza de corazón y resistencia expresas, y del antagonismo de sus enemigos, él había «venido, y les había hablado» a ellos (v. 22). En esto él exhibió verdaderamente su

Bondad

«La maldad de ellos todo lo que hizo fue exhibir la bondad de él».

Además de esto, él había «hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho» (v. 24). En esto él exhibió su

Fe

Porque todas sus obras fueron hechas en «fe y verdad» (véase Is 25.1).

La malicia que sus enemigos habían mostrado contra él había cumplido, como él dice, la palabra que estaba escrita en la ley de ellos: «Sin causa me aborrecieron» (v. 25), y el rasgo de carácter que sobresale en él ante todo esto es su

Mansedumbre

«Como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca». «La mansedumbre y gentileza» de Cristo se imprimieron indeleblemente en el corazón de Pablo. ¡Qué gran lección aprendemos cuando se basa en ellas para su apelación a los santos de Corinto para que corrijan sus relaciones personales con él! (2 Co 10.1). La mansedumbre de Cristo nunca estuvo desligada de su majestad. El esplendor incomparable de su grandeza brilló especialmente mediante su mansedumbre. Él obtuvo dominio sobre la injusticia al sufrirla. Nunca sus palabras fueron tan impresionantemente grandiosas, y sin embargo tiernas, en su mansedumbre y amor como cuando, mientras atravesaba la crucifixión, dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

La última de las nueve en la Epístola a los Gálatas es

Dominio propio

Este se muestra de manera impresionante en el carácter del Señor en el discurso del aposento alto. ¡Qué pacientes fueron sus tratos con estos discípulos, con sus malos entendidos y dureza de corazón! ¡Cuánto más tenía que decirles! Su corazón anhelaba desentrañar sus secretos para ellos en su medida completa. «Aún tengo muchas cosas que deciros», dice, «pero ahora no las podéis sobrellevar» (16.12). Sentía de veras una tierna simpatía hacia ellos en su debilidad, de ahí su dominio propio. Pero este es solo un ejemplo de esa misma cualidad que manifestó en todo el discurso, con una sublime majestad, una grandiosidad inexpresable.

Toda esa perfección de carácter que se resume en la frase «el fruto del Espíritu» se destaca en toda su belleza de virtudes combinadas en el testimonio propio de la enseñanza del Señor aquí, como

también en todos sus caminos. El efecto sobre los discípulos, en sí mismo una evidencia de la ascendencia que el Señor obtuvo sobre ellos, fue al mismo tiempo una prueba de su fuerza moral. Quien al principio ellos reconocieron como un maestro, tal vez no muy diferente de un rabino, era ahora su Señor. ¿Es su ascendencia absoluta sobre nuestros corazones? ¿Está siendo su carácter estampado en nosotros, transformándonos de gloria en gloria, a semejanza de Cristo? ¡Que sea así por amor a su nombre!

El sacrificio expiatorio de Cristo

Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y la única manera de lograr su objetivo era su propio sacrificio. Él fue el cumplimiento del plan divino de redención, que incluía a personas culpables, un sustituto perfecto, un sacrificio expiatorio y, en última instancia, reconciliación con el Padre.

El objeto para el cual el Hijo de Dios vino al mundo lo indica su nombre: «Jesús», que significa «Jehová (es) salvación». La interpretación inspirada de esto es: «porque él [o, literalmente, él mismo] salvará a su pueblo de sus pecados». En las palabras de uno de sus apóstoles: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (1 Ti 1.15). El medio para lograr este fin fue su muerte. Dijo que había venido «para dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20.28) y que él «pone su vida por las ovejas» (Jn 10.11-
15). Se manifestó «una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado» (Heb 9.26). Su sacrificio fue

Divinamente preordenado

Cristo fue «entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios» (Hch 2.23). Su muerte, por consiguiente, no fue accidental; fue una parte esencial del plan divino de redención. Él mismo les dijo a los discípulos: «Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados» (Lc 24.46, 47).

Por tanto, no vino meramente para enseñar a los hombres cómo vivir, aunque también lo hizo, ni para hablarles del amor de Dios o para que abandonaran el pecado. Vino para «mediante la muerte» traer salvación a los hombres (Heb 2.14, 15). Él «padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios» (1 P 3.18). Su sacrificio fue, por consiguiente,

Vicario

y esto lo respaldan los siguientes hechos: Cristo vivió una vida sin pecado, de lo cual fueron incluso sus adversarios y críticos. Sobre esta sola base, la libertad de la muerte fue su perfecto derecho, y eso por decreto divino. La ley de Dios prometía vida al que la cumplía. Entre los hombres, solo Cristo cumplió absolutamente las condiciones. Y, sin embargo, ¡murió! Ahora bien, su muerte no fue sencillamente resultado de que se encontrara con el antagonismo humano. Él podía haberlo evitado. Esto lo demostró cuando sus conspiradores acudieron para detenerlo (Jn 18.6; cp. 8.59; 10.39; Lc 4.29, 30), y así lo confirmó en su propia declaración: «Porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (Jn 10.17, 18). Al juez que le sentenció, le dijo: «Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba» (19.11). Su muerte fue única en que, solo en su caso, la decisión era entre morir y no morir nunca en absoluto.

Podía haberse abstenido de beber la copa amarga. De ello se sigue que, siendo la muerte la consecuencia del pecado (Ro 5.12; 6.23), la muerte de Cristo fue sustitutoria. «Murió para expiar pecados que no eran suyos». «Mas él herido fue por nuestras rebeliones», «Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Is 53.5, 6).

El carácter del pecado

Las ideas falsas de la expiación se deben en su mayor parte a nociones frívolas tanto del pecado como de la santidad de Dios. El pecado no es ni un percance temporal, ni una simple enfermedad o un desastre, ni tampoco «una etapa necesaria de camino a cosas más altas». «El pecado es infracción de la ley» (1 Jn 3.4). Es despreciar la voluntad de Dios. Se debe a la incredulidad (Ro 14.23; Jn 16.9). Dios, como gobernante moral del universo, le dio al hombre una ley que era el reflejo de su carácter justo, una ley cuyo cumplimiento servía para el más alto bienestar del hombre. El quebrantamiento de esa ley fue el desprecio culpable de la voluntad benevolente del Creador e hizo al hombre culpable de la retribución justa de Dios. Los mismos atributos de Dios demandaban la ejecución de la pena. Abstenerse de aplicarla sería anular la ley y degradar el carácter divino. El perdón divino solo podía ser impartido en coherencia con las exigencias divinas de justicia, la rectitud de su administración y su carácter de imposible relación con el mal.

El requisito de una persona

La expiación es imposible para el hombre. El arrepentimiento sería inefectivo, porque no podría restaurar la relación legal rota con Dios. Una vida enmendada no podría lograrlo, porque no podría cancelar la culpa previa. El hombre en su estado no regenerado no puede agradar a Dios (Ro 8.8). Tampoco podría el pecador hacer expiación mediante muerte, ni por sí mismo ni por sus semejantes. La expiación se exige sobre una base justa. A fin de hacer tal expiación se requería una persona que tuviera una comprensión adecuada de la naturaleza y exigencias de Dios. También debe demostrarse que está libre de toda mancha de pecado. Debe ser uno que pudiera llevar la maldición de la ley quebrantada; si no, sus sufrimientos serían a cuenta propia y, consecuentemente, no se conseguiría ninguna ventaja judicial para otros en ello. Más aún, debe colocarse en relación con la ley, para que pueda ser probado por ella.

Ahora bien, hubo solo un ser que pudo cumplir todas estas condiciones, y las cumplió: el Hijo de Dios. Siendo él mismo uno en divinidad con el Padre, él, y solo él, tenía una comprensión perfecta de la naturaleza y exigencias de Dios. Las otras condiciones también las cumplía, porque, aunque él mismo era el Creador y Sustentador del Universo (Col 1.16, 17), cuyas salidas habían sido «desde el principio, desde los días de la eternidad» (Mi 5.2), se encarnó, nació bajo la ley, se sometió a todas sus pruebas y la cumplió sin ninguna desviación, «haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». Solo tal persona podía llevar nuestro pecado. Y lo hizo: «por nosotros [fue hecho] pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Co 5.21). Fue necesario que Dios tratara con él, su Hijo sin pecado, como lo haría con el pecado. Esto es lo que significaba el levantar la serpiente de bronce, como el Señor mismo le explicó a Nicodemo. Jehová puso «su vida en expiación por el pecado» (Is 53.10).

Solo de esta manera pudo Dios ser «el justo, y el que justifica» al pecador. Este es el plan grandioso de la gracia divina en la expiación. En tanto que «todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios», los hombres pueden por fe ser «justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús». Porque Dios «puso como propiciación por medio de la fe en su sangre ... a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Ro 3.23-26). «Y él [en esta palabra está el énfasis] es la propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 2.2).

Una objeción

Contra el carácter de la expiación se objeta que tal muerte sustitutoria por el pecado es, en opinión

de algunos, imposible, puesto que la culpa es intransferible y el inocente sigue siendo inocente. La objeción es inválida. La culpabilidad personal sí es intransferible, pero sufrir por los pecados de otro es posible para cualquiera y es un hecho común en la experiencia humana. Fue para librar a los hombres de una pena merecida para lo que Cristo sufrió. Para eso llevó el azote de la justicia divina. «Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros». Hay profundidades en los sufrimientos de Cristo en la cruz que la mente humana jamás podría imaginar. Nadie jamás podrá medir o explicar los misterios de esa angustia que, bajo el peso del pecado y la ira debida al mismo, impulsó el clamor: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Tampoco nadie jamás podrá captar por completo la otra gran verdad, igualmente esencial en la doctrina de la expiación, «que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo». Esto excluye por sí solo de antemano cualquier intento de reducir el tema a términos de la mera jurisprudencia humana, o de explicar la obra de la cruz por cualquier ilustración de los tribunales legales.

Los hechos de la unidad del Hijo con el Padre muestran a qué incalculable costo entregó Dios a su Hijo para que muriese por nosotros. «El que no escatimó ni a su propio Hijo». «En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros [i.e., respecto a nosotros], en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo». «En esto consiste el amor ... en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4.8-10).

Otra objeción

Otra vez, se dice que un sacrificio sustitutorio es contrario a la rectitud moral, puesto que el que otra persona muera para conseguir la libertad del castigo futuro no podría efectuar un cambio radical en el carácter moral del culpable. Eso, sin embargo, es contrario a las Escrituras y a los hechos de la experiencia cristiana. El evangelio clama en contra de continuar en pecado. La muerte de Cristo capacita al creyente para decir con el apóstol Pablo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado ... el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gá 2.20), a considerarse «muerto al pecado» y «vivo para Dios», y así andar «en vida nueva». Al sufrir juicio y muerte para librarnos de la pena merecida, Cristo sufrió también para librarnos del pecado, que era la causa de nuestra condenación. Tal amor engendra otro amor que detesta el pecado por el cual el Salvador murió. De nuevo, Cristo no murió meramente para mostrar la benevolencia de Dios hacia el hombre. Su vida sola podría haber hecho eso, y entonces la plena expresión del carácter de Dios no se hubiera exhibido. Tampoco fue su muerte una mera manifestación del amor de Dios. Su muerte reveló la justicia de Dios al ejecutar en ella todo lo que merecía el pecado, y mostró su amor y misericordia al hacerlo en la persona de su Hijo. «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro 5.8). De este modo, el amor divino glorificó la santidad y justicia divinas. «La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron».

El hecho de que Cristo se hizo por nosotros ofrenda por el pecado, para que nosotros pudiéramos ser librados de la ejecución merecida de la sentencia debido a nuestra culpa, no puso en entredicho la rectitud de la administración divina. Al infligir la sentencia sobre la garantía voluntaria del pecador, Jehová «en tanto que absolvió al pecador, no absolvió sus pecados», sino que les aplicó su sentencia justa. Los fines de la justicia divina quedaron plenamente asegurados.

La naturaleza de su muerte

Su muerte, entonces, no fue la de un mártir por una causa. Tampoco murió meramente para conseguir una bendición para el hombre. Su muerte fue expiatoria. Se encarnó, participó de carne y sangre, a fin de presentarse para ser hecho pecado y hacerse maldición por nosotros, y así quitar la maldición que

nos correspondía por el juicio justo de Dios. Voluntariamente, se sometió a la muerte de la cruz a fin de que, sobre una base justa, el hombre pudiera ser restaurado para la comunión con Dios.

De nuevo, su muerte cumplió, y más que cumplió, todo lo que predecían las ofrendas de sacrificios animales sobre el altar. La muerte debía ser por derramamiento de sangre. «La vida de la carne está en la sangre». El hombre había abdicado de su vida por el pecado. La muerte vino por el pecado. De ahí que Dios decretara de los sacrificios animales, que, aunque eran sustitutorios, no podían por sí mismos limpiar de pecado la conciencia. La sangre de toros y machos cabríos no podía quitar el pecado (Heb 10.4). Ningún sacrificio de animales podía efectuar expiación por los pecados futuros del pecador. La sangre de Cristo «limpia de todo pecado»; llevó a cabo una expiación completa.

Reconciliación

Las palabras del original que se traducen como «expiación» y «reconciliación» no se pueden explicar mediante la frase en inglés «con una mente». La palabra hebrea denota «cubrir», i.e., interponerse para remoción de la culpa. La palabra griega sugiere propiciación, adquisición de perdón. Cristo no murió para reconciliar a Dios. «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo». No es que Dios se reconciliara con el pecado del hombre. Eso jamás podía ser. Y en cuanto a su actitud hacia el pecador, si bien su amor proveyó un remedio «en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros», todavía se mantiene la ira de Dios para el que no cree en el Hijo (Jn 3.36). Al pecador, por consiguiente, se le llama a reconciliarse con Dios, no «a doblegar su orgullo ante la benevolencia de Dios», sino a buscar su perdón.

Redención

Es sobre esta base sobre la que Dios perdona al culpable, con perdón completo e inmediato al recibir a Cristo. De este modo, Dios libra de la sentencia de muerte y otorga al pecador que cree aceptación en Cristo. Esto es redención. En Cristo «tenemos redención por su sangre (i.e., su muerte por el derramamiento de su sangre), el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (Ef 1.7).

La redención tiene dos lados: uno es el rescate pagado y el otro la liberación del pecador de su posición de condenación y muerte. Los dos son entre sí como causa y efecto. El precio de rescate de la sangre de Cristo fue pagado por exigencia de la santidad y justicia divinas. El rescate fue pagado por todos los hombres. Pero todos los hombres no van a aceptar la provisión hecha. Solo los que lo hacen son en realidad redimidos y hallan en Cristo su sustituto.

El alcance de la expiación

El vocabulario de las Escrituras es preciso al respecto. La palabra *anti,* «en lugar de», que denota sustitución real, se halla solo dos veces en el Nuevo Testamento, en Mateo 20.28 y Marcos 10.45, y es «en rescate por [en lugar de] *muchos*». En 1 Timoteo 2.6, aparece la palabra *antilutron*: «el cual se dio a sí mismo en rescate [*antilutron,* rescate sustitucionario] por [*júper,* a favor de] todos». Eso expresa el carácter sustitutorio del rescate, pero el apóstol no dice «en lugar de todos». La provisión fue hecha *a favor de* «todos», es *en lugar de* «muchos», es decir, los que ya no están en muerte y condenación, porque, al recibir a Cristo como su sustituto, en realidad son librados de esa posición.

«Y él es la propiciación [i.e., la persona por medio de cuya muerte expiatoria Dios muestra misericordia a los pecadores] ... por los [pecados] de todo el mundo». La remisión real tiene lugar solo en el caso de los que se acogen a la propiciación. Solo los creyentes pueden decir que sus pecados han sido expiados por Cristo. Los que le rechazan deben perecer eternamente. No hay ningún pasaje bíblico que muestre que Cristo llevó los pecados de todo hombre en la cruz. La declaración

de Juan el Bautista: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», quiere decir que trató allí de tal manera con el pecado que ahora todos los que se someten a los términos de Dios pueden ser libres de la culpa, y que de ahí en adelante en los nuevos cielos y nueva tierra no habrá ni rastro de pecado. Cristo se manifestó «por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado» (Heb 9.26). Debemos en tales versículos distinguir entre pecado y pecados (1 Co 15.3). Cristo murió por nuestros pecados, sufrió por los pecados (1 P 3.18). La provisión es universal; la aplicación es buena solo en el caso de los que reciben a Cristo por fe, sobre la base de su obra concluida en la cruz.

La resurrección de Cristo

Todo en el cristianismo depende de la resurrección de Cristo. Sin ella no hay evangelio. Confirma las enseñanzas de Jesús, valida sus afirmaciones y subraya sus promesas. A continuación se considera la evidencia para la resurrección y sus efectos en los que creen.

La resurrección de Cristo es la piedra de remate del arco de evidencias históricas relativas a su persona y obra. El hecho de su resurrección confirma la verdad de su vida, su nacimiento sobrenatural, su impecabilidad y su sacrificio sustitutorio en la cruz. Sin su resurrección no habría fe cristiana que declarar. Todo lo que quedaría sería un sistema de moralidad, pero eso no es el cristianismo. El cristianismo incluye la operación de un poder personal que produce efectos inexplicables por la ley de la naturaleza. La misma base del cristianismo es sobrenatural. Si se admite la existencia de Dios, con ella se admite que los milagros son exhibiciones de su poder. Si se niega la posibilidad o credibilidad de lo sobrenatural, los cimientos de la fe cristiana se esfuman. El mensaje de la resurrección abarca y resume todo lo que el evangelio declara. Si la resurrección no es un hecho, no hay evangelio que predicar. «Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana [*kenos,* desprovista de resultados] es también vuestra fe», dice el apóstol (1 Co 15.14). De nuevo, «y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana [*mataios,* desprovista de realidad]; aún estáis en vuestros pecados» (v. 17).

La resurrección de Cristo fue a la vez

La vindicación de su calidad divina de Hijo

Él «fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos» (Ro 1.4). También fue la vindicación de su impecabilidad, de la cual era complemento inevitable. La vida le fue asegurada a Aquel que cumplió la ley. El cumplimiento perfecto de ella por Cristo no solo incluye el carácter vicario de su muerte, porque no había nada en él por lo cual expiar, sino que también hizo de la resurrección su derecho privilegiado. En esto, él está solo. Siendo el «Santo» de Dios «era imposible que fuese retenido por» la muerte (Hch 2.24). El salmista había profetizado de él: «Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción» (Sal 16.10, 11).

De nuevo, su resurrección fue

La ratificación de la eficacia expiatoria de su muerte

«El cual fue entregado por [a cuenta de] nuestras transgresiones, y resucitado para [a cuenta de] nuestra justificación». Habiéndose logrado en su muerte nuestra justificación, porque somos «justificados en su sangre» (Ro 5.9); Dios le levantó de los muertos. El significado que se le asigna a la muerte de Cristo halla su explicación adecuada en su resurrección. Su resurrección fue también la exhibición de su autoridad sobre la muerte. Todos los demás habían sido, o serán, resucitados solamente por un poder de afuera. No así con el Señor. Él resucitó por su propio poder, así como por el del Padre. Acerca de su cuerpo, les explicó a sus enemigos: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Jn 2.19). Esto en sí mismo constituye un argumento irrefutable de que su resurrección era de su cuerpo, no meramente de su espíritu. Sobre su vida, dijo: «Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (10.18). Ya ascendido y exaltado, declara al apóstol amado: «Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto;

mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Ap 1.17, 18).

La base del evangelio

Los primeros predicadores del evangelio hicieron del hecho de la resurrección de Cristo el cimiento de todo su testimonio. Pedro basa en ella el hecho del envío del Espíritu en Pentecostés (Hch 2.33), el poder de la fe (3.15, 16), el arrepentimiento, el perdón de pecados y la salvación (2.30-38 con 4.12). Lo mismo Pablo; el evangelio que él predicaba era «que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1 Co 15.3, 4). La confesión de Jesús como Señor y la fe en que Dios le resucitó de los muertos son, dice, esenciales para la salvación (Ro 10.9). Su resurrección es la garantía de los santos (Ro 8.11; 1 Co 15.20-23), y de su completa reunión (1 Ts 4.14), así como de la derrota de los enemigos de Dios y del establecimiento de su reino (1 Co 15.25). Nos da la seguridad divina de que por medio de él Dios juzgará al mundo en justicia (Hch 17.31). La resurrección de Cristo, entonces, fue tanto el clímax de desarrollos pasados de gracia como el principio de nuevos desarrollos de vida, incluyendo la formación, progreso y destino de la iglesia, y la liberación final de la creación de la esclavitud de corrupción.

La evidencia

El carácter limitado del presente artículo excluye todo lo que pudiera ser una revisión de las evidencias de la resurrección del Señor. Tampoco podemos detenernos aquí en el tema de la veracidad e integridad, bien establecidas, de los registros del Nuevo Testamento. Cualquier dificultad que se considere que afecte el carácter de la evidencia es mucho menor que las relativas a otros hechos históricos. En ningún caso hay tantas líneas convergentes de evidencia. Con qué convincente naturalidad, por ejemplo, emerge el hecho en cada narración del Evangelio de los sucesos que condujeron a ella. La manera en que los escritores la tratan carece de toda afectación y artificialidad, como todo lo demás que cuentan. No manifiestan ninguna idea tal como que este evento, aunque único y asombroso en sí mismo, requiera alguna autenticación más detallada que los hechos indudables de que Cristo vivió y murió. No hay ningún esfuerzo por impresionar.

Tómese, por ejemplo, el descubrimiento de

Los lienzos en la tumba vacía

El cuerpo del Señor había sido envuelto[1] en lienzos de lino con unas cien libras de especias (Jn 19.39, 40). Juan cuenta que Pedro entró en la tumba, vio allí los lienzos y el sudario que le había envuelto la cabeza, no en el mismo lugar con los lienzos, «sino enrollado en un lugar aparte». No hay sugerencia de que el sudario hubiera sido doblado y puesto en otra parte de la tumba. Esa tela todavía estaba enrollada en la forma en que había estado en la cabeza. Lo mismo los lienzos del cuerpo. Ni amigos ni enemigos los habían tocado. Los amigos no hubieran quitado los vestidos del cuerpo; los enemigos no los hubieran dejado en la posición en que se los halló. Tampoco hay indicación alguna de lucha para liberarse de ellos. El Señor simplemente había dejado las telas tal como habían estado envueltas en él. Este es el sentido de las declaraciones de Juan en cuanto al envoltorio del cuerpo y la posición de las telas, y de su testimonio respecto a sí mismo, de que «vio[2] y creyó». La evidencia fue clara. Lo que había ocurrido no era la remoción del cuerpo, sino una resurrección. ¡Qué maravillosa fue la visión! ¡Qué único el suceso! ¡Y, sin embargo, con cuánta sencillez se da la narración! Y esto es característico de los registros no solo de la resurrección, sino

de las subsiguientes apariciones del Señor a sus discípulos. Es obvio que los escritores no están tratando de embellecer la literatura, sino simplemente están anotando hechos que sabían que eran verdad. No se puede dudar de su sinceridad. El carácter de las evidencias hace imposible que hayan sido víctimas de ilusiones. No había nada en sus pensamientos y experiencia que llegase a inspirar un ardiente deseo de tal suceso y así una espera del mismo. Cada vez que el Señor había hablado de ello, ellos no lo entendieron (Lc 18.34). Sus discípulos más íntimos no lo esperaban y, sin embargo, solo unos pocos días después, todo el grupo estaba absolutamente seguro de su veracidad.

El efecto en los discípulos

Más aún, las ocasiones de sus apariciones fueron muchas y variadas, y tuvieron la suficiente duración para que hubiera una considerable interacción y contacto personal. El poder abrumador de estas realidades produjo tal convicción que les cambió el carácter y transformó su fe. Y unos pocos días después de que se les diese la evidencia todos ellos estaban haciendo de la proclamación de los hechos la ocupación de su vida. Insistimos, eran hombres de inteligencia y probidad. Su misma incredulidad impide caracterizarlos como víctimas de la superstición o de la imposición. Además, no había ninguna ventaja mundana que ganar en la publicación de la resurrección. Todo lo contrario. Sabían que debían sufrir por su testimonio.

Tómese de nuevo el testimonio de Pablo. La verdad que él mismo había «recibido» la enseñaba con la intensidad de una convicción personal adquirida por la experiencia. «También me apareció a mí», dice. Y, de nuevo, «¿No he visto yo a Jesús Nuestro Señor?». Él no se esfuerza por probar la verdad de la resurrección del Señor. Sus argumentos en 1 Corintios 15 son contra la negación de la resurrección de los muertos, pero no de la resurrección de Cristo. No hay evidencia de que esta última fuera negada, y así usa la creencia común de ese hecho como prueba de una futura resurrección de los santos.

La veracidad de los escritores

Las narraciones de los cuatro Evangelios son claramente independientes una de otra y, sin embargo, son armoniosas. Por diferencias que haya, no hay discrepancias. El estudio cuidadoso de los detalles deja en claro tanto la consistencia como la independencia de los registros. Si el relato fue inventado, debió de haber sido bien por colusión o independientemente. El que los registros no fueron inventados por colusión lo dejan claro las diferencias evidentes. El que haya invención independiente es imposible. Los puntos de acuerdo son demasiados.

De nuevo, el carácter de los registros da testimonio irrefutable de que la evidencia procedía de testigos oculares. Hay una serie de detalles incidentales que sirven para establecer la veracidad de los escritores. Por ejemplo, el que no reconocieron a Cristo cuando se apareció primero a los discípulos (Lc 24.16; Jn 21.4), y el que no se diga que hubiese aparecido a alguno de sus enemigos ni se le represente confundiéndolos con tal manifestación, todo ello es contrario a la teoría de la invención. Una aparición a sus enemigos, con sus efectos convincentes, hubiera sido un gran argumento para alguien que estuviera inventando el cuento. Al narrarse de Cristo que había aparecido solo a sus seguidores sustancia lo genuino de las narraciones. También el muy limitado número de sus apariciones durante los cuarenta días. Los hombres que estuvieran inventando el relato habrían ampliado tales manifestaciones tanto en número como en punto de detalle. Hubieran mostrado a Cristo apareciéndose en un cuerpo tan glorioso como en la ocasión de la transfiguración. Pero no hay nada de esto. Con perfecta naturalidad, el Señor muestra las huellas de sus heridas. La lanza romana, el *pilum*, tenía una hoja de diez centímetros de ancho y hacía una herida tan grande que se podía

meter la mano en ella. Incluso si él no hubiera estado muerto ya, sobrevivir a eso era imposible; y sin embargo se aparece en pleno vigor, no como un hombre milagrosamente salvado de morir de esas heridas, sino como uno que había vencido la muerte en la resurrección.

La brevedad de la narración en cada caso es un testimonio de que se trata una presentación de hechos. Además, el comportamiento por parte de los discípulos en relación con su descubrimiento de la tumba vacía, y los detalles subsiguientes, todo concuerda con las características diferentes de las personas que se muestran en los Evangelios. Las incidentales pinceladas de color en el cuadro son perfectamente fieles a la vida.

NO UNA RESURRECCIÓN MERAMENTE ESPIRITUAL

La teoría de que la resurrección de Cristo fue meramente espiritual representa un antiguo error que ha reaparecido con propagación ampliamente extendida en tiempos recientes. La enseñanza de las Escrituras refuta por entero el error. En primer lugar, cuando el apóstol pregunta «¿Cómo resucitarán los muertos?», dice al mismo tiempo «¿Con qué cuerpo vendrán?». Luego, usando la ilustración de la muerte de la semilla sembrada en la tierra, dice: «Pero Dios le da el cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo ... Así también es la resurrección de los muertos» (1 Co 15.35-42). Así que, entonces, los santos muertos serán resucitados con cuerpos. Ahora bien, su resurrección va a ser a semejanza de la de Cristo (Ro 6.5). De ello se sigue que la de Cristo fue una resurrección corporal.[3]

En segundo lugar, el apóstol habla de Cristo como «el postrer Adán», «el segundo hombre». Ahora bien, el hombre como tal es un ser tripartito: cuerpo, alma y espíritu. Esta es, entonces, la constitución del segundo hombre, la cabeza adámica de la nueva raza de los redimidos. Su ser, como poseedor de verdadera humanidad, está condicionado tanto por su encarnación y su muerte como por su resurrección.

En tercer lugar, al hablar de su divinidad, el apóstol dice: «en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Col 2.9). Como Moule expresa: «Él resucitó, idéntico y, sin embargo, con diferencias. Su cuerpo resucitado era el mismo que su cuerpo sepultado. Pero no tenemos que insistir en una identidad de partículas, lo que por cierto no es necesario para nuestra propia identidad corporal continua. Esa identidad parece descansar en la identidad espiritual personal. El que una mano sea la misma en dos ocasiones en la vida radica, no en que esté formada por la misma materia, sino en tener la misma relación con el mismo espíritu. Lo que los Evangelios dejan en claro, por un lado, es la realidad y permanencia del cuerpo de resurrección de Jesucristo, empíricamente probada, a la cual apela el mismo Señor, que es todo veraz. Por otro lado, está claro que el modo de ser y de acción del cuerpo era nuevo. Parece que era capaz de algo inconcebible para nosotros, como atravesar masa material».

Cuarto, los registros de los Evangelios dan claro testimonio contra la teoría de una mera resurrección espiritual. «Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy», les dice a sus discípulos, «palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lc 24.39). Sus apariciones a sus discípulos no se explican por la suposición de materializaciones temporales. Tal idea es una presuposición gratuita y sin fundamento, que representa los intentos frustrados de mentes finitas de explicar lo infinito y todopoderoso. Todo lo que le pertenecía a la humanidad del Señor fue retenido en la resurrección, mientras que al mismo tiempo todo fue transfigurado. El hecho de que él desapareciera a voluntad no implica la imposibilidad de que haya sido permanentemente corpóreo. Su cuerpo resucitado y transfigurado estaba y está bajo condiciones no expresadas por las leyes que gobiernan esta creación. El Señor entró en su nuevo modo de existencia con su perfecta humanidad en carácter completo y permanente.

Los efectos

En el Cristo resucitado y exaltado se centra toda nuestra vida y ser. Nuestros cuerpos son «miembros de Cristo» (1 Co 6.15) y la iglesia es el cuerpo de Cristo (Ef 1.23), en quien los miembros hallan un principio común de acción en el desempeño de sus variadas funciones, una unión en la vida que va mucho más hondo que las controversias que aquí tienden a dividirlos, una plenitud de verdad y poder que consagra sus seres al Redentor vivo. «El cuerpo ... es ... para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder» (1 Co 6.13, 14).

Tales son los efectos de una enseñanza que en sí misma es resultado de la sólida convicción de la verdad de la resurrección de Cristo. Su resurrección fue el principio de una nueva relación permanente entre el Señor y su pueblo, una relación que todavía ha de manifestarse en la vida y gloria de resurrección y en el establecimiento de su reino en la tierra. Él es «el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra». «A él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén».

1. Juan usa aquí la palabra *deo* (atar), la misma palabra que en el caso de Lázaro (11.44) y en la acción de los que con sus manos de odio ataron a Cristo como cautivo (18.12-24). Mateo usa *entuliso*, «envolver», como lo hace Juan más tarde en 20.7; Marcos usa *eneileo*, «envolver apretadamente». Es evidente que la primera palabra de Juan, *deo*, en 19.39, se usa a propósito, a fin de poner en mayor contraste en 20.7 las evidencias de la resurrección tal como él las vio en la posición de los lienzos.
2. Con referencia a Pedro, Juan usa otras dos palabras para ver, *blepo* (v. 5), que signifi ca la acción de ver (cp. v. 1), y *teoreo* (v. 6), ver atentamente (cp. vv. 12-14); respecto a sí mismo usa *eido,* que indica una percepción del significado de lo que se ve.
3. Véase también lo dicho arriba respecto a Juan 2.19.

La ascensión de Cristo

Después de la resurrección, Jesús siguió apareciéndose a los discípulos por un período de cuarenta días. Al revisar los relatos de los Evangelios, el significado, la respuesta de los discípulos del Señor, las evidencias y los efectos de la ascensión, el lector entrará en contacto con el carácter y cualidades que Jesús muestra a todos aquellos con quienes se relaciona en esos cuarenta días. Verdaderamente, él desea una relación personal e íntima con su pueblo.

El momento de la ascensión del Señor fue la décima aparición a sus discípulos registrada después de su resurrección, aunque el Nuevo Testamento no indica que no hubieron otras apariciones. En la enumeración dada en 1 Corintios 15, la instancia mencionada en el versículo 7, cuando Cristo se apareció «a todos los apóstoles», era sin duda la que se menciona en la ascensión, según se registra con bastante detalle en el último capítulo del Evangelio de Lucas y en el capítulo 1 de Hechos.
Recibe solo una breve mención en el cierre del Evangelio de Marcos, en una declaración muy coherente con la de Lucas. La brevedad del registro en el Evangelio de Marcos no indica que ignorase los hechos.

El primero y cuarto Evangelios

De nuevo, el que Mateo y Juan no narren la ascensión, no justifica argumentar en contra de su historicidad. En ambos escritores, la ascensión es claramente algo que viene después, siguiendo de manera natural a la resurrección. El cierre del Evangelio de Mateo deja claro que en la mente del escritor la ascensión era inminente. Aún más, relata la declaración de Cristo a Caifás: «Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo» (Mt 26.64). Juan nos cuenta cuando el Señor declara a los discípulos que le verían «subir adonde estaba primero» (Jn 6.62), y sus palabras a María Magdalena: «No me toques [o, más bien, «no te aferres a mí»], porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (20.17).

El Evangelio de Lucas

El registro de Lucas pasa de inmediato del día de la resurrección al de la ascensión, en tanto que en Hechos indica explícitamente que Cristo se apareció a los discípulos durante cuarenta días, al fin de los cuales da plenos detalles de la ascensión. No hay, sin embargo, ninguna discrepancia entre las narraciones. No hay ningún indicio de que Lucas haya intentado en su posterior relato corregir algo del primero. La evidencia es al contrario; porque dice que su primer tratado abarcaba «todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba». Por consiguiente, está claro que, aunque en el Evangelio no especificó el tiempo, su propósito era dar a entender que la ascensión había tenido lugar después del intervalo mencionado. Desde luego, no estaba hablando de la ascensión como algo ocurrido la noche del día en que Cristo resucitó y, como debe haber habido un intervalo, no es difícil suponer uno de cuarenta días en la narración del Evangelio.

El carácter de los registros

La misma sencillez, sinceridad y dignidad que son marcadas características de los registros de la resurrección del Señor caracterizan los de su ascensión. Al lector que busca grandiosidad y elocuencia, la narración le parecerá un desencanto. ¡Con cuánta naturalidad se cuenta el relato! ¡Con cuánta brevedad! Las circunstancias pudieran haber llenado volúmenes si los escritores hubieran sido meros historiadores. Aquí, de nuevo, tenemos esa maravillosa economía de detalles, combinada con suficiencia para la fe, que caracteriza las partes históricas de las Escrituras como esencialmente doctrinales, y que hace a la Biblia única. Cuanto más se detiene en las narraciones la mente interesada en lo espiritual, más manifiestas son la gloria inherente del suceso y la instrucción espiritual que se provee en los registros. Ciertamente hay una mano maestra narrando el incidente. Como la resurrección misma, y las posteriores apariciones del Señor, el gran suceso se mantenía escondido para el mundo. La convicción de pecado y de las verdades de la redención no iban a ser grabadas en el corazón de los hombres mediante una exhibición externa de la persona y gloria del Señor. La sabiduría divina había planeado un medio más efectivo. La humanidad no regenerada necesita algo más que la manifestación de la gloria divina para que se realice en el corazón la obra de la gracia.

El lugar

Deducimos de las narraciones de Lucas que los discípulos se habían reunido en Jerusalén por orden del Señor (Hch 1.12 dice que volvieron allá); que, después de que se apareció en medio de ellos, los llevó al monte de los Olivos, hasta que estuvieron «fuera hasta Betania» (Lc 24.50), lugar muy querido en su corazón por los lazos de hospitalidad y amistad. Allí, donde en los días de su vida y testimonio público había habido un hogar abierto para él, ascendería ahora a su propio hogar, la morada del Padre en lo alto. Desde ese monte, también, en cuya falda estaba el huerto que había presenciado a menudo sus oraciones, y finalmente su profunda postración y agonía, ahora subiría a su más alta exaltación, para ministrar desde allí a sus seguidores en sus sufrimientos y tristezas.

Los discípulos

Aunque no hay ningún indicio de que los discípulos estuvieran esperando de inmediato el suceso, él los había preparado por completo para lo que iba a suceder, desvaneciendo sus conceptos equivocados y estableciendo su fe. Él les había abierto el entendimiento para que comprendieran las Escrituras que hablaban de él; había pronosticado el carácter de la obra que les esperaba, previniendo todo inmaduro entusiasmo que pudiera haberlos impulsados a separarse y a acometer una empresa personal por su propio criterio sin el poder del Espíritu prometido, asegurándoles que el testimonio de Juan el Bautista estaba a punto de cumplirse y que ellos serían «bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días». Con su propia exquisita destreza y ternura había desvanecido en ellos los pensamientos de una reavivada esperanza en que el reino fuera a ser restaurado de inmediato a Israel, y les había instilado una debida conciencia de la naturaleza y propósito de la obra señalada para ellos y del poder requerido para la misma (Hch 1.4-8). Les había dado la promesa de un reino mucho más por encima de sus propias expectativas y ahora les había preparado para la senda de fe y amor, sufrimiento paciente y esperanza invencible que conduciría a ese reino.

El suceso

Y ahora, con las significativas palabras en sus labios: «en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra», indicando el alcance de sus pensamientos al mundo perdido por el cual

él había dado su vida, llegó el momento trascendental. Su conversación de repente pasó a palabras de bendición. Alzando sus manos sobre ellos en un acto de bendición, fue apartado de ellos, ascendiendo en majestad sublime y sin ruido hasta que «le recibió una nube que le ocultó de sus ojos». De ahí, inmediatamente, «traspasó los cielos» (Heb 4.14) y «se sentó a la diestra del trono de Dios» (12.2).

Las evidencias

Su partida del mundo estuvo a la par con las circunstancias de su vida en la tierra. Ni pompa ni ceremonia alguna acompañaron su salida. No se reunió ninguna multitud para presenciar el impresionante espectáculo. Las evidencias del hecho de su ascensión debían depender, no de lo que apelaría a la mente natural, sino del testimonio de sus seguidores potenciado por el Espíritu. Las evidencias son tan confiables como las de su resurrección. El relato, tanto en el Evangelio de Lucas como en Hechos, lo cuenta un autor que, si bien él mismo no vio el suceso, por lo menos lo oyó de alguien que lo había visto. Cada detalle lleva el sello de autenticidad e imparte el carácter de credibilidad innegable a toda la narración. El subsiguiente descenso del Espíritu Santo, el testimonio apostólico, el testimonio de Esteban en su martirio, el de Pablo en su conversión y el de Juan en Apocalipsis, testificando que habían visto en persona al Señor ascendido, se añade a su confirmación del testimonio angélico dado de inmediato en respuesta a la adoración y a la contemplación de los discípulos después de que la nube le hubiera ocultado de sus ojos. Para ellos no quedaba ninguna duda pendiente, ni ninguna sospecha agazapada. Fue «con gran gozo» como volvieron a Jerusalén.

Los efectos

Así como apenas habían entendido sus declaraciones en el aposento alto de que convenía que él se fuera, ahora sí se darían cuenta de la plena significación del hecho. El otorgamiento del poder personal del Espíritu Santo, la difusión de la presencia espiritual de Cristo mismo en los corazones de los creyentes, la experiencia de todos de lo que significa la autoridad de Cristo como Cabeza en la gloria, así como el significado de su ministerio de gracia como pastor y obispo de las almas, y además la certeza de que este mismo Jesús, que se había ido al cielo, volvería así como le habían visto irse, todo esto, junto a muchas otras cosas, no solo alivió el dolor de la separación, sino que los llenó de paz duradera, gozo imperecedero e implacable perseverancia.

La persona

Así como su resurrección fue corpórea, también lo fue su ascensión. El suyo era un cuerpo espiritual —cuerpo, no espíritu— libre de todas las limitaciones impuestas por las condiciones naturales y, sin embargo, llevando todavía las huellas de su crucifixión y la herida de la lanza en su costado. En el cielo no entró ningún ser desmaterializado. El Señor seguía siendo verdaderamente hombre y, como tal, poseedor de toda la constitución y atributos del hombre: cuerpo, alma y espíritu. Cuando el apóstol dice que «El que descendió, es el mismo que también subió» (Ef 4.10), está indicando el hecho de la personalidad inmutable del Señor. También dice que aquel que fue «Recibido arriba en gloria» fue «manifestado en carne» (1 Ti 3.16). No solo no cambió su personalidad, sino que la naturaleza corpórea que él había asumido en la encarnación, lejos de ser descartada, siguió en la misma condición transformada en la cual su cuerpo fue cambiado en la resurrección por el poder todopoderoso de Dios, quien obró «resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales» (Ef 1.20, 21).

Significado dispensacional

Su ascensión fue a la vez la evidencia cumbre de lo completo y valioso de su obra redentora en la cruz. Al mismo tiempo, marcó una época en la historia humana relativa a la obra del evangelio y a la formación de la iglesia. Porque ahora, habiendo el Padre sometido «todas las cosas bajo sus pies», «lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia» (Ef 1.22). «Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad,[1] y dio dones a los hombres». La ascensión, entonces, marcó un momento decisivo en las dispensaciones divinas. Hasta aquí, Dios había tenido un lugar visible de morada en la tierra. Ahora todo eso iba a cambiar. Estaba a punto de adoptar otro modo de tener tabernáculo entre los hombres, la morada del Espíritu Santo en sus santos, como individuos o colectivamente. Había llegado el tiempo en que «el Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas» (Hch 17.24). Lo externo, lo ceremonial, lo ritualista en la adoración, ahora debe dar lugar a lo espiritual.

«Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad». Finalmente, la ascensión del Señor caracteriza el hecho de que los santos ya han sido espiritualmente resucitados y sentados con él en los lugares celestiales y es también la garantía de la ascensión de ellos en una compañía unida, redimida y glorificada cuando se oiga su grito de resurrección y él los reciba para que estén con él para siempre.

1. Se ha dicho que esto sugiere que los santos de edades anteriores que estaban en el Seol ahora fueron liberados del mismo y llevados por el Señor a la misma presencia del trono de Dios. Posiblemente sea así.

El sumo sacerdocio de Cristo

En el libro de Hebreos se llama a Jesús «sacerdote según el orden de Melquisedec». Él es sacerdote y rey, y se muestra que su sacerdocio es superior al de Aarón. Cristo es nuestro mediador e intercede por nosotros. Debido a que es nuestro sumo sacerdote, el trono de gloria ha llegado a ser el trono de gracia. Esto debe eliminar buena parte del misterio de algunos de los pasajes más difíciles de Hebreos, a la vez que demuestra claramente los atributos de Jesús.

Las glorias del sumo sacerdocio de Cristo estaban prefiguradas de una manera doble en los distintos sacerdocios de Melquisedec y Aarón. Se necesitaba a los dos para establecer las percepciones de la dignidad y ministerio de Cristo. Aquí solo podemos entrar brevemente en estos aspectos del tema. Para empezar, notemos que la Epístola a los Hebreos señala a la primera, y tal vez más grande, enseñanza del Antiguo Testamento al respecto, a fin de establecer las glorias del orden de Melquisedec en el sacerdocio de Cristo como superiores a las del orden aarónico. Esta presentación de Hebreos provee al mismo tiempo muchos indicios del carácter típico del sacerdocio aarónico, según se establece en relación con el tabernáculo. Pero esa consideración nos llevaría más allá de los límites de este capítulo.

La superioridad de

El orden de Melquisedec,

al que pertenece el sacerdocio de Cristo, se destaca vívidamente en el capítulo siete. El antiguo rey-sacerdote se ve allí en la majestad misteriosa de su persona y en la gracia dignificada de su ministerio. Se nos muestra cómo su biografía, dada en Génesis 14, se diseña de manera adecuada, tanto por omisión como por inclusión de detalles, para que él pudiera prefigurar a la persona y obra de Cristo. Su apelativo regio, «rey de justicia», y su procedencia, Salem (o paz), muestran cómo el sacerdocio del Señor Jesús se caracterizó por la paz concedida sobre la base de la justicia divina. El linaje de Melquisedec, la extensión de su ministerio, y su muerte, son detalles que se dejan fuera. Y, de este modo, al recortar la narración, él es «hecho semejante» a Aquel que, como «Hijo de Dios», no tiene ni principio de días ni fin de vida.

Luego se ve la superioridad del sacerdocio de Cristo en relación con el ministerio de Melquisedec.

En primer lugar, bajo la ley, el pueblo le daba los diezmos a los sacerdotes levíticos, pero Abraham, su antepasado, le dio diezmos a Melquisedec. Así que, virtualmente, Leví le dio los diezmos a él (vv. 4-9).

Segundo, Melquisedec bendijo a Abraham, y el mayor bendice al menor (v. 7).

Tercero, los que recibían los diezmos bajo la ley eran «hombres que mueren»; no así en lo que se narra respecto a Melquisedec (v. 8).

Cuarto, Cristo vino de la tribu real de Judá, que no tenía conexión con el sacerdocio levítico; y un cambio en el orden del sacerdocio necesita un cambio respecto a la ley. Cristo, aunque nacido bajo la ley, no fue hecho sacerdote bajo ella, como sí lo fue Aarón. El cambio está en que los sacerdotes levíticos eran constituidos «conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia», pero Cristo «según el poder de una vida indestructible» (lit., una vida indisoluble, que ni cambia ni desaparece). Así que «queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e

ineficacia (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios» (vv. 18, 19). Es decir, el cambio tanto en la ley como en el sacerdocio no es solo constitucional, sino también administrativo, no solo de carácter sino también en cuanto a su efecto. La ley nunca podría haber hecho a los hombres perfectos para Dios, ni podría haberlos acercado a él. Por medio de Cristo se logran ambas cosas (vv. 11-19).

Quinto, la designación para el sacerdocio aarónico no iba acompañada de ningún juramento. Su carácter transitorio hacía que no fuera adecuado. La inviolabilidad es una característica esencial del sacerdocio de Cristo. El juramento divino, pronunciado bajo la ley (véase Sal 110.4) constituyó «al Hijo, hecho perfecto para siempre» (vv. 20-28). El juramento de Dios confirma el carácter inviolable de aquello por lo cual se da. El sacerdocio levítico era puramente oficial, el de Cristo tiene una grandeza que es personal. Ahí está su atractivo.

Sexto, por esto Cristo ha llegado a ser «fiador de un mejor pacto» (vv. 20-22). La medida de la superioridad del nuevo pacto es la medida de la superioridad del sacerdocio de Cristo. La necesidad humana no queda suplida bajo el antiguo; es suplida por completo bajo el nuevo. El juramento de Dios y Cristo mismo son la garantía del mismo.

Séptimo, los sacerdotes anteriores eran muchos; la muerte impedía su continuidad; el sacerdocio de Cristo no pasa de uno a otro (v. 24). Por todo esto, él «puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos».

Expectativas en los días que su carne

Puede ser que en las narraciones de los Evangelios se den insinuaciones respecto al sacerdocio de nuestro Señor. Hay algo sugerente en el hecho de que él «era como de treinta años» cuando fue bautizado[1] (Lc 3.23). Esta era la edad en que los sacerdotes, después de su consagración, se manifestaban a la nación (Éx 29.35; Lv 8.33). Aunque entonces su bautismo fue una predicción simbólica de su muerte y resurrección, y un cumplimiento de las obligaciones divinas bajo la ley, fue al mismo tiempo una introducción ceremonial a su ministerio público, que en algunos aspectos era un anticipo de su función sacerdotal presente. El Bautista dio posiblemente una insinuación de esto al decir que, aunque no conocía a Jesús personalmente, él había venido bautizando con agua a fin de que Jesús «fuese manifestado a Israel» (Jn 1.31).

Hay otros actos sacerdotales del Señor en los días de su carne, como su oración la noche de la traición (Jn 17). Su gran acto de ofrecerse en la cruz fue un acto sacerdotal. Esto se dice con claridad en la Epístola a los Hebreos: «Porque tal sumo sacerdote nos convenía ... que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo».

Su gloria oficial

El Señor Jesús entró oficialmente en su sumo sacerdocio cuando se sentó «a la diestra de Dios» (Heb 10.12). «Tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote». Él no se metió a la fuerza en esa posición. El Padre lo nombró (5.5, 10).

Su idoneidad y su eficacia se basan en los siguientes hechos:

Primero, en la excelencia intrínseca de su persona y su demostrada impecabilidad; él es «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores» (7.26).

Segundo, en el hecho de su humanidad: «Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote» (2.17).

Tercero, en sus sufrimientos como hombre, en los días de su carne, «ofreciendo ruegos y súplicas

con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la [fuera de la] muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo [literal y más expresivamente, «aunque siendo Hijo», tal como se mencionó en 5.5], por lo que padeció aprendió la obediencia [lit., en la experiencia de hacer la voluntad del Padre]; y habiendo sido perfeccionado [no moralmente —eso lo fue siempre— sino oficialmente, por razón de sus experiencias], vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios [i.e., nombrado oficialmente] sumo sacerdote según el orden de Melquisedec» (5.7-10). De este modo tenía conocimiento de toda necesidad y prueba humana, de toda persona y todo caso.

Cuarto, en el valor de su sacrificio expiatorio, «por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo» (9.12). No dice que haya llevado en realidad sangre al cielo; el hecho de que los sumos sacerdotes aarónicos llevaran la sangre de los sacrificios de animales al otro lado del velo en el Día de la Expiación simbolizaba la completa aceptación por parte de Dios del sacrificio perfecto de Cristo, pero aquí no hay intención de sugerir que Cristo llevara sangre literal al cielo.

Quinto, en su resurrección. «Apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos» (7.26).

Sexto, en su relación personal con los que él representa. Ellos son sus redimidos, su posesión. Ellos, los santificados, son uno con él, el santificador, «por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos».

Séptimo, su divinidad inviste a su sacerdocio de una eficacia incalculable, porque de este modo tiene perfecto conocimiento de todas las exigencias de la justicia divina, y las mantiene, mientras que al mismo tiempo consigue el bienestar de aquellos a cuyo favor él actúa.

Octavo, el carácter y eficacia de su sacerdocio descansa en la validez de los consejos divinos. Estos se exhiben en los términos del nuevo pacto, del cual es el mediador (9.15—10.17). Su sacerdocio, de este modo, se muestra misericordioso, fiel, de simpatía, autoritativo y continuo.

Su intercesión

Así pues, en todo el poder y virtud de su propia persona y obra, él vive para siempre para hacer intercesión[2] por su pueblo. Él entra en todas las preocupaciones de ellos, sus necesidades, aflicciones y deseos. Eleva las oraciones y alabanzas de ellos, libres de toda imperfección que pudieran caracterizarlas, así que ascienden, como incienso santo en el incensario de oro, con toda la fragancia de su propia aceptación ante el Padre. Él ruega por la consolación y bienestar de ellos. Así como antiguamente el humo del holocausto se mezclaba con la fragancia del incienso, así su intercesión asciende en el sabor de su sacrificio en la cruz. Es más, cada petición que él hace tiene la fuerza de una exigencia; constituye una petición veraz de derecho. Él, y solo él, puede decir en su oración: «Padre ...quiero que ...» (Jn 17.24). Su intercesión nunca falla en su objetivo. En la tierra pudo decir: «Yo sabía que siempre me oyes» (Jn 11.42). Lo que él hizo por sus discípulos aquí abajo lo hace todavía con constancia incansable. Su lugar ha cambiado, pero no su afecto.

Con un sumo sacerdote así actuando a nuestro favor no hay lugar para la incredulidad. Debemos acercarnos al trono de gracia «con corazón sincero, en plena certidumbre de fe». La comprensión del propósito y valor de su ministerio nos librará de toda autosuficiencia y nos mantendrá en humillación propia, y en entera dependencia de su poder y misericordia. El trono de gloria ha llegado a ser un trono de gracia. Allí «podemos recibir misericordia y podemos recibir gracia». Allí la copa de consuelo del creyente es llenada hasta rebosar y los consuelos divinos abundan en su alma, para refrigerio de su espíritu y renovación de su fuerza.

1. La narración del versículo 23 se debe conectar de inmediato con el relato del bautismo antes que con su enseñanza, como en la Versión Revisada en inglés. La palabra «enseñar» está ausente en el original, que dice: «Y Jesús mismo estaba empezando a ser como de treinta años», es decir, cuando lo que se acaba de narrar tuvo lugar.
2. La palabra *entunkano,* interceder, signifi ca primordialmente caerle bien a una persona; luego, tener tratos íntimos con él, como para lograr que le oiga; y, de ahí, hacer un ruego o interponerse a favor de otros.

Cristo el Primogénito

Jesucristo es el Hijo eterno, unigénito de Dios; es el Creador, la misma «imagen de Dios», y la única Cabeza verdadera de la Iglesia. En las páginas que siguen no solo se considerará el concepto de «Primogénito», sino también los temas de la eternidad de Cristo y su papel distinto como Hijo. Además, se dilucidarán los mitos que otras religiones han dicho en cuanto a Jesús.

El título «Primogénito», según se usa en las Escrituras con referencia al Hijo de Dios, tiene una cierta asociación con el otro título de su relación personal divina con el Padre, «el unigénito». Convendrá, por consiguiente, considerar en primer lugar la enseñanza de las Escrituras respecto a este último. Ese título se halla solo en el Evangelio de Juan y en su Primera Epístola. Los pasajes son:

1. «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Jn 1.14).
2. «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn 1.18).
3. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn 3.16).
4. «El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios» (Jn 3.18).
5. «En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él» (1 Jn 4.9).

La gloria de su relación personal

Al hablar de «su gloria, gloria como del unigénito del Padre», el apóstol da a entender que el Hijo de Dios fue el único representante del ser y carácter del que le envió. En el original, el artículo definido se omite tanto antes de «unigénito» como antes de «Padre», y su ausencia sirve para recalcar las características a que se refieren los términos. El objetivo del apóstol es demostrar qué tipo de gloria era la que él y sus colegas apóstoles habían visto. Sin embargo, no se limita a establecer una comparación con relaciones personales terrenales. Esto se indica de inmediato con la palabra «del» (o «desde el»), que traduce correctamente el original *pará*.

La gloria a la que Juan se refiere era la de esa relación personal única. Fue el unigénito del Padre quien vino, el único que podía verdaderamente representar al Padre en ser, en naturaleza y en amor. Vino del cielo a la tierra en misión de su Padre en esta relación personal. Con esto concuerda su declaración a los discípulos: «habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre» (16.27, 28). Allí declara nítidamente su relación personal preexistente como el Hijo, antes de su encarnación. Por supuesto, él quiere decir que vino desde la presencia de Uno que ya era su Padre antes de su venida. El modo de su venida se sugiere en su declaración «otra vez dejo el mundo, y voy al Padre», porque esto expresa la inversión del procedimiento mencionado en la primera parte del versículo. Su ida al Padre es lo inverso a su venida desde el Padre.

Calidad eterna de Hijo

De nuevo, el mismo escritor, en la introducción de su epístola, dice: «la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó» (1 Jn 1.2). Juan no dice que Aquel que era la vida estaba «con Dios», sino que estaba «con el Padre». Los términos «padre» e «hijo» son correlativos. El de «padre» implica la existencia de un hijo. No hay ningún indicio en las Escrituras de algún tiempo en el cual Dios empezó a ser Padre, por el contrario, las Escrituras dejan claro que su paternidad en relación con Cristo era preexistente a la encarnación. ¿Era eterna la paternidad de Aquel? Entonces, la calidad de Hijo del Otro debe de igual manera haber sido eterna.

Lo mismo, de nuevo, en la misma epístola, donde el apóstol dice: «el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo» (4.14). Fue un Padre quien envió y fue un Hijo el que vino. Por tanto, podemos entender correctamente el término «el unigénito» solo cuando se usa para el Hijo, en el sentido de una relación personal sin origen. «El engendrar no es un suceso en el tiempo, aunque remoto, sino un hecho independiente del tiempo. El Cristo no *llegó a ser,* sino que necesaria y eternamente él *es* el Hijo. Él, una Persona, posee todo atributo de la pura Deidad. Esto necesita eternidad, ser absoluto; en este sentido, él "no es después" del Padre» (Moule).

Una distinción

Aunque la palabra «unigénito» se usa para la relación personal del Hijo con el Padre, no implica ningún principio de su calidad de Hijo. Sugiere relación personal, sí, pero hay que distinguirla de la generación según se aplica al hombre. Tratar de establecer nuestras ideas de relación personal divina de acuerdo a nuestro conocimiento de las relaciones personales humanas es simplemente delatar nuestra ignorancia. La mente finita no puede concebir lo infinito. Nuestras limitaciones de tiempo y sentido impiden nuestra plena comprensión de lo eterno. Dios ha indicado los hechos relativos a sí mismo en palabras y expresiones que podemos entender, aunque los hechos mismos están fuera del alcance de la comprensión humana. La palabra «Hijo», cuando se usa para el Hijo de Dios, habla de él como el arquetipo perfecto de todo lo que la palabra connota, ya sea en las relaciones personales humanas o en las divinas. Significa todo lo que hay para conformar la verdadera idea de la palabra «Hijo», a saber, la misma esencia (Heb 1.3; Jn 5.18; 10.33-36), dignidad (Heb 1.2), semejanza (Heb 1.3; Mt 5.45), amor (Jn 1.18; Sal 22.20) y obediencia (Heb 5.8), a diferencia de la mera idea de «niño». La expresión «unigénito» habla del carácter único de esa relación personal en su caso. La expresión también sugiere el pensamiento del más profundo afecto, como en el caso de la palabra del Antiguo Testamento que se traduce en varios lugares como «único» (Gn 22.2, 12), «hijo único» (Jer 6.26; Am 8.10; Zac 12.10), «delicado y único» (Pr 4.3) y «mi vida» (Sal 22.20; 35.17). Estos son evidentemente los pensamientos que nos da la declaración del apóstol de que «aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad». Él recalca la humildad de Cristo al dignarse, con toda la majestad de su eterna divinidad, a encarnarse y morar entre nosotros, y es coherente con su gloria y con la humildad con que habitó entre nosotros «lleno de gracia y de verdad».

El lugar de morada eterna del Hijo

(2) La segunda declaración es: «el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn 1.18). Esto expresa tanto su unión eterna con el Padre en la Deidad como la inefable intimidad y amor entre ellos, el Hijo participando de todos los consejos del Padre y disfrutando de todos sus afectos. La forma de expresión que se usa en el original, y que se traduce «que está», se

encuentra en participio continuo presente. Expresado literalmente en español sería «el Uno estando» (en el seno). Debemos entender, por consiguiente, que el seno del Padre siempre fue, y nunca dejó de ser, el lugar de morada del Hijo.

La medida del amor de Dios

(3) Tercero, la declaración de que «de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito» (Jn 3.16), no se puede tomar con el significado de que Cristo llegó a ser el Hijo unigénito por la encarnación. Eso sería arrebatarle al versículo su significado y fuerza. El valor y grandeza del don está en la calidad de Hijo de Aquel que fue dado. Su calidad de Hijo no fue efecto de ser dado. Debemos distinguir de esto la declaración pronunciada en predicción y anotada en el Salmo 2.7, «Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy», y citada en Hechos 13.33, Hebreos 1.5 y 5.5. Estos pronunciamientos apuntan a una ocasión distinta, en tanto que el título Unigénito indica, como hemos visto, la relación personal sin origen del Hijo y el Padre.

Si tenemos en cuenta por un momento el acto de dar a su Hijo, veremos hasta qué punto es esencial que el Hijo fuera uno con el Padre en la Deidad. Dios no entregó a Uno a quien había creado. Si él hubiera dado un Hijo que era una de sus criaturas, su amor hubiera sido menos que el de un hombre que pone su propia vida por sus semejantes. Porque, si Cristo hubiera sido creado, Dios pudiera haber reemplazado su don con otro Hijo. La creación no es difícil para Dios. Él pudiera haber reemplazado tal don sin menoscabo de sus recursos.

¡No! El Padre y el Hijo son uno en la Deidad. Cualquiera que sea la distinción que hay entre ellos, no afecta su unidad. «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2 Co 5.19). «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro 5.8). En la persona de Cristo, Dios vino para salvarnos. Pero más que eso, dio «a su Hijo unigénito» (con todo lo que hay en esa relación personal única). Él «no escatimó ni a su propio Hijo» (Ro 8.32; 1 Jn 4.9). Tal don fue un «don inefable» y el amor fue «el suyo mismo», algo peculiar a él mismo, que no tiene parangón en el amor humano, que depende de algo que hay en otro para recabarlo. Su amor se mostró hacia los que eran pecadores.

El pecado de incredulidad

(4) Cuarto, la importancia de esa relación personal eterna la recalca el apóstol en la declaración: «El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios» (3.18). Él pudiera haber dicho simplemente: «porque no ha creído en el Hijo de Dios». Más bien, recalca la plena revelación del carácter y voluntad de Dios, su amor y gracia, según lo presenta el nombre de Aquel que, estando en tal relación única con él, se nos dio como objeto de la fe. El pecado de la incredulidad se ve mayor en proporción con la grandeza de Aquel que vino para que los hombres pudieran ser salvados del juicio que se merecían.

Calidad de Hijo, no por encarnación

(5) Quinto, en su primera epístola, el apóstol recalca de manera similar la grandeza de la persona midiendo la grandeza del amor que le envió: «En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él» (1 Jn 4.9). Al enviar a su Hijo envió su todo. No podía dar un mayor don. El valor infinito de la persona indica la manera trascendente en que se manifestó tal amor. Las palabras «para con nosotros» develan la esfera en la cual se exhibió el amor de Dios. Por naturaleza, estábamos muertos en delitos y pecados.

Este pasaje muestra de nuevo que el envío fue hecho mediante su encarnación y no después de la

misma. La declaración no quiere decir que Dios envió al mundo a Uno que en su nacimiento en Belén había llegado a ser su Hijo. Mediante la encarnación, envió al mundo a Uno que ya era su Hijo. El apóstol Pablo, escribiendo a los Gálatas, dice: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley» (Gá 4.4). Se refiere claramente a que él fue enviado desde el cielo a la tierra por la encarnación, y no a alguna misión subsiguiente en los días de su carne. No podemos leer las palabras como si quisieran decir que Dios envió a Uno que en su nacimiento llegó a ser su Hijo, así como tampoco la declaración paralela del versículo 6, «Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo», se podría tomar en el sentido de que Dios envió a Uno que llegó a ser su Espíritu cuando le envió. El Espíritu Santo había sido siempre el Espíritu de Dios antes de Pentecostés. Así que, respecto a la declaración en el versículo 4, Aquel a quien Dios envió para nacer de una mujer siempre había sido su Hijo. Esto se aclara también con las palabras de 1 Juan 1.2: «porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó». El escritor no dice que Aquel que era la vida estaba «con Dios», sino que estaba «con el Padre». Puesto que estaba con el Padre y era al mismo tiempo la vida eterna, su calidad de Hijo debe haber sido eterna.

El título «Primogénito»

Con esta verdad ante nosotros, la relación personal eterna incluida en el término «Unigénito», ahora pasamos a considerar el título «Primogénito», que hay que distinguir del anterior, aunque está relacionado con el mismo. Aquí, de nuevo, hay cinco pasajes en el Nuevo Testamento, y además uno en el Antiguo Testamento, donde se usa este título para Cristo. Será útil presentar como hicimos en el otro caso, en detalle, pero ahora en orden cronológico, los períodos o puntos sucesivos de tiempo indicados en el contexto. Los pasajes son:

1. «Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación» (Col 1.15).
2. «Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia» (Col 1.18).
3. «Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra» (Ap 1.5).
4. «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (Ro 8.29).
5. «Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios» (Heb 1.6).
6. «Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra» (Sal 89.27).

Una comparación y un contraste

Se verá en los pasajes mencionados arriba que el título «Primogénito», aunque se usa con referencia a seres creados, le distingue primero de todas las criaturas en términos absolutos, como Primogénito; y luego le distingue en términos relativos, en el sentido de que las criaturas están subordinadas a él. Sin embargo, es esta referencia a los seres creados lo que distingue este título del de «unigénito». Ambos títulos tienen en común que ninguno lo clasifica junto con seres creados. En tanto que «unigénito» habla de su relación personal absoluta y única con el Padre, el título «Primogénito» trae a otros seres al cuadro, no implicando un principio de su ser, ni clasificándole con sus criaturas, sino denotando su preeminencia sobre ellas en tiempo y dignidad.

Los seis pasajes mencionados arriba hacen referencia a los siguientes temas, respectivamente, que

se dan en orden cronológico: (1) su obra en la creación; (2) su resurrección (primer aspecto); (3) su resurrección (segundo aspecto); (4) su posición entre sus santos glorificados; (5) su gloria manifestada; (6) su reino milenial.

I. Cristo el primogénito con referencia a la creación

En el primer pasaje se describe a Cristo como «la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación», y la explicación de esta última cláusula es «Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él» (Col 1.15, 16).

«La imagen de Dios»

El apóstol habla primero aquí de él en relación con su divinidad. Él es «la imagen del Dios invisible». De modo similar, en 2 Corintios 4.4 le describe como «la imagen de Dios». Sobre la palabra *eikón*, traducida «imagen», el obispo Lightfoot comenta: «Más allá de la obvia noción de semejanza, la palabra incluye otras dos ideas: (1) representación. En esto ... implica un arquetipo del cual es copia; (2) manifestación ... con la idea subyacente de la manifestación de lo oculto». Hay que distinguirla, por consiguiente, de nuestra palabra «semejanza», que puede meramente denotar un parecido.

Lo que el apóstol Juan dice del Hijo de Dios como el Verbo es aplicable de igual manera al término «imagen». «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn 1.18). Aquí en el pasaje de Colosenses, Pablo indica de manera similar lo invisible de Dios, y prácticamente indica que el Hijo, siendo tanto la representación como la manifestación de Dios, le ha declarado. Como Liddon dice: «La expresión "imagen de Dios", complementa el título "el Hijo". Como "el Hijo", Cristo se deriva eternamente del Padre, y es uno en sustancia con el Padre. Como "la imagen", Cristo es, en esa sustancia, la exacta semejanza del Padre en todas las cosas, excepto en ser el Padre. El Hijo es la imagen del Padre, no como el Padre, sino como Dios; el Hijo es la imagen de Dios ... el reflejo de Dios sin comienzo, sin fin, de sí mismo en sí mismo; pero también el órgano por cual Dios, en su esencia invisible, se revela a sí mismo a sus criaturas. Así, el *eikón* es, por así decirlo, por naturaleza el Creador, puesto que la creación es la primera revelación que Dios ha hecho de sí mismo. El hombre es el punto más alto en el universo visible; en el hombre, los atributos de Dios se exhiben de la manera más luminosa; el hombre es la imagen y gloria de Dios. Pero Cristo es la Imagen adecuada de Dios, el reflejo propio de Dios en su propio pensamiento, eternamente presente consigo mismo».[1]

Cristo el Creador

El Hijo, entonces, en su propia persona y naturaleza, da a conocer a Dios. Es la plena revelación tanto del ser como del carácter de Dios. Como el apóstol dice en el siguiente capítulo, «en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Col 2.9). Esto sería en sí mismo suficiente para mostrar que la expresión «el primogénito de toda creación», no implica que a él se lo catalogue entre los seres creados. El apóstol refuta definitivamente esta aplicación en su posterior explicación: «Porque en él fueron creadas todas las cosas ... todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten». Puesto que el Hijo de Dios es en sí mismo el Creador, signifique lo que signifique el título «Primogénito», es evidente que no quiere decir que a él, el Creador, haya que clasificarlo junto con sus criaturas.

Es más, la forma de la expresión ejemplificada en la frase «Primogénito de toda creación» se

usaba con cierta frecuencia para distinguir a una persona de otras, declarando su autoridad sobre ellas en tiempo y su superioridad sobre ellas en posición. La traducción literal, por ejemplo, de la declaración de Juan el Bautista, «él era antes que yo» (Jn 1.15-30), es «él era primero que yo». El margen de la Versión Revisada en inglés dice «primero respecto a mí». Estaba lejos del pensamiento del Bautista clasificar al Señor Jesús con el orden de seres a los cuales él mismo pertenecía. Este uso idiomático de la preposición «de» se puede comparar con el verso de Milton: «Adán, el hombre más bueno de los hombres jamás nacidos», y las palabras del historiador Tucídides, que habla de cierta guerra como «la más notable de las guerras previamente libradas». En este caso, «de» implica obviamente distinción, no asociación.

Una posición cuádruple

Así pues, la declaración de apóstol no quiere decir que a Cristo se lo cataloga como el primero entre seres creados. Él existió antes que ellos, no solo como su Creador, sino en relación personal eterna con el Padre como su primogénito. El que él es «la imagen de Dios» define su relación en la Deidad; el que es «el primogénito de toda criatura» define su posición respecto a las criaturas. Ellas le deben su origen y condición a él. La posición es cuádruple. Todas las cosas fueron creadas (*a*) primero, en él; (*b*) segundo, por él; (*c*) tercero, para él; y (*d*) cuarto, por su poder todas las cosas subsisten (vv. 16, 17).

(a) «En él»

Respecto a la primera de estas cosas, es decir, que todas las cosas fueron creadas *en* él, la preposición expresa que el Hijo de Dios fue el centro desde quien, en los consejos divinos, debía proceder el poder creativo. Como Liddon dice: «No hubo un proceso creativo externo a, e independiente de él, puesto que las formas de arquetipo según las cuales son modeladas las criaturas, y las fuentes de su fuerza y consistencia de ser, residen eternamente en él». Él fue el Diseñador Divino.

(b) «Por él»

Segundo, fueron creadas *por* él. Él fue el Instrumento Divino (Ap 4.11). «Sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Jn 1.3). En este sentido, debemos entender la descripción que el Señor da de sí mismo en la carta a la iglesia de Laodicea, donde se llama «el principio de la creación de Dios». Esta expresión, en el original, no significa que él mismo fue creado; quiere decir que él es la fuente de todo lo que ha sido creado.

En ese mismo sentido habla de sí mismo como «el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último» (Ap 22.13; cp. 1.8, 17). Las mismas expresiones las usa Dios Padre de sí mismo en el capítulo 21.6, como también lo había hecho por medio del profeta Isaías: «¿Quién hizo y realizó esto? ¿Quién llama las generaciones desde el principio? Yo Jehová, el primero, y yo mismo con los postreros» (Is 41.4; cp. 44.6). De nuevo: «Yo mismo, yo el primero, yo también el postrero. Mi mano fundó también la tierra, y mi mano derecha midió los cielos con el palmo» (48.12, 13). De este modo, las mismas expresiones que declaran la divinidad de Dios, Cristo las aplica a sí mismo.

Estas expresiones desdoblan el gran nombre «Jehová», sobre todo en dos aspectos: «el primero» o «el Alfa», como Aquel por cuyo poder todas las cosas tuvieron su principio, y «el último», «la Omega», indicando que él vigilará que todos los consejos divinos se cumplan por completo en su momento. En Apocalipsis, el Señor Jesús declara que suyas son todas las prerrogativas de la Deidad. No hay ni un indicio en ninguna parte de las Escrituras de que Cristo fuera el primero de los seres

creados. En todas partes es claro y explícito el testimonio de que él fue el Creador, y que él mismo no fue creado.

(c) «Para él»

Tercero, «todo fue creado ... *para* él». Él es el Objeto Divino. «Él no es, como el arrianismo proponía, meramente un obrero inferior, creando para la gloria de un Amo superior, para un Dios superior a él mismo. Él creó para sí mismo; él es el fin de todo lo creado, así como también su fuente inmediata». En la Epístola a los Romanos, el apóstol dice estas cosas de Dios: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque *de* él, y *por* él, y *para* él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén» (Ro 11.33-36). Lo que allí se dice del Padre, aquí en Colosenses se dice del Hijo, dando testimonio así de su divinidad y de su unidad con el Padre en la Deidad. El Hijo no es solo un agente divino en la creación, es su Objeto final. El Padre ha determinado «reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra» (Ef 1.10). Todas las cosas han de estar sujetas a él (1 Co 15.27). El Hijo «puede también sujetar a sí mismo todas las cosas» (Fil 3.21).

(d) **«Todas las cosas en él subsisten»**

El apóstol introduce este cuarto aspecto con la declaración: «y él es antes de todas las cosas». Con esto declara no solo la preexistencia de Cristo, sino de igual manera su existencia absoluta. Él y solo él *es*. Todo lo demás es creado. Es más, él es «antes de todas las cosas», incluyendo el tiempo mismo. Esto lo indicó el mismo Señor cuando dijo: «Antes que Abraham fuese, yo soy». No dijo «Antes de que Abraham fuese, yo fui», cómo lo hubiera hecho si hubiera intentado meramente indicar su preexistencia. Él dijo más bien «Yo soy», asumiendo la expresión que usó Jehová con Moisés, cuando le ordenó que le dijera a los hijos de Israel: «YO SOY me envió a vosotros».

La segunda declaración de que «en él todas las cosas subsisten», significa que toda criatura halla en él «la explicación y ley de su ser». Como Lightfoot dice: «Él es el principio de cohesión del universo. Él imprime en la creación esa unidad y solidez que la convierte en un cosmos en lugar de en un caos. De este modo, para tomar un ejemplo, la acción de la gravitación, que mantiene fijas a las cosas en sus lugares y regula el movimiento de las cosas que se mueven es una expresión de su mente». De modo similar, en la Epístola a los Hebreos se describe a Cristo como «quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder». Claramente, estas Escrituras enseñan que, aparte de Cristo, la creación no pudo haber llegado a existir ni se podría mantener su orden. El Hijo de Dios, «el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia», mantiene todas las cosas por la palabra de su poder (Heb 1.2, 3). Las Escrituras dejan claro, entonces, que no solo el mundo de la naturaleza le debe su existencia a un acto directo de creación de parte del Hijo de Dios, sino que él mismo, por cuyo decreto fueron establecidas las leyes naturales que regulan el universo, sostiene el universo por su poder. Que hay evidencias crecientes de esto es algo que se admite hoy en el mundo científico. Esto es lo que un escritor reciente dice sobre el tema: «La Biblia ... llega a mostrar la *vía intermedia* racional entre el deísmo y el panteísmo, evitando lo absurdo de ambos extremos. Hay un lugar donde Dios habita en un sentido en el cual no se le puede hallar en ningún otro lugar. Y sin embargo sus poderes y perfecciones son tales que, por su Espíritu y por su Palabra, él está presente en todas partes por todo su universo. Su Palabra es tan efectiva en la más remota distancia como a

mano, por la sencilla razón de que la materia no tiene "propiedades" que él no le haya impartido y, por consiguiente, no puede haber inercia innata o renuencia a actuar que la Palabra de Dios tuviera que vencer a fin de inducirla a actuar, incluso cuando esta Palabra opera a través de los campos ilimitados del espacio. Él ha creado personalidades libres y deja la mente de cada una de sus criaturas libre para servirle o no servirle, de manera que estos seres inteligentes libres llegan así a ser verdaderas causas secundarias. Más que esto, parecen haber sido hechas provisiones para casi innumerables causas secundarias incluso entre otros departamentos de la naturaleza, sin interferir, no obstante, con la acción directa de la Palabra del Infinito para guiarlas y controlarlas a todas».

Su preeminencia en dominio

Cuando, por consiguiente, el apóstol dice que Cristo es «el primogénito de toda creación», está usando un término que es perfectamente consistente con el hecho de su preexistencia antes de todos los seres creados, su superioridad a ellos como fuente de su existencia y su preeminencia sobre todos ellos como Aquel a cuyo poder le deben su misma condición y mantenimiento. Todo esto que está en el significado de la palabra *prototokos*, «primogénito», según se aplica al Hijo de Dios. Está de igual manera conectado con los principios de la primogenitura con referencia a dominio. La idea de dominio tiende, a causa del sentido de prioridad, a superar el significado inicial de simple prioridad de nacimiento. En realidad, la idea de prioridad de nacimiento era a menudo la última acepción en la idea de preeminencia. De este modo, en su argumentación con Job, Bildad habla del «primogénito de la muerte» (Job 18.13), refiriéndose al que tiene poder preeminente sobre la muerte. Así, también Isaías, hablando de los días de la paz y gloria mileniales dice: «Y los primogénitos de los pobres [es decir, los que son preeminentemente pobres] serán apacentados, y los menesterosos se acostarán confiados» (Is 14.30). Bajo la economía mosaica era posible que un hombre hiciera a alguno de sus hijos su «primogénito» aparte del que en realidad lo era (Dt 21.16, 17). La idea de preeminencia en autoridad y dominio es entonces el pensamiento que predomina en el uso de la palabra según se aplica al Hijo de Dios. Al venir a la creación en humanidad y de este modo tomar parte en aquello que él mismo había creado, aliando él mismo lo infinito con lo finito, solo pudo hacerlo como «Primogénito de toda la creación». Esto se nos presenta ahora en los pasajes restantes.

II. Cristo, el Primogénito con referencia a su resurrección (Primer aspecto)

Siguiendo a la descripción del poder creativo y gloria de Cristo como Primogénito respecto a la creación natural, el apóstol da una declaración similar con referencia a la creación espiritual: «Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia» (Col 1.18). La enseñanza cuádruple del título, como se insinúa en las secciones previas, se nos vuelve a presentar aquí: (*a*) relación personal divina; (*b*) prioridad a los otros en el tiempo; (*c*) fuente de la existencia de ellos; (*d*) preeminencia sobre ellos.

Resurrección, su derecho privilegiado

(a) Aquí se le describe como «el primogénito de entre los muertos», lit., «fuera de entre los muertos». Se pone el énfasis en el hecho de su resurrección. Para Cristo, como Hijo de Dios, la resurrección no solo fue un hecho de cumplimiento ordenado de antemano, fue un derecho privilegiado; fue la vindicación del Padre de su calidad de Hijo, la vindicación al mismo tiempo de la afirmación de Cristo de ser el Hijo de Dios. Él se lo había anunciado de antemano a sus críticos y opositores, los escribas y fariseos, como la señal que les daría. Su respuesta a su petición de alguna señal de la validez de sus afirmaciones fue que no les sería dada ninguna señal, sino la de Jonás el

profeta: «Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches», dijo, «así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches» (Mt 12.38-40). Su resurrección era la evidencia cumbre de su divinidad como Hijo de Dios y del carácter divino de su misión. En su resurrección se cumplió la profecía mesiánica pronunciada por Isaías: «Cercano está de mí el que me salva» (Is 50.8). Que la declaración fue directamente predictiva del Señor Jesucristo lo deja claro el contexto: «Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás. Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos. Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado. Cercano está de mí el que me salva; ¿quién contenderá conmigo? Juntémonos. ¿Quién es el adversario de mi causa? Acérquese a mí» (Is 50.5-8).

Para todos los demás, la resurrección es cuestión de pura gracia. La resurrección de Cristo fue su derecho. Su impecabilidad, hecho que incluso sus más acérrimos enemigos admitieron, la exigía. Los mismos términos de la ley de Dios la decretaron. La perfecta obediencia a sus mandamientos garantizaba la seguridad de la vida: «El que hiciere estas cosas vivirá por ellas» (Lv 18.5, citado en Gá 3.12). Él fue el único en la historia que cumplió absolutamente las condiciones impuestas en la ley. «Tentado en todo como nosotros», pero sin pecado. Probado en toda manera, solo él, de todos los hombres desde la caída, «nació de tal manera que no necesitaba nacer de nuevo». Sin embargo, que siempre se recuerde, la naturaleza que tomó en su encarnación fue la de verdadera humanidad, poseyendo todas las propiedades esenciales de la humanidad. Se identificó con la humanidad en todo, excepto el pecado.

Es, por consiguiente, de Cristo de quien el salmista dice: «Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción. Me mostrarás la senda de la vida [i.e., vida de resurrección]» (Sal 16.9-11).

(b) Suya fue la

Prioridad en su resurrección

Otros habían sido arrebatados, o habían sido revivificados con cuerpos no enteramente librados del poder de la muerte. Él, primero, resucitó para no morir más. «Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él» (Ro 6.8, 9). Él mismo dijo: «Yo soy ... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos» (Ap 1.17, 18). Se demostró que él es preeminente sobre la creación (Col 1.15), y en la providencia (v. 17), y ahora se le ve preeminente sobre la nueva creación por ser el primero en resucitar de los muertos. Aquí, de nuevo, la expresión hace referencia a otros que seguirían y que entrarían por él en la vasta esfera de la reconciliación.

El fundador de la iglesia

(*c*) Aquí se aplica lo que hemos comentado arriba con referencia a la descripción de Cristo en Apocalipsis 3.14 como «el principio de la creación de Dios». Al ser «el principio», es el originador de la iglesia. Ella le debe su misma existencia a él; primero, por razón de los consejos predeterminantes y eternos de Dios en él; segundo, por razón de su muerte y su resurrección; tercero, por la misión del Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo en Pentecostés. Allí empezó el cumplimiento de su palabra a Pedro, de que, sobre el cimiento de la verdad de su confesión respecto a sí mismo como «el Cristo, el Hijo del Dios viviente», él edificaría su iglesia (Mt 16.16-18).

Su preeminencia sobre la iglesia

(*d*) Debido a que él es «el principio, el primogénito de entre los muertos», se relaciona con la iglesia como Cabeza del cuerpo. Todo lo que se establece naturalmente en esta relación personal es verdad de la unión espiritual que se sugiere. La iglesia está bajo su control y gobierno, y deriva su sostenimiento de él. Así como él sostiene a la creación natural, también a la espiritual. De él «todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor» (Ef 4.16), y de nuevo «en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios» (Col 2.19). Este cuidado y nutrición constantes tienen que ver con las circunstancias presentes de los creyentes en la tierra; porque es aquí donde Cristo, como Cabeza de la iglesia, da dones, «a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Ef 4.11-13). Él siempre será, sin embargo, la Cabeza, la Fuente de toda la vida y energía en sus miembros por toda la eternidad.

El divino propósito en mente es que «en todo [o, «entre todos»] tenga la preeminencia». Ambas traducciones son posibles. Si leemos «en todo», entonces la referencia es tanto al universo como a la iglesia. Si se adopta la traducción «entre todos», entonces la referencia es especialmente a la iglesia. El contexto que indica la traducción es «en todo»; porque el apóstol pasa a decir que agradó a Dios «por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos».

III. Cristo el primogénito con referencia a su resurrección (Segundo aspecto)

Hay otros pasajes que hablan de la posición de Cristo como primogénito en la resurrección. En Apocalipsis 1.5 se le llama «el primogénito de los muertos». Ahora bien, en tanto que en Colosenses 1.18, como hemos visto, se le menciona como «el primogénito de entre [*ek,* fuera de entre] los muertos», en Apocalipsis 1.5 el griego no tiene preposición, de acuerdo a los mejores manuscritos. Cada pasaje se refiere a la resurrección de Cristo. La distinción es que Apocalipsis 1.5 indica más especialmente el hecho de que Cristo había estado muerto, en tanto que Colosenses 1.18 hace énfasis en el hecho de que él resucitó «de entre los muertos». En concordancia con lo que se tiene más particularmente en mente en Apocalipsis 1.5 está la propia declaración del Señor en el versículo 18: «estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos». Aquí Cristo llama la atención sobre el hecho de que, aunque él es esencialmente el que vive, y vive por los siglos de los siglos, estuvo muerto.

En este capítulo se le ve como Hijo del Hombre. Los primeros capítulos del Génesis nos presentan al primer hombre renunciando a todo lo que Dios había puesto en sus manos, incluso la vida misma. Pero aquí, en el último libro, tenemos al segundo hombre presentado en toda su victoria sobre la muerte y el Hades y listo para tomar el reino. El propósito de Dios en el hombre se cumple por medio de Aquel que es el segundo Adán, en quien todas las cosas del cielo y la tierra están todavía por despertarse en el triunfo final de Dios sobre el mal. Solo mediante la muerte podía Cristo «destruir ... al que tenía el imperio de la muerte». Así, lo que antes fue la evidencia del poder del enemigo le trae ahora al creyente el portal de la bendición sin fin, cuya llave está en poder de Uno que es en sí mismo las Primicias de su propia victoria como «el postrer Adán», «el primogénito de los muertos».

IV. Cristo, Primogénito entre sus santos glorificados

Pasando ahora cronológicamente de los dos pasajes mencionados arriba, que se refieren a su

resurrección, se nos dirige a la consumación de los propósitos de Dios en Cristo para la iglesia en su Segunda Venida. En el capítulo 8 de Romanos, el apóstol se refiere una y otra vez a este suceso. De hecho, ese capítulo se divide por esas referencias en cinco secciones distintas. La primera termina en el versículo 11, que habla, no de la presente revigorización del cuerpo de los creyentes, sino de su transformación por el Señor en su Segunda Venida, la certeza de lo cual se basa en el hecho de que su Espíritu mora en ellos. La segunda termina en el versículo 17, que habla de que ellos son glorificados juntamente con Cristo al ser coherederos con él y al haber conocido lo que es sufrir con él. La tercera termina en el versículo 23, que habla de «la adopción, la redención de nuestro cuerpo». La cuarta termina en el versículo 30, donde el apóstol dice: «Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó». Aquí, Pablo está confirmando su declaración de que «sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien [o «él obra todas las cosas para bien»], esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (v. 28). La confirmación consiste de un despliegue de los propósitos divinos de la gracia en la completa salvación de los creyentes. Todo el esquema descansa en el preconocimiento de Dios: «a los que antes conoció, también los predestinó». Dios, en su preconocimiento previó ciertas personas en las cuales se cumplirían sus consejos de gracia, con el propósito grandioso en mente de que ellos serían «hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos»; el primogénito es el Hijo por naturaleza, sus muchos hermanos hijos por adopción, pero conformados semejantes a la imagen —semejanza moral y espiritual ahora, y también corpórea en el más allá— del Hijo de Dios.

La gloria futura del Hijo

La determinación divina de que el Hijo de Dios debe ser glorificado lleva consigo la plena salvación de los creyentes. La seguridad de ellos en cuanto a la gloria venidera se debe a la certeza de que Dios cumplirá sus propósitos hacia el Hijo, y que la conformidad de ellos a él aumentará la gloria de él de la manera más alta posible. Al ser glorificados con él, ellos mostrarán su gloria en un grado imposible por ningún otro medio. La conformidad a la imagen de Cristo es un proceso determinado ya por Dios en la vida espiritual de sus hijos, pero cuando la iglesia esté completa y el Señor venga y alce la voz para resucitar a los santos que han dormido y transformar a los vivos, entonces a él mismo se le verá en medio como «el primogénito entre muchos hermanos». Entonces él habrá llevado a los «muchos hijos» a la gloria (Heb 2.10). Entonces «el que santifica y los que son santificados» estarán juntos, siendo todos «de uno» (i.e., de un Padre). Por eso «no se avergüenza de llamarlos hermanos». Entonces él dirá: «He aquí, yo y los hijos que Dios me dio». Será una familia sin grietas, una compañía sin divisiones, y se habrá cumplido su oración: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado». Subsiguientemente, en la revelación de ellos con él en gloria manifiesta, el mundo verá la perfecta unidad de ellos y sabrá «que el Padre le envió, y que los ha amado a ellos como también ha amado al Hijo» (Jn 17.22-24).

La iglesia del (de los) Primogénito(s)

En Hebreos 12.23 se asocia a la iglesia con Cristo en su título de primogénito, donde el apóstol los llama «la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos». De manera similar, se describe a Israel como «mi hijo, mi primogénito» (Éx 4.22; cp. Jer 31.9). En cada caso, la idea es de preeminencia en la relación personal con Dios. Respecto a Israel, otras naciones han de ser traídas al favor divino de ahí en adelante gracias a la relación personal que Dios estableció entre él

mismo y su pueblo escogido. En este sentido, ellos son su primogénito. También se aplica esto a la iglesia. Los que la constituyen son llevados a la relación personal más íntima posible con Dios mediante la operación del Espíritu Santo. Los privilegios de la primogenitura espiritual son también de ellos. De ellos es el reino y el sacerdocio. Al morir primero en su sustituto viven para servir (cp. Éx 13.13).

Primicias

Podemos comparar los orígenes del término «primicias», que significa una posición especial como resultado del favor de Dios y sus tratos de gracia. Dos palabras hebreas se traducen de esta manera: una significa la parte principal (Nm 18.12; Pr 3.9, etc.); la otra es el fruto que madura primero en la cosecha o en el árbol (Éx 23.16; Neh 10.35; etc.); se hallan juntas en Éxodo 23.19, etc., «Las primicias de los primeros frutos». El término se aplica en las cosas espirituales:

(*a*) A la presencia del Espíritu Santo en el creyente como las primicias de la cosecha completa de la cruz: «y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo» (Ro 8.23).

(*b*) A Cristo mismo en la resurrección en relación con todos los que han dormido creyendo en él: «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho ... Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida» (1 Co 15.20-23).

(*c*) A los primeros creyentes de un país en relación con sus compatriotas que creen más tarde: «Saludad a Epeneto, amado mío, que es el primer fruto de Acaya para Cristo» (Ro 16.5). «Hermanos, ya sabéis que la familia de Estéfanas es las primicias de Acaya, y que ellos se han dedicado al servicio de los santos» (1 Co 16.15).

(*d*) A los creyentes de esta edad en relación con el conjunto de los redimidos aquí, según Santiago 1.18: «Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas».[2]

Ambas palabras hebreas aparecen en Levítico 2. El versículo 12 lo señala a él como líder de los que serán como él. El versículo 14 le señala como el capitán perfeccionado por el sufrimiento y preeminente como primogénito de los muertos. A todos los demás que son llevados al favor divino se los ve en este término. Igual que Cristo como «las primicias» es la garantía y promesa de la resurrección futura de los santos, así los creyentes, «un tipo de primicias», son la garantía y promesa de la restauración en su momento de la creación.

Así como toda la tierra de Canaán fue consagrada a Dios por la consagración de las primicias, así también a toda la nación de Israel se la reconoció como perteneciente a Dios al separar a los primogénitos (Éx 13.12-16). Después, la tribu de Leví fue hecha sustituta de los primogénitos de las familias, para ministrar al Señor (Nm 3.12, 41-50). Puesto que, sin embargo, en Israel había 273 primogénitos más que levitas varones, estos 273 fueron redimidos a razón de cinco siclos por cabeza. No obstante, a fin de marcar a toda la nación como consagrada al Señor, el dinero de la redención tenía que pagarse por cada primogénito (Nm 18.15).

De igual manera, la iglesia es posesión especial de Dios. No es su única posesión, pero, como «la congregación de los primogénitos», es, en su relación personal especial, una muestra de que todo lo demás le pertenece a él. Su unión con Cristo en su vida de resurrección, obtiene para ellos esta distinción sobre los demás miembros de la raza humana. El título los identifica de inmediato con Cristo mismo.

La ocasión en que se verá al Señor Jesús como «el primogénito entre muchos hermanos» se indica además en el siguiente versículo de Romanos 8: «a los que justificó, a éstos también glorificó». El tiempo pasado aquí es profético. Lo que se tiene en cuenta no son las distinciones del tiempo, el objetivo del apóstol es presentar la obra de la gracia divina en su finalidad.

V. Cristo el Primogénito con referencia a su gloria manifestada

En cuestión de tiempo el último suceso en referencia al cual se habla de Cristo como el primogénito, es su segunda venida, su retorno en gloria a la tierra para establecer su reino. Hay dos pasajes en los cuales el título aparece y que hablan de esto, uno en la Epístola a los Hebreos y el otro en Salmos. El primero dice: «Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios» (Heb 1.6).

Es importante notar la posición y significado de la expresión «otra vez», aquí; en este caso no sirve simplemente para eslabonar una declaración adicional a la precedente; se debe tomar con la palabra «introduce». El tiempo del cual el apóstol está hablando no es la encarnación, como veremos en el pasaje del Antiguo Testamento de donde se toma la cita. Además de esto, no hay nada en las Escrituras que muestre que lo que aquí se dice de los ángeles tuviera lugar en el nacimiento de Cristo. En esa ocasión hubo «una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios» (Lc 2.13). No estaba presente toda la compañía de ángeles gloriosos. Cuando él vuelva a la tierra en el día de su gloria manifiesta, con el propósito de derrocar a los enemigos de Dios y establecer su reino, vendrá acompañado por todos sus santos ángeles. Como él mismo dijo: «Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles» (Mt 16.27). De nuevo, «Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones» (25.31, 32). El Señor Jesús se revelará desde el cielo «con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron» (2 Ts 1.8-10). Será como el Primogénito en relación con toda la creación, incluyendo los ángeles, traído al mundo para recibir la herencia que le espera.

El cántico de Moisés

Las palabras de Hebreos 1.6, «Adórenle todos los ángeles de Dios», se citan de la versión de Deuteronomio 32.35-43 en la Septuaginta, al final del cántico de Moisés, que consiste en la historia de la nación de Israel desde su comienzo hasta el tiempo todavía futuro, cuando serán librados de sus enemigos y llegarán a ser alabanza del Señor y la nación cabeza del mundo. El final del canto habla del castigo divino sobre los enemigos de Israel, la liberación final de esa nación y la bendición de los gentiles que seguirá a la restauración del pueblo terrenal de Dios al principio del milenio.

A fin de captar la conexión, convendrá citar el pasaje entero según aparece en la Septuaginta: «Porque yo alzaré al cielo mi mano, y juraré por mi diestra, y diré: Yo vivo eternamente, porque afilaré mi espada como rayo, y mi mano empuñará el Juicio; y ejecutaré juicio a mis enemigos, y daré el pago a los que me aborrecen. Embriagaré de sangre mis saetas, y mi espada devorará carne; de la sangre de los heridos, y de los cautivos, de las cabezas de los príncipes de los enemigos. ¡Regocíjense, cielos, con él, y adórenle todos los ángeles de Dios! ¡Regocíjense, naciones, con su pueblo, y que todos los hijos de Dios se fortalezcan en él! Porque él vengará la sangre de sus hijos, tomará venganza, y dará su pago a los que le aborrecen; y purificará por completo la tierra de su

pueblo».

La narración poética respecto a la historia de Israel empieza en el versículo 8, que describe cómo el Señor, al conceder primero a las naciones gentiles su herencia, fija sus límites geográficos en relación con la población futura de Israel, de manera que Palestina queda predeterminada etnológicamente como centro del mundo. El cántico procede a declarar el cuidado que Dios otorga a su pueblo y luego la apostasía y rebelión de la nación, al provocarle a ira con su idolatría. Luego se predice el consecuente castigo que les vendrá (v. 35). El cruel tratamiento que se les aplica, sin embargo, a manos de sus enemigos gentiles, a quienes ellos serían entregados, exigirá a su vez la venganza divina sobre estas naciones. Sus enemigos deben caer bajo la ira de Dios debido a su desprecio de las exigencias de Dios y a su odio al pueblo de Dios.

La ruina del Anticristo

El final del cántico trae de este modo a colación el fin de la era presente, el tiempo que en otras partes se llama «el día del Señor», y cae en línea con 2 Tesalonicenses 1.7-10, mencionado arriba, y con muchos otros pasajes bíblicos que se relacionan con el mismo período, tales como Isaías 63.3-6, por ejemplo, que predice el día de venganza y el año de los redimidos del Señor. Véase también Joel 3.1-6, 12-17; Apocalipsis 19.11-21, etc. Todo ello habla del clímax en la guerra de Armagedón, el final de la gran tribulación. Hay una conexión muy estrecha entre este último pasaje y el que estamos considerando en Deuteronomio 32. El capítulo 19 de Apocalipsis describe a la bestia y a los reyes de la tierra bajo su dominio, y sus ejércitos, reunidos para hacer la guerra contra Cristo. La bestia es el mismo ser del cual se habla en Apocalipsis 13, quien para ese tiempo habrá recibido la adoración mundial y también tendrá bajo su control los asuntos sociales y políticos del mundo. Así también, en el capítulo 17 predice que los gobernantes de la liga de diez reinos le entregarán su poder y autoridad, con los cuales «pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes» (17.14).

La consumación

Deuteronomio 32.40 nos da tal vez la más temprana mención en las Escrituras de la derrota de este gran Anticristo y de los reyes de la tierra y la consiguiente liberación de Israel de su tiranía. La espada del Señor ha de empezar su obra con «la cabeza de los gobernantes del enemigo», i.e., el Anticristo, la bestia de Apocalipsis 19, al que se detiene y se destruye, y con él al falso profeta, mientras que «el resto», es decir, los gobernantes de la tierra y sus ejércitos, «fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo» (Ap 19.20, 21). Inmediatamente después de su derrocamiento, se llama a los cielos para que se regocijen y a «todos los ángeles de Dios» para que adoren a Cristo. Acto seguido, habiendo sido eliminado el opresor tirano de los judíos, a los gentiles se les llama para que se regocijen con el pueblo de Dios. La tierra, ahora libre de sus déspotas anticristianos, será purificada por completo. Para una idea más exhaustiva de esto véase Ezequiel 39.12 hasta el fin del capítulo.

«El Rey de reyes»

Este es el tiempo, pues, al cual se refiere Hebreos 1.6. De esta manera traerá Dios a su Primogénito al mundo. Entonces se cumplirá la profecía de Salmo 89.27: «Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra», en directa antítesis a la posición que tenía la bestia bajo Satanás, quien, como los pasajes mencionados muestran, habrá gobernado durante un tiempo sobre todos los reyes de la tierra. Pero Cristo es el «Rey de reyes». El breve despotismo del

Anticristo dará lugar al dominio permanente del Cristo de Dios.

Aunque el Salmo habla de manera inmediata de David, se refiere proféticamente al «mayor hijo», de David, y a su entronización como Rey de Dios «sobre su monte santo de Sion». Entonces le serán dadas «por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra» (Sal 2.6-8).

La doxología

Esto completa nuestra revisión breve e insuficiente de las glorias del Señor Jesucristo como «el Unigénito» en relación con el Padre, y como «el Primogénito» en relación con las creaciones antigua y nueva. Bajo estos títulos le vemos, como Unigénito, en su relación personal eterna y única, y, como Primogénito, en su presente exaltación y en la inminente consumación de esta edad en que, habiendo recibido a la iglesia para sí mismo en la vida y poder de resurrección, él vuelva para establecer el reino que jamás será destruido. Que nuestra contemplación de su gloriosa Persona nos lleve a adorarle y alabarle como el Hijo del Padre, «el Testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra». «Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén».

1. Liddon, «Th e Divinity of our Lord», pp. 321, 322.
2. *An Exposition of the Epistles to the Thessalonians*, por Hogg y Vine.

La expiación

El pecado entró en el mundo debido a la desobediencia y se requería un castigo. A fin de que los pecados sean expiados de una vez por todas, Jesús proveyó un sacrificio. Él murió en nuestro lugar para que nosotros podamos ser reconciliados con Dios. La expiación provista por Cristo es nuestra redención.

Cuando Dios creó al hombre, le constituyó como súbdito apropiado para el gobierno moral, un ser que podía entender el carácter y voluntad de su Hacedor, adorarle y tener comunión con él, y disfrutar del gozo de la obediencia a él. Consistentemente con esto, y para su propio bienestar, Dios le impuso una sola prohibición. Estaba por entero dentro del poder del hombre conformarse a esa prohibición o transgredir su mandato. Esta era una característica esencial de su constitución. El hombre no era un mecanismo impotente.

Sometiéndose a la influencia adversa y sutil del enemigo de Dios, el hombre decidió transgredir. Este acto de desobediencia exigía una pena. No imponerla sería aducir un defecto en el mandamiento de Dios, y por consiguiente en su propio carácter.

El carácter del pecado

El pecado no es mala suerte. No es una equivocación. Tampoco es una enfermedad. Tampoco es una etapa necesaria hacia cosas más altas. No es el mero producto de las circunstancias, resultado de la herencia o del medio ambiente. El pecado es iniquidad (1 Jn 3.4). Siendo así, se requería una satisfacción justa. El perdón solo se podría dar de una manera coherente con los atributos y carácter de Dios, con la rectitud de su administración y con su calidad de irreconciliable con el mal.

Las condiciones requeridas

El reajuste de la relación rota era imposible para el hombre. Ningún acto de su parte podía expiar su culpa.

Primero, el arrepentimiento no podía efectuarlo. El arrepentimiento no podría restaurar la relación rota.

En segundo lugar, una vida enmendada no podía efectuarlo. Una vida enmendada no puede cancelar la culpabilidad previa.

Tercero, ningún otro ser humano podía lograrlo. Todos los hombres participan en la culpa, «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Ro 3.23).

La persona requerida

Pasamos, por consiguiente, a inquirir: ¿Quién podría lograr lo que era necesario a fin de que Dios pudiera perdonar al pecador y limpiar al culpable?

En primer lugar, se requería uno que pudiera comprender por entero los atributos, carácter y exigencias de Dios.

Segundo, esta persona debía ponerse en relación con el pecador, sujetarse a las exigencias de la justicia divina y pasar la prueba sin fallar. Con este propósito, conociendo él mismo por completo la naturaleza santa y las exigencias justas de Dios, debía llegar a identificarse con la constitución y naturaleza humanas.

Tercero, tal persona debía estar libre de toda culpa en sí mismo, y debía ser probado y demostrar que estaba libre de toda mancha de pecado.

Cuarto, debía soportar él mismo la pena del pecado, llevar la maldición de la ley quebrantada. Si tuviera alguna mancha en sí mismo, sufriría el castigo por su propia culpa y ninguna ventaja podría lograr para el pecador. Pero, aun sin tener pecado él mismo, sería necesario que Dios tratase con él como hubiera tratado con el pecado.

El único Ser posible

Ahora bien, había solo un ser que podía cumplir esas condiciones, y ese era el mismo Hijo de Dios.

En primer lugar, era uno con el Padre en la Deidad. La profecía que predecía acertadamente dónde nacería declaraba al mismo tiempo que «sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Mi 5.2). Eso es lo que en el Salmo 90 se predijo de Dios, y no se podía predecir de ningún otro: «Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios» (v. 2). Él mismo dijo: «Yo y el Padre uno somos» (Jn 10.30). Antes de su encarnación era «en forma de Dios» (Fil 2.7). En esa frase: «siendo en forma de Dios», hay que notar dos puntos: (1) la palabra que se traduce «siendo» no es el verbo «ser», significa «existiendo originalmente», y su uso indica que eso que la persona de quien se dice fue antes del suceso mencionado y continúa siendo después de que tuviera lugar el evento; (2) la «forma» no es un mero parecido, sino que expresa la existencia real de aquello que se describe; el mismo pasaje dice, por ejemplo, que Cristo tomó «forma de siervo». En realidad, está claro que él llegó a ser eso; entonces, siendo en forma de Dios, él era Dios. Otra vez, el Padre le dice al Hijo: «Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo» (Heb 1.8).

Poseyendo, por consiguiente, divinidad, conocía absolutamente los atributos, carácter y exigencias de Dios.

En segundo lugar, se puso a sí mismo en relación con el hombre que había pecado. Así, se hizo carne. Participó de carne y sangre. Se hizo un hombre real, poseyendo cuerpo, alma y espíritu. «Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley» (Gá 4.4).

En tercer lugar, fue probado y hallado sin pecado. Fue «tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Heb 4.15). Su impecabilidad quedó vindicada en toda manera posible. Sus más ardientes críticos y más acérrimos enemigos lo han reconocido.

Cuarto, el gran objeto por el cual se puso de esta manera a sí mismo en conexión con el hombre mediante su encarnación, fue para poder morir y con ello «poder redimir» a los hombres (Gá 4.4). Él, y solo él, nació para morir. Participó de carne y sangre «para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Heb 2.14-15). No vino meramente para enseñar a los hombres cómo vivir, o para darnos ejemplo, aunque también lo hizo. El objeto de su encarnación era que en su muerte pudiera llegar a ser maldición por nosotros, y llevar el castigo debido por nuestra culpa.

Quinto, al ir a la cruz se sometió a recibir el trato que Dios debe dar al pecado. Este modo de morir, con derramamiento de su sangre, era necesario para la expiación. Y por la siguiente razón: El pecado había traído muerte. La muerte vino por el pecado (Ro 5.12). El pecado, de este modo, involucraba la renuncia a la vida. Ahora bien, «la vida de la carne está en la sangre». Entonces, para que se imparta vida al pecador debe hacerse mediante una muerte causada por el derramamiento de ese elemento que es la vida de la carne. El modo de ejecución tenía que ser colgarle en un madero. Porque Dios había declarado: «Maldito todo el que es colgado en un madero». De este modo, Cristo

se haría maldición por nosotros. En consecuencia, se sometió a la clase de ejecución que estaba de moda en tiempos de los romanos. Los modos nacionales habían sido invalidados para que así se pudiera lograr su muerte.

La manera de morir

El derramamiento de sangre, en el lenguaje de las Escrituras, implica quitar, o entregar, la vida. «La sangre de Cristo» significa la muerte de Cristo por el derramamiento de sangre. Es la sangre la que hace expiación por razón de la vida (véase Lv 17.11).

En tanto y en cuanto Cristo no tuvo pecados propios por los cuales morir, se sigue que soportó su muerte voluntaria y vicariamente a favor de los que eran pecadores. Él se entregó a sí mismo a la muerte. Se presentó para ser hecho pecado a fin de llegar a ser maldición por aquellos que, por haber pecado, se habían puesto bajo la maldición. Él puso su vida. Dijo: «yo pongo mi vida ... Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (Jn 10.15, 18). En el huerto del Getsemaní dio prueba de que ningún hombre tenía poder para hacerlo morir. Se sometió a que lo atasen y lo llevasen detenido. Podía haber llamado legiones de ángeles para que lo defendieran. De nuevo, en cuanto a su crucifixión, fue singular. Murió como ningún otro crucificado lo hizo jamás. En cualquier otra crucifixión, tras la exhalación del último suspiro venía la inevitable caída de la cabeza; el Señor Jesús primero inclinó (o más bien «reclinó») su cabeza y entonces entregó su espíritu. Invirtió el proceso natural. Él «derramó su vida hasta la muerte» (Is 53.12). La palabra que leemos como «inclinó» se traduce «recostar» cuando declara que «el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza». Él halló su verdadero descanso en el cumplimiento de la voluntad del Padre y al hacerse obediente «hasta la muerte».

En su crucifixión, la justicia divina de Dios lo hirió. La espada de Jehová fue despertada para herir «al hombre» que era el «compañero de Jehová» (Zac 13.7). «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga [su herida] fuimos nosotros curados ... Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento» (Is 53.5, 10). Su ofrenda hizo «expiación por el pecado» (v. 10). «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado» (2 Co 5.21). Dios trató con él, el que nunca hizo pecado, como debe tratar con el pecado.

Las condiciones cumplidas

Todas las condiciones exigidas se cumplieron en la persona y muerte de Cristo. Así es como, aunque «todos pecaron», Dios puede perdonar, sí, justificar al pecador sobre una base perfectamente justa. Somos «justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre» (Ro 3.24, 25). La Versión Autorizada en inglés es incorrecta aquí. No es «mediante fe en su sangre». La preposición es «por», no «en». La fe está en la persona. La coma después de la palabra «fe» es importante. Propiciación significa aquello por lo cual Dios muestra misericordia, y la base es la sangre de Cristo.

Una objeción

Se han presentado varias objeciones contra la expiación. Se dice que es imposible porque la culpa es intransferible. Ahora bien, ser culpable no es transferible, pero sí es posible que una persona sufra por los pecados de otra. Esto es frecuente en la experiencia humana. La diferencia es que un pecador no puede hacer expiación ante Dios por otro pecador, y esto ya lo hemos señalado. Sin embargo, si

una persona puede sufrir por el pecado de otra, ¡cuánto más pudo Cristo inmaculado someterse voluntariamente para sufrir la condenación causada por nuestra culpa!

Una segunda objeción

Otra objeción que se presenta es que es inmoral herir al inocente por el culpable. Esa objeción soslaya el hecho de que la persona que juzga y la que paga por el pecado son la misma. Dios Padre y Cristo el Hijo son uno en la Deidad. Siempre ha sido verdad: «Yo y el Padre uno somos». No hay más que un solo Dios. El Dios triuno es un Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo». Ninguna ilustración natural puede ilustrar la obra del Calvario. Ningún razonamiento humano puede analizar la obra de la expiación.

Que fue un acto coherente con la rectitud moral lo atestiguan los efectos. Jamás han producido relaciones personales inmorales. El pecador que se pone bajo sus efectos es llevado a una relación personal con Dios y sigue su camino, como creyente justificado, regocijándose para servir a su Redentor. La expiación es el medio de llevarle a una unión con Cristo, unión de amor y lealtad a él.

Una tercera objeción

Otra objeción que se presenta es que es inconcebible que Dios exija una expiación cuando el hombre perdona a sus semejantes sin exigir una expiación. ¿Acaso Dios iba a actuar en una escala más baja que el hombre? ¿No podía perdonar él el pecado sin una expiación? Esta objeción ignora el hecho de que la relación de Dios con los hombres en cuestión de transgresión difiere de la relación de un hombre con otro. Incluso entre los hombres, las diferentes relaciones determinan una diferencia en la consecuencia de una acción. Un cristiano, sufriendo por el maltrato de un perturbador de la paz, puede expresar su disposición para perdonar, pero el policía tiene que exigir otra cosa, y hay tribunales y magistrados. Los intereses del estado exigen satisfacción. Un hombre puede perdonar al asesino de su pariente, pero al asesino hay que ahorcarlo. Así, Dios solo puede justificar partiendo de una base coherente con sus atributos como juez de la humanidad.

Una cuarta objeción

Otra objeción acusa a Dios de ser vengativo al aplicarle a Cristo el castigo. Pero eso ignora el hecho de que el Padre nunca dejó de amar al Hijo. Este amor infinito e inmutable es muy consistente con el hecho de que «de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito», que «no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros».

La expiación no es identificarse mentalmente

Lo que se ha dicho arriba tal vez es suficiente para mostrar que la palabra «expiación», si se la entiende con el sentido de «identificarse mentalmente», es del todo inadecuada para expresar la verdad de la doctrina. Esa identificación es el efecto del sacrificio expiatorio de Cristo. La palabra hebrea significa «cubrir». La usa David en el Salmo 32 cuando dice: «Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado». Sugiere además que se quita la ira divina. Cristo no murió para reconciliar a Dios con el hombre, sino que el efecto de la muerte de Cristo es eliminar la ira de Dios del que cree. La ira de Dios sigue todavía sobre el no creyente (Jn 3.36). Dios dio a su Hijo a fin de que, tratando con él por nuestro pecado y culpa, ejecutando sobre él su ira contra el pecado, el pecador creyente pudiera ser librado de la ira y condenación merecidas. El evangelio es un ministerio de reconciliación, «como si Dios», dice el apóstol Pablo «rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (2 Co 5.20).

El tribunal de Dios

La expiación no es meramente el pago de una deuda. Es mucho más. No es simplemente una transacción comercial. Dios no es un mero acreedor, él es juez. Todo hombre debe comparecer delante de él en esa capacidad. Cristo satisfizo en su muerte las exigencias de la justicia divina, y el pecador culpable puede quedar libre, eliminada la ira, concedido el perdón y limpiado su pecado por la preciosa sangre de Cristo. La muerte de Cristo no fue simplemente el pago de una deuda; fue la justificación de los pecadores ante el tribunal de Dios.

Un sacrificio sustitutorio

El sacrificio del Calvario fue ofrecido para hacer provisión para todos los hombres. Los efectos reales del sacrificio expiatorio de Cristo lo experimentan solo los que reciben al Salvador. La muerte de Cristo fue sustitutoria, pero Cristo no es sustituto del pecador que no se arrepiente. No nos atrevemos a ir a un hombre rebelde, de corazón endurecido, y decirle: «Cristo es tu sustituto». Puedo decirle que Cristo murió por él, para librarle de las consecuencias del pecado, pero si le digo a un pecador endurecido que Cristo murió por él, de ello se sigue que ese pecador ya no está en el lugar de condenación y muerte, cuando la verdad es lo contrario. Si recibe a Cristo por el arrepentimiento y la fe, pasa de muerte a vida, de condenación a justificación. Cristo murió por todos los hombres. «Se dio a sí mismo en rescate», rescate sustitutorio, «por [*júper*] todos» (1 Ti 2.6). Se dio a sí mismo en rescate «por [*anti*] muchos» (Mr 10.45). Nótese «por todos», «por muchos». La sustitución real se cumple para los que, recibiendo a Cristo por fe, son librados de la muerte presente y futura. Todos los niños que nunca llegan a la condenación de transgredir la ley contra Dios están bajo la eficacia expiatoria de la sangre de Cristo. Pero para todos los que han pecado hay justificación mediante la fe, y no hay condenación para los que de este modo están «en Cristo Jesús».

¡Qué maravillosa es la gracia de Dios que Aquel contra quien el hombre había pecado provea por sí mismo la expiación! ¡Qué inescrutable es su misericordia para el culpable que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que libremente lo entregó por todos nosotros, para que lleve nuestros pecados en su cuerpo en el madero! Si tan solo reconociéramos lo horrendo de nuestra culpa y la infinita gracia de nuestro Señor Jesucristo al sufrir la pena por nosotros, «el justo por los injustos, para llevarnos a Dios», nos postraríamos en reconocimiento y nos presentaríamos nosotros mismos a él en servicio devoto todos nuestros días.

¡Gran Dios de maravillas! ¡Todos tus caminos
Exhiben tus atributos divinos!
Pero las hermosas glorias de tu gracia
Más allá de tus otras maravillas resplandecen.

¡Tan profundas transgresiones perdonar!
¡A tales gusanos, culpables, insolentes perdonar!
Esta es tu prerrogativa propia,
Y en ese honor nadie más participará.

¡Perdón, de un Dios ofendido!
¡Perdón, por pecados de la más profunda negrura!
¡Perdón, concedido mediante la sangre de Cristo!
¡Perdón, que acerca al pecador!

¡Quién es un Dios perdonador como Tú!
¡O quién tiene gracia tan rica y gratuita!

Cristo es el Señor

La muerte de Jesucristo trae a todos los que creen la dádiva de la vida eterna. Hay bendición prometida al conocerle como nuestro Salvador; desde luego, no de prosperidad en esta tierra, sino de bendición futura. A Jesús no solo se le llama Salvador, sino que también se le describe como «Señor». Hay conexión entre estos dos títulos de Jesús; títulos que son verdaderamente demostrativos de su carácter. Recibir a Jesús como Salvador es recibirle como Señor. Ya no somos siervos del pecado, sino siervos de Dios.

Es importante tener presente que el evangelio proclama a

Cristo como Señor

tanto como Salvador. Es Salvador, por supuesto, pero veamos cómo se le proclamó conforme al testimonio de las Escrituras. El mensaje angélico a los pastores en el nacimiento de Cristo anunció que el que iba a nacer ese día en la ciudad de David era «un Salvador, que es *CRISTO el Señor*» (Lc 2.11). En su proclamación del evangelio en el día de Pentecostés, el apóstol Pedro declaró que «a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, *Dios le ha hecho Señor y Cristo*» (Hch 2.36). El testimonio de los apóstoles ante el sanedrín fue: «A éste, Dios ha exaltado con su diestra por *Príncipe* y Salvador» (Hch 5.31).

Pedro empieza su mensaje a Cornelio y su familia declarando que Jesucristo «es *Señor de todos*» (Hch 10.36). El apóstol Pablo dice: «predicamos ... a *Jesucristo como Señor*» (2 Co 4.5). Cuando expone las condiciones para poseer la salvación, recalca la necesidad de reconocer el señorío de Cristo: «que si confesares con tu boca que *Jesús es el Señor*, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo» (Ro 10.9). «Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, *para ser Señor* así de los muertos como de los que viven» (Ro 14.9). Es ante él que se doblará toda rodilla y toda lengua confesará «que Jesucristo *es el Señor,* para gloria de Dios Padre» (Fil 2.10, 11). «La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús *Señor nuestro*» (Ro 6.23).

Las Escrituras no apoyan que invitemos a nuestros oyentes a recibir a Cristo simplemente como su Salvador. Consideremos el pasaje que habla de recibirle. Quién es Aquel de quien se dice: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Jn 1.12). Él es Dios (v. 1); es el Creador (vv. 3, 10); es vida y luz (vv. 5 y 8); es «el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre» (v. 18); es el que tiene un derecho sobre los hombres (v. 11). Recibirle como Salvador es recibirle como Señor.

Un reconocimiento exigido

¡Qué necesario, por consiguiente, dejar en claro que la regeneración, que viene al recibir al Hijo de Dios por fe, incluye el reconocimiento de su señorío! Es una bendición conocerle como Salvador, tener la certeza de la remisión de pecados y ser salvado de la perdición, pero el cambio de parecer que significa el arrepentimiento es un cambio de parecer respecto a Cristo y al mundo y al pecado. Cristo ahora llega a ser Señor de la vida. Esto no se puede comprender por completo al principio, pero es importante darle su importancia.

El que así cree en el Hijo de Dios y le recibe ya no es siervo del pecado, sino siervo de Dios. «Pero gracias a Dios», dice el apóstol, «que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a

ser siervos de la justicia ... Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna» (Ro 6.17-22). «A Cristo el Señor servís» (Col 3.24). «Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones», dice el apóstol Pedro (1 P 3.15). Esto no es un logro que ha de alcanzar el creyente de experiencia madura; es la regla gozosa de vida para todo creyente.

No son pocos los atraídos por los mensajes del evangelio para buscar el camino de salvación, pero que siguen poseídos por una codicia por el mundo. ¡Qué grande es la necesidad de cuidado, no sea que por una presentación inadecuada de las verdades del evangelio engañemos a los tales para profesar una conversión que carece de realidad! Cristo y el mundo no pueden reinar juntos. No podemos servir a dos amos. «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Jn 2.15). Recibir a Cristo es ser sellado por el Espíritu Santo, quien de inmediato viene a morar en el creyente. Mediante este sello es apartado para Cristo; le pertenece a él (Mr 9.41; 1 Co 3.23); «esclavo es de Cristo» (1 Co 7.22). El darse cuenta de esto le permite decir con el apóstol: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gá 2.20).

Cristo, la propiciación

La necesidad de reconocer el verdadero carácter del pecado a los ojos de Dios es solo un paso preliminar a reconocer el adecuado establecimiento de la justicia de Dios en el castigo del pecado y a reconocer la gracia que él ha manifestado hacia el culpable. Este es precisamente el orden adoptado por el apóstol en la Epístola a los Romanos, un orden profundamente significativo y que exige atención cuidadosa. Después de las declaraciones introductorias en cuanto a la persona que el evangelio proclama, y de la instrucción respecto a la universalidad y lo horrendo de la culpa humana, procede a vindicar la justicia de Dios en su actitud hacia el pecado y su modo de tratar con el mismo. El juicio de Dios «es según verdad» (Ro 2.2); él será «justificado en sus palabras, y prevalecerá cuando venga en juicio» (3.3).

La Persona requerida

Se requería alguien que pudiera combinar en sí mismo una comprensión absoluta de los atributos, carácter y exigencias de Dios, y una completa comprensión de la naturaleza humana. Es decir, alguien que, siendo poseedor de divinidad, se pusiera en relación personal con el hombre, identificándose de este modo con la constitución y naturaleza humanas. Más aún, al ser así verdaderamente hombre, sujetándose a las exigencias de la justicia divina, y siendo probado en todo aspecto, necesitaría que diese testimonio de que estaba libre de toda mancha de pecado, y de este modo soportara el castigo del pecado, llevando la maldición de la ley quebrantada. Cualquier mancha de pecado implicaría sufrir la pena por su propia culpa, y así no se lograría ningún beneficio para los que eran en realidad culpables.

El modo Señalado

De nuevo, por decreto divino, la expiación debía ser por derramamiento de sangre. «Sin derramamiento de sangre no se hace remisión». Pero esto no significa meramente el derramamiento del elemento físico. La «sangre» indica la «muerte» sacrificial por el derramamiento de sangre. «La vida de la carne está en la sangre», y el hombre había renunciado a la vida por el pecado, porque el pecado implica la muerte; por consiguiente, la vida solo podía ser impartida mediante la entrega de la vida por el derramamiento de sangre en sacrificio. «Porque la vida de la carne en la sangre está, ...

y la misma sangre hará expiación» (Lv 17.11).

Solo un Ser podía cumplir las condiciones requeridas, y era el mismo Hijo de Dios, quien era «el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder».[1] De él se dice que «sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Mi 5.2). Concuerda con lo que él mismo dijo: «Antes que Abraham fuese, yo soy» (Jn 8.58). Y otra vez: «Yo y el Padre uno somos» (Jn 10.30). Más aún, fue el Hijo de Dios el que hizo existir a la creación. «Porque en él fueron creadas todas las cosas» (Col 1.16). Él no podía, por consiguiente, haber sido creado. Este versículo 16 interpreta el enunciado precedente que le describe como «el primogénito de toda creación»; es decir, como el primero en su relación personal sin origen con el Padre, Cristo le dio existencia a la creación. En este sentido objetivo debe también entenderse el versículo de Apocalipsis 3.14, «el principio de la creación de Dios».

Siendo de este modo

Inalienablemente poseedor de divinidad

como coigual con el Padre, se colocó en una relación personal con el hombre al encarnarse, «participando de carne y sangre». «Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley» (Gá 4.4). Él no se desposeyó de divinidad, sino, como hemos visto en Filipenses 2.7, continuó en forma de Dios. De este modo, combinando en sí mismo absoluta divinidad y verdadera humanidad, se sometió a ser probado en todos los puntos y demostró ser sin pecado. Su impecabilidad se indica de muchas maneras. «No hay pecado en él» (1 Jn 3.5); «el cual no hizo pecado» (1 P 2.22); «Al que no conoció pecado» (2 Co 5.21). Tentado en todo, como nosotros lo somos, él fue «sin pecado» (Heb 4.15). De este modo, conociendo absolutamente los atributos, carácter y exigencias de Dios, y las condiciones de la naturaleza humana, excepto el pecado, como el inmaculado Cordero de Dios era enteramente adecuado para hacer expiación por el pecado. En la cruz, él sufrió la pena de nuestra culpa, haciéndose maldición por nosotros, y de esta manera «él es la propiciación por nuestros pecados». Es decir, en su propia persona él es la base sobre la cual Dios muestra misericordia al pecador culpable. «Él lo hizo pecado por nosotros», es decir, lo trató como debía haber tratado al pecado. A todo esto se sometió el Señor Jesús voluntariamente, en perfecto cumplimiento de la voluntad de su Padre. Él dijo: «yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (Jn 10.15-18).

Esta entrega de su vida como propiciación implicó más que la muerte física. Su alma fue hecha ofrenda por el pecado. De esta manera, en la justicia de Dios se le aplicó el juicio a él, de una manera totalmente oculta a la visión humana. Fue esto lo que, bajo la herida del juicio divino, le llevó a clamar en su angustia en el madero: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». En su crucifixión, la justicia divina lo hirió. La espada de Jehová fue despertada para herir «al hombre que era su compañero» (Zac 13.7).

Esta era la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Por este medio es librado de la maldición el pecador que cree. Sus pecados son remitidos. Está justificado a los ojos de Dios y posee la vida eterna.

1. A diferencia de la mala interpretación que de este versículo da la Aurora Milenial: «siendo ahora el resplandor de su gloria». La inserción de la palabra «ahora» es una perversión del signifi cado, porque la primera cláusula del versículo 3 indica claramente su preexistencia antes de que viniera a quitar los pecados. El apóstol Pablo indica de modo similar la preexistencia de Cristo

cuando dice que «siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse» (Fil 2.6). La palabra que se traduce como «forma» no signifi ca mero parecido, expresa todo lo que esencialmente caracteriza a Dios y, por consiguiente, la preexistencia de Cristo como Dios. De nuevo, la palabra traducida como «siendo» no es la palabra «ser»; significa «existiendo originalmente», y su uso indica que lo que era la persona a quien se refi ere antes del suceso mencionado, lo sigue siendo después de que el evento tuviera lugar.

La cruz de Cristo

Predicamos la cruz, pero, ¿qué se quiere decir con esa frase? No es la forma icónica de una cruz lo que se asocia con el cristianismo, ni es el sufrimiento y muerte de Cristo. Cuando los apóstoles hablan de «la cruz», sus pensamientos se dirigen a la persona del Redentor y lo que se logró allí. La frase «la palabra de la cruz» se interpreta en la declaración del apóstol «predicamos a Cristo crucificado»; no a Cristo en una cruz, sino «a Jesucristo, y él crucificado», es decir, el Cristo vivo, exaltado y glorificado, como el que había sido crucificado.

«¡La predicación de la cruz!» ¡Qué alturas y profundidades de la gracia y verdad del evangelio hay implicadas en esa frase! «La palabra de la cruz», como correcta y literalmente los Revisores la ponen, da, en una tersa expresión, la suma y sustancia del evangelio divino.

Cuando los apóstoles hablan de «la cruz» dirigen nuestros pensamientos, no al material, ni a la forma particular de la cruz misma, sino a aquello con lo cual ella se asocia,[1] la persona del Redentor que fue colgado y sufrió allí, y todo lo que en los consejos eternos de Dios se logró y se estableció allí.

«La palabra de la cruz» abarca, entonces, toda la doctrina que tiene que ver con la crucifixión de Cristo, el propósito, el modo, el significado y el efecto de su muerte, la naturaleza y pena del pecado, la condenación del pecador y la salvación del creyente. Así también en el versículo precedente, donde Pablo dice que Cristo le envió a predicar el evangelio «no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo».

Una distinción

Es más, «la cruz de Cristo» no es simplemente una expresión alternativa para «la muerte de Cristo». Es de suprema importancia tener esto presente. «La cruz de Cristo» hace mucho más que expresar el hecho del amor infinito de Dios al hombre en la muerte de su Hijo; expone la enemistad del corazón humano contra Dios, revela la verdadera naturaleza del pecado tal como es a la vista de Dios y da a conocer la imposibilidad de cerrar, por cualquier esfuerzo humano, el abismo que separa de Dios al hombre no regenerado.

La distinción se ha expuesto de manera contundente como sigue:

«"La predicación de la cruz". No la muerte de Cristo meramente, sino "la cruz" ... "La predicación de la cruz es locura a los que se pierden". No así la predicación de la muerte de Cristo, aparte de las verdades que se agrupan alrededor de "la cruz". Toda la trama del cristianismo apóstata se basa en el hecho de esa muerte ... Se apropian de la muerte de Cristo como parte de la filosofía del mundo. Es un hecho y una doctrina que la sabiduría humana ha adoptado y en los cuales se regocija como el tributo más alto a la dignidad humana. ¡Qué grande y maravillosa debe ser la criatura a favor de la cual Dios ha hecho tan maravilloso sacrificio! Y de este modo hacen que Dios [i.e., en el pensamiento y enseñanza humanos] le siga el juego al orgullo de corazón y al sentido de auto importancia del hombre.

»Y como con la filosofía del mundo, así también con la religión del mundo. La doctrina de la *muerte* de Cristo, si se la separa de "la cruz", le deja todavía a la naturaleza humana terreno firme. Es consistente con las afirmaciones de la criatura y los privilegios de clase ... Pero la predicación de

la cruz es “el hacha puesta a la raíz del árbol”, el golpe mortal a la naturaleza humana sobre toda base y en toda forma ... Ha medido la distancia moral entre Dios y el hombre y los ha dejado tan separados como el trono de cielo y la puerta del infierno».[2]

La frase «la palabra de la cruz» se interpreta en el enunciado del apóstol «predicamos a Cristo crucificado»; no a Cristo en una cruz, sino «a Jesucristo, y a este crucificado», es decir, el Cristo vivo, exaltado y glorificado, como el que ha sido crucificado.

1. Este es apenas un ejemplo de un principio importante en el uso de la fraseología, es decir, que una palabra a menudo se usa para todo lo que va asociado con ella. Hemos observado, por ejemplo, que «la sangre de Cristo» signifi ca, no el elemento físico en sí mismo, sino la muerte de Cristo por el derramamiento de su sangre en sacrificio. De nuevo, la frase «la mesa del Señor» no lleva al pensamiento a la substancia de una mesa, sino a lo que hay en ella y a la verdad asociada con ella. Compárese: «Sea vuelto su convite en trampa» (Ro 11.9).
2. «The Gospel and its Ministry», por Sir Robert Anderson.

El sacrificio vicario de Cristo

La Biblia nunca dice que Dios ha determinado que todas las personas serán salvadas. Es más, hay pasajes que enseñan lo contrario. Aunque el debate nunca terminará en esta vida, lo que sabemos con certeza es esto: Dios ha mostrado su gracia a pesar del pecado del hombre contra él. Y el medio de gracia es el sacrificio vicario de Cristo. Lea lo que sigue para obtener una visión detallada de lo que esta frase teológica, sacrificio vicario, significa en términos prácticos y cotidianos.

En una de esas series de declaraciones de verdades fundamentales de la fe que hay esparcidas por toda la Primera Epístola a Timoteo, el apóstol declara que Dios «quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo» (1 Ti 2.4-6). «Quiere» es traducción correcta, expresiva de buena voluntad antes que de determinación. No hay ningún pasaje bíblico que dé a entender que Dios ha determinado que todos los hombres deben ser salvados. Hay pasajes, de hecho, que enseñan lo contrario, y las Escrituras en ninguna parte contradicen su propia enseñanza. Lo que se establece, entonces, es la voluntad de la gracia de Dios hacia los hombres a pesar de su pecado universal. Determinar que todos los hombres deben ser salvados, persistan en el mal o no, sería inconsistente con los atributos divinos de justicia y santidad y con el hecho de que, siendo Dios, el es Juez de todo.

Los medios que Dios ha escogido

para la manifestación de su gracia se indican en los versículos 5 y 6. El primero describe a la Persona por medio de la cual se manifiesta, y el otro la obra que él ha acometido para su cumplimiento. En cuanto a su persona, él es el único mediador entre Dios y el hombre, combinando singularmente en sí mismo, como lo ha hecho, verdadera humanidad con su esencial divinidad. Él posee de este modo todo lo que se requiere para su oficio y obra mediadora. Él sabe absolutamente todas las exigencias divinas al hombre, porque él es esencialmente uno en divinidad con Dios Padre. Él sabe todas las circunstancias que constituyen la condición del hombre como Dios lo creó, porque él mismo se ha hecho hombre, y todavía posee, en su gloria y poder de resurrección, la plena y verdadera humanidad, espíritu, alma y cuerpo.[1]

Fue en esta combinación única de humanidad con divinidad, tan enteramente apropiada para los propósitos de la gracia divina, como él acometió la obra de la redención. La preposición aquí es *júper*, que significa «a favor de». Esto expresa la provisión universal que Dios ha hecho para atender la necesidad de los hombres, y está en consonancia con la declaración en el versículo 4 de que él quiere que todos los hombres sean salvados.

Una distinción notoria

La naturaleza vicaria del sacrificio de Cristo se enseña en lenguaje similar, pero con un punto distinto de diferencia, en las palabras del Señor en Mateo 20.28 y en el pasaje correspondiente de Marcos 10.45: «el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos». Aquí, la preposición que se traduce como «por» es *anti,* que no significa «a favor de», sino lo que se da como equivalente, o en lugar de, otra cosa. Expresa más definitivamente

el carácter sustitutorio del sacrificio de Cristo. Notoria es también la significativa distinción de que el Señor nos dice que él vino para dar su vida no como rescate por todos, sino por muchos. El «muchos» abarca a todos los que por fe se acogen a la eficacia de su muerte, obteniendo por ello remisión de pecados y el pasar de muerte a vida. Son librados de su condición anterior. Anteriormente no creyentes y bajo la ira de Dios, ahora están libres de condenación (Jn 3.36 con Ro 8.1).

Es verdad que la palabra que se traduce como «rescate» en 1 Timoteo 2.6 es *antilutron*, en tanto que en el pasaje de los Evangelios la palabra es *lutron*; y la combinación con *anti* simplemente expresa la naturaleza vicaria del rescate. La declaración allí es, como hemos señalado, que el rescate fue dado «a favor de» todos los hombres. Vicario en sí mismo, está disponible para todos. Sus efectos solo se llevan a cabo para aquellos que, mediante ese rescate, son librados de la condenación y pena del pecado.

1. Él no es meramente un espíritu, como la Asociación Internacional de Estudiantes de la Biblia enseña. Tampoco se despojó de su divinidad en su encarnación, ni jamás se ha despojado de sus plenos poderes y cualidades de humanidad desde su resurrección.

Redención

Hay dos palabras griegas diferentes que se traducen como «redención» en las Biblias en inglés, y cada una lleva su propio matiz de significado. La comprensión de la diferencia amplía nuestra comprensión de lo que la redención de Cristo significa para los creyentes.

En el Nuevo Testamento hay dos palabras diferentes que se traducen como «redimir». Por consiguiente, la palabra en inglés representa dos ideas diferentes. La primera es *agorazo,* que, con su forma más larga *exagorazo*, significa «comprar», usándose esta última especialmente para la compra de un esclavo con el objeto de lograr su libertad. La forma más corta señala particularmente al pago del precio; la más larga siempre apunta al propósito que se tiene en mente.

La otra palabra es *lutroo*, que significa «libertar», «hacer libre». En correspondencia con ella están los sustantivos *lutrosis*, y su forma intensificada *apolutrosis*, que significa «libertad», «liberación». (Compárese con *lutron* que, como se mencionó en nuestro último capítulo, significa el precio del rescate).

Un doble significado

La distinción entre los dos conjuntos de términos respecto a la redención es obvia. Primero está el pago del precio y luego la liberación real. En otras palabras, la redención es primero por compra y después por poder libertador.

Notaremos los varios pasajes en los que aparecen las palabras con referencia a la obra redentora de la cruz. El apóstol Pablo les recuerda dos veces a los santos de Corinto que fueron comprados (*agorazo*) por un precio (1 Co 6.20; 7.23); la muerte de Cristo fue el precio pagado para que ellos pudieran pertenecer a Dios y glorificarle en su cuerpo, y para que ellos pudieran llegar a ser siervos de Cristo y no esclavos de los hombres.

Otra vez, el apóstol Pedro advierte a sus lectores en contra de los falsos maestros que encubiertamente introducirían herejías destructivas, «y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina» (2 P 2.1). La diferencia entre esta palabra «rescató» (*agorazo*) y la palabra *lutroo* es particularmente importante aquí. No se podría decir que estos hombres fueron redimidos, porque negaban el derecho de compra del Señor. Cristo pagó el precio por ellos, como por todos los hombres, pero solo los creyentes son en realidad redimidos. La redención, en el pleno sentido del término, va más allá de la compra, según muestra una referencia de Efesios 1.14.

Hay

Tres lugares en Apocalipsis

en los que *agorazo* se usa para la obra de la gracia divina. En cada caso, la Versión Revisada en inglés traduce correctamente «comprar». Son estos tres lugares: «Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación» (5.9). Los ciento cuarenta y cuatro mil que se ven en el Monte Sion, y se dice que han sido «redimidos de entre los de la tierra» (14.3); fueron «redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero» (v. 4). En todos los demás lugares la palabra se traduce como «comprar», «compró», «comprado».

La forma más larga (*exagorazo*) se usa

Cuatro veces en el Nuevo Testamento,
dos veces referida a la obra redentora de Cristo (Gá 3.13 y 4.5) y dos veces a aprovechar bien el tiempo (Ef 5.16; Col 4.5). Los dos pasajes de Gálatas se refieren a la liberación de los judíos creyentes de la ley y su maldición. «Cristo nos redimió [a los judíos creyentes] de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición». Se refiere a su sacrificio en la cruz como el medio de efectuar la redención. Fue allí, y solo allí, donde él se hizo maldición. En ningún momento de su vida previa a su crucifixión hizo él expiación por el pecado. Él llevó nuestros pecados «en su cuerpo sobre el madero» (1 P 2.24); no «al madero», como algunos lo han traducido. En ninguna parte dicen las Escrituras que Cristo llegó a llevar el pecado en algún momento previo a su crucifixión. En su vida, él había cumplido los requisitos de la ley con imperturbable obediencia a todas sus demandas. En su muerte, él satisfizo las exigencias de la ley en la maldición pronunciada por no cumplirla. Por consiguiente, lo hizo así, no por su propia culpa, sino a favor de todos los que estaban bajo la maldición. De este modo se proveyó la redención. El que no conoció pecado, fue «hecho pecado por nosotros» (2 Co 5.21).

Este fue el objeto para el cual se encarnó. Fue «nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley» (Gá 4.4, 5). Ni su encarnación ni su obediencia antes de la cruz sirven para efectuar la redención. Fueron preparatorias para ella. Su obra redentora empezó y terminó en la cruz. Como hemos señalado en un capítulo precedente, el «acto de justicia» de Romanos 5.15 fue el sacrificio de Cristo en la cruz (la traducción de «la justicia de uno» es a la vez desacertado y equívoco). Así, en el versículo 19, «la obediencia de uno» no es su vida obediente, sino el mismo acto de obediencia a la voluntad del Padre, en la muerte de la cruz. Por ese acto de gracia redentora, se consigue para el creyente la libertad, tanto de la maldición como de la esclavitud a la ley.

Ahora consideraremos los pasajes que contienen

Las otras palabras,
todas las cuales dirigen nuestros pensamientos a la liberación en sí, i.e., redención por el poder, el cumplimiento de aquello por lo cual se pagó el precio de compra. «Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir[*lutroo*] a Israel», dijeron los dos discípulos en el camino a Emaús, refiriéndose a la liberación de su nación de la tiranía romana (Lc 24.21). Cristo se entregó a sí mismo por nosotros «para redimirnos de toda iniquidad [lit., anarquía]», es decir, para que pudiéramos ser hechos libres del poder de todo lo que es contrario a la voluntad de Dios (Tit 2.14). «Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación» (1 P 1.18-19); es decir, fueron libertados, al precio de la preciosa sangre de Cristo, de la esclavitud a la tradición.

Tres pasajes contienen el sustantivo correspondiente *lutrosis*, «redención». Zacarías empieza su himno de alabanza con «Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo» (Lc 1.68). Ana «hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén» (2.38). En cada caso se habla de Cristo como el Libertador de la nación. El tercer pasaje es Hebreos 9.11, 12: «Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros ... por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención», es decir, liberación eterna de la culpa y poder del pecado.

De los nueve lugares en donde se usa la forma intensificada *apolutrosis* con respecto a la

redención, cuatro se refieren a

Liberación de la culpa del pecado.

Los creyentes son «justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Ro 3.24); el poder por el cual son libertados de la culpa está en Cristo y se ejerce por su muerte. Dos veces se define la redención como perdón. En él «tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (Ef 1.7; también en Col 1.14). En cuarto lugar, Hebreos 9.15 establece la muerte de Cristo como la base, en tanto que la redención real consiste en la remoción de las transgresiones: «es mediador de un nuevo pacto ... interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto».

Puesto que los creyentes son los sujetos de la gracia redentora de Dios, su redención consiste en mucho más que su liberación de la culpa; se extiende a todo el ser, cuerpo, alma y espíritu, y *apolutrosis* se usa cuatro veces referida a esta completa redención. La liberación de sus cuerpos de la esclavitud a la corrupción trae la liberación también de la misma presencia del pecado, y ha de tener lugar en la venida del Señor Jesús. Esta redención del cuerpo es el objeto de su expectativa y de ella se habla como «la adopción», como calidad de hijos (Ro 8.23); porque la calidad de hijos que los creyentes disfrutan en su unión con el Hijo de Dios, y que les otorga su inalienable relación personal con Dios Padre y los constituye «herederos de Dios» (v. 17) será consumada cuando venga Cristo, «el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya». Entonces, ellos disfrutarán de la plena felicidad de su calidad de hijos y entrarán en su herencia prometida. Para ese «día de redención» los creyentes han sido sellados por el Espíritu Santo (Ef 4.30). Él es «las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida» (1.14). Este pleno sentido del término es el que el apóstol usa cuando dice de Cristo: «nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención» (1 Co 1.30).

La naturaleza del Redentor

Ningún esfuerzo de parte del hombre puede efectuar la redención. El que pudiera lograrla tiene que poseer tanto divinidad como humanidad. En esa naturaleza combinada, el Señor Jesús, el Hijo de Dios, pagó el precio y realizó la obra.

La distinción entre el precio de rescate pagado en la sangre de Cristo y la redención real por el poder liberador de Dios se ilustra y anuncia de antemano en sombra mediante la provisión hecha por Dios para Israel en Egipto en la sangre del cordero. Las directrices sobre su derramamiento y su aplicación están en Éxodo 12.3, 7, y en la liberación en sí del pueblo, narrada en el mismo capítulo, y en el capítulo 15.13. Para una mayor enseñanza sobre el tema, véase Números 3.44-51 y Levítico 25.23, 24, 47, 54.

A menudo se ha hecho la pregunta de a quién se pagó el precio del rescate. Las Escrituras no lo especifican. Desde luego, no fue a Satanás. El razonamiento especulativo sobre el tema es inútil y vano. En tanto que las exigencias de la justicia divina fueran satisfechas en la muerte de Cristo, nuestra atención se dirige a, y está fija en la Persona misma y en su sacrificio expiatorio, y en la gracia redentora de Dios en y por medio de él.

El prólogo del Evangelio

Se puede aprender mucho leyendo la introducción de un libro; establece las presuposiciones del autor y sus propósitos para escribir. Las declaraciones de apertura en los libros del Nuevo Testamento llevan profundas verdades en cuanto a Dios: su persona y sus propósitos. El prólogo del Evangelio de Juan nos invita a descubrir «una revelación de Jesucristo el Hijo de Dios». Sin embargo, Juan no indica plenamente su propósito sino hasta que termina el libro. En su conclusión, declara que todo ha sido hecho y escrito por causa de ellos. «Éstas se han escrito para que creáis». Invita a los que han aprendido de Cristo y su obra a que vengan a la fe en él.

El gran tema de este Evangelio es claro desde las mismas primeras declaraciones. A Cristo se nos lo presenta de inmediato en la grandiosidad de su divinidad eterna, su personalidad distinta en la Deidad, su unidad esencial con el Padre y su poder como Creador y Dador de vida. El Evangelio es de hecho una «revelación de Jesucristo el Hijo de Dios». Muestra su gloria y su gracia. Las maravillas de su gracia se engrandecen al develar gloria. Las sublimes glorias de su divinidad y su poder destacan con más fuerza la gracia de su condescendencia y amor hacia el hombre. En el contenido del volumen sagrado no se ha de hallar ninguna verdad respecto al Hijo de Dios tan profunda como las que se dan en los primeros versículos de este Evangelio.

Todo esto, sin embargo, se ve pronto que es preparatorio para una serie de revelaciones respecto a él que amplían el tema de sus glorias y su gracia. Cada asunto de esta serie tiene su propio escenario especial y propósito inmediato. Los detalles de la serie, en una medida considerable, se insinúan brevemente, como veremos, en el capítulo 1. A lo largo de todo el Evangelio, las obras y enseñanza del Señor Jesús pasan ante nosotros en un orden arreglado divinamente.

Se indica el propósito

Sin embargo, solo cuando llegamos casi hasta el final del Evangelio se nos indica definitivamente el objetivo por el cual se escribe. Esto pone de relieve un notable contraste con el método ordinario de escribir un libro. De costumbre, el propósito del libro se indica en el prefacio o introducción. En la mayoría de los escritos de los hombres eso es necesario. No así en este Evangelio. Es enteramente apropiado que la razón por la que fue escrito se mencione casi al final. «Hizo además Jesús muchas otras señales», dice el apóstol, «en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (20.30, 31).

Un lector para quien el relato del Evangelio fuera nuevo, leyendo cuidadosamente este breve libro de corrido, sentiría, por razón de la revelación dada de este modo de Cristo y su obra, por lo menos la tremenda fuerza de esta declaración del propósito del libro como algo aplicable a su propio caso, si en verdad no ha recibido, por el poder del Espíritu de Dios, a Cristo como su Salvador. El Evangelio fue escrito, entonces, con el propósito de llevar a los hombres a la vida por la fe en el Hijo de Dios.

Un propósito adicional

Si bien el objeto por el cual fue escrito el Evangelio es el ejercer la fe en Cristo, la presentación del Hijo de Dios en la manera indicada arriba tiene otro propósito. Esto, aunque no expresado por el

autor en términos explícitos, llega a ser claro por el uso cuidadoso de los registros. Los varios aspectos de la gloria y poder, de gracia y amor, en los cuales se ve al Señor, tienen en casi todo caso una influencia especial en la vida y servicio de los creyentes. Cada revelación de Cristo se conecta con algún propósito particular de Dios para sus hijos. Las enseñanzas del Señor dadas a sus discípulos, bien sea directamente en su conversación privada con ellos o indirectamente en testimonio público, constituyen un desarrollo de la verdad en cuanto a la voluntad de Dios para nosotros, todo ello basándose en las verdades fundamentales relativas a Cristo.

Es nuestro propósito ver de una manera más detallada este desarrollo, puesto que su orden no es poco asombroso. Hablando en términos amplios, las primeras presentaciones de Cristo son preparatorias para las posteriores. El objetivo es evidentemente la eficiencia en el servicio. Las enseñanzas respecto al servicio (que ocupan la parte posterior del Evangelio) van precedidas por un número de revelaciones y verdades que inculcan en el corazón la gloria y poder del Señor de una manera que está calculada para establecer y fortalecer la fe de sus siervos.

La eternidad pasada del Hijo de Dios

Consideraremos primero la manera en que se nos presenta a Cristo en la sección de apertura del libro, puesto que las declaraciones iniciales respecto a él tienen que ver en gran medida con todo lo que sigue. Cada verdad que se indica al principio se desarrolla en el curso del relato del Evangelio. Cada una es como un botón de oro que se abre en su plena belleza bajo la luz del sol de las revelaciones del Espíritu Santo.

Las palabras iniciales, «En el principio», hablan de la eternidad pasada del Hijo de Dios. Esto se amplía en sus enseñanzas registradas a continuación. De este modo, por ejemplo, para expresar la eternidad de su divinidad, usa reiteradamente el título de Jehová «YO SOY». Cuando los judíos cuestionaron su preexistencia, contestó: «Antes que Abraham fuese, yo soy» (8.58). En otra ocasión les dice: «si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis»; y además, «Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy» (8.24, 28). Más adelante, cuando está instruyendo a sus discípulos en el aposento alto, después de haberles lavado los pies, dice: «Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy» (13.19). La gran verdad de su eternidad se expresa finalmente de una manera más completa cuando dice en su oración al Padre: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese»; y «me has amado desde antes de la fundación del mundo». Eso es solo una manera de ampliar las palabras «En el principio». Pero la enseñanza se amplía ahora a los temas de su gloria eterna y del amor eterno con que el Padre le amó. ¡Cuán contundente es el desarrollo que hace el Espíritu Santo de la primera verdad del Evangelio!

Cristo como «el Verbo»

Tomemos ahora el enunciado completo: «En el principio era el Verbo». Un verbo o palabra es la expresión de un pensamiento. La mente de Dios se expresa en y por medio de Cristo. Esta verdad se desarrolla casi de inmediato en el capítulo 1. «El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn 1.18). El Hijo de Dios, como el Verbo de Dios, ha dado a conocer al Padre. Pero es Uno en el mismo centro de los afectos del Padre que le ha declarado. Cristo es «el corazón de Dios revelado».

Este título, «el Verbo de Dios», recibe de nuevo una serie de comentarios esparcidos por todo el Evangelio. Juan habla de él de esta manera: «el que Dios envió, las palabras de Dios habla» (3.34). Cristo mismo abre el tema, ante Nicodemo, como sigue: «te digo cosas celestiales» (3.12). De nuevo,

dice que oír su palabra y creer en el que le envió son las condiciones por las que se concede la vida (5.24). Su palabra, entonces, revela al Padre, y esto conduce a la fe en el Padre. Por su palabra (la de quien es la Palabra o Verbo) nos abre el corazón del Padre a nuestra fe. Su enseñanza no es suya, sino del Padre que le envió. Él no habla de sí mismo (7.16-18). De nuevo, dice: «lo que he oído de él, esto hablo al mundo ... según me enseñó el Padre, así hablo ... Yo hablo lo que he visto cerca del Padre» (8.26, 28, 38). Y de nuevo: «el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar» (12.49). Además, a los discípulos: «Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras» (14.10).

Esto es claramente un avance en esta verdad según fue dada a sus discípulos, más allá de lo que les dio a los judíos. Declara ahora que el Padre estaba en él, expresándose por palabra y obra. Sus obras eran al mismo tiempo enseñanzas. Continuando el tema, dice: «la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió ... todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer» (14.24; 15.15). El tema de Cristo como el Verbo de Dios se destaca finalmente en su oración en el capítulo 17, cuando dice: «las palabras que me diste, les he dado ... Yo les he dado tu palabra» (17.8, 14). De este modo, la primera declaración introductoria se despliega en todo el curso del Evangelio. Los pasajes que hemos citado son una amplificación por el Espíritu de Dios de la gran verdad: «En el principio era el Verbo». Sirven para recalcar la verdad con belleza y poder creciente, tal como cada toque del pincel del pintor destaca en mayor grandiosidad la figura central del cuadro.

Las palabras «En el principio» no contienen ninguna sugerencia de un comienzo de la existencia de Cristo. Lo que quiere decir el apóstol es, primero, que Cristo, como Verbo de Dios, era coexistente con Dios, porque él era Dios; y, en segundo lugar, que en cualquiera que sea el tiempo en que cualquier orden de criaturas llegó a existir, Cristo era preexistente a ellas, porque «todas las cosas por él fueron hechas». En el principio de todo lo demás él ya existía. La declaración del evangelista es similar a lo que la Sabiduría dice en Proverbios 8.22: «Jehová me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras». La sabiduría es un atributo de Dios y sin origen. Así Cristo es su Hijo sin origen, uno con él en la Deidad.

«El Verbo»

Ahora consideraremos el segundo enunciado: «y el Verbo era con Dios». Esto declara, primero, la personalidad distinta de Cristo en la Deidad, y, segundo, la comunión eterna e ininterrumpida existente entre el Padre y el Hijo. De este modo, también se implica aquí la verdad de la preexistencia. El Verbo no era, como los primeros falsos maestros enseñaban, una emanación eterna procedente de Dios. El Hijo tenía una personalidad propia, eterna, como era la del Padre. La preposición *pros*, que se traduce «con», no denota meramente la presencia de una persona con otra. Subraya la idea de «hacia». Esto se puede ilustrar con su uso en 1 Juan 2.1: «abogado tenemos para con (*pros*) el Padre». Sugiere actitud hacia, e interacción íntima con, el Padre, tanto como presencia con él.[1]

Veamos ahora cómo esta verdad se continúa y amplía en el Evangelio de Juan. Primero, se la repite en el versículo 2: «Éste era en el principio con Dios». No es una mera repetición de las palabras del versículo 1. En primer lugar, combina la verdad de las primeras dos declaraciones de ese versículo, y luego forma, en su doble doctrina, la base de lo que sigue como obra de creación. «Todas las cosas por él fueron hechas». La creación podía ser efectuada solo por Uno que era existente eternamente, y en realidad fue efectuada por la operación conjunta de Padre e Hijo. «Y sin él [aparte de él] nada de lo que ha sido hecho, fue hecho». De este modo, en la creación «el Verbo era con Dios».

«EL UNIGÉNITO»

Más adelante en el prólogo del Evangelio se dice esta verdad con las ideas adicionales de comunión y afecto íntimos. Estas están contenidas en el título «el unigénito». «Y vimos su gloria», dice el escritor, «gloria como del unigénito del Padre» (v. 14).

El término «unigénito» implica, primero, la relación eterna del Hijo con el Padre y, segundo, el deleite del Padre en el Hijo. Ambas ideas están de la misma manera contenidas en el título similar «Primogénito», según se usa para Cristo.[2]

Este tema se desarrolla más en el versículo 18, y aquí la idea de afecto recibe énfasis especial. A Cristo se le llama ahora «el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre». El Hijo, siempre morando en el seno del afecto del Padre, era «diariamente su deleite, siempre regocijándose delante de él». Incluso mientras Cristo estaba en la tierra y en los días de su carne, no dejó de estar en el seno del Padre. De nuevo, una de las notas clave de este Evangelio es que el Padre envió al Hijo al mundo. El Señor lo afirmaba constantemente, e implica que antes de que viniera estaba «con Dios». El mismo término «Padre» incluye la calidad de Hijo. Si había un Padre que envió, había un Hijo a quien enviar. Si el Padre era eterno, su Hijo también debe haber sido eterno.

La continuación de la unidad y comunión del Padre con el Hijo en los días de su carne es realmente un desarrollo adicional del tema. Cristo les dijo a los judíos: «Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo» (5.17). Tres veces afirma que el Padre está con él, dos veces a los judíos y una vez a los discípulos. A los primeros les dice: «no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre» (8.16); y de nuevo: «Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre» (8.29). Y a los otros: «He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (16.32).

A cada una de estas tres declaraciones de la presencia del Padre con el Hijo va adjunta una idea especial. La primera, en relación con los pensamientos y palabras de Cristo; la segunda, con sus obras; y la tercera, con sus experiencias.

La verdad de la presencia eterna del Hijo con el Padre antes de la encarnación se amplía más en la oración del Señor en el capítulo 17. Dice: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese» (17.5), y otra vez: «me has amado desde antes de la fundación del mundo» (v. 24). De este modo, los temas de gloria y amor incorporados en las enseñanzas del prólogo respecto a esta segunda declaración brillan con toda su luz en estos dos pronunciamientos del Señor en la parte final del Evangelio.

«EL VERBO: DIOS»

La tercera declaración es: «y el Verbo era Dios». La divinidad de Cristo constituye la gran doctrina fundamental de este Evangelio. Como en las otras partes de las Escrituras, la doctrina a veces se expresa directamente y a veces se deja implícita. Estos últimos casos son muy numerosos y exigen atención cuidadosa y reverente. En nuestra consideración presente del tema no haremos distinción aguda entre las dos.

La divinidad de Cristo se implica de inmediato en el versículo 3 del prólogo, que declara que «todas las cosas por él fueron hechas», y de nuevo en el versículo 10: «el mundo por él fue hecho». El Creador de todas las cosas debe ser Dios mismo. Lo mismo es cierto con respecto a la declaración en el versículo 12: «A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». Solo Dios podía conceder tal derecho. De nuevo, su divinidad se debe inferir del título «el Hijo unigénito». Las limitaciones de espacio nos impiden una enumeración completa de los pasajes del Evangelio en los cuales se implica la divinidad del Señor.

Natanael lo confesó cuando dijo: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel» (1.49). Cristo mismo lo declaró directamente cuando dijo: «Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo». En la opinión de los enemigos que le desafiaban esto era una afirmación de divinidad. Eso fue lo que los impulsó más a procurar matarlo. Para ellos, el lenguaje no era ambiguo: «decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios». La oposición de ellos a esta verdad y la dureza de su corazón hicieron que él pronunciara afirmaciones más fuertes de su divinidad.

«Uno con el Padre»

El Señor procedió a afirmar que igual honor se debía al Hijo y al Padre, e indicó además que el Padre le había entregado todo juicio (5.21-29).

Su divinidad esencial, implícita en la verdad de su unidad con el Padre, constituye la enseñanza central de su testimonio a los judíos, continúa en su discurso posterior a los discípulos y de nuevo en su oración final. De este modo, a los judíos les dijo: «Yo y el Padre uno somos». Ellos recibieron esta afirmación de su divinidad intentando apedrearlo y, cuando él dijo además «el Padre está en mí, y yo en el Padre», se esforzaron por arrestarlo (10.30, 31, 38). A los discípulos les dijo: «Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto». Y cuando Felipe pidió que les mostrara al Padre, le dijo: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre ... yo soy en el Padre, y el Padre en mí ... el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras» (14.7-11). Finalmente, en su oración después de ese discurso dice: «tú, oh Padre, en mí, y yo en ti ... nosotros somos uno» (17.21, 22). De este modo, la verdad de la declaración de apertura, «el Verbo era Dios», se destaca en todas partes del Evangelio como su gran tema principal.

1. Mientras pensamos en la personalidad distinta como Hijo de Dios, debemos recordar la absoluta unidad del Padre y el Hijo en la Deidad. Esto se indica con claridad en la próxima declaración.
2. Véanse Romanos 8.29; Colosenses 1.15, 18; Hebreos 1.6; Apocalipsis 1.5; Salmo 89.27. La distinción entre los dos títulos es que «unigénito» se refiere absolutamente a su relación personal divina; «Primogénito» se usa para referirse a seres creados, pero a él le distingue absolutamente de todas las criaturas, y le distingue relativamente de los que son, o serán hechos, hijos de Dios por la gracia.

Cristo como la luz

En el prólogo del Evangelio de Juan se presenta a Jesús como la vida y la luz de los hombres. Una de las características de Jesús que leeremos aquí es la de estar colocado en oposición a las tinieblas de Satanás y al poder de la muerte. De la fe en Cristo se dice que trae luz al hombre, y así toda persona tiene la oportunidad de salir de las tinieblas y a la vida eterna.

Los primeros versículos del Evangelio consisten en declaraciones respecto a la divinidad de Cristo como Verbo de Dios, su eterna unidad con el Padre y su poder como Creador. Hemos mostrado cómo cada uno de estos temas se desarrolla por todo el Evangelio. En los versículos 4 y 5 se introduce el tema de su relación personal con la humanidad, y a este respecto se representa a Cristo como Vida y Luz. «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres». El tema de la vida eterna en y por medio del Hijo de Dios es una característica especial de este Evangelio. Procuraremos ahora mostrar cómo, como en el caso de los enunciados precedentes, se amplía este tema.

La luz brilla en las tinieblas

En el capítulo 1 de Génesis le sigue a la mención de la obra de Dios en la creación una descripción de las tinieblas que existían en ella y la introducción de la luz en la escena. También aquí, en el capítulo 1 de Juan, al hecho del poder creativo del Hijo de Dios le sigue la mención de las tinieblas del mundo. Aquí, la luz vivificadora de Cristo brilló y las tinieblas no la comprendieron. Estamos hablando de algo más que de no lograr «comprender» la luz, como se traduce la palabra en la Versión Autorizada en inglés. Más frecuentemente quiere decir «echar mano de», e implica un esfuerzo por parte del poder opositor de atrapar a la luz a fin de impedir sus efectos benignos (véase rvr, «no prevalecieron contra ella»).

Oposición infructuosa

Cuando Cristo nació, Satanás, actuando por medio de Herodes, trató de destruirlo. Las tinieblas procuraban sofocar la luz. Satanás fracasó. Fracasó de nuevo en el desierto. Fracasó otra vez en la cruz. Jamás las tinieblas lograron vencer a la luz. Jamás lo harán. La luz ahora brilla por la iglesia. Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. El poder de Satanás todavía está por alcanzar su clímax en el mundo, pero las tinieblas no prevalecerán. No, la luz de la Segunda Venida del Señor las vencerá y Satanás será arrojado al abismo. Otro esfuerzo más de este gran poder de tinieblas al final del milenio y será confinado al lago de fuego. Nunca jamás las tinieblas podrán de nuevo realizar intento alguno de prevalecer contra la luz.

La luz como vida

Continuando con el tema como se indicó en el prólogo, debemos notar la verdad fundamental de este Evangelio, que la fe en Cristo es el medio para poseer la vida. Por la fe, su vida nos es impartida. Así que el objetivo del ministerio de Juan el Bautista era que «todos creyeran» (v. 7). Este es de inmediato el principio del desarrollo del tema «la vida era la luz de los hombres». La luz brilló, pero no podía producir vida a menos que los hombres ejercieran fe. Sin eso, las tinieblas continúan. Sin embargo, la luz brilló, y todavía brilla. Brilla para todo hombre.

Ahora bien, ese es precisamente el argumento del tan malinterpretado versículo 9. Con la omisión

de la coma después de «hombres», la Versión Autorizada en inglés ha resultado ser muy equívoca. El versículo se ha tomado como queriendo decir que hay una luz interna de Dios en todo niño que nace en el mundo, y de este modo hay una esencia de vida eterna en todo hombre por nacimiento natural. Este, por supuesto, no es el significado de versículo en absoluto. Los revisores insertaron correctamente una coma después de la palabra «hombres»; la parte restante de versículo, «venía a este mundo», va con «luz» y no con «hombres». De este modo, el versículo dice: «Estaba la Luz verdadera, esa misma Luz que, viniendo a este mundo, alumbra a todo hombre». Es decir, que la luz brilla provisionalmente para todo hombre, pero solo porque vino al mundo; de otra manera, el hombre habría permanecido en tinieblas espirituales. El que Cristo vino al mundo forma una de las verdades sobresalientes del Evangelio de Juan. El versículo 9 da la primera mención definitiva de eso, y aquí la Persona está representada figuradamente por la luz.

¿Cómo viene la vida?

La metáfora de la luz sirvió para introducir el tema de la vida, y este último tema ahora se desarrolla en asociación con el de la fe. Se nos muestra cómo se produce la vida: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos niños[1] de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios» (vv. 12, 13). El nacimiento espiritual incluye la vida espiritual; pero el nacimiento se efectúa por fe. Los que «creen en el nombre» de Cristo son hechos «niños de Dios». La vida viene por fe.

1. No «hijos», como dice la Versión Autorizada en inglés. En los escritos de Juan, siempre se usa la palabra «niños», no «hijos», para describir a los que nacen de Dios. El título «Hijo» se reserva para el Hijo de Dios.

La necesidad del nuevo nacimiento

En el Evangelio de Juan, el tema de vida y luz se aborda en la conversación entre Jesús y Nicodemo. El Señor declara que la nueva vida es necesaria a fin de entrar en el reino de Dios, y que esa nueva vida puede empezar solo con un nuevo nacimiento. Hay una decisión ante todo individuo: la vida o la muerte. Los que aman la luz hallan salvación y los que aman las tinieblas rechazan el amor de Dios y siguen en tinieblas. Sin fe en Jesús, lo único que queda es la ira.

El tema de Cristo como vida se introdujo en el capítulo 1 de Juan. Se retoma en el capítulo 3. El capítulo 1 revela los *medios* de la vida, el capítulo 3 revela la *necesidad* de ella. Esta fase del tema tiene su escenario en la narración del diálogo entre el Señor y el inquisitivo Nicodemo. «Éste vino a Jesús de noche». De este modo, en el sentido físico la luz iba a brillar en las tinieblas. Las tinieblas dentro del alma del dirigente de los judíos tenían su contraparte en las tinieblas exteriores. La luz brilló al instante con su poder vivificador. La declaración inicial del dirigente fue recibida con un comentario inesperado: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios». Esto despertó preguntas y la luz brilló de nuevo: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios». No es el agua literal lo que se tiene en mente aquí. El nuevo nacimiento no viene por el bautismo. Cualquiera que sea la manera en que se aplique la metáfora del agua, sea al Espíritu («y» con el sentido de «incluso») o al Verbo de Dios, la aplicación es espiritual. Esto se ve muy claro en todo el resto del Evangelio de Juan (ver 4.10, 14; 7.38, 39). En el versículo 6, el Señor confina el tema al Espíritu: «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es». Procede a mostrar cómo iba a venir esta vida. Si la operación del Espíritu es esencial, el corazón también debe ser receptivo. Es más, la vida puede venir solo por la muerte de Cristo. «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».

Las consecuencias del rechazo

Sí, debe haber fe en él y la única alternativa a esto es perecer. Es más, debe ser fe en Cristo como Hijo de Dios. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». Pero más, perecer es perecer bajo el juicio de Dios. «El que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios». La provisión de Dios en Cristo es la misma infinitud de misericordia, la más elevada altura de amor. Aquí, en donde se introduce el amor, se vuelve a introducir el tema de la luz. La luz ha revelado el amor de Dios. Solo el amor voluntario a las tinieblas puede explicar el rechazo de tal amor. Amar las tinieblas quiere decir aborrecer la luz; y aborrecer la luz solo puede ser la explicación de practicar el mal (ver v. 20). Por tanto, «ésta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas». Dios amó a los hombres; los hombres amaron las tinieblas. ¡En qué vasta profundidad ha caído el hombre! Sin embargo, el amor de Dios, la luz de Dios, la vida de Dios, permanece para todos los que la reciben. «El que cree en el Hijo tiene vida eterna». «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Jn 5.24). El rechazo es desobediencia al Hijo. En ese caso, la sentencia del juicio ya ha sido dictada

y la ira permanece. «El que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida (¡que el universalista tome nota!), sino que la ira de Dios está sobre él» (3.36).

La evidencia de vida

Hay una expansión adicional del tema en esta sección del Evangelio. Si la luz da la vida, la vida se evidencia en hacer la verdad. «Mas el que practica la verdad viene a la luz», no la venida inicial para recibir la salvación, sino «para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios» (3.21). De este modo, los primeros tres capítulos de este Evangelio nos dan (1) la *provisión* de la vida por la venida de la Luz; (2) el *medio* de la vida por la recepción de la Luz; (3) la *necesidad* de la vida en contraste con el rechazo de la Luz; y (4) la *evidencia* de la vida en la venida a la Luz.

Cristo como la vida

Cuando Jesús habló con Nicodemo, le dijo que la vida eterna es un don de fe. A hablar con la samaritana, Jesús avanza un paso más revelando el carácter y efecto de ese don. Jesús es vida, y se describe a sí mismo como el agua de vida y el pan de vida. Las mismas palabras que él dice son espíritu y vida, capaces de alimentar a los que oyen, dándoles vida.

En el capítulo 4 [de Juan] la venida de la samaritana para llenar su cántaro en el pozo se convierte en la ocasión para la enseñanza del Señor de que él mismo es la fuente de agua viva. El agua que él da llega a ser en el que lo recibe un manantial de agua que brota para vida eterna. Esto avanza más que su enseñanza a Nicodemo. A él le dio a conocer que la vida eterna es un don condicional a la fe; «todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (3.16; cp. v. 36). A la mujer de Samaria le revela algo más que el hecho de la dádiva de vida. Declara el carácter y el efecto de la dádiva. El agua de vida actuará como fuente y manantial dentro del creyente; refrigerio gozoso, poder vigorizador.

Una vez pasada esa escena, el Evangelio procede a mostrarnos en qué manera es Cristo la vida y cuáles son los efectos adicionales que se derivan de él a este respecto. En su discurso a los judíos, como se menciona en el capítulo 5, declara que el poder para dar vida está en él mismo y que este poder descansa en el hecho de que lo que le pertenece al Padre también le pertenece a él mismo en unión esencial con el Padre: «Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo» (5.26). Por tanto,

La bendición de vida

anteriormente ofrecida a los judíos a condición de que guardaran la ley, debe, en vista de su fracaso, venir a ellos solo de Cristo mismo. Ellos escudriñaban las Escrituras pensando que en ellas tenían la vida eterna; pero estas mismas Escrituras daban testimonio de él. Él debe, por consiguiente, ser la fuente de vida, vida incomunicable excepto por medio de él mismo. Ellos no vendrían a él para poder tener vida y, por consiguiente, permanecían sin ella (v. 40). Es más, Dios Padre había confirmado el hecho de que el poder de vida estaba en el Hijo. Esto es lo que subyace en la declaración: «a éste señaló Dios el Padre» (6.27); porque Cristo indica esto como una prueba de que la vida eterna les puede ser dada solo por el Hijo del Hombre. De nuevo, él muestra que él es la vida describiéndose como el «pan de vida» que, habiendo venido del cielo, es el medio necesario del sustento de la vida espiritual para los hombres. Esta sublime verdad la recibieron sus críticos cuando se refirieron al maná provisto por Dios para sus padres (6.30-35). Dos veces declara «Yo soy el pan de vida» (vv. 35 y 48), y en el último caso él destaca que los padres de ellos, aunque comieron el maná, murieron, en tanto que, por el contrario, participar de él mismo es vivir para siempre (v. 51). El que él es

La encarnación de la vida

igualmente con el Padre se declara más claro cuando dice «yo vivo por el Padre» (v. 57).

Otra vez, las palabras que él habla son espíritu y vida (v. 63). Ellas son parte de su ser y, por consiguiente, comunican vida. Cuando nos alimentamos de sus palabras estamos alimentándonos de él mismo. Nuestra vida espiritual es sustentada por ello. Pedro lo empezó a captar de inmediato cuando, justo después de la conversación que se ha mencionado, le dijo a Cristo: «Señor, ¿a quién

iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (v. 68). De nuestra parte, el sostenimiento de nuestra vida espiritual depende de que ejerzamos la fe.

Desbordamiento que da vida

Lo que recibimos de Cristo sostiene nuestra vida espiritual y luego se desborda a los que nos rodean. Esto lo hace en parte también el Espíritu Santo. Cuando estos «ríos de agua viva» fluyen de los creyentes, dan gloria a Jesús. Dar gloria al Señor, entonces, supone vivir la propia vida espiritual rebosante.

El capítulo 7 [de Juan] desarrolla dicha verdad de esta manera: Además del hecho de que Cristo y sus palabras son el elemento sustentador de nuestra vida espiritual, esta vida en nosotros debe

Desbordarse para dar vida

para enriquecer a otros. Jesús dijo: «El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él» (7.38, 39). El apóstol Pablo describe al Espíritu Santo como «el Espíritu de vida en Cristo Jesús». Ahora bien, Cristo les enseñó a los discípulos que la obra del Espíritu en y por medio de la vida del creyente no podía realizarse sino hasta después de que él mismo hubiera sido glorificado; porque, primero, el Espíritu sería enviado por el Hijo de Dios tanto como por el Padre (16.7). En segundo lugar, él tomaría lo de Cristo y se lo declararía, y esto para glorificarlo a él (16.14). Por tanto, el desbordamiento de los ríos de agua viva en las vidas de los creyentes es la glorificación de Cristo por el Espíritu en y por medio de ellos.

La resurrección y la vida

Cuando Jesús revivificó a Lázaro de los muertos, sus enemigos determinaron de una vez por todas que él debía morir. Este milagro se levantaba con una prueba contundente de que él era el Dador de la vida. Los atributos y cualidades increíbles de Jesucristo son memorables; los versículos y pasajes de esta sección valen la pena memorizarlos. En verdad, él es la resurrección y la vida.

El punto cumbre en la enseñanza del Señor respecto a sí mismo como el medio de vida, fue su declaración a Marta: «Yo soy

La resurrección y la vida;

el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente» (Jn 11.25, 26). La resurrección de Lázaro de los muertos fue el punto crítico en los tratos del Señor con los judíos. Ellos habían ignorado todas sus demás obras. ¿Aceptarían esta mayor evidencia de su poder, reconociendo así su afirmación de ser el Hijo de Dios? Rechazaron incluso esta evidencia. No, más aún, se reunieron para tramar cómo matarlo. Desde ese momento, por consiguiente, el Señor cesó de tratar con ellos y los dejó en sus tinieblas (11.53, 54). La resurrección de Lázaro, la mayor manifestación de su divinidad hasta ese momento, fue, sin embargo, la ocasión de la declaración que más completamente expresaba su poder como el Dador de vida. Declaró nada menos que la resurrección y la vida estaban personificadas en él, y que la vida espiritual, impartida por la fe en él, excluía la posibilidad de la muerte. En contraste con el rechazo de su testimonio por parte de los judíos, incluso después de la prueba que dio de su poder para levantar a los muertos, está la aceptación de Marta, libre de cuestionamientos, de su tremenda afirmación, incluso antes del evento de la resurrección de su hermano. Su declaración a ella supuso un paso adelante en su enseñanza precedente respecto a su poder de resurrección. Él había dicho previamente que levantaría a los muertos, que ellos oirían su voz y vivirían (5.21, 25); que él levantaría en el último día a los que creen en él (6.40, 44). Pero ahora reúne todo ese poder en su propia persona y dice: «Yo soy la resurrección y la vida».

Esta trascendente afirmación

es el clímax de la enseñanza del Evangelio, respecto a la verdad inicial y fundamental de la introducción: «en él estaba la vida» (1.4). Después de reunir a sus discípulos a su alrededor en el aposento alto antes de su crucifixión, aborda el mismo tema con ellos y declara que él es «el camino, y la verdad, y la vida», y que para ir al Padre es necesario ir por él (14.6). Les dice además que debido a que él vive ellos también vivirán (v. 19). De este modo, en dos declaraciones distintas, les da a conocer a ellos lo que había combinado en sus palabras a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida».

LOS QUE RECIBEN LA VIDA

El Señor es la fuente de vida; él es la vida misma. Él murió para dar esta vida a los que creen. La vida eterna se define de nuevo en Juan 17, donde él declara: «Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado». Solo mediante su muerte podríamos recibir vida eterna.

En su oración del capítulo 17 [de Juan] se expone adicionalmente el tema de Cristo como fuente de vida. No solo dice que el Padre le ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo, sino que le ha dado autoridad sobre toda carne, para que el dé vida eterna a todos los que el Padre le ha dado. Esto especifica a

LOS QUE RECIBEN LA VIDA

de una manera no mencionada antes. No son simplemente creyentes, son los que fueron dados por el Padre al Hijo desde la eternidad. Es más, la vida que se deriva de Cristo aquí se define como conocimiento personal del Padre y del Hijo. «Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (17.3). Esta es una nueva definición de la vida. La vida espiritual no es meramente existencia sin fin, consiste en el conocimiento de Dios, conocimiento que moldea el carácter y determina la acción.

Conforme el tema se lleva a su cierre hacia el fin del Evangelio, el apóstol especifica el objeto por lo cual lo escribió y al hacerlo resume el tema de Cristo como vida. Dice: «Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (20.31). En la frase «en su nombre» están incluidas todas las enseñanzas precedentes de este Evangelio que se han desarrollado a partir de la declaración «en él estaba la vida»; porque su nombre expresa lo que él es. Representa su carácter y atributos. Sugiere que, entre otras cosas, él es la incorporación y manantial de vida. El ejercicio de la fe en él trae esta vida al alma. Esa vida es por consiguiente la luz de los hombres.

«EN ÉL ESTABA LA VIDA»

Sin embargo él murió. Entregó su vida. Solo mediante su muerte podía su vida ser comunicada al hombre. También debe ser una muerte vicaria, porque el hombre estaba muerto por el pecado. Pero puesto que «en él estaba la vida», la muerte «no podía retenerlo o atarlo». Él es «la resurrección y la vida». Su vida saliendo de la muerte nos trae vida en nuestra muerte. Tenemos vida debido a su muerte. Y gracias a que él vive nosotros también viviremos; una vida sin muerte como la de él. ¡Que podamos conocer cada vez más aquí y ahora el poder de su resurrección!

Cristo el enviado

Cristo fue enviado por el Padre para cumplir sus propósitos. Vine provee un resumen claro y conciso del papel de Cristo según se ve en el Evangelio de Juan: su propósito, su carácter, su identificación con el Padre y el testimonio que verifica sus afirmaciones. Todas estas cosas se combinan para proclamar que Jesucristo es el Hijo de Dios y que en él podemos hallar salvación.

Un tema principal de este Evangelio es que Cristo vino al mundo como enviado del Padre. Esta verdad básica de la fe se indica en casi cada capítulo, y de manera frecuente en la mayoría de los capítulos. La declaración, según la registra Juan, estaba constantemente en los labios del Salvador. Su importancia está en que implica su preexistencia y en que señala su venida al mundo como una venida distinta de la de cualquier otro ser y, sobre todo en este sentido, que viniendo como el Hijo preexistente de Dios era «poseedor de plena divinidad».

El unigénito del Padre

Es más, vino como «el unigénito del Padre» (1.14), título que indica relación personal eterna. Dios era eternamente el Padre, de modo que el Hijo era eterno con el Padre. Es más, habiendo venido, todavía estaba «en el seno del Padre» (1.18); era uno con él en la Deidad. Él declaró: «Yo y el Padre uno somos» (10.30). El que haya sido enviado por el Padre es un testimonio directo de su personalidad distinta. Sin embargo, cuando le dice a Felipe: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (14.9), declara su unidad con el Padre en la Deidad.

Su preexistencia con el Padre la declaró constantemente Cristo mismo. Se describió a sí mismo como «el que descendió del cielo» (3.13) y, de nuevo, como el que había venido «de Dios» (6.46). Él dice además, «yo soy de arriba ... yo de Dios he salido, y he venido» (8.23, 42). Otra vez, al reconocer la creencia de los discípulos en este hecho, y asegurándoles que el Padre los ama por creerlo, repite: «Salí del Padre, y he venido al mundo» (16.27, 28). Su satisfacción con la creencia de ellos brota de nuevo en su oración final cuando dice: «han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste (a)» (17.18).[1] Él indica su preexistencia de otras maneras. Poniéndolo negativamente, dice: «no he venido de mí mismo, pero el ... me envió (a)» (7.28 y 8.42).

Santificado antes de ser enviado

El Padre le había santificado antes de enviarle (*a*) al mundo (10.36). Él fue de este modo apartado para su misión antes de su encarnación. De nuevo, dice que el Padre que le envió (*p*) le dio mandamiento de lo que debía decir y hablar (12.49). Es más, sus actos fueron hechos en la conciencia de que vino de Dios y volvía a Dios (13.3). El hecho de su retorno al Padre, de quien había venido, halla frecuente mención en este Evangelio y es otro enlace en el testimonio tanto de su preexistencia como de su deidad; porque tales declaraciones no podían ser verdad respecto de ningún otro. Les dijo a los judíos: «Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió (*p*)» (7.33). Esto lo repite a los discípulos: «Pero ahora voy al que me envió (*p*) ... dejo el mundo, y voy al Padre» (16.5; cp. v. 28).

El Evangelio de Juan no indica los detalles reales de la manera de su venida. Ese relato se halla en el primer y tercer Evangelios. La omisión de los hechos relativos a su nacimiento es enteramente

apropiada al carácter de este Evangelio, el objeto del cual es presentar a Cristo como el Hijo eterno de Dios. En el documento titulado «Cristo como la luz» llamamos la atención al versículo 9 del capítulo 1, que dice que Cristo es la luz para todo hombre porque vino al mundo. Esta es la primera mención directa de la verdad de nuestro tema presente. El lugar al cual vino se menciona luego. «A lo suyo vino [Palestina, la tierra seleccionada por Dios], y los suyos [los judíos, el pueblo escogido de Dios] no le recibieron» (1.11). Luego sigue una declaración del modo de su venida: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (1.14). De esta manera, la introducción de este Evangelio presenta tres aspectos de la verdad de su primera venida.

La primera enseñanza dada por el mismo Señor sobre el tema está en su conversación con Nicodemo, cuando dice: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito»; esto, con una declaración del propósito de la dádiva, lo amplifica diciendo que «no envió (*p*) Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él». Aquí está la primera declaración definitiva de que el Padre envió al Hijo. Esta gran verdad se dice más de cuarenta veces en el Evangelio. Se puede profundizar en su enseñanza sobre el tema en los siguientes epígrafes: (I.) Los propósitos por los cuales él vino; (II.) El carácter que manifestó; (III.) Su identificación con el Padre; (IV.) El testimonio en cuanto a él.

I. Estos son

Los propósitos por los cuales él vino

(1) Para que el mundo sea salvado por él (3.17 [*a*]). (2) No para hacer su propia voluntad, sino la voluntad del que le envió (*p*) (6.38). En este sentido, declara que busca la gloria del que le envió (*p*) (7.18), y que él hace las obras del que le envió (*p*) (9.4). (3) Para dar su vida por el mundo (6.33). (4) Para que el hombre pueda comer de él como el pan de vida y no morir (6.50); compárense los versículos 51 y 58. (5) Para juicio; es decir, no para juzgar al mundo, sino «para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados» (9.39). (6) Para que sus ovejas tengan vida, y la tengan en abundancia (10.10). (7) Para el que cree en él no permanezca en tinieblas (12.46). (8) Para dar testimonio de la verdad (18.37).

II. Asociado con el hecho de que fue enviado está

El carácter que manifestó

Esto se puede indicar de tres maneras: (1) su vida, (2) sus actos, (3) sus palabras.

(1) La característica más notable de su carácter como enviado es su perfecta representación del Padre. Esto fue el resultado de su entera obediencia a la voluntad del Padre. Al mismo tiempo, el Padre se manifestó en él y por medio de él. Dice: «Como me envió (*a*) el Padre viviente, y yo vivo por el Padre» (6.57). En otra ocasión: «Porque el que me envió (*p*), conmigo está» (8.29).

(2) De sus obras, dice: «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió (*p*), y que acabe su obra» (4.34); «no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (*p*)» (5.30); «yo hago siempre lo que le agrada» (8.29); «Me es necesario hacer las obras del que me envió (*p*)» (9.4). Él era así el cumplimiento de la promesa de Jehová a Israel de que levantaría de entre ellos a un profeta a quien ellos debían oír; porque él pondría sus palabras en su boca y diría todo lo que él ordenó (Dt 18.15-18). El hecho que él no hizo por sí mismo se muestra mejor en su declaración de que nadie puede venir a él si el Padre que le envió (*p*) no le trajere (6.44).

(3) Acerca sus palabras dice: «Porque el que Dios envió (*a*), las palabras de Dios habla» (3.34); «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió (*p*)» (7.16); «pero el que me envió (*p*) es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo» (8.26). A los discípulos les dijo: «la

palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió (*p*)» (14.24).

De este modo, toda su vida dio testimonio de la verdad inicial del Evangelio: «el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer». Los hombres jamás podrían haber aprendido el verdadero carácter de Dios sino por él.

III. Los siguientes textos muestran

La identificación con el Padre

como el que le envió: «El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió (*p*)» (5.23); (2) «El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió (*p*)» (12.44); (3) «el que me ve, ve al que me envió (*p*)» (12.45); (4) «el que me recibe a mí, recibe al que me envió» (13.20); (5) «Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (*a*)» (17.3).

IV. Sobre

El testimonio en cuanto a él,

dice: (1) «las mismas *obras* que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado (*a*)» (5.36); (2) «el *Padre* que me envió (*p*) da testimonio de mí» (8.18); (3) *Cristo mismo* dio también este testimonio. No fue solo la esencia de todo su testimonio, sino que personalmente declaró determinadas verdades los hombres con el mismo propósito de que ellos creyeran que el Padre le había enviado (11.42). Aunque por lo general rechazaron su testimonio, y todavía lo rechazan, el mundo tiene que convencerse, mediante la unidad de todos los que creen en él (17.21, 23), de que el Padre le envió (*a* en cada versículo). En medio del frío rechazo del mundo a reconocer su misión, él expresa su deleite en el hecho de que sus seguidores creyeron en la verdad de ella (17.3, 25; *a* en cada versículo).

La conclusión

La última declaración de este Evangelio respecto al tema es la palabra del Señor a los discípulos la noche del día de su resurrección, cuando, habiéndoles mostrado sus manos y su costado, y de ese modo alegrando el corazón de ellos, les dijo: «Paz a vosotros. Como me envió (*a*) el Padre, así también yo os envío (*p*)» (20.21).[2] Unas pocas noches antes, había dicho: «Como tú me enviaste (*a*) al mundo, así yo los he enviado (*a*) al mundo» (17.18). Ahora confirma las palabras de su oración. Acompañó esta declaración con su soplo sobre ellos, diciendo: «Recibid el Espíritu Santo [o, tal vez, soplo santo]. A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos» (20.21-23). Es decir, en su misión, el evangelio que ellos iban a predicar sería el medio de perdón en el caso de los que lo recibieran; sería olor de vida para vida. Por otro lado, el no creyente, rechazando el evangelio, permanecería en sus pecados y sería de este modo para él olor de muerte para muerte. Puesto que el que él nos envíe al mundo tiene un parecido a su propia misión del Padre, tenemos mucho que aprender de la enseñanza de este Evangelio sobre el tema, y sobre lo que debe ser el carácter de nuestra vida y nuestro trabajo aquí. Así como fue su principal placer hacer la voluntad del que le envió y representarlo de manera digna, ¡así nosotros entramos en la responsabilidad y privilegio de hacer la voluntad de Dios y vivir para dar fiel testimonio de él en este oscuro mundo de pecado!

1. En el Evangelio de Juan se usan dos palabras distintas para el verbo «enviar», *pempo*, que se usa 24 veces, y *apostelo*, 17 veces. A veces se utilizan de manera intercambiable. Se distinguen en

que *pempo* es un término general, que no implica ninguna idea especial relativa a la relación entre el que envía y el enviado, mientras que *apostelo*, de la cual se deriva nuestra palabra en español «apóstol», expresa esta relación y sugiere un envío ofi cial, autoritativo. Indicaremos cuál de las dos se usa en los varios pasajes insertando (*p*) y (*a*). *Apostelo*, no *pempo*, se usa siempre cuando Cristo se dirige al Padre en cuanto a que él lo ha enviado. También es notorio que en declaraciones directas, cuando «Dios» o el «Padre», o el pronombre personal «él», es el sujeto inmediato del verbo «enviar», se usa *apostelo*. Cuando, por el contrario, la declaración no se hace de esta manera directa, sino que se introduce con un pronombre relativo, se usa *pempo*. El uso de la cláusula relativa subordinada, es decir, una que se introduce con un pronombre relativo, comprende todas las veces en que aparece el verbo *pempo* en referencia a Cristo como el enviado, en tanto que, por otro lado, ninguna cláusula relativa, introducida por un pronombre relativo, contiene la palabra *apostelo*. Ahora bien, una cláusula relativa (p. ej., «el que me envió») pone necesariamente mucho menos énfasis en la expresión de una idea que la declaración directa de la cláusula principal (p. ej., «él me envió») porque, en esta última, la idea principal es la misión, en tanto que, p. ej., en «el que me envió es verdadero», el pensamiento principal no es el de la misión. Los hechos que anteceden sirven, por consiguiente, para confi rmar la distinción ya señalada y mostrar que *apostelo* es la palabra más expresiva de las dos.

2. En vista de la precisión con que se hace por todo este Evangelio la selección entre *pempo* y *apostelo*, no se puede deducir que las dos palabras se usen simplemente de manera intercambiable en este versículo. Aun cuando en la declaración correspondiente en 17.18, se usa la palabra *apostelo* en ambas partes del versículo, el uso de dos verbos diferentes en 20.21 sugiere el significado señalado en la nota al pie de página que aparece en la pág. 134. Ciertamente, cualquiera que sea la distinción que haya entre las dos palabras, el Señor no la observa al dirigirse al Padre, pero sí lo hace cuando les habla a los discípulos, sugiriendo, tal vez, no una diferencia en el modo de enviar, sino una diferencia en la relación entre él mismo y el Padre por un lado, y él mismo y los discípulos por el otro.

Testigos de Cristo

Los Evangelios existen como testimonio de la vida y palabras de Jesús, testificando de él para que toda persona tenga la oportunidad de oír y creer. Estos testimonios de personas comunes cuyas vidas fueron transformadas por la persona y obra de Jesús han atestiguado el asombroso poder de Dios. En los escritos de Juan vemos estos testimonios de dos maneras claras. Primero, las personas han testificado del hecho de que Jesús es el Hijo de Dios. Segundo, vemos que en él podemos hallar vida eterna. Por tanto, damos un vistazo general al libro de Juan concentrándonos específicamente en el testimonio en cuanto a Jesucristo.

El lector del Evangelio de Juan no puede menos que quedar impresionado por la constante referencia que hay en él al tema del testimonio respecto a Cristo. El testimonio en cuanto a Cristo es, por supuesto, la misma *raison d'etre* de todos los Evangelios, pero en Juan la mención específica del hecho constituye un rasgo característico de su Evangelio. Lo mismo se puede decir de su primera Epístola. Él dice allí: «Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios» (1 Jn 5.9). Posiblemente, con «el testimonio de los hombres» se refiere al testimonio de sí mismo y de sus colegas apóstoles, aunque más probablemente esté indicando como un hecho general que los hombres reciben el testimonio humano basándose en pruebas válidas y que, por consiguiente, el testimonio de Dios debe mucho más ser recibido. Incluso desde el punto de vista humano, el testimonio en cuanto a Cristo es cumulativamente de tal carácter que rechazarlo equivale a ignorancia voluntaria o a ciego antagonismo.

Ahora bien, el testimonio de Juan es muy definitivo. Es doble y consiste en pruebas, primero, de que Cristo es el Hijo de Dios, el enviado del Padre, y, segundo, de que la vida eterna para los hombres está en él. Esto lo dice contundentemente en su Epístola: «Este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo ... que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo» (1 Jn 5.9-11).

Tal vez sea útil recorrer los registros del Evangelio sobre el tema, como hemos hecho en el caso de otros temas principales.

El primer testigo es

Juan el Bautista

La primera parte del Evangelio se ocupa en gran medida de su testimonio. En la introducción se le menciona como el que vino «por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él» (1.7). Obviamente, el registro del testimonio del Bautista está diseñado como introducción a todo el tema del testimonio para Cristo. El apóstol recalca el hecho de que el Bautista no era él mismo la luz, sino que vino «para que diese testimonio de la luz» (v. 8).

Luego viene un registro preliminar de su testimonio en sí. «Juan dio testimonio de él y clamó diciendo: Éste es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo» (v. 15). Las siguientes tres secciones del capítulo 1 (vv. 19-42) dan un informe detallado del testimonio del Bautista y sus efectos. El versículo 19 es el encabezamiento del tema. «Éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres?». El testimonio de Juan el Bautista es cada vez más definitivo; es como una luz que se enciende y resplandece cada vez más.

1. Niega que él sea el Cristo (v. 20).
2. Él está preparando el camino (v. 23).
3. Uno que está en medio de ellos es incomparablemente superior a él (vv. 26, 27).
4. Se trata de «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (v. 29).
5. Juan ha visto al Espíritu descendiendo sobre él y permaneciendo en él (v. 32).
6. Él bautizará en el Espíritu Santo (v. 33).
7. Este personaje es el Hijo de Dios (v. 34).

Para mostrar que este es el clímax de su testimonio, dice: «Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios».

Hay destacar la progresión del carácter definitivo de todo esto:

1. Su primera declaración es puramente negativa.
2. La segunda muestra la relación de Juan hacia Cristo.
3. La tercera señala al Señor, pero de manera indefinida.
4. La cuarta le especifica definitivamente, pero simbólicamente.
5. La quinta declara el testimonio divino de su divinidad.
6. La sexta indica su poder divino.
7. La séptima declara específicamente que es el Hijo de Dios.

Hay otras dos referencias al testimonio de Juan el Bautista; una cuando, en respuesta al comentario de dos sus discípulos de que todos estaban acudiendo a Cristo, él declaró que, puesto que él mismo no era el Cristo, sino que fue enviado delante de él, Cristo debe crecer en tanto que él debe menguar (3.26-30). La otra es la declaración de Cristo en cuanto a Juan, de que él había dado testimonio de la verdad, como una lámpara encendida que alumbra, pero que había un testimonio incluso mayor que el de Juan. La declaración del Señor: «Pero yo no recibo testimonio de hombre alguno» (5.34), quería decir primordialmente que el testimonio de Juan el Bautista no era simplemente el testimonio de Juan, sino que venía de Dios por medio de Juan. La Versión Autorizada: «Yo no recibo testimonio del hombre», es una traducción errada, y no indica lo que el Señor quería decir.

Una serie de testigos: el Padre

Aquí él está en una controversia con los judíos que se oponían, y ahora menciona uno tras otro a los que han dado testimonio de él. Declara que el testimonio que él ha dado de sí mismo no es suyo solo. Dice: «Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero». Luego dice: «Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí». De este modo, hay dos que dan testimonio, y, como les recuerda a los fariseos según la ley mosaica, el testimonio de dos hombres es verdadero. Aquí, en el capítulo 5, recalca el testimonio del Padre: «Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero ... el Padre que me envió ha dado testimonio de mí» (5.31, 32, 37). El Señor estaba tal vez refiriéndose parcialmente a la voz del Padre en ocasión de su bautismo: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia». Pero parece haber tenido más en mente; porque él acababa de decir que sus obras han testimonio de él, y que el Padre se las había dado para que las hiciera (v. 36), y después declaró que el Padre mismo obrando en él hacia las obras (14.10). Así pues, el Padre estaba dando testimonio de él por las obras que hacía.

Sus obras

Sus obras constituyen el tercer testigo del que habla el Señor en este discurso. Por obras él no se refiere meramente a sus milagros. Todo lo que él hacía daba testimonio tanto de su divinidad como de su carácter, y de su misión como enviado del Padre. «Las mismas obras que yo hago», dice, «dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado» (v. 36). Les dice a los judíos que ellos ni habían oído su voz en ningún momento, ni visto su forma. Hay aquí tal vez una insinuación de que ellos jamás habían entendido los mensajes que Dios le había dado a la nación, y que ahora no entendían en absoluto quién era la persona que estaba delante de ellos, al negarse a reconocerle como Hijo de Dios. Así, tampoco entendían la naturaleza y significación de sus obras.

A sus obras se les llama «señales». La palabra *semeion*, «señales», es más que un mero milagro. Un milagro es lo que despierta asombro, pero una señal es una apelación significativa al corazón del hombre, usada en este caso por Dios para producir un reconocimiento de su existencia, poder o carácter. De modo que los milagros que hizo Cristo eran testimonios del hecho de que él era el Hijo de Dios. Tres milagros en el Evangelio de Juan se anotan de una manera que muestra que se hicieron especialmente con el propósito de convencer a los judíos de la calidad de Hijo divino del Señor y su misión. La primera de estas tres fue la del paralítico junto al estanque de Betesda. Fue ese milagro lo que condujo a la discusión que ahora estamos considerando, en la cual el Señor se refirió a buena parte del testimonio dado en cuanto a él. La segunda fue la curación del ciego, que llevó al debate sobre si Jesús había venido de Dios o no, y que fue seguida por esta declaración, en respuesta a la petición de ellos de que les dijera directamente si él era el Cristo: «Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí» (10.25). La tercera es la resurrección de Lázaro. Ese fue, como ya hemos visto, su último testimonio a ellos con este medio especial.

Las Escrituras

El siguiente testigo mencionado por el Señor son las Escrituras. Dice: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí» (5.39). Los judíos miraban a la ley mosaica como medio de vida y se enorgullecían de los privilegios exclusivos que Dios les había dado a ellos; pero leían la página sagrada con ojos espiritualmente ciegos. Su banquete se había convertido en trampa, y la prueba de su ceguera era que no veían ninguna correspondencia entre Quien estaba en medio de ellos y las Escrituras que lo habían anunciado de antemano. De ahí que no quisieran venir a él para tener vida. Fue una tremenda declaración decir que los registros inspirados entregados a la nación concentraban su testimonio de principio a fin en una persona que había crecido en una forma humilde de vida, nada espectacular, y que apenas poco tiempo atrás había salido de un hogar aldeano, hogar de un obrero común. Sin embargo, todas las circunstancias de su vida y ministerio hasta aquí solo vindicaban su afirmación. Los varios testigos mencionados por él en estos discursos, es decir, el testimonio del Padre y de Juan el Bautista, de las propias obras del Señor y de las Escrituras, se combinaban para formar una luz que alumbraba con intenso poder, revelando las glorias del Hijo de Dios a nuestros corazones que le adoran.

Pasado, presente y futuro

Hasta aquí, los testigos a que se refiere el Evangelio de Juan eran pasados o presentes. Cuando pasamos a la parte posterior del Evangelio, la referencia apunta al futuro, es decir, al testimonio que se iba a dar después de que el Señor hubiera ascendido. Este cambio en el tema es apropiado a las

circunstancias de la vida del Señor en la tierra; porque fue cuando él había cesado su ministerio público y había reunido a sus discípulos alrededor de él, justo antes de su crucifixión, cuando les habló del testimonio que todavía se daría de él. Sería doble.

El Espíritu Santo

El Espíritu Santo daría testimonio y, como resultado de su operación, los seguidores del Señor lo harían también. Dice: «Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio» (15.26, 27). El único objeto del Espíritu Santo y todas sus operaciones es glorificar a Cristo. Con esto en mente, los que en realidad se han entregado a Dios, a fin de que el Espíritu Santo pueda utilizarlos, serán guiados por él para hacer que el grandioso y constante objeto de sus vidas sea también glorificar a Cristo.

Sus discípulos

Ser testigos era algo que caracterizaba a sus apóstoles. Ellos habían tenido pruebas tangibles en todo el tiempo pasado con él en los días de su carne, y después de su resurrección, de que él era el Hijo de Dios, el enviado del Padre, el Mesías de la nación y Señor de su pueblo. Eran hombres llenos del Espíritu, y el Espíritu Santo pudo utilizarlos para dar testimonio de él. Les fue dado el dar testimonio, no solo mediante testimonio oral, sino al continuar y completar las Escrituras de la verdad, la Palabra de Dios. Todo el testimonio que los creyentes tienen desde entonces, tanto individualmente como colectivamente en las iglesias, en tanto que se debe a la obra del Espíritu de Dios en sus corazones, es al mismo tiempo resultado del testimonio que dieron los primeros discípulos del Señor. Cuando la iglesia quede completa y sea llevada en el arrebatamiento, ese testimonio en particular cesará y el Espíritu Santo dará testimonio de otra manera.

El séptimo testigo

De este modo, en este Evangelio hemos leído hasta aquí de seis testimonios de Cristo: el Padre, Juan el Bautista, las obras del mismo Señor, las Escrituras, el Espíritu Santo y los discípulos. Hay otro más. Es el del escritor de este Evangelio. Él registra las circunstancias sobrenaturales de la muerte de Cristo en que vio sangre y agua saliendo del costado herido del crucificado. Dice: «Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis» (19.35). El que saliera agua y sangre no fue una evidencia de mero sufrimiento físico; fue un testimonio divino y sobrenatural del hecho de la impartición de vida eterna. Respecto a esto, Juan dice: «Éste es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre ... Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno ... Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo» (1 Jn 5.6-11).

«Ustedes son mis testigos»

Finalmente, el apóstol concluye su Evangelio con una declaración característica de sus referencias allí a sí mismo. Constituye una especie de clímax a su testimonio. Dice: «Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero» (21.24). Su Evangelio es en sí mismo un maravilloso cumplimiento de la promesa del Señor en el día de su ascensión: «me seréis testigos». ¡Que mediante doctrina sana y santidad de vida nos ocupemos de continuar el testimonio!

AMOR DIVINO

Juan, «el discípulo al cual Jesús amaba», prestó gran atención para escribir en su Evangelio en cuanto al amor de Dios. Él entendió la grandeza del amor de Cristo por él y lo apreció. Más que ninguno de los otros escritores de los Evangelios, Juan da testimonio de su experiencia personal del amor de Cristo. La siguiente sección examina el tema del amor mediante el libro de Juan.

Que sea el apóstol Juan quien escriba con mayor amplitud que cualquier otro escritor sagrado sobre el amor divino es algo que cabría esperar al leer su testimonio de sus experiencias personales del amor de Cristo por él. Este discípulo parece haber disfrutado de la manifestación del amor de Cristo de una manera especial y se deleita en llamarse «el discípulo al cual Jesús amaba» (13.23; 19.26; 20.2; 21.20). No es que hubiera algún indicio de favoritismo en esto. El Señor no concedió su amor a Juan a costa de su amor por los otros discípulos. Por el contrario, Juan mismo dice que Cristo «había amado a los suyos que estaban en el mundo», y que «los amó hasta el fin» (13.1). El afecto de Cristo se expresó de manera especial para él, pero no de modo que los otros salieran perdiendo por eso. Si el discípulo amado fue amado más, ellos no fueron amados menos.

Y, sin embargo, el amor del Señor Jesús no fue una especie de benevolencia indiscriminada, sonriendo a todos por igual, ni pudo haber sido resultado meramente de su voluntad soberana. Había, sin duda, algo en Juan que lo atrajo de manera especial. Fuera como fuese, Juan mismo captó el hecho de que Jesús lo amaba, y lo apreció.

Tampoco, insistimos, su testimonio del amor de Cristo hacia él huele a jactancia en el más mínimo grado. No, de hecho exhala un tono de humildad como de un niño. Hay una completa falta de petulancia en sus aseveraciones; ni un solo soplo de que haya sido indigno del amor, tampoco la más mínima mención de mérito. Lo que dice es simplemente la expresión espontánea de que disfrutaba del hecho. Este, entonces, es el discípulo a quien el Espíritu de Dios utilizó preeminentemente para escribir sobre el más grande de todos los temas.

SU LUGAR EN EL EVANGELIO

Hemos observado en el caso de otros temas en este Evangelio que hay un tratamiento en la primera mitad, que presenta el ministerio público de nuestro Señor; que es algo diferente del tratamiento que se le da en la parte segunda, que muestra sus instrucciones privadas a sus discípulos. Sucede lo mismo con este tema. Como es natural, ocupa un lugar más prominente en la segunda parte del Evangelio que en la primera. En la segunda parte el tema es casi continuo. No así en la primera mitad. Los primeros diez capítulos, aunque hablan del amor de Dios por los hombres, no tienen ninguna declaración respecto al amor de Cristo. Desde el capítulo 11 y en adelante el Evangelio está lleno del tema. Y aquí, en su intimidad privada con sus discípulos, él abre los tesoros del corazón del Padre hacia ellos. Aquí se habla del amor, no como el amor de Dios; salvo cuando se menciona el propio amor de Cristo, el amor es siempre el del Padre.

LA PRIMERA MENCIÓN

No hay nada tan adecuado para introducir el tema como el testimonio sublime: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (3.16). Resulta muy sugerente que esta sea la primera mención;

debemos aprender del amor de Dios hacia nosotros mismos como pecadores antes de que empecemos a aprender de su amor como nuestro Padre. Es apropiado, también, que lo siguiente consista en una declaración del amor del Padre por el Hijo. Esta aparece en el mismo capítulo y, como la primera declaración, va asociada a creer: «El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna» (3.35, 36). Se señala cómo «amó Dios al mundo» y se presenta como evidencia que dio a su Hijo. Cuando dice que «el Padre ama al Hijo», nos da una idea del valor de su dádiva, y la evidencia es que «todas las cosas ha entregado en su mano».

Dos sinónimos

La declaración «el Padre ama al hijo» aparece de nuevo en 5.20, en la controversia del Señor con los judíos. Pero aquí se usa una palabra diferente, *fileo*, para «amar»; era *agapao* en el capítulo 3.35. Estas dos palabras no se usan en ninguna parte de manera simplemente intercambiable; cada una se emplea en su ocasión para indicar el pensamiento de profundo afecto, pero *fileo* sugiere un amor aun más emocional que *agapao*. El cambio de la palabra en el capítulo 5.20 es significativo.[1]

En 3.35, se predice el amor del Padre al Hijo en conexión con la entrega de todas las cosas en su mano. La declaración similar del capítulo 5.20 es el propio testimonio del Señor, no del escritor, y aquí está hablando de la comunión constante entre él mismo y su Padre. El Hijo hace lo que ve al Padre hacer; el Padre le muestra al Hijo lo que él mismo hace. Por consiguiente, aquí es enteramente apropiada la palabra de emoción más profunda.

El capítulo 11

No hay mucho más en cuanto al amor de Dios en esta sección del Evangelio, porque el Señor está sosteniendo una controversia con sus enemigos. Les dice: «no tenéis amor de Dios en vosotros» (5.42); y después, «Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais» (8.42). La actitud de ellos hacia él muestra que Dios no era su Padre. Pasamos ahora a la segunda parte del Evangelio. El capítulo 11 es transicional; anota el testimonio final de Cristo a los judíos en la resurrección de Lázaro, y también la primera de una serie de conversaciones privadas con sus seguidores. Respecto a esto último, este capítulo contiene un testimonio conmovedor en cuanto al amor de Cristo en relación con la muerte de Lázaro. El mensaje de las hermanas es: «Señor, he aquí el que amas [*fileo*] está enfermo» (11.3). Luego viene el testimonio de Juan, el escritor: «Y amaba [*agapao*] Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro». Téngase en mente que cada palabra habla de profundo afecto, y que es de nuevo muy apropiado que la palabra más emotiva la usen las hermanas. Así, también, cuando los judíos, viendo la intensidad de las emociones del Señor, dicen: «Mirad cómo le amaba» (v. 36) usaron la misma palabra *fileo*. El escritor no está cambiando el verbo simplemente por razón de variedad o eufonía.

El aposento alto

Cuando llegamos a la conversación del Señor con los discípulos en el aposento alto, el tema del amor divino se convierte en el asunto prominente. Este río que corre por todo el Evangelio se ensancha aquí. La narración empieza con la declaración de amor de Cristo por sus seguidores en toda su suficiencia y permanencia. «Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (13.1). Este es el amor especial del cual Juan se deleita en hablar. El lector no puede menos que impresionarse por la manera en que el Señor revela a los discípulos el

amor del Padre por ellos y su propia asociación con él en eso. Cristo utiliza el amor del Padre por él para compararlo con su propio amor a los discípulos. Les dice: «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él». Y, luego, «El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él» (14.21, 23). Siguiendo a su aseveración del amor unido del Padre y del Hijo por los que obedecen su voluntad, viene la todavía más maravillosa declaración: «Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» (15.9, 10). Esto expresa el grado inmensurable de amor que está revelándoles; es el amor infinito del Padre por el mismo Hijo. Y éste es el estándar para nuestro amor de unos por otros, porque él da como su «mandamiento» que nos amemos unos a otros como él nos ha amado (v. 12). Hacia el fin de su discurso a los discípulos, el Señor usa la palabra más emotiva para expresar el amor del Padre, como una respuesta al amor que ellos le han mostrado. Dice: «Pues el Padre mismo os ama [*fileo*], porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios» (16.27).

La oración del señor

En su oración siguiente, renueva la comparación del amor del Padre por él y de su propio amor por ellos, invirtiendo solo el orden. Previamente había dicho: «Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado»; ahora dice «los has amado a ellos como también a mí me has amado» (17.23). Pero este amor ha de tener lugar en la experiencia de ellos. La conclusión de esta oración es en el sentido de que el amor con que el Padre le amó debe estar en ellos, y Cristo mismo debe estar en ellos. Este, entonces, debe ser el efecto práctico de ese amor. Esta, la proclamación de cierre de su oración, es también el cierre de esta sección del Evangelio. Empieza y termina con el mismo tema del amor divino, el amor inmutable de Cristo (13.1) y el amor permanente del Padre y el Hijo (17.26). No puede haber mayor expresión de amor divino hacia los hijos de Dios que el que los ame como ama a su propio Hijo. De este modo, el tema del amor del Padre al Hijo se amplía gradualmente en el Evangelio desde la declaración introductoria del capítulo 3.35 al testimonio de cierre del capítulo 17.

El último capítulo

Al considerar este gran tema surgen las preguntas: ¿Qué respuesta tiene este amor infinito en nuestros corazones y vidas? ¿De veras amamos al Señor con ese afecto profundamente enraizado que moldea nuestra propia vida y forja nuestra conducta de acuerdo a su propio carácter? ¿Es nuestra senda la del seguidor ferviente? ¿Impulsa nuestros actos una devoción ardiente que da a Cristo el lugar supremo en nuestras vidas y que hace que nuestro único gran propósito y ambición sea agradarle en todas las cosas? Estas son las preguntas que sugiere el cierre de la narración de este Evangelio. Pedro había prometido a su Maestro que, aunque todos lo abandonaran, él no lo haría. Llegó luego su momento de prueba y falta de fe, que fue también la ocasión de su restauración por Aquel cuya mirada ya había derretido su corazón. Después de esto viene la escena de mañana en la orilla del lago. «Simón, hijo de Jonás», dice el Señor, «¿me amas *(agapao*) más que éstos?», es decir, más que los demás discípulos. Pedro responde usando la otra palabra, incluso más tierna, *fileo*, para declarar su amor. La segunda vez, Cristo le hace la pregunta con la misma palabra que ya había usado. De nuevo, Pedro insiste. La tercera vez, conmovedoramente, el Señor usa la palabra de Pedro. Esta pregunta obtiene una declaración todavía más fuerte en la cual el discípulo se adhiere a la misma

expresión. La obra del Maestro en el corazón de su seguidor está hecha, y hecha como solo él podía hacerla. El amor que él de buen grado reconoció en ese corazón debe manifestarse cada vez más por otros que le pertenecen: los corderos y ovejas de su rebaño.

La lección

Esta es la lección para todos nosotros, impuesta en nuestros corazones conforme llegamos al fin de este Evangelio. Cristo debe tener el lugar preeminente para que nuestras vidas sean felices y útiles, y solo de este modo seremos sus instrumentos de bendición a otros.

1. Las dos palabras se usan en el mismo sentido en tres o cuatro lugares de este Evangelio. El caso que ha recibido más notoriedad es la conversación entre el Señor y Pedro en el capítulo 21.15-17. La nota en el Testamento Griego del Expositor sostiene que aquí no puede haber distinción entre las distintas apariciones de esas palabras, como no se podría decir, si fuera el caso, que Pedro se afl igió porque Jesús *la tercera vez* le dijo «me amas (*fileo*)», cuando en la misma pregunta poco antes usó la otra palabra *agapao*. Por consiguiente, asegura la nota que las palabras son idénticas en significado y «se intercambian por razón de eufonía». Esta suposición carece por completo de base. En primer lugar, no se puede concluir que las dos palabras no podrían tener un significado diferente, porque la misma pregunta se repitió tres veces. La pregunta sería prácticamente la misma aunque en el tercer caso se expresaba con la palabra «amar» un sentimiento más emotivo. En segundo lugar, hay buena razón para pensar que Cristo no le habló a Pedro en griego. El griego de Juan fue una traducción inspirada de las frases originales. En tercer lugar, hay que descartar la idea de la eufonía; cualquiera que lee el texto griego de corrido puede ver que habría más eufonía en el versículo 16 si se usara *fileo* en lugar de *agapao*. En cuarto lugar, el comentarista cita una oración gramatical de un escritor no bíblico para mostrar la identidad en significado, que muestra precisamente lo contrario. Es más, los escritores griegos mismos señalaban la diferencia de significado. Así, Dion Casio dice de la lealtad del pueblo al César: «Ustedes le tienen afecto (*fileo*) como padre y le aman (*agapao*) como benefactor» (44.48). Aristóteles dice claramente que hay una distinción (*Retórica* 1, 11, 17). Esta distinción se debe observar en cada caso en el Evangelio de Juan.

La muerte de Cristo

En el Evangelio de Juan se nos enseña desde el capítulo 1 que Jesús ha de morir. No hay sorpresa en este fin; se predice como parte del plan y propósito de Dios. Él es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Esta sección estudia el tema de la muerte de Cristo en el libro de Juan.

En los primeros tres Evangelios, el lector avanza varios capítulos antes de que se haga una referencia directa a la muerte de Cristo. No así en el cuarto Evangelio. El mismo capítulo 1, que tan definitivamente describe las glorias de su divinidad, su poder creador y la gracia de su encarnación, predice su muerte. Esto se da en el testimonio de Juan el Bautista en el río Jordán. Allí, adonde el Señor fue para ser bautizado, y así, en obediencia al último mandamiento a Israel bajo la ley, identificarse con la nación en este sentido, su heraldo dio el primer anuncio público de su muerte, señalándole ante el pueblo como

«El Cordero de Dios»

La primera mención es figurada. La expresión le resultaría familiar al pueblo, pero ¡qué impresionante la aplicación personal!, incluso más con la declaración de que él era el «que quita el pecado del mundo».

No podemos menos que impresionarnos con el contraste en los títulos que se asignan al Señor en este capítulo. Aquel de quien se declara que es el Verbo de Dios también es el Cordero de Dios. Él es a la vez el coigual Eterno con el Padre y la Víctima voluntaria por el pecado del mundo.

El anuncio similar hecho al día siguiente, «He aquí el Cordero de Dios», tuvo el efecto de hacer que dos de los discípulos de Juan siguieran a Jesús. Ellos captaron por lo menos algo del significado del mensaje. Señalar a Cristo como el Cordero de Dios es la forma de ganar a los hombres para que sean sus seguidores.

«Destruyan este templo»

La siguiente referencia a su muerte está en relación con la purificación del templo, que se cuenta en el capítulo 2. Habiendo detenido drásticamente el tráfico de los que estaban profanando la casa de Dios con su mercadería, los judíos le pidieron una señal de la autoridad para esa acción. Su respuesta contiene una referencia velada a propósito a su muerte. «Destruid este templo», dijo, «y en tres días lo levantaré». Ellos, naturalmente, lo tomaron como una referencia al edificio en el cual acababa de mostrarse su poder. En realidad, su proclamación fue profética de la voluntad ciega y obstinada que los llevaría a profanar el incluso más sagrado templo de su cuerpo.

«Como Moisés levantó la serpiente»

En el Evangelio de Juan, entonces, la primera mención de la muerte de Cristo está en el lenguaje de la Pascua; la segunda, en la primera ocasión de la fiesta de la Pascua misma después del comienzo de su testimonio público. En cada uno de los dos primeros casos, el lenguaje es simbólico. La tercera es una declaración directa, asociada con la conversación del Señor con Nicodemo. Había algo en la bien conocida narración de la serpiente de bronce que estaba más allá de la perspicacia incluso del dirigente de la sinagoga, por lo menos si tomamos la división en párrafos de la Versión Revisada,

según la cual la declaración «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado» es parte de lo que el Señor le dijo a Nicodemo. Aquí se predice la forma de su muerte y, aunque el modo real no se menciona, es probable que Nicodemo lo relacionase con el método romano de ejecución.[1]

«EL PAN QUE YO DARÉ»

La siguiente referencia a su muerte aparece en la segunda discusión del Señor con los judíos, que resultó de la alimentación de los cinco mil. La conversación giró alrededor de su declaración de que él es el pan vivo que ha descendido del cielo. Los judíos ya habían empezado a rechazar su testimonio respecto a su relación con el Padre (5.18), y la continuación de su testimonio encontró una oposición incluso más determinada. La primera parte de este Evangelio es en gran medida una narración de esta controversia. Una de sus grandes lecciones es que el rechazo voluntario de la verdad conduce a la imposibilidad de recibirla. El endurecimiento del corazón de ellos es la respuesta retributiva de Dios a la negativa de escuchar a su Verbo. Esto está detrás de la dificultad creciente de las proclamaciones del Señor a los judíos. Habiendo declarado que él es el pan de vida que vino del cielo (6.33, 35-41), pasa a decir que el pan que les dará es «mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo» (v. 51). Esta es la primera mención de su muerte en sus conversaciones con ellos. La idea de entregar su carne para comer les pareció absolutamente imposible y desató conflicto entre ellos. «¿Cómo puede éste», dijeron, «darnos a comer su carne?»; «mi carne es verdadera comida».

Y ahora, una declaración aún más difícil: «De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él» (6.53-56). Los judíos esperaban que su Mesías simplemente libertaría a la nación de la esclavitud del yugo gentil y establecería en medio de ellos el reino de Dios. Pero Cristo había venido para decirles que la salvación podía ser suya solo mediante su muerte, que las bendiciones que Dios tenía para dar podían disfrutarse solo mediante la vida espiritual. La salvación para los judíos, y para todos los hombres, debe ser por regeneración, y esta solo debe ser mediante su muerte expiatoria. Ellos deben comer la carne y beber la sangre del Hijo del Hombre, de lo contrario no pueden tener vida. Sus palabras, tan difíciles de captar para sus corazones endurecidos, querían decir que él debía morir a fin de que ellos vivieran. ¿Qué podía ser más opuesto a los escrúpulos religiosos de ellos que beber sangre? ¿Acaso la misma ley de Dios no lo prohibía de manera estricta? Sin embargo, «su carne es verdadera comida, y su sangre es verdadera bebida».

Vida mediante su muerte

Sus palabras, tan difíciles para sus enemigos, son claras a la luz de las Escrituras en su totalidad. Las palabras «carne» y «sangre» señalan el hecho de su muerte. Mediante ella Dios da vida al pecador. Recibir a Cristo como Salvador es reconocer que la sentencia de muerte, debida a la culpa de los pecados de uno, fue aplicada a la persona de Cristo en la cruz. Reconociendo esto es como comemos la carne y bebemos la sangre de Cristo, y vivimos para Dios en Cristo. Comer su carne, viniendo a él, creyendo en él, todo resulta en vida eterna. No solo dice que la vida es impartida por su muerte (v. 53), sino que también ella la sustenta (v. 56). Verdad es que la nutrición constante que recibimos, y la vida espiritual que vivimos, se derivan del Cristo vivo por el poder del Espíritu Santo, pero el mantenimiento de la vida espiritual es, con todo, resultado de no dejar de comer la carne y beber la

sangre de Cristo. La vida espiritual se mantiene en comunión con Dios por fe, y Cristo mismo es nuestra vida, pero esto se debe a que él murió por nosotros, y nosotros debemos apropiarnos de su muerte como nuestra antes de poder disfrutar su vida como nuestra. «El que come mi carne y bebe mi sangre», dice, «en mí permanece, y yo en él». El que cree en él es llevado a la unión permanente con él y, conforme nos damos cuenta del valor y eficacia de su muerte, experimentamos realmente lo que quiere decir permanecer en él y él en nosotros.

Los tiempos de «comer» y «beber» en el versículo 53 son diferentes de los tiempos en los versículos que siguen. En el versículo 53, las palabras «comer» y «beber» están en el tiempo aoristo o momentáneo, indicando la necesidad de obtener vida de una vez por todas sobre la base de la muerte de Cristo. En los versículos siguientes, los tiempos son continuos, mostrando que el que ha pasado de muerte a vida se apropia mediante experiencia constante como creyente de los efectos de su muerte, efectos que son ministrados por el Espíritu de Dios. También hay un cambio en el verbo. Las palabras traducidas como «comer» son, en el versículo 53, *faguein*, el término habitual con ese significado, y en los versículos que siguen, *troguein,* que quiere decir «rumiar». El cambio de palabra sugiere que en el arameo el Señor expresó con énfasis similar a sus opositores la necesidad de obtener vida mediante su muerte.

«La sangre es la vida»

La palabra que nuestro Señor usó para «comer» su carne y beber su sangre hacía sin duda referencia directa a la Pascua. La sangre del cordero era el medio divinamente señalado para la liberación de la nación de la esclavitud en Egipto. El derramamiento de la sangre implicaba quitarle la vida al animal y, habiendo derramado la sangre de la manera ordenada por Dios, los israelitas comían la carne de cordero asado al fuego. Así que, en los sacrificios subsiguientes, debían ofrecer la carne y la sangre de sus holocaustos sobre el altar. La sangre debía ser derramada y ellos debían comer la carne (Dt 12.27). No se les permitía comer la sangre, «porque la sangre es la vida», y no debían comer «la vida juntamente con su carne» (v. 23). ¡Qué difícil, entonces, y qué adecuado, para los endurecidos judíos recibir la enseñanza del Señor! ¡Qué bendecidos somos nosotros al disfrutar de la plenitud de la realidad que los mandamientos mosaicos apenas presagiaban nubladamente!

Las palabras de Cristo a los judíos hay que distinguirlas de la enseñanza de la Cena del Señor. Ambas conllevan el mismo punto; ambas dirigen nuestros corazones a la cruz; pero no podemos decir que cuando estamos participando del pan y de la copa en la mesa del Señor estamos por ello comiendo la carne y bebiendo la sangre de Cristo. Porque mediante comer su carne y beber su sangre tenemos vida, pero no obtenemos vida al participar en la Cena del Señor. Proclamamos su muerte, declaramos que él murió por nosotros, participamos de lo que es comunión de su cuerpo y su sangre; pero eso no es lo mismo que lo que el Señor les enseñó a los judíos.

«AÚN NO HABÍA LLEGADO SU HORA»

La siguiente referencia en el Evangelio aparece en la cuarta discusión con los judíos (cap. 8). El testimonio renovado del Señor, ahora dado en el templo, de su unidad con el Padre, despertó de nuevo la animosidad de ellos, y eso hubiera resultado en su arresto inmediato, pero nadie lo detuvo, porque «aún no había llegado su hora»; es decir, la hora señalada en la cual se ofrecería a sí mismo en sacrificio. Puede haber una referencia similar en el capítulo previo, donde dice «Mi tiempo aún no ha llegado» (7.6, 8); pero, probablemente, todo lo que él quiso decir allí fue que, mientras que sus hermanos disponían sus circunstancias conforme a sus propias inclinaciones, Jesús lo hacía bajo la dirección de su Padre. Aquí, de nuevo, en esta cuarta etapa de la controversia, insinúa el modo de su

muerte. «Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre», dice, «entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo» (8.28). Que el Mesías debiera morir ni siquiera entraba en los pensamientos de ellos. Sin embargo, ahora él declara que su identidad les será revelada después de que ellos lo hayan hecho morir.

«EL BUEN PASTOR»

En la quinta y última discusión con los judíos, resultado de la curación del ciego, el Señor aprovecha la ocasión para contarles la parábola del buen pastor, basando su enseñanza en el hecho de que el hombre que había sanado se había convertido en una de sus ovejas. Así es como él habla ahora de su muerte: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas». De nuevo, les dice a sus críticos, pero ahora de una manera diferente, que la vida debe venir por su muerte. Aquí, sus pensamientos se concentran en sus seguidores. Él había venido para que ellos pudieran tener vida, y pudieran tenerla en abundancia. Pero, más aún, el poner su vida por este propósito debía ser resultado de su comunión más íntima con el Padre. Así que, cuando dice de nuevo «pongo mi vida por las ovejas» (10.15), no es una mera repetición de sus palabras en el versículo 11. Allí simplemente dice que él había venido para dar su vida mediante su muerte. Ahora basa su declaración en el hecho de que él conoce a los suyos y los suyos le conocen a él, así como el Padre le conoce y él conoce al Padre. Y, todavía más, el amor del Padre se combina con la omnisciencia del Padre, y él ama al Hijo porque su muerte es un medio hacia un fin. «Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (vv. 17, 18). Él les había dado a entender a los judíos que ellos lograrían su muerte. Serían ellos los que levantarían al Hijo del Hombre (8.28); pero ahora muestra que ellos no tienen poder para hacerlo si no es con su permiso. Les demostró al final de la conversación la incapacidad que tenían, puesto que procuraron de nuevo detenerlo, «pero él se escapó de sus manos» (v. 39).

El consejo de Caifás

Ahora viene el clímax de la controversia. La revivificación de Lázaro fue su último testimonio público de sus afirmaciones divinas, su última oferta a sus críticos para que le reconocieran. En lugar de ello, los principales sacerdotes convocaron un concilio para decidir lo que debían hacer con él. Esto da pie a la siguiente declaración respecto a su muerte. Está en la profecía pronunciada por Caifás. Su consejo al concilio, «nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca», era simplemente, desde su propio punto de vista, un argumento para librarse de Cristo. Se podía evitar la ruina nacional con su muerte. La conveniencia política era un pretexto que servía a los propósitos de la animosidad personal del sumo sacerdote contra Cristo. Sin embargo, había un poder más alto controlando su declaración. «Esto no lo dijo por sí mismo». Sus motivos personales estaban sujetos a los consejos de Dios, quien hace que la ira del hombre le alabe. En ocasiones, Dios obligó a sus enemigos a profetizar. La posición de Caifás se brindaba para esto. Él estaba en la línea de sucesión de los sacerdotes que habían comunicado mensajes divinos de Dios mediante el Urim y Tumim. «Como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos». Probablemente, el hecho de que él era el sumo sacerdote, el dirigente religioso del pueblo, explica también en alguna medida la influencia divina sobre sus proclamaciones. Marcan los efectos inmediatos: «Así que, desde aquel día acordaron matarle». Ningún esfuerzo de su parte podría lograr éxito antes de que la hora de Cristo hubiera llegado; pero

esa hora se acercaba.

«El día de mi sepultura»

El Evangelio nos da ahora varias insinuaciones del Señor en el sentido de que su muerte se acercaba. La primera la tenemos en la cena en Betania, donde María ungió los pies de Jesús. Las críticas de Judas por el desperdicio del ungüento reciben la respuesta del Señor: «Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto». Los discípulos sabían bien para entonces que la muerte iba a ser su destino. Cuando él decidió ir a Jerusalén por la muerte de Lázaro, Tomás había dicho: «Vamos también nosotros, para que muramos con él». Estaban llegando a ser más numerosas las indicaciones de que el fin se acercaba.

«Lleva mucho fruto»

Su segunda declaración registrada en este capítulo respecto a su muerte está contenido en su respuesta a los que le comunicaron el deseo de los griegos de verle. Evidentemente, su deseo no les fue concedido. El Señor no estaba allí para satisfacer curiosidad. El incidente, sin embargo, dio lugar a algunos comentarios que mostraron que él estaba pensando en esa vasta multitud de gentiles que serían atraídos a él mediante su muerte. «Ha llegado la hora», dice, «para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto» (12.23-24). La semilla debe morir para producir la cosecha. Esta es la ley tanto en el ámbito físico como en el espiritual. En este último es una ley de renuncia propia. Su cumplimiento en el caso del Señor Jesús tiene carácter único, pero él lo pone como ley de la vida para sus seguidores. «El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará» (v. 25). El pensamiento de «la hora», y todo lo que significaba para él, pesaba sobre su alma. Sin embargo, su «ahora está turbada mi alma» no era un mero estallido de tristeza. Su proclamación tenía a la vista un testimonio de su devoción al Padre. El peso era real y fuerte, y no lo ocultó, pero más contundente era el deseo de la gloria del Padre. De aquí que a su oración, «Padre, sálvame de esta hora», le sigue la confesión, tan llena de verdad redentora, «mas para esto he llegado a esta hora», y la oración, tan reveladora de su absoluta sumisión a la voluntad del Padre: «Padre, glorifica tu nombre».

La voz del Padre desde el cielo, en respuesta inmediata a la oración, fue un testimonio a los presentes de su infinita complacencia para con su Hijo, y de la indisoluble unión entre ellos.

El Señor les muestra ahora a los que estaban allí que su muerte va a ser un punto crítico de la historia mundial.

El capítulo 12 de este Evangelio da una serie de proclamaciones aleccionadoras de parte del Señor respecto a su muerte. Primero, tenemos la predicción de su sepultura (v. 7); segundo, la comparación de su muerte con la caída del grano en la tierra para morir, a fin de llevar fruto (v. 24); tercero, el anuncio de que estaba cerca la hora para la que había venido para glorificar al Padre (vv. 27, 28); cuarto, su declaración de que su muerte incluiría el juicio del mundo, que llevaría a cabo la expulsión de Satanás, y que sería el medio de traer a todos los hombres dentro del alcance de su propio poder de atracción (vv. 31-33). La primera de estas tres la consideramos en el documento anterior. Ahora pasamos a la cuarta, con lo que llegamos a una bifurcación de caminos en cuanto al testimonio del Señor.

«Y yo, si fuere levantado»

La respuesta del Padre desde el cielo a la oración de Cristo, «Padre, glorifica tu nombre», vino,

dice, por causa de la multitud que estaba allí.
Puesto que la respuesta real no les fue revelada a ellos, el Señor explica el suceso diciendo: «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo». La palabra que se traduce aquí como «juicio» es *krisis*, de la cual se deriva nuestra palabra «crisis». Ese puede ser posiblemente su significado aquí, pero solo debido a que la muerte de Cristo incluiría, por un lado, la condenación del mundo por su rechazo del Hijo de Dios, mientras que, por otro lado, proveería por el cumplimiento de las condiciones de Dios un medio de liberación de condenación. Esto también incluiría la liberación del tirano espiritual del mundo: «Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera». La muerte de Cristo sería potencial y judicialmente la destrucción del «que tenía el imperio de la muerte» y la aniquilación de todas sus exigencias de autoridad sobre mundo. Las exigencias de Satanás fueron resultado del rechazo del hombre a las exigencias de Dios sobre él. La muerte de Cristo ha abrogado las vindicaciones de Satanás y ha abierto el camino para que los hombres sean atraídos al Salvador: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo». ¡Qué nota de triunfo resuena en el «yo» del Salvador! Él se presenta, y con fuerte énfasis, como el Conquistador de Satanás y Libertador de los hombres, y esto por su propia muerte.

Tres veces, según se anota en este Evangelio, usa el Señor el término «levantado». Primero, al principio de su carrera pública, hablando con Nicodemo (3.14); luego, más o menos a la mitad de ella, cuando habla con los judíos que se le oponían (8.28); y ahora, justo cuando el fin se acerca, dirigiéndose a la multitud por última vez (12.32). ¿Acaso esto no revela en sí mismo hasta qué punto la cruz ocupaba de continuo su mente?

El Señor señala, entonces, a su muerte como la base sobre la cual ejercerá su poder de atracción. La multitud comprendió lo que quiso decir con eso de «ser levantado», pero halló imposible armonizar las afirmaciones mesiánicas de Cristo con el hecho de que su Mesías permanecería para siempre. ¿Cómo podía el Hijo del Hombre ser levantado? Y, ¿quién era este Hijo del Hombre? Cristo no satisface sus preguntas. Él simplemente les aconseja que hagan uso de la luz mientras está con ellos.

El aposento alto

La crisis había llegado. Su testimonio público debe ya cesar. De allí en adelante confinará su atención en sus discípulos.

El prefacio de Juan al discurso en el aposento alto ve la muerte inminente del Señor y su partida al Padre a la luz de su infinito amor: «Sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin». Estos son los pensamientos que impregnan el discurso en lo que se ha dado en llamar «el Lugar Santísimo» del Nuevo Testamento. Nuestra consideración se limitará aquí a las referencias a su muerte.

Una y otra vez, en el curso de sus comentarios les recuerda que está a punto de dejarlos e ir al Padre. Verdades cierto, no dice en palabras expresas que va a ser por la vía de la cruz, pero eso está implícito. Su jornada a la cruz fue la senda de volver al Padre. Esto podemos verlo con más claridad al combinar algunas de sus declaraciones a sus discípulos en este tiempo. Dice: «aún estaré con vosotros un poco» (13.33); «A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después»; claramente una referencia directa a su muerte (v. 36); «voy, pues, a preparar lugar para vosotros» (14.2); y apenas podemos tomar esto como una referencia tan solo a algo que preparará en el mismo cielo después de haber ascendido allá. La gran preparación para nuestra recepción en la casa del Padre en el más allá está en la obra de la cruz. Esto lo confirma la declaración del escritor a los

Hebreos cuando dice que era necesario que las cosas celestiales fueran purificadas con mejores sacrificios que los del tabernáculo terrenal, que usa el plural para referirse a ese sacrificio, que es solo uno pero tiene varios aspectos. Nuestra entrada allí, ahora por fe, y en su momento en la venida del Señor, depende de la obra expiatoria de la cruz. Más aún, el Señor les recordó a los discípulos que ellos sabían el camino por el que iba, porque les habló claramente de su muerte (v. 4). De nuevo, dice: «ahora voy al que me envió» (16.5); «Todavía un poco, y no me veréis ... porque yo voy al Padre» (vv. 16, 17); «dejo el mundo, y voy al Padre» (v. 28). Similarmente, en la oración que sigue, dice: «Y ya no estoy en el mundo ... ahora voy al Padre» (17.11-13).

Estas declaraciones en el aposento alto constituyen la mayoría de sus referencias a su muerte. Las otras cuatro afirmaciones presentan

Un contraste impresionante

cuando se las reúne. Después de que Judas hubo salido, Jesús dijo: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él». ¡Qué majestuosa calma y dignidad hay en este comentario a la obra que el traidor estaba a punto de perpetrar, y a su efecto! El Señor veía su muerte a la luz de sus asuntos. Su obediencia al Padre y la redención de los pecadores por medio de ella darían gloria sin fin a su propio nombre, y de este modo también el Padre sería glorificado. Con los mismos pensamientos en mente, dice al principio de su oración: «Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti» (17.1). Y, prediciendo el logro de lo que estaba a punto de hacer: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese» (v. 4).

Ahora, contrástese esto con sus comentarios en cuanto a su gran enemigo espiritual. Todavía mirando a la cruz, dice: «Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí». No había nada en Cristo que respondiera a las tentaciones o exigencias del diablo. Jamás podría el maligno lograr éxito en sus esfuerzos contra el Señor. Por otro lado, todo en él respondía al Padre. Su propia comida, el sustento de su vida, era hacer la voluntad del Padre, y así Satanás no sacaría nada de su muerte. Al contrario, mediante ella el mundo sabría que él amaba al Padre. Es particularmente su muerte lo que tiene en mente cuando dice: «como el Padre me mandó, así hago». Ese era el deseo de su corazón, y la idea de llevarlo a cabo le hace decir: «Levantaos, vamos de aquí». Su corazón estaba decidido, su paso era firme. Era como si estuviera listo para ir de inmediato a atravesar los horrendos sufrimientos que le esperaban. ¡Qué grande es el contraste entre estas dos proclamaciones: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él» y «el príncipe de este mundo nada tiene en mí»! El mundo, que estaba bajo su hegemonía tiránica, aprendería a saber que, mediante los propios esfuerzos del diablo contra Cristo, él lo libraría de sus garras y mostraría así su amor al Padre.

«Mayor amor»

Hay otra referencia a su muerte en la conversación del aposento alto. Tiene que ver especialmente con sus seguidores y con su actitud los unos con los otros. Dice: «Éste es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos». El suyo era el «mayor amor» y, al poner su vida por nosotros como la gran expresión de su amor, nos presenta su estándar para nuestro amor unos con otros. ¡Cuán lejos nos hemos quedado!

La narración que da Juan de la muerte

Dos cosas se destacan en la narración que Juan da de la muerte de Cristo. Primero, escribe como quien fue testigo ocular de todo lo que sucedió. Esto lo dice por sí mismo (19.35). Hay más detalles dados por Juan que en ninguno de los otros Evangelios. En segundo lugar, los hechos que Juan presenta y que no aparecen en los Sinópticos contribuyen en gran medida al testimonio que caracteriza este Evangelio, es decir, que Jesús es el Hijo de Dios. Por ejemplo, es Juan quien menciona la respuesta de los judíos a Pilato, de que la muerte era la pena legítima para Jesús, de acuerdo con su ley, porque él se había hecho a sí mismo Hijo de Dios (19.4-7). En los detalles dados por toda la narración hay un tono de dignidad y exaltación que es coherente con su relación con Dios como su Hijo. Notamos esto en su testimonio ante Poncio Pilato y en incidentes de su crucifixión real, como el encargo del cuidado de su madre a Juan (vv. 25-27); como la declaración de que «sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed»; como su exclamación final, «Consumado es»; como el hecho de que inclinó (o reclinó) su cabeza antes de entregar su espíritu; todas ellas acciones determinadas por él mismo y que expresaban su sumisión a la voluntad del Padre. Pero también están los detalles como el hecho de que no le quebraron las piernas o el hecho de que después que el soldado le traspasara su costado salió sangre y agua, testimonio crucial del carácter sobrenatural de su muerte y significativo del hecho de que Cristo, por su muerte, ha llegado a ser la fuente no solo de purificación, sino también de vida.

Podemos mencionar aquí, como referencias, otros detalles que también suple solo Juan en conexión con la muerte de Cristo. Por ejemplo, el «¡He aquí el hombre!» de Pilato (19.5); su «¡He aquí vuestro Rey!» (19.14;); el que Cristo fuera cargando su propia cruz (19.17); la parte del letrero «Jesús Nazareno», y el hecho de que lo escribió Pilato (19.19); la vasija de vinagre y el hisopo (19.29); las citas «No será quebrado hueso suyo» y «Mirarán al que traspasaron» (19.36-37); la presencia de Nicodemo en el entierro y la parte que él tomó en el mismo (19.39).

«El agua y la sangre»

El testimonio final respecto a la muerte de Cristo, i.e., en cuanto a que salió sangre y agua de su costado perforado, se explica en la Primera Epístola de Juan: «Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan ... Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo» (1 Jn 5.8, 11).

Reuniendo la primera y la última referencias en el Evangelio de Juan en cuanto a la muerte de Cristo, vemos que cada una da testimonio del medio para la vida eterna. La primera fue la declaración del Señor a Nicodemo de que «es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree ... tenga vida eterna». La última es la explicación de Juan de que la sangre y el agua que salieron del costado del Salvador son símbolo de la purificación y la vida provista para nosotros por su muerte. Juan dice de inmediato que el testimonio de lo que vio lo da para que creamos (19.35). La vida viene por fe, y lo hace por medio de su muerte. Este es el sublime mensaje de este gran tema que discurre por todo el cuarto Evangelio.

1. Muy probablemente, el relato de la conversación del Señor con Nicodemo terminó en el versículo 12. No hay necesidad de explicar este punto aquí.

2

LA VIDA DE CRISTO

La selección de discípulos

Muchos siguieron a Jesús, pero él apartó a doce hombres para que fueran sus compañeros más íntimos. La comprensión de ellos de quién era él aumentó gradualmente con el tiempo. Es importante no solo comprender los atributos y cualidades de nuestro Salvador, sino también ver el discurrir de su vida vivida en la tierra, dándonos claros ejemplos de cómo nosotros también debemos vivir.

Los dos discípulos que «siguieron a Jesús» fueron Andrés y, sin duda, Juan (el escritor). De la conversación que siguió (Jn 1.38, 39) surgen dos cosas. Primero, que así como el conocimiento que de Cristo tenían los discípulos aumentó solo gradualmente (le conocían simplemente como el Mesías, v. 41), así también el que recibe a Cristo por fe le recibe en la plenitud de su persona, pero su percepción de sus excelencias, su poder y gloria es gradual. En segundo lugar, el conocimiento que Cristo tenía de ellos y su dirección de sus vidas da a entender su autoridad y señorío. «Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis?». Él no preguntó: «¿A quién buscan?». Que estaban buscándole a él era evidente.

Les preguntó qué era lo que buscaban en él. Su invitación y la aceptación por parte de ellos, que resultó en que se quedaron con él ese día, debe haber significado una maravillosa revelación de la verdad relativa a él.

Ese tercer día produce tres, o incluso cuatro, discípulos: Andrés, Juan, Pedro, y tal vez Jacobo. Pedro no fue el primero en convertirse en discípulo. Cefas (v. 43) es el nombre arameo. *Petrós*, Pedro, denota, no una masa de roca, sino una piedra separada o pedrusco (que se arroja o mueve con facilidad); en Mateo 16.18, Cristo emplea la palabra *petra*, una roca maciza, figuradamente como cimiento firme, no para referirse a Pedro, de quien se habla como *Petrós*.

El cuarto día surge una nueva circunstancia, porque el Señor mismo va a buscar a un discípulo. Hasta aquí ellos habían venido o habían sido traídos a él. Ahora «quiso [o, como la palabra *telo* comúnmente significa, quiso deliberadamente] Jesús ir a Galilea». Halla a Felipe, que era de la misma ciudad de Andrés y Pedro, y le llama a que le siga. Felipe halla a Natanael (nombre que significa don de Dios) y da su testimonio especial de Cristo, primero, como el tema de la ley y los profetas; segundo, dice que viene de Nazaret; y en tercer lugar cuenta que cree que es el hijo de José.

La confesión de Natanael

Por decirlo suavemente, los galileos eran objeto de desprecio debido a su falta de cultura, su dialecto rústico y su asociación con los gentiles. De ahí la pregunta de sorpresa de Natanael: «¿De Nazaret puede salir algo de bueno?». Felipe no se detiene a discutir, sino que le invita a que venga y vea. En la entrevista, el Señor revela de inmediato sus poderes divinos de conocimiento, lo que al punto recibe la confesión: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel». La ausencia del artículo definido antes de «Rey», aunque sirve gramaticalmente para recalcar su realeza, tal vez indicaba la esperanza de Natanael de un rey terrenal.

La higuera bajo la cual estaba es sin duda figura de la nación de Israel, sin fruto bajo el viejo pacto, aunque Natanael mismo representa al remanente santo de la nación. En esta condición, la promesa de que él y otros creyentes verían «el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre», señala al día venidero cuando Cristo vendrá en su gloria y se manifestará como Rey de Israel en una esfera mucho más alta de la que estaba en la mente de

Natanael. El Señor estaba pensando en escenas del milenio.

Las bodas de Caná

Las «señales y maravillas» de Jesús empiezan en Caná de Galilea. No fue una exhibición grandiosa de poder sobrenatural, sino un milagro tranquilo en un pueblecito anónimo. Pocos lo notaron cuando el agua fue convertida en vino, pero los discípulos lo vieron y su fe quedó afirmada.

El «tercer día» (2.1) es el tercer día de su estancia en Galilea, lo que hace en total una semana (1.29, 35, 43). Hay en los detalles de las bodas en Caná muchos indicios de cosas más allá de las circunstancias reales. El tercer día sugiere el período venidero de vida de resurrección y gloria milenial. En un sentido especial, en la celebración futura en la tierra de las bodas espirituales y celestiales entre Cristo y sus santos, el agua de purificación para Israel (i.e., el remanente santo de la nación) será convertida en el vino del gozo. Entonces, con toda razón, la nación dirá: «tú has reservado el buen vino hasta ahora».

Además, la expresión dirigida a su madre, «¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora», solo se puede entender correctamente en el sentido en que señala a su relación con Israel. Su madre era la conexión natural con la nación bajo la ley. Su relación con Israel será en un día venidero cuestión de gracia. Pero eso puede efectuarse solo mediante su muerte sacrificial y expiatoria. A eso se refería cuando dijo: «Aún no ha venido mi hora». Esa «hora» sería y será el medio de establecer la nueva relación de gracia. Por consiguiente, en sentido figurado y con carácter de predicción, implica que será mayor y más bendito que el vínculo natural de parentesco.

Sus señales

Que se indica todo esto, y mucho más, lo confirma la declaración: «Este principio de señales hizo Jesús ... y manifestó su gloria» (v. 11). La palabra *semeion* se traduce correctamente como «señal»; es más que un milagro, es un milagro con significado. Las señales de Cristo fueron (1) evidencias de su divinidad y humanidad combinadas, (2) evidencias del carácter de su misión, (3) símbolos de verdades espirituales. Juan narra ocho. La de Caná fue la primera y, siendo una señal, sus detalles conllevan las enseñanzas espirituales mencionadas arriba. En esto, también, él manifestó su «gloria». La gloria del Señor es el resplandor de su carácter y su poder, la presentación de su naturaleza y sus actuaciones. La manifestación de su gloria fue al mismo tiempo la manifestación de la gloria de su Padre.

Él favorece nuestras reuniones con su presencia espiritualmente, no solo en la boda de dos de los hijos de Dios, sino dondequiera que hay alguna reunión en su nombre. Él nunca deja de cumplir su promesa de estar «en medio de ellos». Su presencia santificadora imparte la bendición máxima en cada una de esas reuniones.

Él da lo mejor a los humildes. Había personas humildes en la fiesta en Caná. No hubo ninguna exhibición destacada. Caná misma era una aldea recóndita. Fue en el hogar rústico donde el Señor exhibió la gloria de su poder. Él «vino para ministrar». A él le encanta «hacer vivir el espíritu de los humildes» (Is 57.15).

Una provisión completa

Él está listo para suplir nuestras necesidades. La necesidad era grande. Se les acabó el vino, y no poder atender adecuadamente a los invitados era un grave aprieto. Nuestras vidas están en gran parte

hechas de necesidades. Él las conoce todas. Están diseñadas para impulsarnos hacia él. Nada es demasiado difícil para el Señor.

Él da provisión completa. «Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba». Eso era lo que él se proponía. Habría suficiente para todos. Si nuestros corazones y vidas se vacían del yo, su plenitud nos llenará.

Él transmuta cosas naturales, haciéndolas ministros de gozo y alegría. Él hizo que el agua se convirtiera en vino. Nuestra rutina diaria de trabajo, tan a menudo tediosa e incluso deprimente según nuestro propio cálculo, nuestra jornada de labor doméstica, nuestras «tareas corrientes», pueden todas convertirse en radiantes de gozo y alegría si vivimos a la luz de su rostro y disfrutamos de verdadera comunión con él.

Él usa las circunstancias del hogar como medio de bendición para otros. La declaración final de esta narración es: «y sus discípulos creyeron en él» (v. 11). Ellos eran invitados a las bodas. Lo que el Señor había producido ejerció un efecto marcado en ellos. Afirmó la fe de ellos en él. De este modo, hizo de la unión de la pareja casada un medio de bendición a otros aparte del círculo de familia.

La purificación del templo

Jesús demostró su poder y autoridad de una manera pública en Jerusalén durante la Pascua. El templo, que había sido establecido como lugar de oración, estaba lleno de la pestilencia y ruidos de comerciantes codiciosos y cambistas de dinero. La justa indignación de Jesús se desborda; nadie se interpone en su camino mientras él echa fuera a los sórdidos comerciantes, limpiando el centro de oración de la evidencia de impurezas morales.

Esta fue la exhibición pública de la autoridad y poder de Cristo. Su gloria la había exhibido privadamente en las bodas en Caná. Ahora él sale en una manifestación oficial al lugar en el que Dios había puesto su nombre en la nación, el lugar donde él moraría entre ellos, donde brilló la gloria de su propia luz no creada. En Caná había manifestado su gracia; ahora está a punto de manifestar su verdad.

La ocasión

La ocasión fue «la pascua de los judíos» (v. 13). Tres veces el apóstol (y solo él entre los escritores de los Evangelios) designa de este modo la Pascua (véase 6.4 y 11.55, y cp. 5.1 y 7.2), claro reflejo de la deplorable condición del pueblo y sus dirigentes religiosos. Lo que era por su propia declaración «la Pascua del Señor» (Éx 12.11) se había convertido, por el alejamiento nacional y la profanación del templo, en «la pascua de los judíos».

Enormes cantidades de peregrinos se habían reunido en Jerusalén para la gran fiesta nacional. En vísperas de la ocasión, la cabeza de cada familia solía recoger toda la levadura de la casa y darle a la vivienda una limpieza general. ¡Qué diferente era la condición de la casa de Dios en ese tiempo! El divinamente señalado medio siclo de dinero de la expiación se pagaba al tesoro del templo. El pago sellaba para cada persona su estatus como miembro de la nación divinamente escogida y el fervor religioso alcanzaba su cenit. Pero ahora la ofrenda estaba profanada por el tintineo de las monedas de los pillos cambistas. La gloria del templo había sido despojada de su significado y poder espiritual. ¿Cómo podía un hombre traer su cordero a Dios en medio de los obstáculos de tal confusión impía? El comercio, respaldado por los sacerdotes, privaba a los pobres de sus privilegios.

Esta clase de corrupción se ha reproducido en la cristiandad. El sacerdocio, tal vez comercialmente el interés mejor pagado del mundo, ha pervertido la causa del creyente humilde, al cruzarse en la senda del libre acceso a Dios por medio del único mediador por su sacrificio expiatorio.

La interposición asombrosa

Ahora, el Señor se presenta de repente en su templo. Halla en el mismo a los que vendían bueyes, ovejas, palomas y a los cambistas de dinero sentados. El lugar de oración para todas las naciones retumbaba con el estruendoso tráfico del mercado de ganado, con toda su mugre y pestilencia. Los corazones codiciosos de los que trafican en monedas fanfarronean de sus mal habidas ganancias. ¡Qué asqueante vista para el peregrino devoto al entrar en el atrio del templo! ¡Cómo debe haber deseado el tiempo en que se cumpliría la promesa: «no habrá en aquel día más mercader (traficante) en la casa de Jehová de los ejércitos» (Zac 14.21)! ¡Cuánta mayor fue la santa indignación de Aquel que de este modo contempló la indescriptible profanación de la casa de su Padre!

En medio de toda esta profanación aparece Aquel cuyos «ojos son como llama de fuego» y cuyo corazón ardía con celo por la gloria de la casa de su Padre. Convierte un látigo en el instrumento para ejercer su autoridad. ¿Fue emblemático del otro flagelo, más grande, destinado a castigar a los gobernantes y al pueblo, cuando los romanos destruyeran el templo y la ciudad? Ciertamente, el significado en perspectiva de este proceso de purificación, este ataque divino a los intereses creados de los malhechores, fue la vindicación del nombre de Dios y del honor de su casa, su aborrecimiento y condenación del pecado. Y en este relato la acción del Señor fue el presagio y promesa de la misericordia de Dios para los hombres, manifestada en la libertad de acceso a su presencia que un día tendrían bajo sus condiciones de gracia en y por medio de Cristo. Aunque esa purificación no se ocupó del santuario interior (el *naos*), sino de los atrios, los patios exteriores, representa la reconsagración de todo el edificio para los santos propósitos diseñados por Dios.

Evidencia de su poder divino

Pero hay un significado más profunda en esta acción sobrenatural; porque fue una acción sobrenatural. La expulsión por un solo individuo del ejército de traficantes avaros y sus pertenencias, la acción de volcar las mesas y esparcir sus montones de dinero, a pesar del hecho de que su sórdido negocio tenía la sanción y respaldo de los dueños legales de todo el lugar, fue prueba de su poder divino. De hecho, lo reconocieron tácitamente las sorprendidas autoridades religiosas en su pregunta del versículo 18. Y el sentido más profundo es que cualquier cosa que está consagrada a Dios para su servicio debe ser librada del mero lucro mundanal. El barniz de religión a menudo no es otra cosa que una cubierta para ocultar los intereses egoístas de los que lo promueven. La ventaja personal solo puede actuar como una influencia contaminante en cualquier iglesia o asamblea. Las ovejas, los bueyes y las palomas se vendían para propósitos de sacrificios, pero el motivo y los métodos de negocios era una abominación a los ojos del Señor. La mera conformidad a los ritos y ceremonias religiosas pueden tener su atractivo a la mente natural, religiosa, sentimental, pero los motivos y ambiciones humanas están condenados a ser expuestos y castigados por Aquel que escudriña los corazones.

Una iglesia es un templo de Dios, morada de su Espíritu (1 Co 3.16), y quien lo daña será dañado por su dueño (v. 17). «Porque el templo de Dios, el cual sois vosotros».

El efecto de la señal

Las autoridades del templo no se atrevieron a cuestionar la rectitud moral de la acción del Señor al limpiarlo. Tomados por sorpresa por la exhibición de su poder y autoridad, decidieron pedirle una señal de confirmación de lo mismo. Para ellos, el valor de una señal consistiría en que sería indicativa simplemente del triunfo y grandeza de la nación escogida.

Su ceguera, fruto de su dureza de corazón, se evidencia en que no reconocieron que él era, por el mismo carácter de sus acciones, por sí mismo la mayor señal posible. De acuerdo con su petición (más tarde, cuando su persistente negativa a reconocer sus afirmaciones había alcanzado su punto máximo, él se negó en redondo, Mt 16.1-4), les da una señal, pero no según las expectativas de ellos: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (*naos* es la palabra usada aquí, el santuario interior, no *jierón*, el edificio entero). Esa señal era la apropiada a su referencia «al templo de su cuerpo». Y tal era su cuerpo. Resplandecía en la *shequiná* permanente, la gloria del Señor. «Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad».

Él les iba a entregar voluntariamente su templo santo para que lo «destruyeran» (*luo,* soltar, que a veces se usaba con referencia a una estructura; cp. Ef 2.14, en donde se refiere a derribar una pared).

¡Cómo estaban siempre en sus declaraciones su muerte inminente y lo que ella implicaba! Aquí también menciona «la gloria que seguiría», prediciendo con ella su propia parte en su resurrección. Esto, además, fue una clara indicación, para aquellos a quienes el hecho les sería revelado, de su unidad con el Padre en la Deidad; porque en el acto de su resurrección el Padre y el Hijo estuvieron, como siempre, inseparables. Los judíos echaron mano al instante de lo que consideraron una discrepancia con su proclamación. Pero la convicción les llegaría con el tiempo. Esto lo narra Mateo (27.63).

El efecto sobre los discípulos

Los discípulos comprendieron de inmediato el significado de su acto de purificación del templo. Recordaron que estaba escrito: «El celo de tu casa me consume». El significado de su respuesta a los judíos lo comprendieron después de su resurrección. Los discípulos recordaron entonces su declaración «y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho». En cuanto al pueblo, muchos creyeron en él, pero con una creencia superficial, aunque sincera.

Aquí, entonces, observamos los efectos contrastados que tanto caracterizaron el ministerio público del Señor en su obra y palabras, y que todavía caracterizan a los que son sus fieles testigos, es decir, rechazo y recepción. Si por la gracia le hemos recibido, que sea nuestra parte seguir la senda que él anduvo.

Hizo más señales en ese tiempo en Jerusalén, que se omiten deliberadamente en este Evangelio, y que hicieron que muchos creyeran en su nombre, mediante una convicción sincera, con reconocimiento natural de los hechos; pero esto no alteró la condición espiritual de ellos, «Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos» y «él sabía lo que había en el hombre». El énfasis «Jesús mismo» debemos leerlo en ambas declaraciones. El Señor conocía el estado y carácter de todo hombre. Él conocía la naturaleza moral del hombre.

Nicodemo

En Juan 3, Jesús habla con un hombre que se destaca como una excepción. Nicodemo viene a Cristo con preguntas y el Señor le ayuda a cambiar su perspectiva de las cosas naturales a las cosas espirituales. Conversando hasta altas horas de la noche, Nicodemo aprende acerca del nuevo nacimiento y la nueva vida.

«Había un hombre» que era una excepción. El capítulo 3 continúa por vía de contraste el último párrafo del capítulo 2. La palabra de conexión debería ser «pero», no «ahora», como en la Versión Revisada (tampoco se debería omitir, como lo hace la Versión Autorizada). «Ahora», en inglés, sugiere un tema completamente nuevo.

El contraste era doble. Nicodemo no es un caso de mero reconocimiento de los hechos en cuanto a Cristo debido a las señales que hizo. Su conciencia había sido alcanzada; sentía la necesidad de su alma. Y Cristo, por su parte, en respuesta a esta necesidad, abrió su corazón para atenderla, exponiéndose de esta manera a quien le preguntaba.

Nicodemo empieza expresando una certeza en cuanto a Jesús, basada en las señales que él hacía (v. 2). Este pronunciamiento fue una evidencia de ejercicio de corazón que no se atrevía a revelar a sus colegas. Es «noche» en nosotros cuando no testificamos por miedo al mundo. El Señor va de inmediato a la raíz del asunto. No se detiene a darle mera instrucción mental. ¿Cómo puede alguien recibir bendiciones espirituales remendando al «viejo hombre»? Lo viejo es carnal y no puede discernir las cosas espirituales. Nicodemo pensaba sin duda que las señales del Señor eran una indicación de que el reino terrenal se acercaba. De ahí la respuesta: «el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios». La palabra *anotzen* quiere decir «de arriba», como en 19.11; Santiago 1.17, 3.15, 17 (significado muy probable aquí), u «otra vez», «de nuevo», como en Gálatas 4.9.

Lo natural y lo espiritual

Los pensamientos de Nicodemo están ocupados con lo natural (v. 4). El Señor apunta a lo espiritual: «el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios». Dijo primero «no puede ver», porque Nicodemo estaba preocupado por lo visible. Ahora Jesús va más hondo. El agua es un medio de purificación. La purificación es por la Palabra de Dios. «Ya vosotros estáis limpios», dice el Señor, «por la palabra que os he hablado». Cristo santifica a la iglesia purificándola «en el lavamiento del agua por la palabra». El Espíritu de Dios aplica la Palabra de Dios al corazón. Hay otra interpretación posible. El *kai*, «y», puede significar «incluso», como en efecto lo hace a veces. El efecto de la regeneración por el Espíritu Santo es producir una vida espiritual correspondiente. Lo que Dios crea puede ser material; pero lo que él engendra participa de su naturaleza y semejanza espiritual. «Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es». El origen determina la naturaleza. En consecuencia, el bautismo no puede producir el nuevo nacimiento y engendrar a un hijo o hija de Dios. El bautismo es primero una señal de muerte. El Señor da la ilustración del viento (las traducciones de la Versión Revisada y de la Versión Autorizada en inglés son sin duda correctas).

¿Cómo podía «el maestro [representante de los tales] de Israel» captar las cosas celestiales si incluso tras haber leído a los profetas no entendía las cosas terrenales? Cristo y los suyos hablaban lo que sabían (el «nosotros» no es plural de majestad); daban testimonio de lo que habían visto; testimonio rechazado. El origen era celestial. Nadie había ascendido al cielo para recibir esas cosas celestiales y dar testimonio de ellas. El único que podía era «el que descendió del cielo» y que

todavía estaba en la tierra, era «el Hijo del Hombre, que está en el cielo». Él era la encarnación de lo celestial y en su divinidad y humanidad combinadas estaba la manifestación de lo celestial a los hombres. Por consiguiente, para comprender estas cosas, Nicodemo debía relacionarse con Cristo por el nuevo nacimiento, y esto incluiría participar en el testimonio.

El medio de vida

Pero el Señor tiene una palabra adicional y todavía más explícita que decir en cuanto a la nueva vida (impartida en el nuevo nacimiento), así que le da al «maestro de Israel» un hecho del Antiguo Testamento (que él había leído a menudo sin pasar más allá de la circunstancia terrenal) a fin de que pueda percibir la gran aplicación fundamental y darse cuenta de su importancia eterna: «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (vv. 14, 15). Hay algo necesario, entonces, antes de que el nuevo nacimiento pueda tener lugar. El verdadero nuevo nacimiento da vida eterna, y eso viene por fe. Solo puede producirse por remisión de pecados. No puede haber vida sin eso. Para ese propósito, esta misma persona, el Hijo del Hombre, a quien Nicodemo había buscado, «debe ser levantado». Debe ser hecho pecado para quitar el pecado. Debe convertirse en maldición, el mismo antitipo de la serpiente en el desierto. Con este propósito había venido del cielo. Para el que le rechaza no puede haber remisión de pecados, ni remoción de la maldición, ni nuevo nacimiento, ni vida eterna, ni entrada en el reino. Solo el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, conocía el carácter y las exigencias de Dios, en contra de quien el hombre había pecado y de quien estaba alejado.

El gran hecho para llevar esto a cabo se presenta acto seguido de otra manera.[1] Para lograr esto y satisfacer la necesidad del nuevo nacimiento para Nicodemo y para todos los que son llevados a darse cuenta de su necesidad, leemos que «de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». En la cruz se encontraron la condición del pecado del hombre y el carácter y exigencias santos de Dios, y su infinito amor.

Todo esto va más allá de los límites del trato de Cristo con los judíos: Dios envió a su Hijo al mundo «no para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él» (v. 17).

El propósito de la venida de Cristo no fue dictar sentencia, sino traer salvación. En cuanto al creyente, no se le puede imponer ninguna sentencia; en cuanto al no creyente, ya está condenado por sí mismo, porque se ha negado a reconocer propia la revelación, el nombre «del unigénito Hijo de Dios». Su nombre es la expresión de su propia persona (v. 18).

La causa del rechazo

Pero este es más que un caso de negarse a aceptar el testimonio divino; «los hombres amaron más las tinieblas que la luz». Es decir, detestaban la luz, y eso porque sus obras eran malas (*ponera*, palabra que combina las ideas de viles y vanas; *ponerós* describe el carácter de Satanás como el «maligno», 17.15; 1 Jn 2.13, 14; 3.12; 5.18, 19). «Porque todo aquel que hace [*prasso* quiere decir practicar, hacer algo a modo de actividad constante] lo malo [aquí la palabra es *faula,* que significa cosas sin valor, buenas para nada], aborrece la luz y no viene a la luz [aborrecimiento que se exhibe en una negativa deliberada a venir], para que sus obras no sean reprendidas [o, más bien, declaradas convictas, i.e., ser lo que en realidad son, al ser expuestas en su verdadero carácter y así enfrentarse a la condenación]».

Para el verdadero creyente es todo lo contrario. En cuanto a la naturaleza de su actividad, él

«practica la verdad» (la verdad en su aspecto moral). En cuanto al carácter de su andar, él «viene a la luz» (ama la presencia y comunión de Aquel que es la Luz). En cuanto al propósito de su venir, «para que sea manifestado que sus obras [es atraído a aquello que caracteriza el carácter de sus acciones] son hechas en Dios», es decir, en comunión con, en la presencia de, y por el poder de, Dios.

1. Este servidor considera que el pasaje desde el versículo 16 hasta el versículo 21 es la continuación del discurso del Señor a Nicodemo, no los comentarios de Juan, el escritor de este Evangelio.

El testimonio adicional del Bautista

Juan el Bautista sirvió como precursor de Jesús. Su ejemplo guía nuestra actitud en lo que tiene que ver con el Señor: satisfecho al menguar para que él crezca. Vivió para dar gloria a Cristo, conduciendo a otros al Salvador.

La siguiente parte del capítulo presenta un hermoso cuadro de Juan el Bautista, debido a su fidelidad y devoción a Cristo, su deleite en la superioridad de Cristo en cuanto a su pasado, en posición y en propósito, y su gozo en el privilegio que se le había señalado para estar tan cerca de él como lo estuvo. Para él, Jesús lo era todo; la exaltación e intereses de él eran su objetivo consumidor. Cuando surgió una pregunta entre los discípulos de Juan y un judío en cuanto a la purificación, y le informaron que Cristo estaba atrayendo a todos, les presentó con verdadera humildad y con manifiesta satisfacción: (1) la verdad en cuanto a la fuente de cualquier revelación, versículo 27; (2) los hechos de su testimonio pasado, versículo 28, y su cumplimiento presente, versículo 29; (3) el contraste en cuanto a posición: él era simplemente un precursor, enviado antes del Mesías mismo; (4) el contraste en cuanto a la relación personal: Cristo era el esposo, Juan era solo el amigo del esposo, su dedicado ayudante y oyente; (5) su gozo de corazón ante toda palabra dicha por el esposo, versículo 29; (6) el crecimiento de Aquel de quien testificaba; (7) su propio menguar en la misma senda de su dedicación, versículo 30.

En esta humildad y satisfacción, Juan el Bautista es un ejemplo para nosotros. Posicionalmente, la intimidad de nuestra relación personal con el Esposo es sin duda mayor que la de él. Debería ser con nosotros tal como fue con él, que lo único que importe sea que Cristo sea glorificado por nosotros y en todos nuestros caminos y circunstancias; que Cristo sea magnificado en nuestros cuerpos; y si eso domina nuestros deseos, metas y ambiciones, todo marchará bien en cuanto a nosotros, por mucho que seamos despreciados, y sin que importe cuán grande pueda ser nuestro sufrimiento y prueba.

La mujer de Samaria

En Samaria, a una mujer junto a un pozo se le presenta una clara declaración de quién es Jesús. Le dice que él es el agua viva, y luego le revela que él es el Mesías. Hacia el final de este capítulo, ella llama a Cristo el Salvador del mundo.

Todo fue por consejo y designación divina, con cada detalle el Hijo cumplía la voluntad del Padre: el cansancio, la sed, el lugar (el terreno comprado por Abraham, dado por Jacob a José y lugar de sepultura de este, Gn 33.19; 48.22; Jos 24.32). El ministerio de gracia de Cristo aquí fue un cumplimiento parcial de Génesis 49.22: «Rama fructífera junto a una fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro», i.e., del judaísmo. El lugar junto al pozo, la hora del día, todo estaba listo para la que ahora llega a ser objeto de la gracia y misericordia de Dios.

El inicio del diálogo

El principio del flujo de la fuente de gracia fue mediante una petición: «Dame de beber». El bendito Salvador tenía sed espiritual tanto como física. Su petición tenía también un sentido más allá del significado natural. ¡Cuán satisfactorio es al espíritu la salvación de un alma!

No hay discrepancia entre la declaración de que «judíos y samaritanos no se tratan entre sí» (no hay artículos definidos en el original) y el hecho de que los discípulos hayan ido a Samaria para comprar comida. Incluso los fariseos permitían las frutas, legumbres, etc., procedentes de Samaria. Además, los galileos eran menos estrictos.

La sorpresa de la mujer samaritana recibe respuesta: «Si conocieras el don de Dios, y quién es (no quién soy yo) el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva». Aquí se combina la gloria de su divinidad con las evidencias de la realidad de su humanidad, y la humillación que él adoptó en ese sentido. La combinación realza la gracia por la que el Señor trata de suplir la necesidad espiritual de ella. Para el «agua viva» véase Génesis 26.19; Levítico 14.5; Jeremías 2.13; 17.13; Zacarías 14.8.

Aguas diferentes

Los pensamientos de la mujer están ocupados solo en sus circunstancias y entornos naturales. «El hombre natural no entiende las cosas del espíritu». Como ella dijo, la tradición samaritana afirmaba que Jacob les dio el pozo. En la opinión de ella, el pozo era lo suficientemente bueno para él y los suyos. ¿Podría este fatigado visitante proveer algo mejor? «¿Acaso eres tú mayor...?». El «tú» es muy enfático. Él no responde a su pregunta respecto a grandeza comparativa; él desarrolla su tema, subrayando el contraste entre lo natural y lo espiritual, entre lo que no provee satisfacción permanente y lo que incluye poner el pozo espiritual dentro de la persona misma. «Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna». Hay un cambio notorio de tiempo. «Cualquiera que bebiere» (v. 13) está en presente, bebiere habitualmente; pero el verbo en el original «todo el que bebiere» (v. 14) está en el tiempo perfecto, «todo el que ha bebido», acción con un resultado permanente. La negación de «no tendrá sed» es muy fuerte; la traducción bien podría ser «con toda certeza nunca jamás tendrás sed».

No cabe duda de que esto debería haber sacado la mente de ella de lo natural. Pero, ¡no! Lo que fuera que él pudiera proveer, debía tratarse de un antídoto a la sed y de poner fin a su brega y

cansancio diario, para que no «venga aquí a sacarla».

Un giro en la conversación

Ahora empieza la segunda etapa de sus tratos con ella. Ahora él se ocupa de la conciencia de ella. Una palabra y basta para la tremenda revelación de que toda la vida de ella está abierta a los ojos de él. Su reconocimiento limitado, de que él es un profeta, deja en claro que se dio cuenta de que estaba frente a frente ante un mensajero de Dios. Sin embargo, no se atreve a avanzar más en ese sentido y cambia de tema para hablar de cuál es el lugar correcto para la adoración.

Los samaritanos afirmaban que en el monte Gerizim Abraham ofreció a Isaac y que allí conoció a Melquisedec. El Señor ya no habla de la vida de pecado de ella, sino que dirige sus pensamientos de nuevo, y de otra manera, al ámbito espiritual, tomando la pregunta que ella había traído a colación. Esto era auténtica gracia, y sabiduría, porque él la guiaría a las realidades de su propia persona, y es esta grandiosa revelación lo que trae las bendiciones de la salvación. Había dicho suficiente para poner sobre el tapete la pecaminosidad de su vida. El Señor no iba a hurgar más en eso.

Le muestra que no es cuestión de si es Jerusalén o Gerizim el punto designado para la adoración. Los samaritanos desconocían incluso a la persona a quien hay que adorar. No era así con los judíos, porque «la salvación viene de los judíos». Ellos eran el pueblo de Dios, y la salvación viene de ellos en razón de las promesas a Abraham e Isaac. La verdadera adoración debe ser de acuerdo a la naturaleza de Aquel a quien hay que adorar. «Dios es Espíritu» y hay que acercarse a él mediante esa parte de nuestro ser que es espíritu. No hay limitaciones de espacio y lugar en cuanto a él. Se le debe adorar en verdad, no en ignorancia, superstición o sectarismo. Debe haber sumisión de pensamiento, emoción y deseo a su voluntad; «espíritu y verdad» presentan dos aspectos de un mismo hecho. «Porque también el Padre tales [palabra enfática] adoradores busca que le adoren», es decir, la verdadera adoración debe ser respuesta a la naturaleza del ser de Dios. Y la manera de practicar esto se había dado a conocer por gracia en la persona y obra de su Hijo.

Cuando la mujer dice «yo sé», no lo hace con la intención de contradecir las palabras del Señor «vosotros no sabéis» (v. 22). Ella estaba completamente convencida en sus ideas por la gran verdad que Cristo acababa de pronunciar. Estaba segura de todo esto y de que el Mesías iba a declarar mucho más cuando viniera. El Mesías confirmaría esta instrucción respecto a la adoración y todo lo demás quedaría claro.

La gran revelación

Ahora llega el clímax; para esto había estado preparando el terreno el Señor. Cuando Cristo se revela al alma necesitada la obra de gracia logra su fin. Así había sido en otras maneras con Juan el Bautista, con Natanael y los demás discípulos, y con Nicodemo. También ahora con la mujer. «Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo». Hay evidencias inmediatas de que su obra salvadora ya estaba hecha. El agua de vida ya había sido vertida en el alma de ella. Ella se olvidó de su cántaro de agua y de las necesidades temporales. El cansancio acostumbrado dio lugar a un paso ligero para volver a la ciudad. Se convirtió en mensajera para otros. No mucho tiempo atrás, se había dado una invitación a una persona muy diferente: «Ven y ve». «Venid, ved», dice, «a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?». Su corazón estaba ocupado con él, y él llegó a ser lo que la llenaba de satisfacción. Ella le confesó con su boca, y así confirmó su fe. Ella atrajo a los hombres de la ciudad a él.

Cosecha espiritual

Mientras ellos «vinieron a él» (v. 30), los discípulos, que habían llegado a la escena maravillándose, le suplicaban que aplacara su hambre. Él hallaba su sustento en otra fuente. Su comida consistía en hacer la voluntad del que le envió y acabar su obra. Estaban ocupados con asuntos mundanos. Primero, se preguntaban si, mientras ellos regresaban con la comida que habían ido a comprar en Samaria, algún otro se la había suplido. En segundo lugar, ellos hablaban de la época del año y la perspectiva de la siega. Debían esperar cuatro meses antes de que el pan bajase de precio (tal vez habían pagado un buen precio por lo que habían comprado en la ciudad).

Pero había otra cosecha que recoger ese día, porque los campos espirituales estaban «blancos para la siega». Había salario para los obreros y «fruto para vida eterna». Los que habían preparado la cosecha al sembrar y los que habían disfrutado su parte al segar podían «gozarse juntamente». El Bautista había sembrado, Cristo había sembrado y ahora la mujer había sembrado. Los discípulos podían unirse en la siega. Eso era mejor que comprar comida. Una cosa es comerciar con gente, algo por cierto adecuado, pero otra cosa es ganar almas para Cristo.

El testimonio de la mujer produjo fruto abundante. Muchos creyeron en Cristo (debe de haber habido una gran multitud de la ciudad). Le pidieron que fuera con ellos y se quedara, y él se quedó dos días. Hubo más cosecha. Muchos más creyeron, regocijándose por ver el testimonio de la mujer confirmado al oírlo con sus propios oídos y reconocerle a él como, más que el Mesías, «el Salvador del mundo» (v. 42).

La segunda señal

Cuando Jesús vuelve a Galilea, se le acerca un oficial romano cuyo hijo está enfermo. El Señor rehúsa acompañar al hombre a su casa, pero acepta su fe. «Ve, tu hijo vive». En la sanidad del hijo del noble descubrimos el poder de las palabras de Jesús.

Todo lo que tuvo que hacer fue hablar y el muchacho fue sanado.

Después de dos días, va a Galilea, donde la gente le recibe porque habían visto las cosas que hizo en Jerusalén. Eso no quiere decir que le honraron. Él sabía que no lo harían (v. 44), pero él no fue allá buscando eso; fue para dar testimonio. Y dio testimonio mediante otra señal.

La «segunda señal» que Jesús hizo en Galilea, la sanidad del hijo «del noble», tiene por lo menos este significado: marca una contundente diferencia entre la base en la cual ahora se ejerce la fe y la que produjo la fe en el corazón de la samaritana y sus conciudadanos. Este noble (o más bien, oficial del rey, en el reinado de Herodes Antipas, tetrarca que ostentaba el título de rey como su padre) le rogaba que fuera y sanara a su hijo que estaba muriéndose. Su fe se apoyaba en las señales y maravillas hechas por Cristo, de las cuales le habían llegado noticias desde Judea (v. 47). Que esto fue así se ve claro en el reproche del Señor: «Si no viereis señales y prodigios, no creeréis». Una fe basada en milagros no era de igual valor que la que manifestó la mujer, que fue resultado, no de las noticias de obras prodigiosas de Jesús en Judea, sino de su propio testimonio y enseñanza. Ella y los otros samaritanos creyeron por la verdad que él les dijo; el oficial apoyaba sus esperanzas en las acciones milagrosas de Cristo. El Señor no iba a rechazar esa fe, pero halló menos placer en la que se apoyaba en su poder para librar de la calamidad que en la que se apoyaba en su propia persona y quedaba establecida por su carácter y enseñanza.

Cristo no fue al lecho del enfermo para realizar la sanidad y recibir reconocimiento por obrar como sanador. Simplemente dijo: «Ve, tu hijo vive», y el hombre se fue creyendo.

Las diferencias en las palabras usadas para describir al muchacho enfermo son características: el padre habla de él como su *paidion* (v. 49), término de cariño; los sirvientes usan el término *pais,* muchacho, término de familiaridad común (v. 51); el Señor y el escritor, Juan, le llaman *juiós*, «hijo», término de dignidad.

El factor principal

El punto importante en el descubrimiento de que la sanidad coincidió con el momento en que el Señor pronunció esas palabras es el poder de su palabra. Lo que hizo que el hombre y su casa creyeran no fue tanto el hecho de la obra sobrenatural, sino la palabra personal del Señor. La persona misma es incluso mayor que las obras que hace.

Las dos señales hechas en Galilea representan la forma doble en la cual el Señor manifestó su poder libertador y su gracia cuando estaba en la tierra. También los manifestará en la restauración de su pueblo terrenal. Una señal fue de intervención en circunstancias de dificultad, la otra fue de sanidad. Los judíos todavía no habían llegado a encontrar en él a Aquel que puede quitar sus dificultades naturales y puede darles recuperación espiritual.

Sanidad de un hombre inválido

Al sanar al hombre junto al estanque de Betesda, Cristo invita al inválido a demostrar su fe. El milagro causa asombro y escándalo, porque Jesús le ordena al hombre que lleve una carga en el sabbat. En el diálogo que sigue se establece a Cristo como Señor incluso del sabbat.

La ocasión que el Señor escoge para esta señal fue «una fiesta de los judíos». Se han hecho varias sugerencias en cuanto a cuál fiesta era. Muy difícilmente podía haber sido la de Purim, puesto que no había sabbat conectado con esa fiesta. La de Pentecostés, «la fiesta de las semanas» (Dt 16.10-16), no parece improbable, especialmente si el Señor usó por turno las tres grandes fiestas del año para el cumplimiento del testimonio que Moisés dio de él. La primera era la Pascua (2.13); la tercera era la Fiesta de los Tabernáculos (7.2).

El apóstol Juan, sin embargo, no especifica la fecha, mencionándola simplemente como «una fiesta de los judíos», con sus funciones religiosas observadas con minuciosa exactitud, como si todo estuviera bien en su relación con Dios. Sin embargo, los caminos de ellos no eran los caminos de él, ni los pensamientos de ellos los pensamientos de Dios.

«La gloria más eminente»

Tal vez ellos consideraban que los poderes milagrosos del estanque de Betesda en su ciudad eran una muestra de que disfrutaban del favor divino. Allí, por tanto, el Señor va a dar una señal de que para «la hija de Sion» era necesario un tipo diferente de sanidad de la que indicaban las aguas de Betesda. Hay que descartar el estanque. El Sanador mismo está en medio de ellos. El esfuerzo de ellos por guardar el sabbat no lograría nada para su salvación. Como bien se ha dicho: «Se expone la pobreza del estanque. Se ve como nada más que un elemento de mendicidad. Carece de gloria porque hay una gloria más eminente ... Jesús está allí ... en contraste con todo ese sistema de ordenanzas y observancias que había habido antes, y él lo expone en toda su impotencia y pobreza».

Allí, entre la multitud de enfermos y desvalidos en los cinco pórticos o columnatas, él selecciona al hombre que sería tanto el objeto de su compasión como el medio de su testimonio. Le conmueve el sentimiento de su enfermedad. Él lo sabía todo en cuanto a su pasado y sus constantes decepciones. No hay súplica de parte del hombre. Cristo toma la iniciativa. Le pregunta: «¿Quieres ser sano?». Él sabía cuál sería la respuesta, sabía que los pensamientos del inválido estarían todavía concentrados en el estanque. Es expectativa fútil la que mira a otros recursos aparte del Señor.

Fe expresada en acción

Muy frecuentemente, Cristo hizo algún comentario respecto al requisito de la fe. En este caso le dice de inmediato: «Levántate, toma tu lecho, y anda». La fe era en verdad necesaria, y fe había. La palabra fue con poder, poder para sanar, poder de igual manera para recabar la obediencia de fe. «Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo». Aquí había fe sin vacilación, fe que le hizo pasar del estanque a la persona.

El hecho de cargar su camilla fue un testimonio de su restauración milagrosa. Más que eso, ¡declaraba la audacia de una fe que ignoraba el impresionante espectáculo de un judío llevando una «carga» en el sabbat! Daba elocuente testimonio de su sentido de deuda con su sanador.

El señor del sabbat

¡El sabbat! Los judíos al instante se tomaron a pecho el quebrantamiento de la ley. Para él era suficiente que el que le sanó le dijera que llevara su lecho. El sanador era a sus ojos más grande que la ley del sabbat, y el sanador mismo testificó en otra ocasión que él, el Hijo del Hombre, era «Señor del sabbat», repudió las meticulosas observancias de sus minucias tradicionales centradas en la letra de la ley a costa del espíritu de ella (Mt 12.8). No le preguntan al hombre quién le curó, sino quién le dijo que quebrantara el sabbat.

La realización de este milagro en el sabbat despertó la feroz hostilidad de los judíos. Ellos «tomaron armas para defender su elemento favorito de legalismo». «Por esta causa los judíos perseguían [tiempo imperfecto, continuaban persiguiendo] a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo». Su celo religioso pesaba muchísimo más que cualquier consideración de la liberación maravillosa concedida al lisiado y su alegría y consuelo en su sanidad. La religión es la fuerza perseguidora más grande del mundo. Desde los días de Caín, es en la religión donde la enemistad innata de la mente natural hacia Dios se manifiesta en particular, y conforme cada señal revelaba algo de lo que Dios es en la persona de su Hijo había una marejada creciente de oposición a Aquel que así lo revelaba y a las grandes e incomprensibles profundidades de la misericordia y gracia de Dios.

La respuesta de Cristo a sus perseguidores

Con sublime diligencia y calma, el Señor, en respuesta a su antagonismo, empieza a revelar sus grandes prerrogativas como Hijo de Dios, su perfecta unidad con el Padre, el amor del Padre por él, la comunión sin interrupción que existe entre ellos y su completo deleite y sumisión a la voluntad del Padre.

Él no hace ningún comentario sobre la ley del sabbat, como en otras ocasiones. Tenía algo más importante que atender, y su testimonio constituye una característica esencial de la trama de este Evangelio. «Mi Padre», dice, «hasta ahora trabaja, y yo trabajo» (v. 17). Esto revela el carácter de la señal que acaba de realizar. Fue un ejemplo de trabajo conjunto de Padre e Hijo. Que Dios quebrantase la ley del sabbat era imposible. Al censurar al Hijo ellos estaban censurando al Padre. El trabajo del Hijo era tan indispensable como el del Padre, y era el trabajo del Padre. La declaración expuso a la vez el carácter insostenible de la posición de ellos.

Ley y gracia

Pero hay más que aquel único incidente. El trabajo conjunto era «hasta ahora». Dios no podía hallar reposo donde existía el pecado, excepto por el sacrificio expiatorio de su Hijo. Si no hubiera sido así, la raza hubiera perecido por completo. Incluso desde que el pecado entró, Dios había obrado de manera anticipada en gracia. El milagro de sanidad fue un mero ejemplo de esto. Así que el trabajo del Hijo era el trabajo del Padre con él. La obligación respecto al sabbat bajo la ley no anulaba la actuación de la gracia. No, la ley, por su imposibilidad para justificar a los hombres y darles verdadero reposo, servía para mejorar el poder de la gracia. El método de los judíos de guardar el sabbat debía ser expuesto y dejado de lado, para revelar la misericordia de Dios en Cristo y la verdadera naturaleza de la misericordia en la operación conjunta del Padre y el Hijo.

Su afirmación les queda clara al instante. Intensifica su antagonismo. No pueden negar el milagro. Ignorando su significado, recurren a la acusación adicional de blasfemia y procuran actuar en consecuencia. «Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios».

Los cinco mil

El Señor suple las necesidades de los que dependen de él, a menudo de maneras milagrosas. En Juan 6, Jesús muestra que él es el pan de vida y el Dios que provee. Miles reciben alimentación y enseñanza y continúan siguiendo a su Salvador compasivo. Lo que Cristo demostró al alimentar a los cinco mil lo confirma al calmar la tempestad. El Creador del pan también es el Creador de las aguas; en su presencia hallamos tanto provisión como protección.

En Juan capítulo 6, se ve al Señor como el que sostiene la vida, y eso en razón de su relación con el creyente. En este capítulo vemos otra vez, como en el capítulo 5, primero una señal, o milagro, y luego un discurso que brota del mismo, pero ahora se narran los resultados del discurso. Además de la señal dada en público, la alimentación de los cinco mil, hay una señal privada para los discípulos, la de andar sobre el agua.

Ahora bien, parece evidente por el versículo 1 que el Señor se había alejado para hallar descanso y quietud, y para orar. Cuando, sin embargo, vio a la multitud esforzándose para subir al monte, a donde había ido él con sus discípulos, su corazón, en lugar de fastidiarse por la interrupción, se conmovió. Él lo había sabido todo de antemano y sus muchas señales fueron hechas de manera que resultaran en este gran acto con toda su significación espiritual.

Dependencia en Cristo

Pero el Señor tenía su mirada en los discípulos, especialmente ahora sobre Felipe. Así que le pregunta: «¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?»; el objetivo era probar la fe y desviar su mente desde los recursos meramente materiales hacia él mismo como el gran medio personal de suplir toda necesidad, y de esa manera conducirlo a centrarse más en él mismo, su poder y gracia, que en las circunstancias. Eso es simplemente lo que todos necesitamos. El corazón debe darse cuenta de su dependencia de Cristo mismo y preocuparse por él más que por las dificultades y exigencias. Él desea hacer que Felipe y sus compañeros discípulos capten el hecho de que, aunque no tenían ni pan ni dinero para la ocasión, tenían al Señor mismo.

Felipe comentó que ni con algo así como el salario de un año1 sería suficiente para comprar pan para toda esa multitud. Andrés, como Felipe, está ocupado por las cosas materiales y su insuficiencia. ¡Qué pobres son esos pensamientos! ¡Y qué majestuoso contraste presenta el Señor cuando dice: «Haced recostar la gente» (v. 10)! La palabra *antropus* se traduce con acierto como «gente», porque incluye a ambos sexos, en tanto que en la última parte de versículo la palabra es *andrés,* hombres. Ese fue el único preparativo que hizo el Señor para la manifestación de sus poderes de Deidad, y de su gracia y misericordia.

Economía divina

Conforme la gente, ahora en grupos ordenados, presenciaba cómo él daba gracias y cómo su necesidad era sobradamente suplida, se preparaban para hacerle su rey mesiánico, considerándole como el profeta prometido, anunciado en Deuteronomio 18.15. Había algo que tuvo que haber impresionado especialmente a los discípulos, en incluso a la gente misma, en el caso de que, aunque él podía suplir abundantemente, no dio muestras de despilfarro, esto era economía. No fue un caso de mero obrar milagros, cada detalle tenía una significación divina. Había que recoger los fragmentos

«para que no se pierda nada». ¿Qué necesidad había de esto, si el Señor podía multiplicar alimentos a voluntad? Había que aprender la lección de que no debe haber desperdicio. No se debía dar cabida a ninguna idea de que, considerando lo que era posible en cuanto a las acciones adicionales de provisión de abundancia, no se debía dejar de lado lo que se consideraría superfluo. Porque cada cosa tenía su significado; ninguna acción carecía de un sentido. Suplir provisiones como el pan servía para presentar la enseñanza espiritual de la superior importancia del pan de vida.

En este sentido, Juan omite deliberadamente la referencia a los trozos de pescado (Marcos los menciona, Mr 6.43), porque la aplicación espiritual que sigue tiene que ver con la vida y el pan es símbolo de su nutrición.

El sumo sacerdote de los discípulos

Y ahora el gran proveedor tiene que alejarse de todo este entusiasmo popular respecto a él. En lugar de convertirse en el rey del pueblo, lo cual sería contrario a la voluntad del Padre y al testimonio de las Escrituras, asume una posición que le coloca como el sumo sacerdote de su pueblo. Sube al monte, desde donde puede considerar las necesidades de sus seguidores, orar por ellos y acudir para ayudarles en el momento de peligro (v. 15).

La noche había caído; ya estaba oscuro; los discípulos se habían subido a una barca y habían avanzado un buen trecho cruzando el mar para ir a Capernaúm.

El propósito de la tempestad

Así, ahora, habiendo llegado a ser el objeto de su fe en el asunto de proveer comida, él se hace a sí mismo el objeto de su fe en medio del peligro. El creador del pan era igualmente el creador de las aguas, y sea que ellas estuvieran muy tempestuosas o en calma, su poder se evidenciaría en cada caso. La confianza de sus seguidores debía aumentar.

Él calma sus temores con su «Yo soy; no temáis», y apacigua la tormenta. Su intención de pasar de largo (Mr 6.8), para hacer más profunda la confianza de ellos en él, resulta en que ellos le reciben en el barco. «Con gusto» lo hicieron. Pero hay una acción adicional en la señal dada a ellos. El barco llega de inmediato a su destino. La distancia queda anulada por sus poderes. Su presencia es a la vez protección y liberación. Así que él los lleva al instante «a la tierra adonde iban».

Allí sigue el incidente de los esfuerzos de la multitud buscando a Jesús. Se habían quedado en el lugar donde el Señor les había provisto el pan y, al día siguiente, descubriendo que él y los discípulos se habían ido, la gente se subió a los barcos y fue a Capernaúm, asombrados de hallarle ya allí. Todo esto, y su pregunta en cuanto a cuándo cruzó, es a la vez la secuela de lo que había tenido lugar en la falda de la montaña, como introducción a su discurso sobre sí mismo como el medio de vida.

1. Nota del editor [de la edición en inglés]: El original dice, «£8».

CRISTO Y LOS DOCE

Miles de personas seguían a Jesús para oír sus enseñanzas y ver sus obras milagrosas. De entre ellos, Jesús escogió a los doce. Vemos que ellos se quedaron con Cristo durante todo su ministerio terrenal; sí, muchos oyeron a Jesús, pero pocos lo siguieron.

En [Juan 6], versículos 67 al 71 hay una distinción entre los doce y los discípulos que dejaron de andar con Cristo. Esta es la primera mención de los doce como tales. Aquí se hace más notable la fidelidad de Pedro. Cuando el Señor dice, «¿Queréis acaso iros también vosotros?» (no «¿querrán?» como si fuera una posibilidad futura), quiere decir: «Seguro que ustedes tampoco desean irse». Él conocía su lealtad. Todo el pasaje marca su omnisciencia.

La respuesta de Pedro tiene tres razones por las que no pueden dejarle, dispuestas en el orden designado: (1) la singularidad de él como maestro, (2) su plenitud como maestro, (3) su personalidad divina: (1) «¿a quién iremos?» (no quedaba ya ningún maestro, puesto que el Bautista ya había fallecido); (2) «Tú tienes [las] palabras de vida eterna»; él es suficiente para suplir toda necesidad; (3) «Y nosotros hemos creído y conocemos [hemos llegado a conocer, *ginosko*] que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»; él cumplía completamente su mesiazgo. La respuesta de Cristo es para todos ellos (v. 70): «¿No os he escogido yo a vosotros los doce?». Ambos pronombres son enfáticos. Aquí ha de haber signo de interrogación. Entonces él revela su conocimiento divino del carácter y discurrir de Judas, por lo cual se le identificaba con el archienemigo espiritual. El apóstol añade un testimonio contundentemente confirmatorio, caracterizándole como «uno de los doce».

La mujer sorprendida en adulterio

En Juan 8, los escribas y los fariseos ponen en marcha un plan perverso para tenderle una trampa a Jesús. Le traen a una mujer sorprendida en el mismo acto de adulterio y lo ponen a él en el banquillo. De acuerdo con la ley de Moisés, ella debería morir. Si él la condena, hay falta de gracia. Si la deja ir, no defiende la ley.

En cuanto a la narración sobre la mujer que le trajeron los escribas y fariseos al Señor por hallarla en adulterio, sea lo que sea lo que se pueda decir en cuanto a los manuscritos y versiones, la narración da su propio testimonio de la probabilidad de los hechos. Las críticas contra su validez son claramente fútiles. Los enemigos del Señor no la trajeron ante él como juez para juzgar un caso que incluía la presencia de testigos. Su apelación era a alguien considerado como profeta, que debería conocer la mente de Dios y hablar en consecuencia. Estaban llenos de rabia contra él. Acababan de fracasar en su esfuerzo de atraparlo abiertamente (7.32-40). Por consiguiente, tramaron un ingenioso plan por el cual él, al condenar a la mujer, daría evidencia de falta de gracia y de no actuar como Salvador y «amigo de publicanos y pecadores». De ese modo acarrearía condenación para sí mismo a este respecto, o, al dejarla ir, no defendería la ley. La gente debía escoger entre Moisés o él, y ellos se aferrarían a Moisés. Si los enemigos lograban enredarlo podrían tener un pretexto para llevarlo ante el sanedrín.

Poco sabían que estaban tratando con Uno que escudriña el corazón, y que conoce la historia secreta de sus propias vidas. El Señor no da ninguna respuesta verbal al principio, lo que los lleva a delatarse. Ellos no pueden haber pensado que estuviera avergonzado, al principio dieron la impresión de que lo entendieron mal y persistieron en acicatearle con la pregunta. ¿Entendieron tal vez que él escribió en tierra? Si es así, deben de haber endurecido sus corazones contra su testimonio.

Maestro, no juez

Y él, por tanto, se endereza (no poniéndose de pie) y se dirige a ellos. No anula el edicto de la ley mosaica; que se la obedezca, pero los que la ejecutan deben tener manos sin manchas y corazones puros. «El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella». Esta es la voz de un maestro, no de un juez. Más aún, un juez tiene que tratar con el acusado, no con el verdugo. El maestro trata con los acusadores. Los busca y usa la ley para hacerlo. Y en cuanto a la manifestación de gracia, cuestión con la que querían ponerle en evidencia, ellos eran los que la necesitaban.

De nuevo se inclina y escribe en el polvo del suelo, el mismo polvo que hacía pensar en la ruina física de ellos. La convicción está diseñada para llevar al arrepentimiento. Pero sus corazones no saben nada de esto. Ellos huyen de la luz; es demasiado para ellos. «El perverso será silenciado en tinieblas». Los ancianos se escabullen primero, ellos serían los que más veces han pecado; los más jóvenes les siguen. El Señor se queda solo y la mujer con él, allí donde ellos la habían traído. Él le dice: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más».

Aquí, entonces, hay un notable ejemplo de su plenitud de «*gracia y verdad*»; *verdad* en que, en lugar de contraponerse a la ley, la mantuvo; *gracia* en que, en los derechos de su propia prerrogativa, no condenó a la mujer, sino que la instó a que no pecase más.

Por tanto, está claro que este pasaje se ve como una parte integral de este Evangelio. Está esencialmente conectado tanto con lo que precede como con lo que sigue. En cuanto a lo anterior, fueron los fariseos los que habían fracasado en su ataque abierto contra él (7.44-49), y fueron los fariseos quienes, cambiando de tácticas, adoptaron el método sutil de ataque. Fracasaron de nuevo, y eso debido a que su luz santa había resplandecido en sus conciencias cauterizadas, y en el alma de la mujer. En contraste, por consiguiente, con las tinieblas de sus enemigos, que estaban bajo la ley, y los que la quebrantaban, él le dice a continuación a la gente: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (8.12). Esto constituía una afirmación directa de su identidad como el Mesías.

CIEGO DE NACIMIENTO

En Juan 9, Jesús escupe en la tierra y aplica el lodo a los ojos de un ciego de nacimiento. En su acto de compasión, el Señor presenta una lección sobre la razón de la aflicción del hombre toda su vida: «para que las obras de Dios se manifiesten en él». La obediencia al llamado de Cristo a venir para recibir limpieza, vida y luz conduce al conocimiento personal y a una relación personal con él. Después de sanar al hombre, Jesús, más tarde, lo busca y habla con él, revelándose como el Señor e invitándole a tener fe.

Las palabras de apertura del capítulo 9 muestran que la sanidad del hombre que había sido ciego de nacimiento tuvo lugar justo después de la controversia del Señor con los judíos en el templo, que se cuenta en el capítulo previo, y es, por consiguiente, al final de la Fiesta de los Tabernáculos. Sus oponentes habían estado a punto de apedrearlo, pero él «se escondió y salió del templo». Era una ceguera de juicio la que les afectaba, e indicativa de su ceguera espiritual, porque se negaban a reconocer las afirmaciones de él y las evidencias que daba de su validez.

LOS VERSÍCULOS 1 AL 41

Él había afirmado ser la luz del mundo (8.12). Ellos habían rechazado este testimonio y, en consecuencia, el Señor, viendo a un ciego al pasar, decidió usar su caso para ilustrar la condición de los judíos y para vindicar su afirmación. Esto confirmaría la fe de los muchos que habían creído y podría ser el medio de inculcar la verdad en el corazón de los escépticos.

Una pregunta curiosa y su respuesta

Previo al acto de sanidad, los discípulos le preguntaron quién había pecado y había sido así causa de la ceguera. Repudiando el pensamiento de que la condición del hombre sea resultado de algún pecado especial, el Señor revela el propósito divino de todo ello, es decir, «para que las obras de Dios se manifiesten en él».

Hay una lección para nosotros en esto. Puede haber una tendencia agazapada a tratar de hallar alguna causa reprensible para el sufrimiento de otra persona, por no hablar de la posibilidad de un sentimiento natural de satisfacción personal con el caso. La respuesta del Señor es una reprensión para toda esa clase de cosas, y señala la manera de buscar un medio de tratar efectivamente con la aflicción y la desdicha.

El tiempo señalado para el servicio

Hay algo sugerente en este sentido en el comentario del Señor, según traduce la Versión Dios Habla Hoy: «tenemos que hacer el trabajo del que me envió». Los textos más auténticos tienen el pronombre plural (no es infrecuente que la lectura más difícil posea la mejor evidencia de manuscritos). Aunque él aquí se abstiene de identificar a sus discípulos con su misión del Padre, en efecto los asocia (y a nosotros también) consigo mismo para cumplir las obras de Dios. Él fue enviado por el Padre, pero él mismo envió a los discípulos (20.21). Ahí está la distinción.

El trabajo se debe hacer «entre tanto que el día dura»; no se refiere al período natural distinto de la noche, sino al período de oportunidad que se concede durante la vida. El Señor se aplica esto hablando de su vida aquí en los días de su carne y lo conecta con el acto inmediato que está a punto

de realizar, en relación con el gran tema de su testimonio sobre sí mismo como la luz: «Entre tanto [diferente de «mientras» o «en tanto que», como en el v. 4] que estoy en el mundo, luz soy del mundo». La ausencia del pronombre personal enfático en el original recalca el hecho y apunta a su presencia en el mundo antes que a su persona.

Significado de los actos del Señor

Cuando el Señor, en lugar de restaurarle la vista al hombre con una palabra, escupió en la tierra, hizo lodo con la saliva y untó el lodo en los ojos del ciego, diciéndole que fuera y se lavase en el estanque de Siloé, otorga a esos hechos un significado especial. Sin duda, todo iba a contribuir a la fe del hombre. Al mismo tiempo, el proceso adoptado por el Señor sugiere el carácter de la condición espiritual de los judíos, para quienes la luz debía venir por un proceso, siempre y cuando estuvieran dispuestos al menos a recibir su testimonio. El hombre debía andar a tientas todo su camino para llegar al estanque, circunstancia ilustrativa de las tinieblas que cegaban los ojos de los judíos. Más aún, que se dé en la narración del Evangelio el significado del nombre Siloé (enviado) es sin ninguna duda algo deliberado. Evidentemente, hay que conectar el significado con la legítima afirmación de Cristo de ser el enviado.

De nuevo, en cuanto al ciego, el método que el Señor escogió usar debe de haber martillado en su corazón su necesidad de limpieza, mientras iba de camino al agua. Aquí, entonces, estaban los grandes requisitos para la salvación: un Salvador para salvar, el darse cuenta de la necesidad y la obediencia de fe. La secuela nos introduce en la siguiente gran controversia entre Cristo y los fariseos. El Señor había dado una demostración práctica de su poder para sanar, y con ello una vívida parábola de su poder para dar la luz de la vida a los hombres, así como también un testimonio de su autoridad como Señor del sabbat.

La controversia

La curiosidad, por no decir perplejidad, de los vecinos se despierta. Su pregunta es doble. ¿Cómo se hizo la sanidad? Y, ¿dónde estaba el sanador? El hombre puede responder a la primera, pero no a la segunda. Así que lo llevan ante los fariseos. La discusión consiguiente está llena de interés. Primero afirman que el que quebranta el sabbat no puede venir de Dios. Algunos arguyen, sin embargo, que era imposible que un pecador llevase a cabo tales señales. Por tanto, hay una división entre ellos. Y no es el único caso en absoluto. La persona y obra de Cristo han sido constantemente motivo de controversia y de opiniones divididas. Dichosos los que tienen la confianza de la fe y la experiencia del poder de Cristo para librar, y pueden dar un testimonio valiente, como lo dio este que había recibido la misericordia sanadora del Señor.

Los padres del hombre no tuvieron la misma valentía, temiendo la excomunión de parte de sus dirigentes religiosos. Su hijo debe responder por sí mismo. Así que llaman de nuevo al hombre y recibe una orden y una declaración segura en cuanto a su sanador: «Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador». El hombre sabía que estar de acuerdo con eso no era la mejor manera de dar gloria a Dios. Sin importarle la burla y totalmente ajeno a las opiniones de sus examinadores, él enfrenta sus desplantes con un argumento mordaz e incluso sarcástico. Los hechos de su sanidad eran incontrovertibles. ¡Qué inútil y necio negarlos! Sin embargo, la única respuesta de estos «ciegos guías de ciegos» fue denunciarle:«Tú naciste del todo en pecado» (como si su propio estado fuera muy diferente), y repudian con sorna la idea de que él les enseñe algo. Así pues, lo excomulgan de toda asistencia al templo y las sinagogas, y de la participación en todos los privilegios religiosos.

La sanidad espiritual y su lección

El Señor hace un esfuerzo especial para buscarle después de esto, a fin de revelarle más plenamente quién era él. Él lo compensaría sobradamente por lo que había perdido. Conocerle a él es vida eterna, y disfrutar del secreto de su amistad es más valioso que todo lo demás que la mente natural considera valioso.

La apertura espiritual de sus ojos le convirtió de inmediato en adorador. El Señor da al respecto una declaración que pueden oír los mismos fariseos presentes, que introduce el discurso que leemos en el capítulo 10. «Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados» (v. 39). Estas son las dos clases de personas que se forman por el contacto con Cristo: los que ven y los ciegos. Cristo que es el gran divisor tanto como el gran unificador. Este es el doble efecto del testimonio en cuanto a él. Los satisfechos de sí mismos, sean religiosos o de otra clase, confiados en sus ilusiones engreídas de que tienen verdadera vista, permanecen en su ceguera; a las almas humildes que se dan cuenta de su condición espiritual real y, ejerciendo su fe sencilla, se convierten en sus seguidores, les son abiertos los ojos.

Cuatro lecciones

La obediencia al llamamiento de Cristo para venir en busca de limpieza, vida y luz, conduce a conocerlo a él y a tener una relación personal con él. La negativa a aceptar el llamamiento implica muerte y oscuridad. Esta es la primera gran lección del milagro. La mera religión y las tradiciones de los hombres ciegan a sus seguidores en cuanto al verdadero concepto espiritual. Las meras ordenanzas ritualistas son tan inútiles como lo habría sido el lodo en los ojos del ciego si no se hubiera lavado. Esta es la próxima gran lección. En tercer lugar, no podemos sino maravillarnos por el deseo de la gracia y el cuidado de amor mostrado por el Señor para recabar fe de corazón. Su paciencia, tolerancia y constancia hacen el estado de los impenitentes mucho más terrible. Cuarto, el designio de la gracia que ilumina el alma es hacer del receptor un testigo sencillo pero eficaz de Cristo. Tal persona no halla lugar ni tiempo para discusiones con quisquillosos racionalistas. Él no tiene lugar para la sabiduría de palabras como medio de tratar con los escépticos. Cristo para él «ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención».

La revivificación de Lázaro

La revivificación de Lázaro es el pináculo de las señales que se registran en el Evangelio de Juan, destacándose como testimonio final de la divinidad de Jesús como Hijo de Dios. Esta narración muestra a la vez la compasión tierna de Jesús y su poder todopoderoso, evidencias de su divinidad y su humanidad.

La prueba de la fe

Esta corona a sus milagros fue a la vez un testimonio a sus críticos y un medio de establecer la fe de sus seguidores. La fe verdadera es fe probada. Oyendo que Lázaro estaba enfermo, Jesús «se quedó dos días más en el lugar donde estaba». Las pruebas del Señor siempre son pruebas de su amor. «Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues ... se quedó dos días más en el lugar donde estaba». Pero más allá de su amor por ellos los honró poniéndolos en el horno de la aflicción para completar su testimonio final al pueblo.

El caso de los discípulos fue diferente. Cuando él decidió ir, ellos quisieron que él se quedase para librarles del peligro. El Señor usa sus muestras de dedicación para darles una lección sobre el motivo más alto de servicio. Ser fiel a Dios es andar en la luz. Ser gobernado por la mera conveniencia es andar en las tinieblas y tropezar.

El motivo más alto

Pero todo debe ser resultado de la fe y, como en el caso de las hermanas, esa era la necesidad inmediata de los discípulos. Así que, después de una explicación del significado real de su declaración, «nuestro amigo Lázaro duerme», dice, «y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis». Tomás tenía ganas de creer. Su «vamos también nosotros, para que muramos con él», en respuesta a la decisión de Cristo de ir, no fue un caso de presagio pesimista, sino lealtad decidida y alegre. Jesús era para él más que la vida misma. ¡Qué lección para nosotros! La actividad en la causa de Cristo es inútil si no está subordinada al amor a Cristo mismo. Que lo precioso de la persona de Cristo sea el motivo siempre dominante de nuestro servicio a él.

«Jesús lloró»

Este intenso apego a él se nota conmovedoramente tanto en Marta como en María. La una va a su encuentro, la otra se queda para recibirle. La actitud de Marta es la de confianza reverente y sumisión completa. Ella combina el reconocimiento del poder de él con el de su amor: «Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará». La pregunta del Señor, «¿Dónde le pusisteis?», denota, no una falta de conocimiento, sino un diseño bondadoso para reavivar las expectativas de ellos. «Le dijeron: Señor, ven y ve», lo cual es una combinación de expectativa y deseo ferviente, pero también es ignorancia natural del poder real que poseía él. «Jesús lloró». Aquí había más que la visión de la aflicción humana, incluso más que simpatía por los afligidos. Había simpatía, por supuesto. Él conocía los sentimientos y emociones de cada corazón en el grupo, pero conocía más que eso. Sabía todas las circunstancias de la humanidad caída que producían la muerte y toda su aflicción. En su mente infinita, veía claramente el pecado e ignorancia de todos. El detalle conmovedor, expresado con esa brevedad, revela su divinidad y humanidad combinadas.

Los judíos consideraron sus lágrimas tan solo como evidencia de que amaba a Lázaro. Otros eran

escépticos. El que había dado la vista a un ciego de nacimiento seguro que podría haber evitado la muerte de Lázaro. Pero, si dejó que se muriera, ¿cómo podía amarlo tanto? «Jesús, gimiendo profundamente dentro de sí mismo otra vez [traducción preferible], vino al sepulcro».

«La gloria de Dios»

Su orden de quitar la piedra tendría dos efectos diferentes. Alentaría la fe, porque era claro que había algo que estaba a punto de suceder. Al mismo tiempo, tocar una tumba sería correr el riesgo de contaminación, así que pondría a prueba la fe. Sin embargo, el acto de obediencia indica que él los había llevado a estar en armonía con su voluntad.

Cuando Marta expresa reservas ante los efectos, él responde con una gentil reprensión a su incredulidad: «¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?». Esto trae a colación lo que él había dicho en el curso de su conversación, respecto a la gloria de Dios (v. 4) y la seguridad de la resurrección (vv. 25, 26). El saber que ellos iban a ver el acto que exhibiría la gloria de Dios debería haber desvanecido todo recelo.

Con la piedra quitada, el Señor alza sus ojos y dice: «Padre, gracias te doy por haberme oído [con énfasis especial en el pronombre]. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú [con énfasis también] me has enviado». Con esto, el Señor quería que todos los presentes supieran que lo que él estaba a punto de hacer era la obra combinada del Padre y de él mismo, y que el suceso inminente era de tal importancia que sustanciaría sus afirmaciones para la aceptación por fe. Él nunca había precedido un milagro con una declaración así.

La más grande de sus señales

Y así, la obra poderosa queda hecha. Él exclama con voz fuerte: «¡Lázaro, ven fuera!» El espíritu vuelve al cuerpo. El hermano revivificado sale, con los lienzos sepulcrales todavía envolviéndolo. Esto, así como la orden de soltarlo, estaba diseñado para dirigir y fortalecer el testimonio. El que todavía estuviera atado con los lienzos era prueba convincente para cualquier judío escéptico y hostil de que Lázaro había estado muerto de veras. Se le debe «dejar ir», sugiriendo que se aparte de la curiosidad inmediata y ociosa.

El milagro presagiaba la muerte y resurrección de Cristo, que iba a llevar a cabo tanto la resurrección espiritual presente de los creyentes como su libertad del poder esclavizador del pecado, y su resurrección física común, cuando con voz poderosa él los reúna a todos para encontrarse con él en el aire.

Pero el efecto inmediato fue decisivo. Fue la crisis que finalmente dio lugar al más grande crimen en la historia de la nación. Muchos de los judíos creyeron en él; pero algunos se fueron a informar de todo a los fariseos. De este modo, Cristo llegó a ser, como siempre lo ha sido, la línea divisoria entre los hombres.

Jesús lava los pies de los discípulos

Durante la última cena, Jesús asume el papel de sirviente y les lava los pies a los discípulos. La palangana y la toalla ofrecen una lección objetiva, enseñando la necesidad de limpieza del pecado y humildad en el servicio. Una vez que el lavamiento físico quedó hecho, tuvo lugar otra clase de purificación. La atmósfera espiritual tenía que ser limpiada antes de que se pudiera instituir la Cena del Señor. Judas es enviado fuera y Jesús prepara a los once para el ministerio para el cual serían enviados al mundo.

Los pensamientos [de Jesús] se centran, no en sus sufrimientos inminentes, sino en el Padre y en «los suyos». Esta última frase se refiere a objetos diferentes de «lo suyo» en 1.11; allí hablaba de su propiedad y parentesco natural, aquí habla de los que fueron dádiva espiritual del Padre a él. La gran palabra clave aquí es «amor».

En cuanto a las circunstancias inmediatas, la traducción «habiendo terminado la cena» no representa bien el original. Hay solo dos posibles traducciones: o bien «cuando la cena había llegado» o «cuando la cena estaba teniendo lugar». La traducción de la rvr «cuando cenaban» es probablemente correcta. La indicación es que era la primera parte de la comida. Las palabras de apertura del capítulo señalan que esa cena era la fiesta pascual. La escena está llena de preparativos. El Señor, que sabía lo que se avecinaba para él y que, apenas uno o dos días antes, les había dicho a los discípulos que en el período de la Pascua él sería entregado para ser crucificado (Mt 26.1), había preparado todos los arreglos para esta ocasión en el aposento alto. Satanás también había estado preparando su parte. Ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote el traicionarle. Otros agentes humanos del mal estaban muy atareados haciendo preparativos y celebrando un concilio de muerte.

«Sabiendo Jesús»

A lo que se dice en cuanto al diablo y a Judas le sigue una segunda declaración del conocimiento del Señor, y los dos temas, tan diferentes, se combinan como introducción al lavamiento de los pies de los discípulos: «sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó». Este era otro preparativo, una preparación, primero mediante el acto y luego por la enseñanza, para la vida que los once deberían vivir después de que él se hubiera ido y para el testimonio que debían dar en el servicio después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. De ahí las tres declaraciones en cuanto al conocimiento del Señor.

Se usa el tiempo presente, casi por entero, para describir las circunstancias. Todo acto tenía una significación especial. El hecho de que él se quitara sus vestidos habla del hecho de que el que siempre había sido «en forma de Dios» tomó «forma de siervo» (Fil 2.6, 7). No parece haberles pasado por la mente a los discípulos lavarse los pies unos a otros. En realidad, no parecen haber estado de humor para hacerlo (ver Lc 22.24). Si, como Edersheim piensa, Judas, como tesorero del grupo, ocupaba el primer lugar, el Señor tal vez le lavó primero los pies a él. En cualquier caso, aquí la malicia es recibida con bondad. Aquí había magnanimidad manifestada con gracia y dignidad. Bien se ha comentado: «Jesús a los pies del traidor; ¡qué cuadro! ¡Qué lecciones para nosotros!».

Limpiados para brindar servicio

El lavamiento de los pies estaba diseñado para enseñar dos cosas distintas en la vida cristiana:

primera, la necesidad de limpieza del pecado; segunda, la necesidad de servirnos unos a otros con humildad. La primera brota por la pregunta exclamatoria de Pedro: «Señor, ¿tú me lavas los pies?», por su renuencia impetuosa: «No me lavarás los pies jamás»; y (al oír que sin eso no podía tener parte con él) por su deseo impulsivo: «Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza».

En respuesta a la pregunta, el Señor dice: «Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después». El «yo» y el «tú» son enfáticos. La Versión Revisada destaca la distinción entre los verbos, *oida*, percibir intuitivamente, y *ginosko*, comprender mediante aprendizaje. En respuesta a la renuencia, el Señor revela la profunda significación del lavamiento. No tener parte con él implica carecer de más que del lavamiento externo de los pies. La respuesta al deseo impulsivo deja clara la diferencia, entre la remoción inicial de la contaminación del pecado en el momento del nuevo nacimiento y la consiguiente necesidad de limpieza renovada después de la ejecución de una acción.

El Señor hace de inmediato una distinción entre la condición de los once, después de que cada uno de ellos ha sido lavado y por consiguiente «está todo limpio», y la condición de uno que, al tener el corazón contaminado, no estaba limpio. Así que, sabiendo quién lo traicionaría, dijo: «No estáis limpios todos» (v. 11). Después de volver a su lugar a la mesa da la segunda explicación de su acto. «Vosotros» dice, «me llamáis Maestro [profesor, término de respeto y reconocimiento de instrucción], y Señor [término de honor y reconocimiento de autoridad]». Si él, con todo lo que esos títulos significan, hizo lo que acababa de hacer, entonces les corresponde a ellos, como a todos nosotros, una sagrada obligación, consecuente tanto en su ejemplo como en sus exigencias de común naturaleza para todos («unos a otros»).

Verdadera bendición

El apóstol Pedro rememora la escena cuando dice: «y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad» (1 P 5.5). Habla de estar libres de altanería, de amor desprendido, de someternos unos a otros en el temor de Dios, de vestirnos «de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia»; porque el siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que le envió. «Si sabéis estas cosas», dice (y ellos lo sabían, como también nosotros), «bienaventurados seréis [mejor traducción que «dichosos», puesto que conlleva no solamente gozo, sino el sentido de favor divino que lleva su recompensa] si las hiciereis».

Las revelaciones de la traición

Le costó mucho al Señor hacer la revelación de quién sería el instrumento de su traición: «Habiendo dicho Jesús esto, se conmovió en espíritu [en 11.33, viendo las aflicciones de otros, «se estremeció en espíritu y se conmovió»], y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar». La declaración delata su aflicción más que la culpa del acto. Además, muestra la naturaleza voluntaria de su sufrimiento. Pudiera haber sugerido una vía de escape, o algún modo de prevención o resistencia; pero no hay nada de eso. Todo fue parte de la senda predeterminada hacia el cumplimiento de aquello para lo que había venido al mundo.

Los discípulos se ven impulsados a la tristeza y a la perpleja ansiedad (emoción ausente en Judas) en cuanto a cuál de ellos sería la causa. Pedro le hace señas a Juan (que estaba apoyado en el pecho del Señor) para que lo averigüe: «para que preguntase quién era aquel de quien hablaba». Así que Juan, «recostado [palabra diferente de la que se usa en el v. 23, «reclinado»] cerca del pecho de Jesús [la traducción «cerca» representa la palabra *jutos,* «de este modo», que algunas versiones omiten; este adverbio más bien indica que Juan, habiendo prestado atención a la petición de Pedro,

hizo lo que le había pedido (el «de este modo» refiriéndose a hacer lo que Pedro deseaba), y recostándose de nuevo [el cambio del tiempo, al aoristo, señala esto], le dijo: «Señor, ¿quién es?».

«Respondió Jesús [y las narraciones de Mateo y Lucas muestran que la respuesta no se la dio privadamente a Juan solo]: A quien yo diere el pan mojado, aquél es». El artículo definido «el» hay que subrayarlo. Especifica el acto regular en la fiesta de la Pascua (el «bocado» de la Versión Autorizada en inglés, pierde este matiz y da la idea de un acto pasajero). Conforme a la costumbre, el pan mojado, preparado por el jefe de familia, lo entregaba en el momento apropiado a la persona que él escogía. Evidentemente, Judas había mojado con su mano en el plato (Mt 26.23). El Señor moja el pan y se lo entrega. Muy posiblemente, Judas había escogido el asiento principal para sí mismo y actuaba en consecuencia.

«LO QUE VAS A HACER»

Y entonces Satanás entra en él. Él se había preparado para este clímax. El Señor reconocía plenamente este acto de parte de su enemigo espiritual. «Entonces [en razón de la entrada de Satanás] Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo más pronto». Todo lo que se requería para que saliera el traidor se había dicho; nada más, nada menos. Cristo y Judas son conocedores de toda la situación. Judas ve tanto que el Maestro no está engañado como que él mismo se ha delatado. Sí, delatado, pero no expuesto; tiene la amonestación, pero la libertad de actuar; separación, pero no expulsión. De ninguna manera quiso privar a los discípulos del ministerio que estaban a punto de recibir. Humillados en sí mismos, no se les insta a tener animosidad contra el culpable. Él permite que las ideas de ellos se muestren equivocadas (vv. 28, 29).

¡Qué ejemplo (otra vez) nos pone el Señor! ¡Qué dominio propio, qué paciencia, qué libertad frente a la severidad del juicio y la acción judicial firme! Muchas cosas se habrían evitado en el pasado, y muchas otras estaríamos viendo hoy, si el Espíritu que el Señor manifestó hubiera caracterizado a los creyentes.

El lenguaje del original en la orden de Cristo, «Lo que vas a hacer, hazlo más pronto», es impresionante. Primero, hay un cambio en los tiempos del verbo; el primero es el presente continuo, i.e., «lo que tú estás haciendo» (aquello en lo cual estás participando para hacer); el segundo es el aoristo, tiempo de acción definitiva, i.e., «ve y hazlo». El primero ve la acción, el proceso de la traición, como un todo; el segundo la ve como una obra individual. Además, la palabra «pronto» está en grado comparativo (lit., «más pronto»), sugiriendo la posibilidad de interrupciones o estorbos, que pudieran surgir por la intervención de Cristo. Él no va a interferir. Él es el que controla toda la situación.

«ERA YA DE NOCHE»

Cuando Judas «hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche»; la noche de la naturaleza lo rodeaba, también la noche moral y espiritual, la noche en su alma, precursora de la noche más oscura que seguiría y de todo lo que tiene que ver con el crimen más oscuro y más grande de la historia humana.

Y ahora la atmósfera está limpia. El peso inmediato se aligera. La reserva, hasta aquí necesaria, puede dar paso al desbordamiento del afecto, al desdoblamiento de las verdades más profundas, y, casi al principio de todo, la institución de esa fiesta de amor, «la Cena del Señor».

Las primeras declaraciones revelan las más altas verdades, verdades que son básicas a todo lo que sigue hasta el fin del capítulo 17: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él». En el original, los verbos están en el tiempo aoristo, que da la traducción literal:

«Ahora fue el Hijo del Hombre glorificado, y Dios fue glorificado en él». Pero no son simples enunciados de eventos pasados. Lo que se indica es que los eventos que van a seguir, tanto los sucesos inmediatos relacionados con la cruz como los sucesos posteriores en el futuro cercano y distante se consideran y se dicen como hechos seguros y realizados. El Señor contemplaba a través de todo lo que estaba en el curso de preparación para su muerte, y de las circunstancias y efecto de la misma. Y después de usar esta forma comprensiva de expresión, procede a dar una declaración directa del futuro: «Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará». En todo lo que el Padre es esencialmente, en su propio ser, el Hijo será siempre glorificado en perfecta unidad con él. Él lo glorificó directamente en que «le resucitó de los muertos y le dio gloria».

Getsemaní

Fue en un huerto, en el que Dios había andado con el hombre en perfecta comunión, donde el hombre traicioneramente entregó la fuente de su ser al enemigo espiritual y quedó en enemistad con Dios. Fue de nuevo en un huerto, en el que Cristo había tenido comunión con sus discípulos, donde uno de ellos, habiéndole entregado con traición su ser al enemigo del hombre, manifestó su enemistad contra el Hijo de Dios y le traicionó.

Las precauciones del traidor

Judas había tenido la experiencia del poder de Cristo de varias maneras. Decidido, por consiguiente, a asegurarse de llevar a cabo su objetivo, se hizo con «una compañía de soldados», una cohorte romana junto con sus oficiales, o la guardia del templo, de los principales sacerdotes (Lucas incluye también a algunos de estos últimos) y fariseos, y guió a esta numerosa compañía, llevando linternas y antorchas, al lugar familiar. Estos preparativos fueron tal vez elaborados ante la posibilidad de que Jesús pudiera hacer lo que había hecho antes, y esconderse y escaparse. No había necesidad de toda esta precaución: «Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy».

Tres hechos se destacan conspicuamente en estas circunstancias. La forma del verbo que se traduce «entregar» en los versículos 2 y 5 indica todo el proceso de la traición de Judas. Es, literalmente, «el que le traicionaba» y, aunque es casi equivalente a un título, indica todo el curso de su procedimiento.

El efecto del nombre de Jehová

En segundo lugar, el que Jesús se adelantara para recibir a la compañía indica el carácter voluntario de su sacrificio. Había llegado la hora del gran cumplimiento de hacerse obediente hasta la muerte. De ahí la significación de sus palabras a Pedro: «Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?» (v. 11).

Tercero, vemos el efecto contundente de la respuesta del Señor a sus enemigos, que dijeron que andaban buscando a Jesús Nazareno. Las palabras *ego eimí*, «yo soy», eran para los oídos judíos equivalentes del nombre de Jehová. El que la compañía retrocediera y cayera al suelo fue el efecto, no del culpable confrontado con la inocencia, sino de la majestad y poder de su proclamación. El hecho de que les permitiera que se levantaran de nuevo y lo arrestaran sirve para confirmar el carácter voluntario de su entrega a la muerte.

Y ahora muestra su cuidado de amor por sus seguidores, y el poder para defenderlos, como el pastor cuida sus ovejas: «pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos», cumpliendo así sus propias palabras de 17.12, con una variación de «ninguno de ellos se perdió», a «no perdí ninguno», lo que destaca con fuerza el propio acto del Señor para intervenir a favor de ellos.

Los tribunales eclesiásticos

La cohorte («la compañía») arresta al Señor siguiendo órdenes de su mando, el tribuno militar, «el comandante», así como también de los oficiales judíos, y lo llevan ante Anás. Él era el miembro más influyente de la jerarquía. Consiguió el sumo sacerdocio para Caifás, su yerno, y para cinco de sus hijos, el último de los cuales, también llamado Anás, hizo matar a Jacobo. Había varios sumos

sacerdotes depuestos en el sanedrín; y Anás era el presidente en funciones. La actitud que Caifás iba a adoptar está clara en sus palabras en 11.50, una profecía inconsciente, pero sin duda también un consejo de que si los romanos mataban a Jesús eso pospondría que esclavizaran a la nación y devastaran la tierra.

El patio al que llevaron a Cristo, donde entró el discípulo mencionado en el versículo 15 (casi con certeza Juan), era cuadrangular y alrededor del mismo se levantaba la casa del sumo sacerdote. Había un pasaje que iba a la calle por la parte frontal de la casa. Este daba a la calle con una entrada resguardada por un portón, que en ocasiones guardaba una criada. Los cuartos alrededor del patio se abrían al frente. En uno de estos examinaban a Jesús, y el Señor podía ver y oír a Pedro. Juan había visto a Pedro seguirlos a distancia y habló con la criada pidiéndole que le dejara entrar. Ella, sabiendo que aquel era un discípulo, naturalmente recibe a Pedro con la pregunta: «¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?». Confuso al verse enfrentado a una multitud tan hostil y recordando el tajo que había asestado en el huerto, Pedro niega tal conexión. Una negación que fue preparatoria de otras más.

El efecto de impulso

El acto impetuoso de usar la espada en el huerto no fue un factor sin importancia a la hora de producir las terribles circunstancias de estas negaciones. Necesitamos estar en guardia para no actuar por impulsos repentinos. Un acto de celo errado en la energía de la carne puede afectar las circunstancias siguientes, que están repletas de serias consecuencias.

Si Pedro no hubiera tenido esa confianza en sí mismo y hubiera prestado atención a la advertencia del Señor, tal vez habría actuado de otra manera y no se hubiera quedado en compañía de los criados y oficiales calentándose junto al fuego. Esa era una posición llena de peligro. La repetición del hecho en el relato es muy sugerente: «y también con ellos estaba Pedro en pie, calentándose» (v. 18), y de nuevo, después de un intervalo, «estaba, pues, Pedro en pie, calentándose» (v. 25).

En la conversación se detectaba fácilmente su acento galileo. «Y le dijeron: ¿No eres tú de sus discípulos?». Eso produjo una segunda negación. Entre los presentes estaba un criado del sumo sacerdote, pariente del hombre a quien Pedro le había cortado la oreja. «¿No te vi yo en el huerto con él?», le dice, «Negó Pedro otra vez; y en seguida cantó el gallo [más bien, un gallo]». Esto, nos dice Lucas, fue como una hora después de la segunda negación. Entonces fue cuando el Señor se volvió y miró a Pedro, tal vez desde el salón que daba al patio o mientras lo conducían cruzando el patio. Eso hizo que Pedro reaccionara, así que salió y lloró amargamente. La ternura de la mirada martilló la terrible naturaleza de la culpa y evitó que se entregara a la vacía desesperanza.

Todo esto está escrito para nuestra amonestación, una advertencia contra la confianza propia, en contra de planear nuestros propios pasos, en contra de asociarnos con el mundo incluso por buen motivo, y un fuerte recordatorio de que, si no prestamos atención a nosotros mismos y caemos, el que fue a la cruz por nosotros anhela nuestra restauración y ha provisto los medios para ella.

Ilegalidades judías

El relato del juicio ante Anás y Caifás es breve. Nada se podía hacer sin la ratificación de Pilato. Cada detalle del juicio era totalmente ilegal al celebrarlo por la noche. El sumo sacerdote le preguntó a Jesús tanto en cuanto a sus discípulos como en cuanto a su enseñanza. Él no responde nada respecto a ellos, escudándolos de los caminos inescrupulosos de estos enemigos. Respecto a sí mismo, sus declaraciones destacan el carácter abierto de su enseñanza en contraste con el método secreto de ellos. «¿Por qué me preguntas a mí?», dice. «Pregunta a los que han oído» (No los

discípulos, sino los testigos presentes). Los testigos de la defensa deben ser oídos primero.

La acción del oficial auxiliar que abofeteó a Jesús con la palma de la mano (no con una vara) la anota de manera particular Juan. La respuesta mansa pero firme del Señor fue suficiente para terminar esa parte de los procedimientos. «Anás entonces le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote».

Pilato y los judíos

Cuando los judíos llevaron a Jesús al pretorio, exigieron del gobernante romano una sentencia de muerte, pero Poncio Pilato decide la cuestión de Jesús personalmente. Su entrevista a Jesús se cuenta en el Evangelio de Juan. Le pregunta: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» y «¿Qué es la verdad?». Al final, con resignación, declara: «¡He aquí el hombre!», y finalmente, «¡He aquí vuestro Rey!». La pregunta sigue vigente para todos nosotros: ¿Cuál es su respuesta a las afirmaciones de Jesús?

Juan describe esta escena con cierta extensión. Anota lo que en otros lugares se omite, la conferencia entre Pilato y los judíos (18.28-32) y las dos ocasiones en que Pilato examinó a Jesús en privado (18.33-38 y 19.8-11).

Caifás había dictado sentencia de muerte para Cristo, y ahora le llevan al pretorio, residencia oficial del procurador. Las circunstancias que siguen tienen lugar en parte afuera de este lugar y en parte adentro. En los versículos 28-32 Pilato habla con los judíos, los acusadores, afuera; en 33-37 habla con Cristo adentro; en 38-40, con los acusadores afuera; en 19.1-3, con Cristo adentro (ahora tienen lugar la flagelación y muestras de crueldad); en 4-7, afuera con los acusadores; en 8-11, con Cristo adentro (cuando el testimonio del Señor llega a su clímax); en 12-16, con los judíos afuera.

El significado de la declaración del versículo 28, «Era de mañana», es como sigue. La corte romana se podía reunir después de la salida del sol. Siendo la ocasión crítica, Pilato estaría listo para empezar el tribunal, digamos, entre las 4:00 y 5:00 de la mañana. Los oficiales del sanedrín estaban en un aprieto, puesto que tenía que pasar todo un día entre la sentencia y la ejecución. De ahí que vayan de inmediato a Pilato. Si él acuerda ejecutarlo, puede fijar el momento. Así que ellos le transfieren a él la ruptura de su propia ley.

Su meticulosa observancia de la ley les impide entrar a una casa contaminada, que no haya sido limpiada de levadura (Éx 12.15). «Entonces salió Pilato a ellos», lit., «salió ... afuera a ellos», con énfasis en el verbo «salió», marcando su concesión a la religiosidad de ellos y con intención de evitar los disturbios.

La entrevista de Pilato

Su pregunta en cuanto a la acusación (v. 29) tiene un aire de formulismo judicial. Al mismo tiempo, el prisionero no se parecía en nada a un criminal. Cuando ellos se niegan a mencionar la acusación, con una combinación de desprecio e irritación, les dice que lo juzguen según su propia ley. Entonces ellos levantan una acusación que atañe al poder romano, de que él prohíbe darle tributo a César y afirma ser un rey. ¿No podían haberlo apedreado si no fuera así? Aunque eso se puede considerar, la cuestión es que Cristo había predicho de qué muerte habría de morir.

Ellos le dijeron que no era lícito para ellos hacer la ejecución. Él había dicho que debía ser «levantado».

Tiene lugar, por consiguiente, la entrevista privada dentro del pretorio y Pilato plantea la pregunta: «¿Eres tú el Rey de los judíos?». Hay énfasis en el «tú», y la pregunta indica sorpresa. Cristo exige que la responsabilidad de hacer la acusación recaiga sobre las personas pertinentes (v. 34). Pilato dice: «¿Soy yo acaso judío?» (con énfasis en el «yo»), repudiando bruscamente la idea de que tuviera algún interés en asuntos judíos. Así que dice enfáticamente: «Tu nación [la nación que es tuya], y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?».

Tres veces en su respuesta dice el Señor, con énfasis similar: «El reino que es mío», y de igual manera, «los servidores [u oficiales] que son míos», poniéndose a sí mismo y sus asuntos en directo contraste con el mundo. El «ahora» del versículo 26 indica que va a haber un reino después. Muestra, por consiguiente, que su reino no puede enzarzarse en un conflicto con el reino que representaba Pilato. Este último pregunta con sorna: «¿Luego, eres tú rey?» con énfasis en el «tú». Si guardaba algún temor oculto de alguna sociedad secreta, la respuesta de Cristo lo elimina, afirmándose como un rey, declarando que ha nacido para esto y ha venido al mundo también para dar testimonio de la verdad. Hay un énfasis especial en el «yo» en la declaración «Yo para esto he nacido». Es más, él tiene autoridad, su voz tiene poder, todo el que es de la verdad (la característica de su reino) está sujeto a él, y escucha su voz.

La injusticia de Pilato

Todo esto es esencialmente diferente de lo que Pilato había esperado. No hay nada que no sea inocencia en tales declaraciones. Y en cuanto a la verdad, no tiene lugar para ese tema en la mente del procurador. Con una especie de combinación de impaciencia y lástima, no en broma ni como pregunta seria, dice: «¿Qué es la verdad?». Después de esto, sale de nuevo a los judíos, declarando la inocencia del prisionero y sugiriendo que se le deje en libertad, conforme a la costumbre de la Pascua. Dictar la inocencia del acusado y luego tratar de apaciguar a los salvajes acusadores fue el colmo de debilidad. La injusticia era el único remedio para hacer frente a la sed de sangre que ellos tenían.

Barrabás

Barrabás era popular, era un bandido (*lestés*), hombre de violencia (no ladrón). Se levantó contra los romanos, lo que Cristo se negó a hacer. La acusación de los judíos decía que Jesús era peligroso para el gobierno; en realidad, una gran razón para su antagonismo era que él no estaba en contra de ese gobierno.

Según Lucas 23, Pilato había enviado a Cristo a Herodes antes de esto, y Herodes, con sus tropas, lo maltrató y lo devolvió a Pilato. Pilato «tomó ...a Jesús, y le azotó». No se trataba de los preliminares de una ejecución. Sin duda, esperaba que esto de alguna manera apaciguara la furia de los judíos. Esta forma de flagelación romana (no la de las varas del lictor; Pilato no tenía lictor) era bárbaramente cruel. Las pesadas correas estaban cargadas de metal y pedazos de hueso entretejidos en ellas, así como un pedazo de metal sujeto en la punta. Cada golpe abría la piel hasta los huesos, del pecho y la espalda (ver Sal 22.17). Eusebio cuenta haber visto a mártires hundirse en la muerte bajo los latigazos de este tipo de flagelación.

Brutal burla de las tropas

Después de esto siguió la crueldad de los soldados, que «entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura» (ropa militar), y le saludaban burlándose de él como rey, poniéndole, como Mateo dice, una vara (una vara pequeña, un cetro) en su mano derecha, escupiéndole y quitándole la vara, uno tras otro, de su mano para golpearle en la cabeza (tiempo imperfecto en el griego, i.e., continuaban haciéndolo). Véase Isaías 50.6. Todo esto fue deliberadamente una cruel caricatura de las esperanzas judías de un rey.

Ecce Homo

Pilato ahora le saca, todavía vestido (antes le había dejado adentro), y declara de nuevo su

inocencia. Más con lástima que con desprecio, dice: «¡He aquí el hombre!». Los principales sacerdotes y oficiales del sanedrín, tal vez temiendo alguna señal de compasión entre el pueblo, empiezan al instante a gritar: «¡Crucifícale! ¡Crucifícale!». Pilato, tentado a mofarse de ellos, les dice que lo hagan ellos mismos, cosa que él sabía que no se atreverían a hacer. Habían sido lo bastante astutos para presentar una nueva acusación, guardada en la reserva, que apelaría tal vez a los temores del funcionario. Cuando, por consiguiente, presentan la acusación de que él se había hecho a sí mismo Hijo de Dios, y de ese modo había quebrantado la ley de ellos, el temor se apoderó de Pilato, por la misma razón de esta palabra (*logos*, no un mero dicho, *jrema*). Al mensaje de su esposa se unía lo impresionante de la presencia de Cristo en toda la situación, la posibilidad de que, incluso de acuerdo con la religión romana, él había estado lidiando con el hijo de un dios. Con aprehensión por todo eso, llevó a Jesús al pretorio de nuevo y dijo: «¿De dónde eres tú?».

A esto Jesús no responde. Por un lado, la información habría sido inútil en el caso de Pilato. Por otro lado, la injusticia de sus acciones solo podía tener ahora un rumbo; ninguna explicación hubiera alterado lo que era una conclusión dada. En la siguiente pregunta, «¿A mí no me hablas?», el énfasis especial recae en «a mí». El gobernador podía naturalmente aducir su poder para liberar o crucificar. Y ahora, en la última palabra de Cristo a él, le muestra a su juez que él mismo es el juez. Cualquier ejercicio del poder que posee Pilato depende de la voluntad permisiva de un poder «de arriba». Y su prisionero podía pronunciar y decretar culpa. El pecado de Caifás fue declarado mayor que el de Pilato.

El argumento final

Saliendo de nuevo, hizo esfuerzos (más de uno, como muestra el tiempo imperfecto) para soltarle. Entonces, los acusadores jugaron su último naipe. Soltar al prisionero pondría en peligro el cargo del gobernador. Le llegaría un informe al suspicaz emperador (el temor de Pilato al emperador era real). El argumento político triunfó. Pilato sacó a Cristo y se preparó para dictar sentencia; se debía dictar en público. Se sentó en el tribunal (probablemente uno temporal; no hay artículo definido, como en todas partes en el resto del NT, con *bema*), en un patio enlosado, llamado en arameo Gabata (o alzado). Su «¡He aquí vuestro Rey!» fue pronunciado con amarga ironía. Ellos gritaron un solo grito fuerte (aoristo o tiempo definido): «¡Fuera, fuera, crucifícale!».

Al declarar que su único rey es el emperador pagano, los principales sacerdotes, exponentes oficiales de la religión de Israel, renunciaron con blasfemo endurecimiento a la fe de su nación. Si Pilato fue culpable de asesinato judicial, ellos fueron culpables de suicidio. Al entregar a Cristo «a ellos para que fuese crucificado» (v. 16), la ejecución real la realizarían los soldados.

La muerte de Cristo

Crucificaron a Jesús en el Gólgota, «el lugar de la Calavera». Cuatro soldados muestran su desprecio por el sufrimiento de Jesús jugándose sus vestidos, y hay cuatro mujeres cerca, mostrando su devoción por el Señor hasta el amargo final.

«**T**omaron, pues, a Jesús [*paralambano*, recibir, se usa en 1.11 refiriéndose a no recibir la dádiva del Padre de su Hijo; aquí, de recibirle de Pilato; en 14.3, de su venida para recibir a los suyos para sí mismo]; y, cargando la cruz, [*staurós,* un solo palo, un tronco, una viga, no una cruz de dos piezas, cosa de arreglo posterior por fuentes paganas], para sí mismo» (la rvr pierde este punto), es decir, como el más vil criminal. Sin embargo, hay en esto una insinuación subyacente de su entrega voluntaria.

Jesús en el medio

El nombre Gólgota, «el lugar de la Calavera», se refiere a la configuración y características del lugar. Al mismo tiempo sugiere el vacío de todas las ideas, métodos, objetivos y esquemas meramente humanos. Juan describe más plenamente que los Sinópticos el hecho de que la cruz de Cristo fue la central: «y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio» (v. 18). La posición asignada puede haber sido burla romana. Sin embargo, sirve para destacar de manera prominente tanto el contraste de la impecabilidad de Cristo como la realidad de que él llevó nuestros pecados, de que él fue «hecho pecado» por nosotros. Pero, todavía más, indica la separación eterna entre los pecadores arrepentidos, salvados, según el ladrón convertido los representa por un lado, y los pecadores impenitentes, no salvados, representados por el otro ladrón en el otro lado.

Pilato aplicó una burla adicional, escribiendo un letrero en hebreo, latín y griego, para que la multitud cosmopolita lo leyera, y poniéndolo sobre la cruz: «JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS». La Septuaginta dice en el Salmo 96.10 que «el Señor reinó desde el madero». La respuesta de desprecio de Pilato a la objeción de «los principales sacerdotes de los judíos» (frase que se halla solo aquí en el NT) muestra que, ahora que sus intereses personales no estaban en juego, podía ser obstinado en lugar de vacilante.

El manto sin costura

Los cuatro soldados (una pequeña fuerza fue suficiente, puesto que ya no había peligro de un disturbio de la chusma) se dividieron los vestidos de Cristo. Estos eran beneficios legales de los soldados que llevaban a cabo las ejecuciones. Al echar suertes por la túnica sin costura cumplieron el Salmo 22.18. Así como el manto del sumo sacerdote era sin costura (Éx 28.6-8), la detallada mención que de esto hace el apóstol Juan sugeriría que este vestido de Cristo era simbólico de su sumo sacerdocio (Heb 8.3).

En el griego del enunciado final del versículo 24 y del primer enunciado del versículo 25, hay dos partículas que ponen en marcado contraste el endurecido comportamiento de los cuatro soldados y la actitud devota de las cuatro mujeres que estaban cerca de la cruz. Esto se expresa parcialmente con el «pero». El que aquí se llame de nuevo a Juan el discípulo al que Jesús amaba queda definitivamente conectado con la amorosa entrega que el Señor hace de su madre a Juan. Fue una característica del amor de Cristo por su discípulo, porque de este modo le daba a él una madre y a

ella un hijo. Juan la lleva de inmediato a su propia casa, librándola de ver el fin.

«Tengo sed»

Una profecía quedaba por cumplirse. Es cierto, él experimentó en terrible medida la angustia física de la sed. Espiritualmente, también, sintió la sequía de la condición de ser abandonado por Dios. Pero lo que Juan menciona es que «sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado [o, más bien, que había sido completado], dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed».

Rechazó la pócima estupefaciente mencionada en Mateo 27.34. No rehusó el vinagre y el hisopo. El hisopo se relacionaba con el cordero pascual (Éx 12.22). Después de eso, dijo «Consumado es»; toda la voluntad del Padre, todos los tipos y profecías, toda la obra redentora, los declaró cumplidos; «e inclinó la cabeza», reclinó (*klino*) su cabeza, poniéndola en posición de descanso, con la cara vuelta hacia arriba, indicando el descanso que halló en el cumplimiento de la voluntad de su Padre, «y entregó su espíritu», una acción voluntaria, entregándole al Padre su espíritu. Ningún otro crucificado hizo esto jamás. En cualquier otro caso, la cabeza caía hacia adelante, lacia sobre el pecho. Él había dicho de su vida: «Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo» (10.18).

La petición de los judíos, en sus escrúpulos por el sabbat, la predecían, refiriéndose a Cristo, el Salmo 34.20, Éxodo 12.46 y Números 9.12. Pero un soldado le perforó su costado con una lanza, «y al instante salió sangre y agua». Dios, sobreseyendo la acción de enemistad humana, testificó de la eficacia de la muerte de Cristo. La sangre habla de redención y purificación; el agua habla de un nuevo nacimiento y separación. Ambas hablan de la vida, concedida por la entrega de la suya en sacrificio propiciatorio. «Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas» (Lv 17.11), y la vida se concede por el agua o regeneración (Ti 3.5). Por tanto, el apóstol pone un énfasis especial en su propia evidencia: «y su testimonio es verdadero [*aletzine,* no simplemente verdadero, sino real, genuino, cumpliendo las condiciones de validez para las evidencias]; y él sabe que dice verdad [*aletze,* cosas verdaderas], para que vosotros también creáis» (v. 35).

La sepultura

José de Arimatea y Nicodemo, de quien no oímos nada después, son representantes de un remanente futuro de Israel arrepentido. Nicodemo ahora sí que entendería el significado de la serpiente de bronce (3.14). La tumba era «nueva» (*kainós*, fresca, no recientemente excavada), no se había puesto a nadie en ella. Mateo habla de su novedad, Lucas de su frescura.

EVIDENCIAS DE LA RESURRECCIÓN

Jesucristo murió ante muchos testigos y fue sepultado. Tres días después, desafió las garras de la muerte, cumpliendo la profecía con su retorno. La duda y la incredulidad se desvanecieron cuando él se apareció a los que le amaban. ¿Se puede probar lo imposible? Presentamos cinco evidencias de la resurrección.

LA PRIMERA EVIDENCIA DE LA RESURRECCIÓN

El primer día de la semana, el tercero desde el entierro, era el día en que Abraham, como tipo, recibió a su hijo de los muertos; también era el día de la liberación de Jonás, y es el día de la futura renovación de Israel (Os 6.2). María Magdalena conocía a Cristo, aunque solo «en la carne». De ahí su mensaje a Pedro. Lo que él vio al entrar en la tumba era la evidencia, dada la situación de los lienzos, de la resurrección. Estaba claro que nadie había arreglado los lienzos. No habían sido perturbados, como tampoco la tumba y la piedra, cuando el Señor resucitó. Su cuerpo, poseedor del poder sobrenatural de la resurrección, dejó los lienzos, no amontonados, sino en la forma en que habían estado. Cada detalle daba pruebas de la resurrección. Eso les reveló el hecho tanto a Pedro como a Juan (Jn 20.6-8). Lo que no captaron ni entendieron de las Escrituras lo comprendieron por lo que vieron. No había necesidad de quedarse e investigar; así que se fueron a casa.

LA SEGUNDA EVIDENCIA DE LA RESURRECCIÓN

El hecho sobresaliente en cuanto a María Magdalena es que su mente y su corazón estaban totalmente ocupados con la persona de Cristo. Ella le cree muerto y busca su cuerpo sin vida. Ella «continuó estando», después de que los demás se habían ido. Incluso no se asustó por la aparición de los ángeles en la tumba, ni las preguntas de ellos la distrajeron de su preocupación. Aunque ella estaba pensando solo en el cuerpo, la forma sin vida era todavía para ella «mi Señor». Volviéndose y pensando que la persona que le hacía la misma pregunta de los ángeles era el que cuidaba el huerto, (el cuerpo resucitado de Cristo estaba tan cambiado que los que lo habían conocido no lo reconocieron), ella quiere saber si acaso él se había llevado el cuerpo y dónde lo había puesto (ella dice «a él»), que ella lo llevaría, con los lienzos y las cien libras de especies y todo. «Jesús le dijo: ¡María!». Eso despertó el éxtasis del corazón de ella. «A sus ovejas llama por su nombre». Ella se volvió de nuevo (evidentemente, se había vuelto pensando que estaba hablando con el cuidador), y se dirige a él como «¡Raboni!», en el lenguaje que usaba el Señor y sus seguidores, y se abalanzó para aferrarse a él. La orden de Jesús traducida como «No me toques» se usa en el tiempo presente continuo y se debe entender con el significado de «No me sujetes» (o «Deja de aferrarte a mí») «porque aún no he subido» dice él, «a mi Padre». La previa interacción intermitente va a ser reemplazada por una interacción nueva y continua, pero esto no puede suceder sino hasta que él esté con el Padre.

Él los iba a colocar en la misma posición suya, de relación personal con su Padre y su Dios. Por eso envía a esta alma dedicada como su primera mensajera a sus «hermanos», para decir «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios». Relación personal celestial, eterna e infinitamente íntima, con todo el gozo del amor del Padre y el poder de Dios efectuado y disfrutado en Cristo.

La tercera evidencia de la resurrección

La forma en que empieza el versículo 19 en el griego indica que los discípulos se reunieron debido al testimonio de ella. Si las noticias llegaban a las autoridades, eso despertaría su hostilidad. Se reunieron «por miedo de los judíos». Era «la noche», a altas horas de ese día; y era «aquel mismo día», el día memorable, pero era todavía «el primero de la semana» (no el segundo, aunque el segundo había empezado al atardecer, según la manera judía de contar el día). Había empezado un nuevo período de una semana; era el día de la resurrección, no el sabbat; había empezado un guardar perpetuo del sabbat de descanso en Cristo (Heb 4.9). «Las puertas cerradas» marca dos cosas, una protección contra los judíos y la entrada sobrenatural del Señor. «Vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros». La paz fue su último mensaje a ellos antes de que fueran al Getsemaní; fue la primera palabra a ellos después de su resurrección.

Les mostró «las manos y el costado», y Lucas menciona también sus pies (Lc 24.39). Cualquier otra cicatriz que pudiera haber tenido quedó eliminada en su resurrección, salvo estas marcas de su crucifixión y la significativa herida en el costado. La tristeza de ellos se convirtió en gozo. Él les repite lo que ellos le habían oído decir al Padre (vv. 17, 18, 21). Después «sopló sobre ellos». La misma palabra (solo aquí en el NT) se usa en la Septuaginta en Génesis 2.7; era más que vida natural, era también vida espiritual.

Sus palabras, «Recibid el Espíritu Santo», no se refieren meramente a su propio soplo, simbolizaban el Espíritu Santo que pronto sería enviado en Pentecostés. Estaban relacionadas con el hecho de que se les enviaba al mundo y con el efecto de su ministerio del evangelio con perdón de pecados por el poder del Espíritu, o la retención de pecados por el rechazo al mensaje (vv. 23, 24). Fue un acto profético y simbólico a la vez.

La cuarta evidencia de la resurrección

Cuando Tomás, que había estado ausente, se reunió con sus hermanos, le dijeron repetidamente (tiempo imperfecto, *elegón*, seguían diciéndole) que habían visto al Señor. Él tenía solo una respuesta (tiempo aoristo; *eipen*), y era determinante. Sin duda, le dijeron que Cristo les había invitado a que lo palparan y vieran. De ahí su persistente aseveración: «Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no [negativo fuerte: de ninguna manera] creeré».

Una semana más tarde, el siguiente primer día de la semana, Tomás estaba presente, el Señor se apareció de nuevo en medio de ellos y le mostró, citando sus palabras, que había oído la condición que Tomás había puesto. Esto produce de inmediato el reconocimiento de la autoridad de Cristo como su Señor y de su divinidad como Dios. Cristo acepta ambos títulos (tal como había aceptado la acusación de los judíos en 5.18, de que él se hacía a sí mismo igual a Dios) y proclama la bienaventuranza de las multitudes de los que, sin haber visto, creerían.

Aquí, el apóstol dirige una mirada retrospectiva a todo el libro que ha estado escribiendo, anotando el hecho de que el Señor hizo muchas otras señales (un milagro era una señal) en presencia de sus discípulos. Lo que él escribió no era una historia de Cristo, ni la vida de Cristo, sino simplemente los hechos que permitirían que los lectores de todo ese período creyeran «que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios [el hecho y rasgo destacado de este evangelio]; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre». Si él no fuera el Hijo de Dios, no sería el Cristo, el Mesías. El Ungido de Jehová debe ser Dios mismo tanto como hombre verdadero. «En su nombre» indica que la dádiva de vida viene por razón de su carácter, sus atributos y sus tratos.

La quinta evidencia de la resurrección

La narración (erróneamente llamada epílogo) continúa con las pruebas de la realidad de la resurrección de Cristo. La forma en que el Señor se manifestó en el mar de Tiberias después de su resurrección constituye el acto final, según se narra en el Evangelio de Juan, de la preparación de sus discípulos para su servicio. En esta ocasión estaban presentes siete de ellos. ¡Qué recuerdos les traía la orilla del lago! Allí habían escuchado sus enseñanzas. Allí habían visto las maravillas de su gloria. Allí su barco había sido rescatado de manera segura y repentina de la tempestad que amenazaba con acabar con ellos.

Decididos a continuar su ocupación anterior, habían ido «a pescar», habían bregado toda la noche y no habían pescado nada (cp. Lc 5.5). La destreza natural y el esfuerzo persistente no rinden nada separados de la voluntad y el poder del Señor. Dios nos lleva al final de nosotros mismos a fin de poder permitirnos ver su absoluta suficiencia para suplir nuestra necesidad. «El punto límite del hombre es la oportunidad de Dios».

Jesús se aparece a los discípulos

Los discípulos volvieron a Galilea, y allí el Señor se les apareció. Después de una larga noche de pesca infructuosa, Jesús les llamó desde la orilla. Se unieron a él para desayunar, y Pedro fue comisionado, o mejor dicho, «re-comisionado», debido a su infiel negación de Jesús antes de su muerte.

La ocultación y la revelación

«Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús» (v. 4). Así como había tratado con María Magdalena en la tumba y con los dos en el camino a Emaús, así lo hacía ahora con estos siete. En cada caso, la ocultación inicial de su identidad tenía el propósito de impartir mayor seguridad, con la manifestación que seguía de inmediato, del hecho de su resurrección. El brillo de una luz aparece más vivido por la oscuridad que le precede. Conforme brillaba esa mañana la aurora natural sobre la oscuridad de la agobiante noche, así él primero veló la realidad de su persona para que el poder de la revelación fuera más efectivo.

Así pues, les permite que le tomen por un individuo común y se dirige a ellos en la forma acostumbrada y familiar de alguien así. Nuestras versiones traducen la pregunta: «Hijitos, ¿tenéis algo que comer?». La palabra *paidion*, traducida «hijitos», se usaba de varias maneras; p. ej., para referirse a un recién nacido, para un niño de más edad o para un hijo. En los términos de afecto y familiaridad del caso presente, nuestro término «muchachos» se acercaría a su sentido.

En respuesta a su nada alegre «no», él dice: «Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis». Todavía no había nada en esto que pudiera dar a conocer su identidad, nada más que el interés natural que cualquier extraño pudiera tener en una faena pesquera.

Un reconocimiento pronto

Pero ahora, la sorprendente y magnífica pesca, que hizo imposible cargar la red en el barco, produce inmediatamente en «aquel discípulo a quien Jesús amaba» el reconocimiento característico de un fuerte apego íntimo. El hecho de que Juan se refiera a sí mismo frecuentemente de esta manera no es, como algunos han sugerido, indicativo del carácter blando de una persona debilucha. ¿Cómo iba a ser así? ¿Acaso su Maestro no lo describió como «un hijo del trueno»? Tampoco es un desplante de superioridad sobre sus compañeros discípulos. Lo que sí parece es que captaba más pronto, por no decir más completamente, las verdades espirituales. «¡Es el Señor!», le dice a Pedro. Pedro, ardiente e impetuoso, primero en ir al sepulcro y ahora primero en ir hasta el Señor, se pone su túnica y se echa al agua. Se había echado al agua antes en el mismo lago para llegar a él en circunstancias muy diferentes. Las acciones revelan el carácter. El impulso que le hizo dejar todo atrás para seguir a su Maestro fue el fervor del amor. Esto era una renovación, con el atractivo añadido del Cristo resucitado, de aquella anterior renuncia de todas las cosas por él, respecto a lo cual él diría después: «He aquí, nosotros hemos dejado nuestras posesiones y te hemos seguido» (Lc 18.28).

Provisión y cooperación

Dejando el barco más grande en el cual habían pasado la noche, los otros discípulos «vinieron con la barca, arrastrando la red de peces». Saliendo a tierra, dejando la red y la pesca por el momento en el agua, ven «brasas puestas, y un pez [más pequeño que los «grandes» peces de su pesca] encima de

ellas, y pan». Su guía se convierte en su anfitrión.

Nada se dice de cómo el Señor proveyó los alimentos. Las especulaciones son inútiles. No hay indicación de algo milagroso a este respecto. El que él les pida que traigan de los pescados que habían recogido eliminaría los sentimientos de mero asombro y evitaría cualquier recelo. Esta muestra de compañerismo de su parte refuerza la intimidad hogareña de la fiesta. Además de esto, el gesto bondadoso sirve para recordarnos cómo el Señor se deleita en usar nuestra cooperación en sus servicios, para revelarse a nosotros más completamente en su gracia y amor.

Lecciones de dependencia en el señor

Entonces vemos las lecciones de la total dependencia que ellos tenían de él en todo lo que les esperaba, y la suficiencia de él para suplir todas sus necesidades en cada detalle de su vida y servicio. Eso es lo que el Señor quisiera de igual manera que aprendiéramos. ¡Qué inútiles son nuestros propios esquemas para mejorarnos! ¡Cuán permanentes y dispuestas son las provisiones de nuestro gran El Shadai!

Los detalles quedaron tan vívidamente impresos en la mente del apóstol Juan que unos sesenta años más tarde podía recordar el número preciso de peces que atraparon. Las especulaciones en cuanto al significado del número tienden a oscurecer la verdadera fuerza y sentido de los hechos. La misma sencillez de la narración, la brevedad al contar los detalles, la libertad de todo engrandecimiento indebido de lo milagroso, son prueba elocuente de la realidad de su persona resucitada. Ese fue el diseño del Señor en todo lo que hizo, además de la confirmación de la fe de ellos en él y de su poder para suplir su necesidad.

Nueva garantía de su resurrección

Después de contar, lo acostumbrado entre los pescadores en la ocasión, el Señor les invita: «venid, comed». Lo familiar de la bienvenida, dada en el mismo tono de gracia que les era familiar de días pasados, lleva al instante a la declaración: «Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor». Puede haber habido alguna base para la pregunta. El cuerpo del Señor no era su cuerpo natural anterior, aunque todavía era real, corpóreo y tangible. Pero el carácter de sus palabras y actos, su provisión del pan y del pescado, junto con las marcas de su identidad, desvanecían todo posible recelo. El camino estaba ya abierto para un ministerio adicional y diferente.

«Por fe andamos, no por vista». «Bienaventurados los que no vieron, y creyeron». Nos corresponde no solo creer en el hecho de la resurrección de Cristo, sino también experimentar el gozo y poder de su presencia, como los apóstoles de antaño hicieron cuando, después de su ascensión, se cumplió su promesa para ellos, como se cumple para nosotros: «He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Captemos el significado para nosotros de esta señal postresurrección. Aprendamos día tras día nuestra entera dependencia en él tanto para nuestras necesidades temporales como para todo lo que va incluido en nuestras ocupaciones como seguidores y siervos suyos. Que nos demos cuenta de que el mismo corazón de amor que planificó para los discípulos, los cuidó con tierno afecto, les enseñó y disciplinó, y los acercó a su propia persona gloriosa, hace lo mismo para nosotros si nosotros, como ellos, le seguimos con devoción llena del Espíritu.

Cristo y Pedro

La relación de Pedro con su Maestro había quedado establecida. Ahora él va a ser reincorporado en

vista de su responsabilidad como apóstol y como uno que podía fortalecer a sus hermanos, habiéndose desvanecido su confianza propia. Tres veces había negado al Señor. Tres veces el Señor le dice: «¿me amas?». La primera vez le dice: «¿me amas más que éstos?». Gramaticalmente, el «éstos» pudiera referirse a otras personas, a otros discípulos, o a otras cosas. Pero (1) Pedro había fanfarroneando de que era un discípulo más ferviente que los demás; ellos podrían negar a su maestro, pero él no; (2) hablar de amar las cosas relacionadas con la pesca no da una aplicación suficiente al significado; (3) si acaso el Señor quisiera hacer la pregunta con esto en mente, considérese que en el momento en que Pedro vio que era el Señor dejó el barco y las redes y salió nadando a la playa para estar con su Maestro.

Agapao y fileo

En cuanto al cambio del verbo en la respuesta de Pedro a la pregunta del Señor, «¿me amas?», Cristo usa *agapao* en las dos primeras preguntas; Pedro usa *fileo* en las tres respuestas. *Fileo* expresa un afecto natural, y en esto Pedro está perfectamente seguro de sí mismo y ardientemente deseoso de indicar su afecto, sobre todo después de sus negaciones. El Señor es totalmente consciente de ello; pero él está pensando en las manifestaciones y efectos prácticos también, como se deduce de sus mandatos. Y el verbo *agapao* combina los dos significados; expresa un afecto real, pero de igual manera lo eleva al pensamiento de un ejercicio activo y dedicado del mismo a favor de otros. Así pues, primero dice «Apacienta mis corderos» (mostrando que el amor es la expresión de la mente en acción). Así, de nuevo, cuando Pedro se apega a *fileo*, Cristo replica «Apacienta mis ovejas». El trabajo del pastor (y todo lo que va incluido en apacentar ovejas) debe exhibir el amor. Los mandatos muestran cuán plenamente fue restaurado Pedro.

La tercera vez, el Señor hace suya la palabra que usó Pedro, y esto lo entristece. No fue el que Cristo le hubiera preguntado tres veces, sino que ahora, la tercera vez, al usar la palabra de Pedro, parecería cuestionar el afecto profundamente sentido, genuino, que Pedro tenía por él. Esto lo confirma la declaración del apóstol: «Tú lo sabes todo [«Tú lo sabes intuitivamente, *oida*»]; tú sabes [*ginosko,* «tú en efecto reconoces»] que te amo [*fileo*]».

El llamamiento a seguir

En lo que el Señor dice ahora, toma ambos aspectos del amor, el amor práctico y profundamente asentado, y el amor afectuoso y emocional.

Primero se ciñe a lo práctico: «Apacienta mis corderos». Luego le predice a Pedro cómo después de todo manifestará su afecto al poner su vida por amor al Maestro. Así, se le iba a conceder que hiciera de lo que presumía en su auto confianza. Y fue la devoción a su Maestro lo que le hizo decirlo. El hecho de que alguien lo ciña y lo lleven «a donde no quieras» no implica renuencia a morir, sino un reparo natural ante una muerte cruel, especialmente la crucifixión como criminal.

El que el Señor le diga «Sígueme» (v. 19) puede haber tenido un significado literal, como lo tiene la misma palabra en el versículo que sigue, con un claro sentido figurado; fue un llamado a seguirlo en la senda del testimonio y el sufrimiento (véase 13.36). El apóstol revela ahora claramente su identidad. Al decir cómo, conforme el Señor se aleja con Pedro siguiéndolo, Juan mismo le sigue, dando muestra de su propia devoción, recuerda cómo se apoyó en el pecho de Cristo en la cena y le preguntó quién le iba a traicionar.

Compañeros apóstoles

En lo que Juan cuenta respecto a Pedro y la respuesta del Señor a su pregunta sobre sí mismo no

podemos sino notar la intimidad continua y especial entre dos discípulos, intimidad que se vería en el más temprano testimonio apostólico. También cabe destacar cómo el Señor a la vez conoce de antemano y tiene autoridad sobre las vidas futuras de sus siervos. No solamente predice el martirio de Pedro, sino que dice que la extensión de la vida de Juan depende de lo que el Señor quiera (vv. 22, 23). En el versículo 22, el «él» y el «tú» son enfáticos y aparecen en contraste: «Cualquiera que respecto a *él* pudiera ser mi voluntad, *tú* debes seguirme». En la última declaración de Cristo anotada en este Evangelio, habla de su venida y el Señor nos plantea la posibilidad de que pueda tener lugar durante nuestra vida.

En cuanto a la declaración del versículo 24, el modo de expresar su identidad es característico de Juan. El «estas cosas» se refiere probablemente a todo el contenido de este Evangelio. El cambio de tiempo de «da testimonio» a «escribió» muestra que, aunque el escrito se terminaba, el testimonio continúa. El uso del plural «nosotros» en «sabemos» se ajusta al estilo de Juan (cp. 1 Jn 5.18-20); allí, como aquí, incluye a todos los creyentes de su tiempo.

El último versículo expresa una nota de aprecio y admiración respecto a todo lo que Cristo hizo durante todo el curso de su vida aquí, incluyendo el período después de su resurrección y el sentido abrumador de lo infinito de su persona y sus hechos.

3

LAS ENSEÑANZAS DE CRISTO

El primer discurso público en el Evangelio de Juan

En Juan 5 Jesús empieza a enseñar a las multitudes, declarándose abiertamente como el Hijo de Dios y enseñando en cuanto a las razones por las que fue enviado por el Padre. Esto se conoce como el primer discurso público de Cristo. Contiene doce grandes temas: (1) la relación esencial entre el Padre y el Hijo (vv. 19-21); (2) la comisión, autoridad y dignidad del Hijo (vv. 22, 23); (3) las bendiciones eternas de los que creen (v. 24); (4) la resurrección espiritual (v. 25); (5) Cristo el legislador (v. 26); (6) Cristo el juez (v. 27); (7) resurrección física universal (vv. 28-29); (8) el juicio infalible de Cristo (v. 30); (9) testigos de Cristo, por el Padre, Juan el Bautista, las obras de Cristo, las Escrituras (vv. 31, 39); (10) la perversa voluntad del hombre y su consecuente ruina (vv. 38, 40-43); (11) el amor del hombre a ser alabado como causa de la incredulidad (v. 44); (12) la importancia, exigencias y objeto de los escritos de Moisés (vv. 45, 46).

La unidad del Padre y el Hijo

La primera parte (A) se caracteriza por un triple «De cierto, de cierto» (vv. 19, 24, 25). Esto es una traducción de la palabra hebrea «amén», que significa «verdad». La palabra repetida (usada por el Señor veinticinco veces según se registra en este Evangelio y que no se halla de esta manera en ninguna otra parte en el Nuevo Testamento) siempre introduce una declaración solemne que exige la máxima atención.

A la primera de las tres de este discurso le siguen declaraciones que gobiernan todo lo que sigue. Son las verdades fundamentales que indican (1) la imposibilidad de que él actúe independientemente del Padre: «No puede el Hijo hacer nada por sí mismo», (2) la intimidad y continuidad ininterrumpida de su comunión: «sino lo que ve hacer al Padre», (3) la coincidencia y coextensión del trabajo de ambos, «porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente», (4) el amor del Padre por el Hijo como el elemento causante que caracteriza esta unidad, comunión y cooperación: «Porque el Padre ama al Hijo» [nótese la palabra conectora, «porque», que reúne las verdades precedentes en la causa subyacente], y le muestra todas las cosas que él hace»; así como el Hijo no hace nada sin el Padre, así el Padre no le guarda ningún secreto al Hijo; esto, añadido a la declaración anterior como la cooperación preexistente, «Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo», establece claramente la preexistencia eterna de la relación personal; (5) la naturaleza creciente de la obra como se revela más en la intimidad que ahora se da a conocer, y que presenta a los que lo contemplan el reto de reconocerlo, «y mayores obras que éstas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis». Estas «mayores obras» se mencionan en lo que sigue.

Resurrección, espiritual y física

Habiendo dado a conocer que lo que él hacía representaba el trabajo conjunto del Padre y él mismo (como se ejemplificó en la sanidad del paralítico en el sabbat), y que el gran rasgo de la cooperación divina era el amor del Padre por él, amor que incluía la comunicación ininterrumpida y más íntima con él de todo lo que el Padre hacía (5.19, 20), el Señor confirma ahora todo esto, para la atención de sus críticos, al poner el ejemplo de las obras más trascendentales de Dios, es decir, la resurrección, espiritual y física; las describe como «mayores obras» (i.e., que las de sanar a los enfermos). De esto habla en la primera parte del discurso (vv. 21-29), primero en cuanto a la

resurrección espiritual (vv. 21-27) y luego a la física (vv. 28, 29).

«Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida». Esto constituye una afirmación positiva y explícita de Deidad. No solo dice que el Padre y el Hijo están conjuntamente interactuando en la salvación de las almas de los hombres y en impartirles la vida espiritual a partir de la condición muerta de ellos, sino que este impartir es el efecto de la voluntad del Hijo, no aparte del Padre, sino determinada en igualdad de mente y consejo con él. Este es el significado también de su «a los que quiere», que no hay límite a su poder para conceder vida a los que aceptan la condición de la fe en él, condición que él está a punto de indicar.

Como obtener vida eterna

Así como el levantar incluye el resucitar, hay una conexión definitiva entre su poder como el que imparte vida y su capacidad como juez. Esto es obvio en el «porque» que introduce el versículo 22: «Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo». Y no hay duda de que la relación está en que, así como la concesión de vida espiritual depende de la voluntad y actuación del Hijo, su conocimiento en cuanto a quién ha de recibir vida de él y quién ha de permanecer sin ella le constituye en el juez infalible para determinar el destino de todos. Por eso dice (aunque sin una declaración previa y muy importante, v. 23), «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (v. 24). Nótese que no es «cree en el» como en la Versión Autorizada en inglés, sino «cree al», es decir, «cree en la palabra de Dios respecto a su Hijo».

Ahora bien, esto deja en claro que el «a los que quiere» del versículo 21 no es cuestión de selección arbitraria. Cada uno es responsable de decidir si va a creer y de ese modo recibir vida, o no. Esto está abierto a todos los que oyen. Solo la interposición de Dios en y por medio de su Hijo lo ha hecho posible. El caso del paralítico es ilustración de esto. Su condición era resultado del pecado y él no tenía esperanza, excepto por la intervención de Cristo. Su «¿Quieres ser sano?» es representativo de la responsabilidad humana de aceptar. Con todo, la salvación debe ser el efecto de su Palabra. En los oyentes recaía la obligación de ver el significado y así colocarse entre los que recibían de él la vida.

La igualdad de honor del Hijo

El Señor precede esta gloriosa verdad del Evangelio por una declaración en cuanto a la razón por la que el Padre le ha dado a él todo juicio. No es simplemente que pueda actuar como juez de los hombres, ni que pueda dar vida eterna a todos los que creen, sino «para que todos honren al Hijo como honran al Padre». Esto lo sustancia con la declaración: «El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió» (v. 23). Esto es de primordial importancia en vista de la variedad de postulados, argumentos y propaganda que degradan el honor del Hijo. Es contra él contra quien el archienemigo espiritual ejerce su antagonismo más feroz e implacable.

«La obligación de honrar al Hijo se define tan rigurosa como la obligación de honrar al Padre. Cualquier forma que ese honor pueda tomar, sea de pensamiento, lenguaje o acto externo, o devoción de los afectos o sumisión de la voluntad, o esa unión de pensamiento, corazón y voluntad en un acto complejo de postración propia ante la grandeza infinita al que llamamos adoración, tal honor se le debe al Hijo no menos que al Padre. ¡Cuán temeraria es esta afirmación si el Hijo es solo humano! ¡Qué natural, qué moderada, qué justa, si él es en verdad divino!» (Liddon).

Puesto que el Padre no hace nada sin el Hijo y el Hijo nada sin el Padre (vv. 19, 20), esta unidad de operación exige igualdad de honor. A dar esta honra al Hijo serán obligados todos

inevitablemente, bien sea en reconocimiento pleno y gozoso por los que tienen vida eterna, bien sea obligatoriamente en el caso de los que rechazan, seres humanos y espirituales. Es la inexorable determinación de Dios que «toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil 2.11).

El dador de vida y juez

La hora del versículo 25 ya ha durado 1900 años. La autoridad de «la voz del Hijo de Dios» en la concesión de la vida a las almas muertas descansa en dos grandes hechos: (1) que «como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo», (2) que «también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre» (vv. 26, 27). Lo primero no implica que el Padre le había impartido vida al Hijo, declara que como el Padre es la fuente de la vida, así el Hijo en la encarnación es la fuente, por razón de la designación por parte del Padre. La vida está aquí por el poder vivificador. La vida, los consejos y operaciones divinas, todo se centra en Cristo, y por razón de esto y de su encarnación y lo que resulta de ella, la vida espiritual se vuelve comunicable solo por medio de él.

La segunda declaración, de que su autoridad para actuar como juez de todos los hombres se basa en el hecho de él es «el Hijo del Hombre» (aquí no indica su mesiazgo, sino su humanidad) recibe énfasis especial por la ausencia del artículo en el original antes de «Hijo» y «hombre». Él juzgará desde la plena comprensión por su experiencia de las condiciones humanas, excepto la del pecado, y de este modo participa de la naturaleza de aquellos a quienes juzga. Siendo el Hijo de Dios, sabe lo que solo Dios sabe, las posibilidades del hombre (Mt 11.21). El que juzga debe ser Dios y hombre.

Las dos resurrecciones

El aturdimiento de los judíos por tales afirmaciones recibe una proclamación incluso más insólita: «No os maravilléis de esto», dice, «porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron [*poieo*] lo bueno, saldrán a [«una»] resurrección de vida; mas los que hicieron [*praso*, han practicado] lo malo, a [«una»] resurrección de condenación». Las dos resurrecciones, distintas en carácter (recalcadas por la ausencia del artículo en cada caso), se muestran en otros pasajes bíblicos separadas en el tiempo, p. ej., Apocalipsis 20.4-6. Lo que el Señor ya había enseñado gobierna las declaraciones en cuanto a hacer lo bueno y lo malo. Hacer lo bueno (plural) es lo que marca las vidas de los que han creído y así han pasado de muerte a vida (v. 24); hacer lo malo (plural) es lo que caracteriza a los no creyentes, los no regenerados (Ro 3.9; Gá 3.10). La distinción entre «hicieron» (*poeio*) y «han practicado» (*praso*) está en esto, que *poeio* denota un acto completo en sí mismo, en tanto que *praso* denota un hábito (cp. 3.20, 21, donde se hace la misma distinción).

Habiendo declarado su autoridad para ejecutar juicio sobre todos los hombres, el Señor repudia toda idea de que esto sea cuestión simplemente de su propia voluntad y actuación, reiterando lo que ha dicho en el versículo 19. Allí, sin embargo, dijo: «Yo hago todo lo que veo al Padre hacer»; ahora dice: «según oigo, así juzgo». Esto es un testimonio adicional de la unidad esencial del Padre y él mismo. Con todo, aquí él estaba en sujeción entera y gozosa a la voluntad del Padre, lo que en sí mismo es garantía de equidad infalible en su juicio: «y mi juicio», dice, «es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (v. 30). El juicio que los judíos dictaban era pervertido porque buscaban su propia voluntad. La precisión de nuestro juicio en cualquier cosa depende de nuestra entera sumisión a la voluntad de Dios.

En la última parte de este discurso (vv. 31-47), el Señor reprende contundentemente la

incredulidad de los judíos. La gran fuerza de su reprensión está, sin embargo, en la continuación de sus afirmaciones de unidad con el Padre, contestando todavía a la acusación de que él se hacía igual a Dios.

El punto principal de esta vindicación es

El testimonio de él dado por el Padre

«Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero» (vv. 31, 32). En cuanto a la pregunta de quién es este «otro», la respuesta se provee en el versículo 37. Él pospone deliberadamente la mención real de la persona, de modo que pueda presentarse con mayor fuerza por el contraste con el testimonio humano, particularmente el de Juan el Bautista, respecto a quien ellos habían enviado a hacer preguntas especiales (1.19). Es más, la necesidad inmediata era rebatir toda imputación de que él era la única fuente de su testimonio. En ese caso, aunque el testimonio fuera verdadero, sería inválido. Así que, por el momento él habla de «Otro», y sigue: «y yo sé [*oida*, tengo conocimiento perfecto] que el testimonio que él da de mí es verdadero». La esencia de su conocimiento consistía en su unidad con él, cuya voz oía y cuya voluntad era su deleite sin vacilación.

La fuente de la luz del Bautista

Valoraba, como solo él podía y mucho más de lo que ellos valoraron, el testimonio del Bautista: «él dio testimonio [tiempo perfecto, expresando el efecto duradero] de la verdad». «Él era antorcha [*lucnos,* no antorcha, sino lámpara portátil] que ardía y alumbraba» (v. 35). Cristo mismo es la luz. De él, Juan, la lámpara humana, tomaba su luz. El que ellos se regocijaran en el testimonio de Juan era efímero e improductivo. ¡Si tan solo se dieran cuenta y reconocieran que la fuente de la luz ahora estaba testificándoles! «Mas digo esto, para que vosotros seáis salvos». ¡Qué maravillosamente exhibe esto la tierna compasión de su corazón, incluso a los de corazón endurecido y antagónico! Desde luego, estas palabras son de Uno que estaba «lleno de gracia y de verdad».

Y ahora el Señor nos lleva a la declaración definitiva del testimonio dado en cuanto a él por el Padre, hablando del testimonio de sus obras. Ellas no son sus propias obras nada más, «porque las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado». Esto hace recordar el versículo 20, y, a la luz de eso, está claro que las obras comprenden no solo las de sanidad y señales similares, sino la de impartir vida, afectando el carácter y conducta de sus seguidores, obras realizadas por su enseñanza (como en el caso de la conversión de la samaritana, ver 4.34). En su oración del capítulo 17 lo resume todo, incluyendo el sacrificio de la cruz, en la frase «la obra» («la obra que me diste que hiciese», 17.4).

El carácter de lo que abarca su referencia a sus obras aquí se insinúa en su declaración de que son «las obras que el Padre me dio para que cumpliese», lit., «a fin de que yo pueda realizar». Siendo esto así, el camino está ahora abierto para que él deje en claro a quién se había referido cuando dijo: «Otro es el que da testimonio acerca de mí» (v. 32). «También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí». Se da el énfasis más fuerte tanto en «el Padre» como en el pronombre «él» [del verbo «ha dado»].

Esto es

La piedra angular de sus declaraciones

respecto a los varios tipos de testimonio dados acerca de él. Pone de manifiesto su intenso placer en

glorificar al Padre. El testimonio del Padre lo dan solo las obras que hizo por medio de Cristo; se da, por ejemplo, en ocasión de su bautismo cuando «vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia» (Lc 3.22).

Ahora, en su facultad de juez, procede a pronunciar su sentencia sobre ellos. Sus reprensiones siguen en secuencia solemne. «Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto, ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis» (vv. 37, 38). Todo esto está estrechamente conectado. El que ellos no hubieran oído la voz del Padre ni hubieran visto su forma nos recuerda las obras de Dios respecto a Moisés en Números 12.8, donde Moisés combina en sí mismo la promulgación de la ley y la función del profeta. Los judíos, que ni habían entendido ni habían prestado atención a la voz de Dios a la nación, y especialmente a la de Moisés, en quien ellos habían puesto su esperanza (v. 45), no lograron captar que el Padre estaba hablándoles en y por medio del Hijo (cp. Heb 1.2), y que el Hijo, a quien ellos estaban rechazando, era en sí mismo la manifestación del Padre (*eidós*, su forma visible o representación).

La conexión entre la voz y la forma se repite en lo que sigue. En cuanto a la voz, «ni tenéis su palabra morando en vosotros»; y en cuanto a la persona, «a quien él envió, vosotros no creéis».

El Señor le había hablado a su público criticón y descreído de tres clases de testimonio que habían sido dados acerca de él, el de Juan el Bautista, el del Padre y el de sus obras. El testimonio de Juan lo convirtieron simplemente en tema de debate. Ante el testimonio del Padre, su incredulidad los cegó. El testimonio de las obras de Cristo fue recibido con críticas a su persona y sus afirmaciones, crítica promovida por sus conceptos errados y sus prejuicios de tradiciones humanas.

Un uso erróneo de las Escrituras

Había un testimonio adicional acerca de él, uno con el cual ellos habían estado familiarizados más íntimamente y por más tiempo que los ya mencionados. Ahora llama la atención sobre eso. «Escudriñad las Escrituras», dice, «porque a vosotros [enfático] os parece que en ellas [enfático] tenéis la vida eterna; y ellas [enfático, los objetos de su investigación] son las que dan testimonio de mí; y no queréis [no están dispuestos a] venir a mí para que tengáis vida» (vv. 39, 40). Sea que el verbo inicial se considere indicativo, «ustedes investigan», o imperativo, «escudriñen» (y uno y otro son posibles), la gran cuestión es que, aunque las Escrituras eran suyas para servirles de guía, ellos estaban tan fuera del contacto con la mente de Dios revelada allí que no lograban captar su propósito, es decir, el propósito principal de dar testimonio de Cristo. Se imaginaban que tenían vida simplemente por su posesión de la Palabra de Dios, por su devoción a la letra de la ley y por el uso formal de las Escrituras, cuyo propósito real y divino es conducir al lector al Dador de vida. Aquí está la conexión entre sus declaraciones «ellas son las que dan testimonio de mí» y «no queréis venir a mí para que tengáis vida». La revelación y ministerio de Cristo al alma son siempre los objetivos primordiales y el poder de la página sagrada.

La verdadera fuente de gloria

El Señor sigue esto con la declaración: «Gloria de los hombres no recibo». En cuanto a cómo esto influye en el curso de sus comentarios, la preposición *pará*, «desde», en esta construcción, indica la fuente u origen. Esto de inmediato sugiere que la fuente de gloria que él recibía no era humana; era divina, venía de Dios (v. 44). Incluso las Escrituras, cuya importancia se perdieron gravemente los judíos al no hallar en ellas un medio de venir a él para tener vida eterna, no eran de origen humano.

Ahora bien, el verdadero reconocimiento de esto y la subsecuente comprensión y aplicación de las Escrituras señalando a Cristo, producirían el amor de Dios en el corazón, como siempre lo hacen

cuando se las aplica así. Sus oyentes fracasaron por completo en todo esto. «Mas yo os conozco», dice, «que no tenéis amor de Dios en vosotros» (v. 42). Estaba muy bien jactarse en las Escrituras, pero ¿de qué les servía cuando no tenían el amor de Dios y rehusaban recibir a su Hijo, de quien las Escrituras daban testimonio? Él había venido en el nombre del Padre (como la presentación personal de, y con la autoridad de, el Padre), y ellos no le recibieron.

Pero había más que esto en su declaración de que él no recibía gloria de los hombres. Allí era donde los judíos erraban. Y su error estaba en la raíz de su incredulidad. «¿Cómo podéis vosotros creer», dice, «pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?». No era falta de pruebas lo que les impedía la fe; eran el orgullo, la vanidad y los deseos terrenales, que alejaban su corazón de Dios. Su rechazo de Cristo como nación los acaba sometiendo al poder engañoso del Anticristo: «Si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis». Aunque apunta a que en el futuro recibirán como nación al hombre de pecado, el principio maligno estaba ya obrando en sus corazones y ellos eran los precursores de la apostasía final de la nación. Venir en el propio nombre de uno es atraer honor para uno mismo y buscar el aplauso humano, y eso es la misma negación del amor de Dios. Cristo había venido para manifestar al Padre y no hacer otra cosa que su voluntad. De ahí que la gloria del Padre siempre brillase en él. En ellos no estaba ni el amor de Dios, ni la fe que obraba por amor (v. 44). No hay terreno neutral. Los hombres deben o recibir a Cristo o sufrir los engaños cegadores de los poderes de las tinieblas y estar de lado de sus enemigos.

El gran tema del Pentateuco

Al final de su discurso, el Señor derriba el mismo cimiento de la falsa confianza de ellos. Él aumenta la fuerza de este golpe precediéndolo con la declaración de que no actuará como acusador de ellos ante el Padre (v. 45). No, su objeto inmediato era su salvación (v. 34). Quien los acusaba era Moisés, en quien ellos «tenían su esperanza». Se imaginaban que al acusar a Cristo de quebrantar el sabbat estaban defendiendo la ley mosaica; pero ella los condenaba (cp. Dt 31.21, 26; 32.28). Su rechazo de Cristo era, a decir verdad, rechazar a Moisés. «Porque si creyeseis a Moisés», dice, «me creeríais a mí, porque de mí escribió él».

De este modo señala el tema sobresaliente de todo el Pentateuco, testificando al mismo tiempo de su autoría, autoridad e inspiración divina. El énfasis se puede destacar traduciendo «fue de mí de quien él escribió». Su declaración (que rememora sus palabras en cuanto a todas las Escrituras, v. 39) nos permite tener una estupenda guía para una comprensión correcta del tan criticado y malentendido Pentateuco. Feliz es aquel que, seguro de una respuesta, eleva la oración:

Enséñame a amar la página sagrada
Y a ver a mi Salvador allí.

¡Con qué tajante solemnidad cierra el Señor su discurso! «Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?». Es prácticamente una protesta exclamatoria, en la que coloca los escritos de Moisés en la misma categoría divina que sus propias palabras. Él exige la aceptación de ambas como cuestión de fe. Negarse significa la pérdida de la esperanza válida de salvación.

El segundo discurso público en el Evangelio de Juan

En Juan 6 hallamos el segundo discurso público de Cristo en este Evangelio. Estas enseñanzas están divididas en dos partes: la primera (Jn 6.26-40) responde a la solicitud que le hace la multitud debido al milagro que él había obrado; la segunda (versículos 43-59) es una respuesta a la murmuración de los judíos. Cada parte contiene las mismas dos verdades principales: (1) que Cristo es el pan de vida, (2) y, como tal, ha venido del cielo para dar vida a los hombres.

«De cierto, de cierto»

Él empieza con un «De cierto, de cierto», lit., «Amén, amén», un modo de atraer la atención que estaba frecuentemente en sus labios. Introduce un tema de urgencia apremiante porque es de importancia esencial y, por lo general, porque va en contra de, o excede, las ideas en las mentes de sus oyentes.

«De cierto, de cierto os digo que me buscáis», dice, «no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre» (vv. 26, 27). Su «no trabajen por» tiene una fuerza comparativa: la nutrición espiritual es cuestión de mucha mayor preocupación que lo material. ¡Y qué esfuerzo habían hecho ellos en su esfuerzo por hallarlo! ¡Con vista, sin duda, a obtener más pan! Su mandamiento no iba desde luego en contra de ganarse la vida; la Versión Reina Valera pone correctamente «trabajad», en vez de «esfuércense». La misma palabra la usan sus oyentes en el siguiente versículo. Que sus esfuerzos se dirijan a obtener el alimento espiritual. Ese permanece. ¡Es un indicio, tal vez, en contra de la idea de obtener de él provisión continua de pan material! El pan espiritual permanece para vida eterna; la sostiene para siempre. Y está allí para el que lo quiera. Que realicen una búsqueda real y lo hallarán. El Hijo del Hombre lo da. Él es el proveedor del sustento espiritual, muchísimo más importante.

El sello del pan de vida

El sello aquí significa la autenticación, la comisión con autoridad, de parte de Dios, del Hijo del Hombre como el solo Dador de vida eterna. Puede aludir a la costumbre de los panaderos de imprimir una marca en sus panes, o ser una referencia típica, pensando en el examen y sellado de los corderos para el sacrificio, que predicen en sombra a Cristo como el Cordero pascual (otras sugerencias parecen menos satisfactorias).

La amonestación del Señor a los judíos: «Trabajad ... por la comida que a vida eterna permanece», recabó de ellos la pregunta, al parecer aquiescente, (con suficiente fervor, podemos suponer): «¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?». Ellos percibieron que sus comentarios tenían una implicación moral que contrastaba con sus concepciones materialistas. ¿Cómo entonces debían actuar a fin de hacer las obras agradables a Dios y entonces obtener el pan espiritual imperecedero?

«Y esto no de ustedes»

Su respuesta descarta de inmediato la idea, tan innata en los corazones de los hombres, de que el favor y misericordia de Dios son condicionales al mérito y esfuerzo propio humano. La condición

caída del hombre debe en sí misma bastar para demoler tales expectativas. Pero eso es precisamente lo que los hombres no reconocen. El hombre debe ser descartado; solo Dios puede suplir la necesidad. Y Dios la ha suplido, y lo ha hecho en la persona y obra de su Hijo, el enviado. Pero esto requiere una revelación divina. Dios la ha dado. Él «nos ha hablado en su Hijo». Pero esto, de nuevo, requiere fe. Y Dios, que otorga al hombre la facultad de la fe, ha dado «fe [*pistis*, en Hch 17.31, que ordinariamente denota fe, aquí significa base para la fe] a todos con haberle levantado de los muertos».

En consecuencia, el Señor indica directa y específicamente que «ésta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado» (v. 29). La respuesta es anticipatoria de la gran doctrina por la cual el apóstol Pablo contiende en Romanos y Gálatas, la justificación por la fe, en contraste con la futilidad de las obras. No es «hacer», sino «confiar».

Los judíos, como muchos otros, no podían ver las cosas de esa manera. Ellos debían tener evidencias tangibles, algo para la visión natural. Ver es creer. Eso es incredulidad ciega. «¿Qué señal, pues», dicen, «haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces?». Es más, ¿acaso a sus padres no se les había concedido por medio de Moisés algo para la vista natural y pan para el hombre natural? Si, entonces, el que les estaba hablando era el Mesías, y por consiguiente mayor que Moisés, ¿no lo iba a demostrar con una señal confirmatoria?

«El pan verdadero»

De nuevo, el Señor rechaza sus ideas con un «de cierto, de cierto os digo» y una negación y un contraste: «No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo». La palabra *aletzinos* denota verdadero, no en el sentido de real, o fiel al hecho (*aletzes*), sino de lo que es ideal, tanto como genuino; también se emplea para referirse a Cristo en 1.9; 15.1; 1 Juan 2.8; 5.20 (tres veces); Apocalipsis 3.7, 14; 19.11. Así como a la samaritana le había presentado el contraste entre el «agua viva» y el agua del pozo sagrado que llevaba el nombre de Jacob, ahora él se presenta como el pan verdadero en contraste con la provisión que ellos atribuían a Moisés.

Reservándolo para el momento de la identificación específica de sí mismo como este «pan verdadero», confirma su carácter: «Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo» (v. 33). Dos contrastes se destacan aquí: (1) en tanto que del maná se habla como «trigo de los cielos» (Sal 78.24), y «pan del cielo» (Sal 105.40), el Señor recalca que él «descendió del cielo», atestiguando el hecho de su descenso a la tierra mediante su encarnación como el Hijo del Hombre y el enviado del Padre (vv. 27, 29); (2) en tanto que el maná no podía evitar que sus «padres» murieran («cuyos cuerpos cayeron en el desierto»), el pan verdadero imparte vida imperecedera; y en tanto que el maná fue privilegio exclusivo de Israel, el pan verdadero ministra vida al mundo, es decir, a todos los que participan de él, descartando toda distinción racial.

Una petición ferviente y la gran revelación

Esto les hace pedir: «Señor [aunque no estaban dirigiéndose a él como seguidores humildes en sumisión a su autoridad), danos siempre este pan». La petición fue sincera; creían en su poder, aunque no creían en su misión.

El Señor responde a esto con un clímax de revelaciones formidables respecto a sí mismo que constituyen el resto de la primera parte de este discurso. Así como en su conversación con la samaritana él había dirigido sobre sí mismo la plena luz de sus revelaciones cuando dijo «Yo soy, el que habla contigo», así ahora le dice al pueblo: «Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás». Esta afirmación, nada ambigua, tan

autoritativa, tan imperativa, podía tener solo uno de dos efectos en sus oyentes. La vida abundante, con sustento eterno, sería de ellos al creer en él viniendo a él. El rechazo, con su evidencia de falta de apetito del pan que él da, que implica la muerte espiritual de separación de él. La decisión de ellos es clara en el resto del capítulo. Las alternativas siguen siendo las mismas para todos a quienes llega la oferta.

Venir y creer

Las dos declaraciones del Señor se presentan con la forma pareada de los paralelismos hebreos. En el original, cada una contiene la misma doble negación (*ou me*, «de ninguna manera»), y las declaraciones cierran con el fuertemente recalcado «jamás» (*popote*), que, estando en su posición enfática al final, rige a ambas, para decir: «el que viene a mí de ninguna manera tendrá hambre, y el que cree en mí de ninguna manera tendrá sed, jamás». Así como el hambre y la sed expresan lo que se puede suplir mediante provisiones naturales, así venir a Cristo y creer en él son los medios indisociables para suplir la necesidad espiritual.

La figura que usa es de primordial importancia. El pan significa alimentación, sustento, fuerza, la edificación de los mismos tejidos de la vida. Y esto, espiritualmente, es lo que Cristo llega a ser para el creyente. Comunicándonos su vida a nosotros llega a ser parte de nuestro propio ser, la fuerza de nuestra alma. Él es la provisión adecuada de toda necesidad espiritual, la plena satisfacción de todo deseo espiritual. No podemos vivir la vida natural sin pan. No podemos vivir la vida espiritual sin Cristo. El que es así sostenido por él puede decir con el apóstol: «Cristo vive en mí». ¡Y qué posibilidades tiene esto para el que conoce el gozo y poder de esta santa unión de vida y amor! El tal puede verdaderamente decir: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece».

Las promesas, condicionadas a venir a Cristo, de nunca tener hambre o sed, vieron impedido su cumplimiento en el caso de los judíos por su persistente incredulidad. Él les abre los ojos a esto con la declaración: «Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis» (v. 36). Probablemente, se refiere a que le vieron como el proveedor milagroso de pan, pero no entraron en una relación con él por fe (vv. 26-29). Sus corazones, desnudos y abiertos ante él, no apreciaban en absoluto el carácter real de su persona, sus acciones y sus caminos. ¡Cuántos le oyen y no avanzan más que ellos!

Elección divina y libre albedrío humano

Sin embargo, sus próximas palabras dejan en claro que la incredulidad de ellos no hace que se frustre su misión: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera» (v. 37). Esta sublime aseveración conlleva dos hechos fundamentales respecto a Dios y el hombre: (1) el reconocimiento eterno y propósito elector de Dios en la salvación, (2) el ejercicio del libre albedrío humano para aceptar las condiciones de Dios o rechazarlas. La experiencia humana confirma ambas verdades. No hay inconsistencia en esto. La doble operación se expresa en las palabras bien conocidas: «la gracia de Dios en Cristo previniéndonos, para que podamos tener buena voluntad, y obrando en nosotros, cuando tenemos esa buena voluntad».

Nótese el cambio de «todo lo que» a «al que». Lo primero, expresado por el género neutro, ve al cuerpo entero de creyentes como una entidad y unidad prevista y predeterminada por el Padre, recalcando esto aparte de la oferta hecha a, y aceptada o rechazada por, los individuos (véase también v. 39, y cp. el mismo uso del neutro en 17.7: «todas las cosas», y 17.24: «aquellos que me has dado»). Luego sigue el masculino, hablando de cada individuo que, ejerciendo su voluntad para aceptar la oferta, decide venir a Cristo (cp. de nuevo el mismo cambio a lo personal en 17.7 y 24).

Hay un cambio también en los verbos que se traducen como «vendrá» y «viene». El primero (*jeco*)

recalca la llegada y el estar presente, y aquí desde el punto de vista del Padre; el otro (*ércomai*) presenta el hecho de venir y marca la decisión voluntaria del que viene.

La fuerte negación «de ninguna manera» sugiere que, lejos de echar fuera al creyente, el Señor le abrazará y le protegerá; conlleva algo más que la promesa de recibir y trae consigo la certeza de la seguridad eterna, que da a entender el deleite del Señor en esta gracia hacia lo que el Padre le da (para la confirmación de la seguridad irreversible e interminable del creyente, ver también 11.25, 26).

La voluntad del Padre

Todo esto, con sus expresiones para asegurar la resurrección, lo basa en (1) el hecho de que él ha venido del cielo para hacer la voluntad del Padre, (2) el diseño de su voluntad. Dice: «Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y ésta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero» (vv. 38-40).

El sentido del conector «porque» es que su venida del cielo, para realizar la voluntad del Padre en la salvación eterna de los que vienen a él, descarta la posibilidad de que él eche fuera a alguno de ellos. Cuatro veces habla el Señor de descender del cielo, aquí y en los versículo 50, 51 y 58. De este modo excluye la idea de que esté simplemente expresando su propia opinión o hablando por sí mismo.

De nuevo se usa el neutro, dando a entender que la compañía completa de creyentes se ve como una entidad. El que él no perderá a ninguno implica su cuidado protector (cp. 17.12; 18.9). A esta negativa le sigue la declaración positiva de su acto consumador en su resurrección, acto que confirma la seguridad eterna de ellos.

La declaración relativa a la resurrección se repite, con el mismo cambio que se ha anotado arriba. Cuando él dice, primero, que es la voluntad del Padre que él resucite en el día postrero a todos los que él le ha dado (la compañía entera), está declarando la salvación de los creyentes desde el punto de vista del Padre. Cuando repite su confirmación y dice: «yo le resucitaré [al creyente individual] en el día postrero», está considerando el asunto desde el punto de vista del creyente mismo como uno «que ve al Hijo, y cree en él». En la primera declaración da la seguridad de que no perderá nada, todo es don del Padre; en la segunda, cada uno tiene vida eterna, como resultado de su fe.

Nada de tinieblas de afuera para ningún creyente

Esta promesa de que todos serán resucitados, como resultado de haber sido dados a él irrevocablemente, refuta por completo la doctrina errónea de que ciertos creyentes serán echados a la oscuridad de afuera durante el milenio por no haber estado velando en el momento de su Segunda Venida.

El verbo que se traduce como «ve» es *teoreo* (no el verbo sencillo *jorao*, ver, como en la Versión Autorizada en inglés); indica una contemplación detenida o un uso cuidadoso, y el significado es: «todo el que contempla al Hijo con el efecto de creer en él». No era así con los judíos. Ellos le habían visto (*jorao*) y no creyeron. Una persona no puede creer en el Señor Jesucristo y ser salvada sin esa medida de consideración de su persona y obra de gracia redentora que resulta en fe en él. Ninguna consideración meramente pasajera es suficiente.

En cuanto a la frase «en el día postrero», se usa el término que marca el tiempo en el cual todos los que tienen parte en la primera resurrección serán levantados, tanto los del arrebatamiento (1 Ts

4.16) como los que, habiendo sufrido la muerte durante «el tiempo de angustia de Jacob» o «la gran tribulación», serán resucitados subsiguientemente (Ap 20.4-6). El Señor no revela tales detalles a los judíos. Tampoco ellos los hubieran recibido. Y aunque él reveló el tema más completamente a sus discípulos más tarde en el aposento alto, la plena revelación quedó reservada para el ministerio apostólico después de haberse formado las iglesias. Este proceso gradual del despliegue de la verdad profética en tiempos diferentes en el curso de la revelación divina es algo que requiere ser considerado ordenadamente para una perspectiva correcta de los propósitos de Dios.

La interrupción en los comentarios del Señor, por la murmuración de los judíos, sugiere la insatisfacción de ellos con la exposición de la condición de su corazón. La razón inmediata fue su afirmación en el sentido de que ellos estaban privados de la vida eterna debido a su negativa a aceptarlo. Evidentemente, lo sintieron. A decir verdad, su garantía de la resurrección de vida es el punto culminante de la verdad de que él es el pan de vida.

Las excusas de la incredulidad

La incredulidad siempre está lista para presentar excusas. Por eso, ignorando la implicación de sus expresiones de seguridad de la vida eterna y de la resurrección contrastadas con la misma actitud culpable de ellos, ellos respaldan su propia autocomplacencia con las murmuraciones de su supuesta familiaridad con las circunstancias de su nacimiento: «¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido?». Su plausible cuestionamiento, que en realidad impugnaba la afirmación de Cristo, fue simplemente una evasión del punto principal de su testimonio.

Una lección para el predicador

Aunque refuta brevemente sus murmuraciones, él no responde a sus objeciones, ni añade datos sobre su nacimiento ni repudia las calumnias de los judíos al respecto. Hacerlo habría sido hundirlos más en su oscuridad. Las cuestiones de importancia inmediata y primordial son las de la misma necesidad y peligro espiritual de ellos; no el modo de la venida de él al mundo, sino el medio de ellos para venir a él. ¡Qué lección para el predicador del evangelio cuando se ve enfrentado a argumentos escépticos sobre asuntos secundarios de teología!

«No murmuréis entre vosotros», dice. «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere». Esta necesidad del poder de atracción del Padre inculca de nuevo la soberanía de Dios, en tanto que lo que sigue refuerza la responsabilidad del hombre para venir a, es decir, tener fe en, el Hijo (vv. 44-51), tal como los mismos dos hechos se combinaron en el versículo 37. El poder del Padre para traer está disponible para todos los que quieren venir.

Luego, por tercera vez, recalcando la tremenda importancia del hecho para sus lectores, declara que al que viene él lo resucitará en el último día. La atracción divina empieza la obra de salvación; la resurrección la completará.

Cómo el Señor apeló a las Escrituras

Ahora él los dirige a las Escrituras, con una conexión profundamente significativa con, y que es continuación de, el tema de venir a él: «Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí» (v. 45). Aquí el Señor usa la profecía de Isaías 54.13 (pasaje que predice la bendición milenial) para mostrar que Dios atrae a los hombres por la enseñanza, no por estatutos legales, ni por visión externa, ni por mera acción de las emociones, sino por la instrucción de gracia, y que su enseñanza tiene a Cristo mismo como su

objeto. Su cita no implica que las Escrituras le proveen a él su doctrina; no, él confirma su doctrina apelando a las Escrituras.

La necesidad de venir al Hijo

Más tarde les dice a los discípulos: «Nadie viene al Padre, sino por mí» (14.6). Ahora dice: «Ninguno viene a mí, sino por el Padre» (v. 44). Sin embargo, todavía sigue siendo responsabilidad de los hombres oír y aprender, y así, por la instrucción del Padre, venir al Hijo, en quien se centran todos los consejos de la gracia y la gloria.

Pero, ¿por qué ahora dice: «No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre»? En primer lugar, para prevenir cualquier idea de que se pueda desasociar al Hijo del Padre. Su unidad la recalca él en un discurso posterior (10.30). En segundo lugar, para mostrar que la revelación del Padre es por medio del Hijo: «El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (1.18); «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (14.9). En tercer lugar, para mostrar que todo acceso al Padre se debe distinguir absolutamente de esa visión abierta, inmediata e ininterrumpida de que solo el Hijo disfruta. De este modo, él se pone a sí mismo por encima de Moisés, el único a quien el Señor conocía «cara a cara» (Dt 34.10). En cuarto lugar, para grabar en sus oyentes no solo el hecho de su divinidad como el Hijo, sino la necesidad de venir al Hijo como el Único que, en virtud de esto, puede ser el único medio de vida y subsistencia espirituales.

La preposición *pará*, «de, desde», en la frase «que vino de Dios», significa «desde al lado», «de (estar) con»; indica fuente de origen (cp. 15.26, del Espíritu Santo). Mientras meditamos en esta forma de expresión, necesitamos tener presente la unidad de los tres en una Deidad. Como bien se ha dicho, «no son ni tres Dioses, ni tres partes de Dios. Más bien son Dios tres veces, Dios tri-personalmente. La distinción personal en la Deidad es una distinción interna, y de unidad, no una distinción que califica unidad o usurpa el lugar de ella o la destruye». Todo se mantuvo como cierto de manera continua toda la vida de Cristo en la tierra.

En el versículo 47 llegamos al tercer «De cierto, de cierto» del Señor, cada uno de los cuales, como ya hemos notado, sirve para captar la atención de sus oyentes de una manera en particular. En lo que sigue declara más explícitamente ciertos hechos que había indicado antes. Aun así, su enseñanza conduce a un punto (respecto a su «carne») que, debido a la incredulidad y dureza de sus corazones, se vuelve más difícil e inaceptable para sus mentes llenas de prejuicios, lo cual contará en su contra. Y esto, como veremos, aumenta conforme él avanza hacia la conclusión de su discurso. La incredulidad persistente hace que la verdad sea mucho más difícil de captar.

El pan de vida: Provisión y propósito

«De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida». La primera declaración recuerda más definitivamente lo que él dijo en el versículo 40. Ahora no es «tiene», sino «tendrá». Su segunda declaración reitera lo que dijo en el versículo 35. La repetición se debe al hecho de que este era el punto especial de la murmuración de ellos (v.
41). Entonces se refiere de nuevo al tema del maná. Cuando ellos habían comentado que sus padres «comieron el maná en el desierto», su respuesta presentó el tema desde el punto de vista de las dádivas de Dios, tanto del maná como de sí mismo, el pan verdadero como dádiva del Padre. Ahora indica el contraste respecto a los receptores. Sus padres comieron el maná y «murieron». El maná, pan tipo, ni siquiera bastó para mantener la vida física a perpetuidad. Él, el antitipo, es «el pan que desciende del cielo, para que el que [cualquiera] de él come, no muera [propósito divino, y

provisión ilimitada]». «Yo soy», dice, «el pan vivo que descendió del cielo» (vv. 50, 51). Es importante notar la diferencia entre el tiempo presente, «desciende», y el aoristo, pasado definido, «descendió». El primero no significa una venida continua; indica la característica inherente del pan, definiendo (como lo hace el artículo con el participio presente) lo que es esencial a su naturaleza y a las circunstancias indicadas. El tiempo pasado denota el hecho histórico del descenso, acto por el cual él se encarnó (cp. v. 33). En el versículo 38 se usa el tiempo perfecto: «he descendido», expresando el hecho con énfasis en los efectos duraderos.

De nuevo, en cada parte de este discurso el Señor añade al hecho de que el Padre le envió su propio acto voluntario de venir, en cumplimiento gozoso de la voluntad del Padre. Él «me envió» (v. 44); «yo ... descendí» (v. 51). Debemos notar, también, el cambio de «Yo soy el pan» (v. 48) a «Éste es el pan» (v. 50) y el cambio de eso otra vez a «Yo soy» en el versículo 51. El «Éste es» sugiere una referencia demostrativa para el ignorante razonamiento de ellos: «¿No es éste Jesús, el hijo de José?» (v. 42).

El envío y la venida

Es más, hasta aquí él ha dicho: «Yo soy el pan de vida» (vv. 35, 48). Ahora dice: «Yo soy el pan vivo» con énfasis especial en «vivo». Hay una diferencia. La primera declaración recalca la impartición de vida en razón de la naturaleza característica y poder productivo de su persona; la segunda recalca el principio esencial y el tipo de vida que es inherente en él.

¡Qué contraste con el inerte maná, que, bajo ciertas condiciones, se pudría! Sustentaba la vida solo por el día. Para los que por fe reciben a Cristo, el pan vivo, él se convierte en ellos en un principio verificable de vida imperecedera, haciéndoles que vivan para siempre.

Esto lo confirma positivamente el negativo precedente: «que el hombre viva y no muera». Así que en esto se asegura más que vida espiritual. Vivir para siempre incluye la vida de resurrección en el más allá, la vida eterna de la persona entera, cuerpo, alma y espíritu. Con esto en mente, él asegura: «yo le resucitaré en el día postrero» (v. 40).

Un clímax y un paralelismo

Su enseñanza alcanza ahora un clímax, con declaraciones más difíciles de captar para sus oyentes incrédulos que cualquier cosa que haya dicho hasta aquí. La dificultad aumenta conforme él avanza después de la interrupción de ellos. Él dice: «y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo». ¡Su «carne»! En este añadido se halla una monumental dificultad para ellos, y no son los únicos en experimentarla.

La declaración, añadida a lo que sigue, es exhaustiva y constituye el tema del próximo capítulo. Ahora podemos notar el paralelismo entre los versículos 48 al 50 y 51.

(a) «Yo soy el pan de vida» (v. 48).
(b) «Yo soy el pan vivo» (v. 51).

(a) «Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron» (v. 49).
(b) «si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre» (v. 51).

(a) «que desciende del cielo» (v. 50).
(b) «que descendió del cielo» (v. 51).

(a) «para que el que de él come, no muera» (v. 50).
(b) «y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo» (v. 51).

El disfrute del pan vivo

¡Cuán plenamente puede él suplir nuestras necesidades espirituales! ¡Qué infinita riqueza de provisión reside en él para nuestro crecimiento y desarrollo, nuestra fortaleza y refrigerio, capacitándonos para «crecer en él», a fin de que seamos hechos conforme a su imagen (Ro 8.29)! Y todo es resultado de su descenso hasta la muerte para que nosotros, habiéndonos identificados con él en eso, y «llegando a ser semejante a él en su muerte», podamos aquí y ahora, en el poder de su resurrección, andar en vida nueva. Que siempre disfrutemos del pan vivo. Solo así podremos en alguna medida aquí y ahora llegar «a la resurrección de entre los muertos» (Fil 3.11).

Un resumen

El Señor ahora resume su discurso reafirmando, con tres recordatorios, los principales hechos del mismo: (1) él es «el pan que descendió del cielo», (2) sus padres comieron el maná y, sin embargo, murieron, (3) «el que come de este pan [él mismo, «el verdadero pan», v. 32, «el pan vivo», v. 51], vivirá eternamente». De este modo, hace una apelación final para que tengan fe en él.

Todo esto se dijo en la sinagoga de Capernaúm. La congregación incluía a un número considerable de discípulos (muchos más que los doce), de los cuales no pocos consideraron su palabra (*logos* sería más apropiado para incluir el discurso como un todo) como «dura», i.e., difícil de aceptar, un obstáculo para su fe; «¿quién la puede oír?», decían entre sí en voz baja.

«Sabiendo Jesús en sí mismo [percibiendo intuitivamente] que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os ofende? ¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?». Se refiere a su ascensión. No dice que ellos la verían. Su pregunta retórica, sin embargo, se aplicó a aquellos del grupo que en realidad la presenciaron.

Su pregunta lleva consigo la implicación de su resurrección y la certeza de su ascensión. Ese evento sería la reivindicación completa y la ratificación de todo su testimonio.

Habiendo explicado el hecho de la importancia espiritual y vital de lo que él había dicho respecto a sí mismo como el pan de vida y de su carne y sangre como medios de vida, revela el efecto separador de su mensaje; separador debido a la fe de algunos y la incredulidad de otros: «Pero hay algunos de vosotros que no creen». Él «sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y», entre ellos, en contraposición a los once de su círculo íntimo de discípulos, «quién le había de entregar». Él sabía con todo detalle la manera en que se iba a producir su muerte. ¡La sombra del Calvario siempre estuvo presente en su alma!

¿Apostasía o fidelidad?

El poder separador de su ministerio se ve no solo respecto a los creyentes, sino también a los seguidores profesantes. Porque, siguiendo a su repetida declaración de que nadie viene a él «si no le fuere dado del Padre [Dios conoce antes como tales a todos los que creen y a los que les es dado venir], muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él». ¿Defección o devoción? La decisión sigue ante nosotros hoy.

Siempre ha sido así. El evangelio es bien sea palabra de vida para los que lo reciben, bien sea ministerio de muerte para los que lo rechazan; es «poder de Dios» para los que «están siendo salvados», pero «necedad» para «los que perecen».

Cuando el Señor les dijo a sus oyentes incrédulos «el pan que yo daré es mi carne», él sabía que

esto sería recibido por ellos con una objeción más fuerte que la de cualquier cosa que hubiera dicho previamente. Para su retribución, su incredulidad hizo que la exposición del misterio de su persona y del propósito para el cual había venido al mundo fuesen más difícil de entender para ellos. La dificultad aumentó cuando, después de su altercado unos con otros y de la escéptica pregunta de «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?», él ahonda más y dice: «De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida». ¡Declaración insólita para los judíos en vista de Levítico 17.10-16!

Lo que fue tropezadero para ellos, y ha sido tema de mucha interpretación errónea en el cristianismo, recibe su verdadera interpretación, no partiendo del prejuicio de la tradición eclesiástica, sino de las mismas Escrituras. De hecho, lo interpretamos gracias a los comentarios subsiguientes del Señor a sus discípulos. Los judíos tomaron sus declaraciones como referidas a sangre y carne literales y a los actos físicos de comer y beber. Él rechaza esa noción errónea en la exclamación: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen».

Su carne y su sangre

Su «carne» significa aquí, no simplemente su forma corporal, sino la entera humanidad, espíritu alma y cuerpo del Hijo del Hombre, quien, al entregarse a la muerte en la cruz, se dio a sí mismo como el medio de vida y sustento eternos. Su «carne» representa, no simplemente el elemento físico, sino la entrega de su vida por el sacrificio expiatorio, en el derramamiento de su sangre. La sangre es esencial a la vida. «Porque la vida de la carne en la sangre está ... y la misma sangre hará expiación de la persona» (Lv 17.11). De este modo, la eficacia salvadora de la muerte de Cristo depende del hecho de que al derramar su sangre él dio su vida (Mt 20.28), él «se entregó a sí mismo» (Gá 2.20).

No es la Cena del Señor: una distinción

Lo que él dice en este capítulo 6 no se refiere a la Cena del Señor; y por las siguientes razones: (a) si se hubiera tenido en mente la Cena, el comer el pan en ella constituiría al que la toma en participante de la vida eterna aparte de la condición de la fe en Cristo; (b) el tema primordial en esta parte del discurso es la vida eterna; este tema nunca se menciona en relación con la Cena del Señor; (c) tomar su enseñanza para referirse a eso es dar una aplicación literal, en tanto que él claramente indica que sus palabras relativas a su carne y sangre no tenían esa intención; (d) él dice que la entrega de su carne es «por la vida del mundo»; la Cena del Señor fue instituida, no para el mundo, sino para sus discípulos; (e) en su instrucción respecto a la Cena, él habla de su cuerpo, en tanto que aquí habla de su carne.

Cinco beneficios resultantes

A la solemne advertencia del versículo 53 de las consecuencias de no participar de su carne y sangre le sigue una serie de expresiones para asegurar su gracia en cuanto a la bienaventuranza de hacerlo así:

1. Comer su carne y beber su sangre, es decir, apropiarse uno mismo de la eficacia salvadora de su muerte, es estar en *posesión de la vida eterna.* En el versículo 54, la palabra que se usa para comer cambia del término general *fago*, el empleado previamente, a *trogo,* que se usa en el resto del discurso. Este verbo, que primordialmente significa masticar, pone el énfasis en el proceso de comer;

tiene, pues, más intensidad que *fago*, y el cambio marca un aumento en la dificultad de su vocabulario para su público escéptico.

2. Él *le resucitará en el día postrero.* Por tercera vez, y con un gozo evidente en la repetición y en la perspectiva segura de su acción poderosa, el Señor mira a su victoria final sobre la muerte.

3. «Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida», o, más cercano al original, «comida verdadera» y «bebida verdadera» (cp. v. 32).

4. «El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él», *un morar mutuo* del cual el Señor habla con mayor detalle a los discípulos más tarde en el aposento alto, una permanente unidad de vida y la más honda intimidad de comunión. El creyente halla su vida en Cristo y Cristo le imparte la suya al creyente.

5. «Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí». La frase «el Padre viviente» implica su auto existencia y le describe cómo Aquel en quien la vida, sin origen, reside esencialmente. Por consiguiente, él es también el centro y fuente de la vida. Lo mismo ocurre con el Hijo, quien es uno con el Padre (10.30). Aquí él testifica que, como Hijo, el enviado, que se ha hecho hombre, él vive «debido a [o por razón de, no «por»] el Padre» (véase 5.26). Y puesto que el Hijo comunica vida al que por fe se apropia de él, el creyente vive y vivirá para siempre por razón de él.

El tercer discurso público en el Evangelio de Juan

Durante la Fiesta de los Tabernáculos, Jesús vuelve a Jerusalén y se dirige a algunos de los que abarrotaban la ciudad. Hay en realidad cuatro discursos públicos en Juan capítulo 7, el primero es en respuesta a los judíos (vv. 14-24). El segundo, en respuesta a algunos de los que estaban en Jerusalén (vv. 25-31), el tercero, después de que los oficiales del sanedrín vinieran para detenerlo (vv. 32-36), el cuarto, el último día de la fiesta (vv. 37-39).

En Juan capítulo 7, la escena de la controversia de Cristo con los judíos cambia de Galilea a Jerusalén. La crisis crece en intensidad. Las circunstancias ahora se conectan con la Fiesta de los Tabernáculos, con su inmensa concurrencia de gente. Las fiestas judías en el Evangelio de Juan en conexión con el testimonio del Señor parecen ocurrir en su orden cronológico. Mientras estaba en Galilea, sus hermanos, que, en su visión mundanal, no creían en él, le habían instado a que fuera a Judea, para que pudiera hacer una exhibición de sus obras a sus seguidores, manifestarse al mundo, y así restaurar la gloria nacional de Israel. A esto replica él contundentemente que las ideas de ellos y sus caminos eran contrarios a los de él. Ellos todavía estaban del lado del mundo (aunque esa actitud no continuaría indefinidamente). Les dice que vayan ellos a la fiesta; él estaría ausente al principio. Después de que ellos se hubieron ido, él fue «no abiertamente, sino como en secreto», plenamente sabedor de la tendencia que la controversia renovada tomaría, y ordenando deliberadamente sus movimientos en relación con los asuntos que surgirían y que conducirían a su muerte. Sabía que los judíos estarían buscándole en la fiesta, y así lo hicieron (v. 11).

La fuente de verdad y luz

Para las multitudes, y particularmente para los que habían venido desde Galilea, él era tema de mucha discusión y de ideas muy divergentes. «Y había gran murmullo acerca de él entre la multitud». Algunos le consideraban «bueno», pero tenían que mantener sus discusiones calladas por miedo a los dirigentes religiosos y sus agentes de la «Gestapo». Otros decían que era un engañador y un peligro. La conclusión de esta parte de la controversia resulta en un esfuerzo real, instigado por la jerarquía mediante los agentes mencionados, para detenerle, esfuerzo en el cual algunos de la multitud estuvieron listos para tomar parte de buen grado (vv. 30, 32, 44, 45). En el tiempo señalado, en medio de la fiesta, el Señor va directamente al templo y empieza a predicar. En lo que sigue en este y los próximos capítulos, el Señor se revela como la fuente de verdad y luz, tal como en el discurso precedente se había revelado como la fuente y sustentador de la vida.

Hay en realidad cuatro discursos públicos en el capítulo 7: el primero, en respuesta a los judíos (vv. 14-24); el segundo, en respuesta a algunos de los que estaban en Jerusalén (vv. 25-31); el tercero, después de que los oficiales del sanedrín vinieran para detenerlo (vv. 32-36); el cuarto, el último día de la fiesta (vv. 37-39).

«Me deleito en hacer tu voluntad»

La enseñanza que dio en el templo despertó el asombro de los judíos: «¿Cómo sabe éste letras», dijeron, «sin haber estudiado?». «Éste» es peyorativo, como en 6.42. Su asombro está en el hecho de que hubiera manifestado tal conocimiento sin haber asistido a las escuelas rabínicas para recibir la habitual instrucción de los representantes reconocidos de la religión tradicional. El Señor, siempre deleitándose en glorificar al Padre (ver 17.4), responde al instante: «Mi doctrina no es mía, sino de

aquel que me envió» (cp. 5.19, en cuanto a sus obras; 5.30, en cuanto a su juicio; 6.38, en cuanto a su voluntad; 6.57, en cuanto a su vida; 8.26, 28.38, en cuanto sus palabras).

¡Cuán insignificante era la instrucción rabínica comparada con esto! Aquí había una fuente única; porque todo está en la absoluta e ininterrumpida unidad del Hijo con Aquel que le envió. Tanto la evidencia de su enseñanza como su propio testimonio respecto a ella debían haber silenciado todo reparo.

La voluntad para hacer la voluntad de Dios

Él procede al instante a inculcarles la responsabilidad de recibir su enseñanza y la condición bajo la cual se puede cumplir esa responsabilidad: «El que [cualquier persona] quiera [no simplemente el «deseo» futuro, sino el ejercicio de la voluntad humana, la intención definida] hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (v. 17). Conocer que él hablaba de Dios era darse cuenta de que su enseñanza era la voz de Dios para los hombres. Su enseñanza y sus acciones deben andar juntas. La condición para esto está en nuestra disposición.

El hacer la voluntad de Dios no es meramente cuestión de fe, sino un corazón en armonía con él; no es ni mecánica ni obligatoria, sino inteligente y voluntaria. Esto no se podía obtener simplemente en las escuelas rabínicas; ni se adquiere meramente por cursos de estudio teológico.

El Señor indica ahora la evidencia motivadora de la fuente de su enseñanza. La prueba de su validez está en su motivo. «El que habla por [no «de», en el sentido de «respecto a»] su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia». Esto solo era verdad con respecto a Cristo. Los maestros humanos que son poseedores de las más altas motivaciones no están por ello libres del error. Cualquier embajador que busca la gloria de su maestro es «verdadero», y desempeña su condición rectamente. Pero solo el Señor cumplió perfectamente el criterio. La suya, y solo la suya, fue una obediencia totalmente desprendida al Padre.

En el siguiente versículo no pasa a un tema diferente, sino que ilustra lo que acaba de decir por el rotundo contraste con el caso de ellos. Ellos se gloriaban en la ley como algo que era distintivamente su posesión nacional. Si hubieran buscado la gloria de Dios, habrían tenido la disposición para cumplir sus mandamientos. En su caso era lo contrario: «¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme?» (cp. Hch 7.53).

Una vez cada siete años, en la Fiesta de los Tabernáculos, se leía públicamente y a diario la ley completa (Dt 31.10-13). Tuviera eso lugar en esta ocasión o no (aunque es muy posible), había sin duda una referencia a ello en la acusación que él hizo. Por costumbre, se leía la primera parte de la ley, es decir, Deuteronomio 1.1-6.3, que contenía el mandamiento: «No matarás», mandamiento que ellos estaban rompiendo en sus intenciones con respecto a él.

«La mansedumbre y gentileza de Cristo»

A esto, la multitud, bien sea ignorando el hecho o bajo la influencia de sus dirigentes religiosos, salió con la réplica insultante de que estaba poseído por un demonio. ¡Con cuánta mansedumbre y dignidad él la recibe! La mansedumbre ante el insulto es el arma más potente para inculcar la culpa de la ofensa. Él simplemente trae a colación la actitud de ellos con ocasión de la sanidad del paralítico en el estanque de Betesda, y su acusación contra él de quebrantar el sabbat. «Una obra hice», dice, «y todos os maravilláis. Por cierto, Moisés os dio la circuncisión (no porque sea de Moisés, sino de los padres)», tal vez referencia a los tecnicismos rabínicos de interpretación; los rabinos tenían el dicho de que «la circuncisión denota el sabbat». Sigue diciendo: «y en el día de reposo circuncidáis al

hombre. Si recibe el hombre la circuncisión en el día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre? No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio» (vv. 21-24).

Si el sabbat daba lugar a una ordenanza ceremonial, ¡cuánto más a una obra de misericordia! (La palabra *kolao,* solo aparece aquí en el Nuevo Testamento, significa un resentimiento amargo; cp. «cólera» en español). Su acción de gracia fue un quebrantamiento del sabbat solo en apariencia externa. La idea que tenían ellos de la obra era la negación del juicio justo.

La vindicación del Señor de sí mismo y su obra de sanidad (7.22-24) fue interrumpida de nuevo por un cuestionamiento de parte de algunos de los residentes de Jerusalén (tal vez orgullosos de ser locales, en contraste con los numerosos visitantes) en cuanto a por qué los dirigentes (la jerarquía) no habían tomado medidas contra él. Seguro que ellos no podían «haber reconocido» (*ginosko*) que él era el Mesías (v. 26). «Pero éste», dicen, «sabemos [*oida,* somos perfectamente conscientes] de dónde es; mas cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea». En su opinión, esa era respuesta suficiente a su pregunta. Tal vez se referían a sus padres. Entre los judíos se había extendido la creencia de que, puesto que el Mesías aparecería en la manera predicha, p. ej., en Daniel 7.13 y Malaquías 3.1, su origen sería desconocido.

Una seria falta de conocimiento

Tomando las palabras de la objeción de ellos, el Señor admite su conocimiento de los hechos externos respecto a él, pero les falta el conocimiento más importante, las verdades más altas de su ser. «A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy; y [aquí una palabra de contraste, como sucede a menudo en los escritos de Juan] no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero [i.e., ha cumplido su palabra al enviarme], a quien vosotros no conocéis. Pero yo le conozco [*oida,* tengo conocimiento absoluto de él], porque de él procedo, y él me envió» (cp. vv. 16, 17).

Un clímax en su testimonio

Él declara su completa conciencia de su calidad de Hijo eterno, su preexistencia sin origen con el Padre y su divinidad y humanidad combinadas como el enviado del Padre.

Esto despertó una enemistad intensa contra él de parte de los judíos fanáticos, que lo hubieran arrestado allí mismo y al instante, pero que simplemente no fueron lo bastante atrevidos para hacerlo, por la fuerza de las circunstancias. Su acción era imposible porque «aún no había llegado su hora». La actitud de la multitud fue diferente. Muchos habían quedado favorablemente impresionados y «creyeron en él», admitiendo, por tanto, su afirmación de ser el Mesías (v. 31). Esto ya fue demasiado para la jerarquía. La influencia de Cristo estaba claramente ascendiendo. En consecuencia, decretaron una orden para su arresto y enviaron oficiales para arrestarlo (Juan menciona aquí por primera vez a los principales sacerdotes). Con calma y valentía, él recibió esto con una declaración anticipatoria de su muerte, a la vez que proseguía con su testimonio del Padre y dando a entender la terrible condena de sus oponentes: «Todavía un poco de tiempo estaré con vosotros, e iré al que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir». Iba a colocarse una barrera insuperable entre él y ellos, tanto para cualquier propósito o deseo respecto a él, fuera hostil o de otra naturaleza, como para cualquier posibilidad de que ellos pudieran estar en su presencia en la gloria del Padre (cp. 8.21; 13.33; y Lc 17.26).

Una burla con una realidad no premeditada

Esto lo recibieron con desprecio. ¿Adónde se irá «éste» [pronombre peyorativo]? ¿Acaso se iría con

sus conciudadanos helenistas esparcidos entre los pueblos gentiles? ¿Acaso se iba a ir a enseñar a los gentiles? ¡Con cuánta ignorancia predijo su sarcasmo lo que él iba a hacer con la misión del Espíritu por medio de los mensajeros del evangelio después de su ascensión!

La controversia amainó hasta «el último y gran día de la fiesta», el Hosanna Rabá. El octavo día era, como el primero, observado como sabbat (Lv 23.39) y se ofrecían sacrificios especiales (Nm 29.36-38). Durante los siete días previos, los peregrinos, dejando sus chozas, marchaban en procesión siete veces alrededor de la ciudad, gritando «Hosanna». Las multitudes seguían cada día a los sacerdotes y levitas, que portaban vasijas de oro a la fuente de Siloé para llevar agua desde allí hasta el templo, donde se la vertía en un recipiente de plata en el lado oriental del altar de los holocaustos, y todo al canto de las palabras de Isaías: «A todos los sedientos: Venid a las aguas», y «Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación».

Este rito, al parecer, no se observaba en el día octavo, porque, en tanto que el ritual precedente simbolizaba el agua de la roca en el desierto, el octavo día conmemoraba su entrada en la «tierra de manantiales de agua».

«Ríos de agua viva»

Este día, por consiguiente, sirvió la ocasión para que el Dador de agua de vida presentase su invitación a los necesitados espiritualmente. Estando frente a las multitudes con su dignidad solemne y llena de autoridad, a modo de benigna convocatoria que resonaba sobre toda la escena, clamó: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (vv. 37-38).

El Señor promete de este modo una fuente doble de refrigerio y satisfacción; él mismo satisface al alma sedienta y el Espíritu Santo que mora en el creyente será el medio de satisfacer a otros. A la samaritana le había hablado del agua que él concedía, diciendo que el que lo recibe se convierte en «una fuente de agua que salte para vida eterna»; ahora amplía la promesa: el creyente será un canal de la plenitud del ministerio vivificador y del enriquecimiento de las almas necesitadas. Él no dice «un río de agua viva», sino «ríos». ¡Qué contraste con el aguamanil que se vertía cada día de la fiesta!

¡Cuán grandes las posibilidades de una vida llena del Espíritu! ¡Qué importante es que no permitamos que nada obstruya el canal! Esto de ser «lleno del Espíritu» no es un logro que nos consigue una condición de libertad permanente de todo defecto; necesita recurrir a la eficacia de la sangre limpiadora de Cristo (1 Jn 1.7) y a la renovación de nuestra mente (Ro 12.2). El propósito del Espíritu es glorificar a Cristo (Jn 16.14), y este ministerio lo cumple en y por medio del creyente que, esforzándose por abstenerse de entristecer al Espíritu, presenta su cuerpo a Dios como sacrificio vivo.

Así que, tengamos sed, vengamos, seamos llenados y seamos un canal de provisión. El «agua viva» era figura del Espíritu Santo (v. 38) y el Señor estaba prometiendo lo que iba a tener lugar, y lo tuvo, en Pentecostés, y desde ese momento en adelante. El Espíritu no sería dado mientras el Señor Jesús no fuera glorificado. No hay mención aquí de la iglesia; solo está en mente el creyente individual. Además, lo que se menciona aquí no es la obra de regeneración que cumple el Espíritu. Él sería un don a los que ya eran creyentes cuando Cristo estaba en la tierra. Lo que tiene lugar desde Pentecostés es que, cuando creemos y nacemos del Espíritu, él mora en nosotros y llega a ser un río que fluye por medio de nosotros en bendición a otros.

División debido a su enseñanza

Los siguientes razonamientos y discusiones de la multitud respecto a Cristo (vv. 40-44) son solo ejemplos de lo que ha ocurrido desde entonces. El mundo, mediante su sabiduría, religiosa o de otra naturaleza, no le conoce.

A la «multitud» hay que distinguirla de «los judíos». Estos últimos deseaban quitarle la vida. Algunos del pueblo lo hubieran arrestado. En este sentido, los efectos del testimonio de él sobre la gente son un ejemplo de lo que ha tenido lugar desde entonces: «Hubo entonces disensión entre la gente a causa de él». Tales disensiones han sido numerosas. Así como el no comprender su enseñanza produjo resultados tan divisorios, así el no comprender ni aceptar las Escrituras respecto a él ha producido las numerosas sectas y bandos de la cristiandad.

Los oficiales enviados por los principales sacerdotes y fariseos para arrestarlo no lograron su propósito, al parecer, por falta de coraje. El testimonio de él era tal que impidió que le detuvieran antes del tiempo divinamente señalado. «¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!». Verdad era, y siempre lo ha sido. Sus palabras siempre han tenido efectos diversos pero decisivos, bien sea ganando el corazón o endureciéndolo.

Los líderes religiosos, el sanedrín, condenaban a todo el que se atreviera a diferir de ellos o rechazar su autoridad, gran característica de los potentados de sistemas eclesiásticos tradicionales. A la multitud, considerada ignorante de la ley, se la veía como «maldita». Incluso Nicodemo, que podía hablar desde una posición de igualdad y señalar que mientras abogaban por «la ley» ellos mismos la estaban quebrantando (v. 51), se convirtió en objeto de su burla. ¿Acaso él, por ventura, era también de Galilea? Ningún profeta, dijeron, surgió jamás de Galilea. Pero Jonás vino de Galilea, y probablemente Oseas y Nahúm, por no mencionar a otros.

El cuarto discurso público en el Evangelio de Juan

El cuarto discurso en el Evangelio de Juan consta de una serie de declaraciones e interrupciones conforme surge la controversia entre Jesús y los fariseos. El diálogo tuvo lugar en un escenario muy público, de modo que toda la multitud oyó sus afirmaciones. Cristo estaba hablando «en el lugar de las ofrendas», una de las partes más frecuentadas del templo. Cerca, el sanedrín estaba en sesión planeando su arresto, porque creían que él había blasfemado.

En contraste, por consiguiente, con las tinieblas de sus enemigos, que estaban bajo la ley y la quebrantaban, [Jesús] le dijo de inmediato al pueblo: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (8.12). Esto constituía una afirmación directa de ser el Mesías.

No es improbable que esta declaración del versículo 12 hiciera referencia a otra ceremonia de la Fiesta de los Tabernáculos, así como su proclamación respecto al «agua viva» se refería al hecho de llevar agua desde el estanque de Siloé. En las noches de la Fiesta, excepto en la última, se iluminaba brillantemente el atrio de las mujeres, en conmemoración a la columna de fuego que guió a Israel en el desierto sin caminos, y la noche se dedicaba a la danza y al festejo. Cristo se había apropiado del tipo de la roca; ahora hace lo mismo con la columna de fuego. La ciudad resplandecía con el brillo de la luz ceremonial; él declara que él es «la luz del mundo». La columna de fuego fue guía de Israel para el viaje por la noche; ser seguidor de Jesús es tener «la luz de la vida».

Luz y vida

Día tras día, paso a paso, el que «sigue sus pisadas» (1 P 2.21) «verá luz en su luz». Más aún, puesto que Cristo es en sí mismo la luz de la vida, la luz que dispensa vida, el que vive en él y participa de su vida, él mismo se vuelve luz, «luz en el Señor», andando como «hijo de luz» (Ef 5.8). Y esto es amar como él ama. «El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo». Cristo enseñó, entonces, que él era el pan de vida, para alimentación; el agua de vida para el sediento y la luz de la vida para sus seguidores.

«El testigo fiel y verdadero»

Y ahora sigue toda una serie de interrupciones en su discurso. La controversia se agudiza. La afirmación de ser la luz del mundo y ministrar la luz de vida despertó una feroz objeción en los fariseos: «Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero». Sin duda, estaban recordando sus palabras: «Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero» (5.31). Su actual respuesta, «Aunque yo [el pronombre es enfático] doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero», es perfectamente coherente con eso. En 5.31, se había referido a la ley de evidencias de ellos y había declarado que él cumplía sus requisitos.

La evidencia de uno puede ser perfectamente verdadera, pero no es válida sin corroboración de una manera más completa. El testimonio del Señor nunca fue uno solo: «Yo soy el que doy testimonio de mí mismo», dice, «y el Padre que me envió da testimonio de mí». Muestra que sus evidencias son verdaderas, debido al carácter único de su ser y destino. En 5.31 apeló al testimonio de su Padre y al suyo propio. Ahora, cuando lo reafirma diciendo que, incluso si él da testimonio de sí mismo, su testimonio es verdadero, muestra que el conocimiento de sus críticos es deficiente en la misma

esencia de su ser; porque su propio testimonio es el resultado de su preexistencia divina, su conciencia divina y su futuridad. Todo esto lo ignoraban ellos por completo. En cuanto a él, solo él mismo puede dar testimonio. «Mi testimonio es verdadero», dice, «porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy». Hay que destacar el cambio de tiempo del «he venido» al «vengo». En cuanto a su propio conocimiento, se refiere a su preexistencia en su encarnación. Respecto a la ignorancia de ellos, él habla de su venida en presente. Por tanto, aunque ellos no podían saber lo anterior, podían reconocer las evidencias presentes y reconocer la autoridad del que le había enviado.

Ellos juzgaban «según la carne», tratándole como mero hombre y así rechazando su testimonio por inválido. «Yo no juzgo a nadie», dice. Él no había venido a juzgar, sino a salvar. «Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre». Por consiguiente, el requisito de los dos testigos se cumplía. Pero, ¿por qué dice «vuestra ley» y no «la ley», al hablar de la validez del testimonio de «dos hombres»? (Dt 19.15). No estaba de ninguna manera repudiando la ley; la razón del «vuestra» es que ellos profesaban explicarla y lo acusaban de no cumplirla.

Igual honor al Padre y al Hijo

El testimonio constante de Cristo del hecho de que el Padre le había enviado obtiene como respuesta, en 8.19, la desdeñosa pregunta: «¿Dónde está tu Padre?», como sugiriendo: «Concedido, entonces, que tú eres un testigo; veamos al otro, aquel de quien hablas como tu padre. ¡Así cumplirás los requisitos de la ley con las evidencias!». ¡Este es un ejemplo del uso de la Palabra de Dios para respaldar ideas erróneas y prejuicios! ¡Cuán diferente es la posterior petición de uno de sus discípulos: «Muéstranos al Padre» (14.8)!

El Señor replica: «Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais». Las ideas de ellos sobre el testimonio doble al cual él se había referido estaban totalmente erradas. Sus declaraciones conllevan una verdad vital. Ignorarle a él en la realidad de su persona y obra es ignorar a Dios Padre. Es por medio del Hijo como el Padre se revela. El Hijo es el único y solo medio de conocer al Padre. Afirmar a Dios como Padre mientras que se rechaza al Hijo es ceguera fatal. Los hombres, en su mayor parte, están listos para hablar de Dios y apelar a Dios, mientras que no reconocen a su Hijo, Jesucristo ni su exigencia de que todos los hombres «honren al Hijo como honran al Padre» (5.23).

Muerte en pecado

El diálogo era público. La multitud podía oírlo. Cristo estaba hablando «en el lugar de las ofrendas», llamado así debido a los cofres de bronce colocados para recibir las ofrendas en el Atrio de las Mujeres, una de las partes más frecuentadas del templo. Cerca, el sanedrín estaba en sesión planeando su arresto. Su plan falló «porque aún no había llegado su hora» (v. 20).

En consecuencia, él continúa su enseñanza, ahora con una denuncia solemne de sus detractores. «Yo me voy», dice, «y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir». «Yo voy» sería una traducción correcta; no hay «me» en el original. Hay un énfasis especial en el «yo», sin embargo. La fiesta se acercaba a su fin. Un considerable número de personas empezarían a regresar a sus diferentes destinos. Así, a oídos de la multitud, él les dice a sus críticos: «Yo [yo también] me voy», no significaba que él se iba a ir de allí y en ese instante. Sus palabras tenían otro significado, como deja claro su solemne declaración de que adónde él se va ellos no podían ir.

Ellos morirían en su pecado; el singular, traducción correcta del original, señala el estado de

pecado, y no los actos, como en el versículo 24. El singular se usa de nuevo en el versículo 34, y presenta el pecado como una unidad en esencia, aunque los efectos son múltiples.

Ellos ignoran su advertencia en cuanto a su pecado, y preguntan, con desprecio malévolo, indicativo de la dureza creciente de corazón: «¿Acaso se matará a sí mismo, que dice: A donde yo voy, vosotros no podéis venir?». La implicación en esto es que por el suicidio él perecería por completo y, por consiguiente, ellos, como descendientes de Abraham destinados al paraíso, por supuesto que no podrían ir a donde él se iba.

El «Yo soy»

El Señor mostró de inmediato que conocía sus corazones y dice: «Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo». Estas declaraciones no son paralelas, como si «de abajo» fuera lo mismo que «de este mundo». El primer contraste presenta opuestos extremos, y se debe entender a la luz de sus palabras: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo» (v. 44). Aquí, en el versículo 23, el Señor pasa, por el momento, de la más solemne declaración de la conexión espiritual perversa de ellos a la identificación de ellos con el mundo alejado de Dios. Y después de enfrentar así con paciencia el comentario desdeñoso de ellos, presenta su negativa a creer como la razón por la que ellos sufrirían la condenación eterna: «Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados [ahora plural, expresando, no una condición, como en el versículo 21, sino detalles de las vidas que marcan la conducta]; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis».

No hay pronombre «él» en el griego, por lo que debemos tomar el «yo soy» tal como está; y aunque existe tal vez una conexión con su «yo soy de arriba», hay aquí más que eso. Está revelando la naturaleza esencial de su ser, como en el nombre Jehová, el «Yo soy» de Éxodo 3.14. Conlleva el pensamiento: «Yo soy el que soy», lleva consigo la verdad de su preexistencia sin origen y su inmutabilidad. Véase el versículo 58 y la secuela. Esta aceptación del hecho de su divinidad es esencial para la salvación.

La encarnación de su enseñanza

La declaración es tan formidable que preguntan, con violencia malévola, y con gran énfasis en el «tú»: «¿Tú quién eres?» o, más expresivamente, «¿Tú, quién eres tú?». Su ignorancia era su muerte. Conocerle a él es «vida eterna» (17.3).

Su respuesta se traduce en rvr, «Lo que desde el principio os he dicho», y en pdt, «Soy quien les he estado diciendo desde el comienzo». Claro que no quería decir que él era lo que les había dicho al principio. En la cláusula, «Eso mismo que les he dicho», el tiempo no es perfecto, sino presente, y el significado, hasta aquí, es que él es la encarnación, la expresión personal, de lo que habla. Su doctrina es él mismo, es inseparable de su ser, sus atributos y carácter. Él dice «yo soy lo que hablo». Ahora, en cuanto a la frase que se traduce «desde el principio», en la cláusula en el original no hay nada que represente «desde». El Señor no está refiriéndose a lo que él había dicho desde un principio especial, sino al carácter esencial de él, lo que él les habla. La frase tiene el significado de «absolutamente, o «por completo».

En concordancia, el significado es: «Yo soy esencialmente y sin desviación lo que les hablo». Estaba en contraste directo con el carácter de sus dirigentes religiosos y de todos aquellos cuyos principios son una cosa y su práctica otra, para cualquiera que tiene la desfachatez de ordenar a sus oyentes que deben hacer lo que él dice pero no lo que hace. Pero solo de Cristo se puede decir sin equivocarse que todo lo que hablaba era la expresión de lo que él era. Esto está en línea con la tendencia principal de todo su testimonio en estos discursos (ver especialmente lo que sigue

inmediatamente a los vv. 26, 28, 29), y con su declaración más adelante: «Yo soy la verdad».

El juez que viene

Si no hubiera sido por la dureza de corazón de ellos, Cristo pudiera haber ampliado el asunto del discipulado y explicado más plenamente la naturaleza de su ser. En lugar de eso, él tiene asuntos respecto a ellos de los que va a hablar. Por eso vemos lo que parece ser una ruptura en la conexión. Ellos querían hallar algo con lo cual juzgarle. Él muestra que hay cosas en las propias vidas de ellos que él tiene que revelar y sobre las cuales tiene que dictar juicio: «Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros» (v. 26). Que el que critica a Cristo y el que niega su divinidad se cuide. El tal hallará que él es su juez.

El tiempo para su trato de juicio con los fariseos todavía no había llegado. Su objetivo inmediato era continuar dando testimonio del Padre y de su unidad con él. En consecuencia, él sigue con declaraciones hacia ese propósito: «pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo». Lo que ellos necesitaban era una correcta comprensión de su ministerio y de su fuente. Si ellos hubieran captado esto, hubieran ajustado sus nociones de conformidad a la enseñanza de las Escrituras del Antiguo Testamento. Pero justo ahí mismo fallaron, como muchos desde entonces: «Pero no entendieron que les hablaba del Padre» (v. 27). Sus corazones estaban tan endurecidos que las palabras de Cristo no lograron despertar su conciencia.

Por tanto, él señala a la vez la acción consumadora de la iniquidad de ellos y sus efectos, declarando al mismo tiempo su poder para revelar el futuro: «Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo». Su crucifixión (cp. 3.14; 12.32, 34) resultaría en la reivindicación manifiesta de la verdad relativa a su persona («yo soy») y, por consiguiente, de su mesiazgo como el enviado del Padre. Resultaría, también, en que ellos reconocieran lo que había enseñado sobre la relación de él con el Padre respecto a sus obras («hago») y sus palabras («hablo»). Todo esto se cumpliría en Pentecostés y después, y tendrá su realización final más adelante en la nación restaurada.

Una declaración adicional

Para confirmarlo todo declara que el que lo había enviado estaba con él, hecho totalmente incomprensible para las mentes ocupadas con expectativas meramente mundanales. Sin embargo, expresaba su propio consuelo y su gozo en el amor del Padre en medio de la aflicción de su senda al Calvario: «No me ha dejado solo el Padre [es aoristo perfecto, no se debe traducir «no le dejó»), porque yo hago siempre lo que le agrada». Aquí hay dos condiciones coincidentes y simultáneas: cumplimiento sin desviación de la voluntad del Padre y el consiguiente disfrute ininterrumpido de su presencia. El principio es válido para los que son seguidores de Cristo, aunque nosotros nos quedamos muy lejos de su estándar perfecto. Nuestra comprensión y disfrute de la presencia del Señor está condicionada a nuestra consagrada obediencia a él. Hagamos que nuestra meta sea siempre «serle agradables» (2 Co 5.9).

Los efectos

El ministerio de Cristo tuvo efectos ampliamente diferentes, como siempre ha ocurrido con el testimonio sobre él. El apóstol señala una diferencia mientras hace un alto en el relato del discurso del capítulo 8. Esto se destaca en los versículos 30, 31. Lo que Cristo había dicho hizo que muchos creyeran «en él». Es lo contrario de los judíos mencionados en el versículo 31; ellos meramente «le

creyeron». Los primeros tuvieron fe completa en él; los otros simplemente estaban dispuestos a creer lo que él había dicho.

A estos, el Señor les aplica una prueba diseñada para elevar la creencia de ellos a un nivel más alto. Un punto crucial, una condición esencial y su creer se derrumbaba: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra», dice, «seréis verdaderamente mis discípulos». La fe que salva produce discipulado. El discipulado depende de la aplicación permanente de su enseñanza a uno mismo. Los impulsos pasajeros no hacen discípulos. El primer «ustedes» y el primer «mi» tienen énfasis especial: «Si ustedes por su parte permanecen en la palabra que es mía...».

La libertad de la voluntad del individuo

Ahora viene esa parte de la prueba que revela el estado real del corazón de ellos: «y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». ¡Cuán verdadero es esto! La aceptación y adhesión a la Palabra de Dios quita las cadenas, no solo del pecado, sino también de la tradición humana, la esclavitud eclesiástica y la mera religión. Toda verdad recibida prepara para el despliegue de más verdad, y cada una trae su propio poder libertador. Detrás de la aceptación está la voluntad para aceptar. Déjese sin cadenas a la voluntad y disfrutaremos de la libertad de la sujeción consagrada a la voluntad de Dios.

La idea de ser hechos libres era demasiado para el orgullo de ellos. Contestaron: «Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú [enfático]: Seréis libres?». El orgullo ciega la mente a los hechos. ¿Qué podían decir del contexto de opresión, su cautiverio y la subyugación de ese momento bajo el yugo romano? El Señor, sin embargo, llega más hondo que todo eso. La necesidad del alma pesa más que las consideraciones materiales: «Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre» (vv. 34, 35).

El tiempo del verbo que se traduce como «comete» significa, no la comisión de un acto, sino un curso de pecado; la mejor traducción sería: «todo aquel que continúa haciendo pecado». Eso es lo que constituye esclavitud al pecado (así es en 1 Juan 3, 4, 6, 7, 9, que es como se debería leer). Verdad es que la comisión expresa de un acto de pecado indica una condición del corazón que incluye esclavitud al pecado, pero eso no es lo mismo que ser vencido por la tentación y cometer un acto sin premeditación. Tal esclavitud era la condición de sus oyentes, a pesar de su alto linaje nacional.

Así como el esclavo no es miembro de la familia y no tiene ningún derecho de exigir estar en la casa, así ellos, aunque eran judíos, estaban fuera de la familia espiritual de Dios. Para ser hijos de Dios debemos estar relacionados espiritualmente y unidos con el Hijo de Dios por fe. De este modo, es el Hijo quien nos hace libres de la esclavitud al pecado. Todo el que es engendrado de Dios no continúa la práctica del pecado (1 Jn 3.9). Si una persona practica el pecado, independientemente de lo que profese, no ha nacido de nuevo.

La identificación siempre permanente con el Hijo nos da una libertad siempre permanente. Por eso él dice: «Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (v. 36). Es «la ley [o principio vigorizador] del Espíritu de vida en Cristo Jesús» que nos «ha librado de la ley del pecado y de la muerte» (Ro 8.2).

Por tanto, el Señor les expone la entera inconsistencia de su apelación ilusoria a Abraham y la determinación de ellos de matarlo. El secreto de todo era que la palabra de él «no halla cabida» en ellos (v. 37).

Un tremendo contraste

Entonces les aplica otra prueba: «Yo hablo lo que [«yo», enfático: yo, por mi parte] he visto cerca del Padre». Y revela de manera real y apabullante quién era el padre espiritual de ellos: «y vosotros [enfático: ustedes por su parte] hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre». Aunque en el original se usa en cada parte el artículo definido para el pronombre posesivo, las versiones en español tienen razón al poner pronombres personales, puesto que estaban en realidad incluidos en las palabras enfáticas «yo» y «vosotros». Hay que destacar igualmente el «y». Recalca el paralelismo en principio incluido en las relaciones personales. Sin embargo, ¡qué grandes los contrastes! Él, en la unión infinitamente bendecida, inefable y eterna como Hijo con el Padre, representándole aquí y deleitándose con la mirada fija en cumplir su voluntad; ellos, en una relación personal consecuente con su estado de pecado y con su persistencia voluntaria en la maldad, caracterizándose, en su intención homicida, ¡con las características del maligno!

También hay que notar el cambio de tiempo: «he visto» (tiempo perfecto), que indica consejos divinos en el pasado eterno, aplicado en el efecto permanente de su enseñanza: «habéis oído» (aoristo o tiempo puntual), comunicación procedente del diablo, hecha cuando ellos se convirtieron en esclavos de pecado, que resulta en la acción perversa que estaban dispuestos a realizar ¡y que acabaron logrando!

Ellos repiten su afirmación respecto a Abraham (v. 39) y luego realizan una afirmación más alta: «un padre tenemos, que es Dios» (v. 41). Esto indica que su declaración, «nosotros no somos nacidos de fornicación», tenía una referencia espiritual a la idolatría, tal vez insinuando una alusión a los samaritanos (cp. v. 48). Él rechaza ambas afirmaciones. Ellos no hacían las obras de Abraham. El principio «de tal palo tal astilla» no tenía aplicación aquí. Y en cuanto a la declaración mayor, dice: «Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió» (v. 42).

¿De quién es Dios Padre?

¡Qué prueba da esto de la falsedad de la doctrina de la paternidad universal de Dios! ¡Qué reproche al racionalista que profesa creencia en la paternidad de Dios y sin embargo margina a Cristo! Tal creencia es pura presuposición, desprovista de todo fundamento. La relación personal depende de la fe en Cristo (Gá 3.26) y se establece por la evidencia de la devoción a él, y no en mero sentimiento, sino en verdadero discipulado. Equivocarse en cuanto al objetivo para el cual Dios le envió y no responder en amor a él es invalidar toda afirmación de tener a Dios como Padre. Los verdaderos hijos de Dios, necesariamente, aman a Aquel que es Hijo de Dios.

La afirmación del Señor: «yo de Dios he salido, y he venido», anticipa sus palabras similares y todavía más comprehensivas que después dice a sus discípulos: «yo salí de Dios. Salí del Padre, y he venido al mundo» (16.27, 28). Los dos pasajes muestran que él estaba en una relación personal eternamente preexistente como Hijo con el Padre, y que dicha relación personal no tuvo su comienzo en su nacimiento.

Su denuncia necesariamente severa de estos judíos opositores revela incluso más que antes la terrible condición espiritual de ellos. Ellos no podían oír su palabra [*logos*, el asunto o sustancia de sus palabras], y por consiguiente no podían entender su lenguaje [*lalía,* la manera de su hablar], versículo 43. La negativa a escuchar la voz del Señor embota la inteligencia. «Ellos eran de su padre el diablo, y los deseos pecaminosos de su padre es lo que querían hacer» (Versión Revisada, en inglés; cp. 1 Jn 3.8, 10, que tal vez rememora las palabras de Cristo). La semejanza de ellos con el maligno como su descendencia espiritual era doble: «Él ha sido homicida desde el principio [i.e.,

desde el tiempo de su ataque envidioso al alma humana en la caída, y permanentemente desde entonces], y no ha permanecido en la verdad»; la verdadera lectura es probablemente «no ha estado», que se confirma con la siguiente declaración, «porque no hay verdad en él». Es decir, sigue siendo lo que era en el principio al que se refiere. «Cuando habla mentira [no implica que alguna vez hable verdad, porque, como el Señor acaba de decir, eso no está en él], de suyo habla [la naturaleza y cualidades caídas que son característicamente suyas]; porque es mentiroso [p. ej., Gn 3.4], y padre de mentira» (o, más bien, como se podría traducir, «de él», i.e., del mentiroso; eso de lo que el Señor les acusaba).

Una doble culpa expuesta

Así pues, eran culpables de estos dos pecados. Eran asesinos debido a su determinación de deshacerse de él; y eran mentirosos, porque decían que Dios era su Padre (véanse vv. 54, 55, donde él señala esto como la mentira de ellos). «Y a mí», dice «porque digo [*lego,* refiriéndose a toda su enseñanza] la verdad, no me creéis» (v. 45). El «Y a mí» es muy fuertemente enfático, como el orden en el original lo destaca: «Pero yo [o, pero a mí], debido a que digo la verdad». Así como el diablo no está en la verdad debido a su disociación natural de la misma, así ellos, dada su relación personal con él, se negaban a aceptar la verdad de los labios de Cristo.

La verdad absoluta de su enseñanza era efecto de su condición de impecabilidad. Su vida sin pecado daba prueba de la verdad de su doctrina. En consecuencia, como la falta de veracidad es pecado, él presenta el reto: «¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?» (no sencillamente del pecado de falsedad) y espera (o más bien podemos deducir) una respuesta. Solo Cristo, el impecable, podía presentar tal reto. ¡Y con qué sublime majestad y digna paciencia lo hace! ¡Qué gracia y humildad someter tal pregunta a tales hombres!

No se cuenta respuesta alguna de parte de ellos. Por tanto, él avanza a la penetrante pregunta: «Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros [enfático] no me creéis?». Puesto que él estaba libre de pecado, estaba libre de falsedad. ¿Cuál, entonces, era la razón para la incredulidad de ellos? Su pregunta no era tanto una apelación a su fe como una preparación para la prueba definitiva de que ellos no eran hijos de Dios: «El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios» (v. 47).

En lugar de someterse a la humildad de la gracia, aunque firme, con la que el Señor resistió el orgullo de ellos, ellos avanzan más en el mal, en insultos y blasfemia, acusándole de ser «samaritano» (es decir, ignorante del Dios de Israel y apóstata de la fe) y de estar poseído por un demonio.

La mansedumbre de Cristo

La respuesta de él fue la esencia de la mansedumbre y la paciencia. Primero niega el segundo vilipendio insensato de ellos y luego pasa a la reivindicación del honor del Padre y a palabras de advertencia y de virtual apelación. Él no replica a la acusación de ser samaritano; se abstiene de toda negativa que diese respaldo al desprecio de ellos a los samaritanos. ¿Acaso no había desempeñado un ministerio vivificador entre ellos (cap. 4)? Citaremos sus palabras y el comentario de Pedro sobre su mansedumbre. Procuremos grabar en nuestros corazones la lección de su ejemplo. Él dice: «Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis [i.e., «ustedes deshonran al Padre al deshonrarme a mí»]. Pero yo no busco mi gloria [el que yo diga que ustedes me deshonran no implica que yo esté buscando mi propia gloria]; hay quien la busca, y juzga [es decir, «Él es el que busca mi gloria y dicta juicio sobre ustedes»]. De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi

palabra, nunca verá muerte». Esto último, que todavía iba dirigido a ellos, extiende con gracia una oferta de misericordia.

Tal respuesta es una ilustración sobresaliente del testimonio posterior dado por Pedro en cuanto a él, «quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba» (1 P 2.23). Así, el apóstol nos exhorta a «seguir sus pisadas», para que el ejemplo que nos dejó pueda ejercer en nosotros los efectos que forjan el carácter.

El creyente no verá la muerte

Guardar su palabra no es meramente tenerla presente, sino también considerarla en tan alto grado como para obedecerla y cumplirla diligentemente. Las frases combinadas en el original, que se traducen como «nunca», son muy fuertes y, para traducirlas con más intensidad, diríamos «con toda certeza jamás verá la muerte», i.e., no conocerá la experiencia de la muerte. Esta negación es una manera de expresar la seguridad cierta de la vida eterna; porque en 11.36 el Señor deja claro que la única condición es que se crea en él (cp. 5.24 y 6.40). El que de este modo recibe a Cristo entra en una vida que se caracteriza esencialmente por guardar su Palabra. Esto es lo que ahora les extiende a sus lectores. Se refiere, no a la muerte física, sino a una vida en que la muerte física, lejos de producir un cese, resulta de inmediato en una realización más completa de la vida.

Los judíos entendieron sus palabras como si significaran la muerte física y, por tanto, exageraron su vocabulario, cambiando su «verá» a «sufrirá». Entonces, repitiendo su calumnia blasfema, le acusaron de vanagloria. Esto lo rechaza él, declarando su dignidad y el hecho de que quien le glorifica es el Padre, de quien ellos decían que era su Dios (v. 54). El Padre glorificó a su Hijo mediante su doble testimonio, en su bautismo y en la transfiguración: «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt 3.17 y 17.5), mediante las señales y prodigios que hizo (Hch 2.22) y mediante su resurrección y exaltación (1 P 1.21).

Una diferencia en conocimiento

En su siguiente declaración hay una diferencia notoria en los verbos que se traducen como conocer, diferencia que indica una distancia inmensurable entre él y ellos. Él dice: «Pero vosotros no le conocéis [*ginosko*, llegar a conocer; ellos ni siquiera habían empezado a conocerle a él]; mas yo le conozco [*oida*, aquí, dicho de Cristo, tener conocimiento completo, cp. 6.6, 64; i.e., «le conozco del todo»; no conocimiento progresivo sino esencial]». Dice que negar esto (algo que lo hace mayor que Abraham y los profetas) sería hacerle a él mentiroso, como ellos. Así que dice de nuevo «pero le conozco», y añade, «y guardo su palabra», que es la misma condición (perfectamente cumplida en él) que había establecido como esencial para la relación personal de sus seguidores con él mismo.

Y en cuanto a Abraham, él se regocijaba (esa es la fuerza de la palabra que se traduce como «gozó») en la espera de la venida de Cristo («mi día», el día cuando Cristo en persona cumpliría en sus dos venidas las promesas hechas por Dios). Hacia esa meta estaba enfocada la vida de Abraham (cp. Heb 11.10).

El Buen Pastor

En Juan 10, Jesús presenta una alegoría de la relación personal entre él y sus seguidores. Esta parábola emplea la metáfora de un pastor y sus ovejas. Él expresa su deleite por tenerlas como suyas en lo que él llega a ser para ellas. Al fin y al cabo, se refiere a una estrecha relación personal con Jesús, algo que esta hermosa analogía saca a la luz.

El buen pastor y los pastores malos

En su choque con sus críticos, a quienes acaba de acusar de permanecer en un estado de pecado (exactamente lo mismo que ellos le habían imputado al hombre a quien el Señor había dado la vista, 9.34), el Señor presenta su alegoría mediante una clara insinuación de que espiritualmente ellos pertenecían a la categoría del ladrón y el salteador. Empieza con su característico: «De cierto, de cierto os digo». Los fariseos eran malos pastores; el ciego había hallado al Buen Pastor. Ellos no habían entrado por la puerta del redil de las ovejas, sino que, como el ladrón y salteador, se habían metido de alguna otra manera.

El Señor se aplica dos detalles de la alegoría a sí mismo al exponer su significado. Primero dice «Yo soy la puerta» (vv. 7-9) y luego «Yo soy el buen pastor» (vv. 11-14). Si es necesario obtener una interpretación en cuanto al portero (v. 3), parece mejor considerar que el significado de la figura es el Espíritu Santo, porque es su obra introducir a las ovejas en el rebaño. En Oriente, la intimidad entre un pastor y sus ovejas es muy estrecha, y la práctica de ponerles nombre a las ovejas es muy antigua. Con las palabras del Señor, «a sus ovejas llama por nombre», podemos comparar Isaías 43.1; 45.3; 49.1 y Apocalipsis 3.5.

Se usan dos expresiones para expresar la acción del pastor respecto a la salida de las ovejas. «Las saca» (v. 3) yendo delante de ellas, pero él primero «ha sacado fuera todas las propias» (v. 4). Hay una claro y fuerte significado en esta última expresión. El verbo en el original es el mismo que el que se traduce como «le expulsaron» (9.34, 35). Los pastores falsos las sacan para aligerar la carga de cuidarlas; los pastores verdaderos las sacan para ver que estén bien alimentadas. La intimidad a la que se acaba de referir se indica adicionalmente con gran belleza, primero, por el hecho de que el pastor va delante de sus ovejas y ellas le siguen (tal como Pablo, el subalterno pastor fiel, podía decir: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo», 1 Co 11.1; cp. Fil 3.17; 1 Ts 1.6; 2 Ts 3.7-9); en segundo lugar, en que ellas conocen la voz de su pastor en contraste con la de los extraños, de quienes huirán. En cierta ocasión, un viajero escocés intercambió su ropa con un pastor de Jerusalén y trató de sacar a las ovejas; ellas se negaron, sin embargo, a seguir a las ropas del pastor en el extraño, a pesar de que hizo todo lo posible por atraerlas; pero de buen grado siguieron la voz de su propio pastor, a pesar del cambio de atuendo.

Ladrones y salteadores

Los fariseos no entendieron de qué estaba hablando el Señor (v. 6). La manera en que trataron al hombre cuya vista había sido restaurada dejó en claro que sus características eran completamente ajenas a las de los verdaderos pastores. Por tanto, el Señor repite la alegoría, desarrollando ahora detalles especiales y aplicándoselos a sí mismo. «Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas». El «yo» lleva énfasis especial, como en 4.26; 6.35, 41, 48, 51, etc. En cada caso, lo que el Señor implica es: «Yo y no otro». Aquí declara que él es la única puerta por la que tanto ovejas como pastores entran. Su próxima declaración, «todos los que antes de

mí vinieron, ladrones son y salteadores», no se refiere, por supuesto, a los que habían sido previamente enviados por Dios, sino a aquellos que habían guiado erradamente al pueblo, sirviendo a sus propios fines en lugar de a los de Dios y su verdad; falsos profetas que habían venido vestidos de ovejas, pero que por dentro eran lobos rapaces (Mt 7.15); hombres que habían cerrado el reino de Dios, sin entrar ellos mismos y sin dejar que otros entren (23.13); que escondían la llave del conocimiento e impedían que la gente la tuviese (Lc 11.52). El tiempo presente, «son», indica que eran los hombres del tiempo en que él estaba en la tierra. Compárese, sin embargo, con Ezequiel 34, «pero no los oyeron las ovejas». Hubo muchos que los escucharon, pero sus propios seguidores, el remanente de Israel, no hallaron nada de beneficio en lo que estas autoridades eclesiásticas enseñaban.

La felicidad de entrar

Ahora indica la bienaventuranza de los que en efecto entran y la precede con una repetición enfática del hecho de que él es la única y sola puerta. «El que por mí entrare», dice, «será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos». No dice «si alguien entra por mí», sino que coloca el «por mí» primero, poniendo el mayor énfasis en la unicidad y lo absoluto de su propia persona. ¡Cuánto abarca su palabra: «si alguno»! Su mente va más allá de los judíos, a los gentiles. No hay limitaciones de sexo ni de nacionalidad.

El que entra «será salvado». Esto es más que ser librado de la perdición; señala el estado de salvación consecuente al paso de entrar. Entrar y salir sugiere tanto la seguridad como la libertad. Esta doble expresión se usa frecuentemente en el Antiguo Testamento para describir la actividad libre de la vida diaria (véanse, p. ej., Dt. 28.6, 19; 31.2; 1 S 18.16; Sal 121.8; Jer 37.4). La misma frase hebrea se usa en Hechos 1.21; 9.28. El hallar pastos es descriptivo de alimentarse de Cristo, tanto mediante las Escrituras como en la apropiación diaria de Cristo en la vida de comunión con él. El beneficio es triple: liberación, libertad y alimentación.

Diferencias radicales

A todo esto le sigue uno de los más impresionantes contrastes de las Escrituras. Es entre los motivos y acciones del ladrón y los del Buen Pastor. Al primero se le describe mediante un clímax de crueldad egoísta: robar, matar, destruir; egoísmo, sed de sangre, brutalidad. La matanza no es con propósitos de sacrificio, como algunos han sugerido, sino con intenciones asesinas. El destruir es más que matar, significa la ruina total del rebaño.

El motivo doble del Buen Pastor es la antítesis de todo eso. Él vino (1) para que ellas pueden tener vida, lo que está en contraste con matar y destruir. Él no quita la vida, la da; (2) para que la puedan tener «en abundancia» (no «más abundantemente», como en la Versión Autorizada en inglés; la palabra «más» no tiene apoyo de los manuscritos. No se trata de un comparativo de algo mayor de frente a algo menor, sino de una provisión completa de todo lo que sustenta la vida). En lugar de robar imparte abundancia.

Pero hay otros dos contrastes. Está el del enfático «yo», colocado a propósito en contraste con «el ladrón». Luego tenemos la diferencia de tiempos. El ladrón «viene»; hace su visita, cuando halla la posibilidad de intentar su perverso designio. La expresión «yo he venido» habla del Buen Pastor; él había venido por un grandioso acto voluntario de gracia y amor compasivo.

«Yo soy el buen pastor». La palabra *kalós*, «bueno», conlleva todos los atributos y características de lo que es ideal, o de lo que está bien adaptado para sus propósitos porque es intrínsecamente bueno. Cristo es el «buen» pastor en todos los sentidos. Su carácter se manifiesta, y su propósito se

cumple, en poner su vida por las ovejas. Su descripción de sí mismo, si se indica de la manera más completa, es contundentemente expresiva: «Yo soy el pastor, el bueno». Esto se destaca en su contraste con el asalariado.

Al mismo tiempo indica su deleite, pensamiento y tierno cuidado por su rebaño. Son «las propias», como se indica en sus expresiones negativas del asalariado que «no es el pastor» y «de quien no son propias las ovejas».

El asalariado

El asalariado actúa simplemente según sus propios intereses. Protege su vida dejando a las ovejas al destructor. El Buen Pastor pone su vida para que sus ovejas puedan no perecer. El uno se salva a sí mismo sacrificando su responsabilidad; el otro se sacrifica a sí mismo para salvar a los que tiene a su cargo. Allí mismo está la diferencia entre las autoridades religiosas y Cristo, en su respectivo tratamiento del ciego.

Una doble intimidad mutua

En el versículo 14, repite su declaración «Yo soy el buen pastor», pero ahora introduce el tema de la intimidad entre él y sus ovejas. No hay corte entre los versículos 14 y 15, el uno sigue al otro: «y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre». El mutuo «conocer» es, de este modo, doble, y el primero tiene su fuente en el último. La intimidad mutua entre Cristo y sus seguidores no es otra cosa que la intimidad mutua sin origen infinita entre Padre e Hijo que rebosa y se extiende.

El verbo en cada una de estas cuatro declaraciones es *ginosko*, que expresa un conocimiento que existe mediante experiencia constante (aquí incluye mutuo aprecio), a diferencia de *oida*, que conlleva la idea de conocimiento completo absoluto. Así como el Padre se deleita en el pleno reconocimiento y aprecio de todo lo que el Hijo es para él, y el Hijo en todo lo que el Padre es para él, así el Hijo, como el Buen Pastor, se deleita en el pleno reconocimiento y aprecio de todo lo que sus ovejas son para él, y las ovejas en su reconocimiento y aprecio de lo que él es para ellas. Esta última reciprocidad halla su base en el gran acto sacrificial del pastor, y por esta razón él dice de nuevo: «pongo mi vida por las ovejas».

Las «otras ovejas» y «un rebaño»

En vista de su muerte, sus pensamientos y tiernos afectos van a aquellas «otras ovejas», aparte de los creyentes judíos. Ellas ya eran suyas aun cuando todavía no habían llegado a existir. Le habían sido dadas por el Padre (17.7). Por eso dice «tengo otras ovejas» (cp. Hch 18.10; 28.28). Los judíos habían preguntado con menosprecio: «¿Se irá ... y enseñará a los griegos?» (7.35). Él afirma que hay de los suyos entre los menospreciados gentiles. Como Bengel comenta: «Él no dice que han salido de o están en otro redil». En su declaración de «que no son de este redil», el énfasis está en «redil», no en «este» (que es lo que los lectores suelen recalcar). No hay un redil gentil.

«Aquéllas también», dice, «debo traer [o, más bien, «guiar»], y oirán mi voz [véase v. 3]; y habrá un rebaño, y un pastor». No «un redil», sino «un rebaño». La unidad no resultará de una unión superficial de las sectas o sistemas de la cristiandad (erróneamente descritas en el vocabulario religioso como la Iglesia). Las Escrituras nunca hablan de «la iglesia en la tierra», constituida por todos los creyentes del mundo. La frase «la iglesia en la tierra» es totalmente ajena a las Escrituras y es responsable de muchas ideas erróneas. La iglesia nunca ha estado en la tierra; el cielo es su destino y su lugar de morada. Para su verdadera unidad y destino, véase 17.22-24. Esta es la

voluntad del «pastor» único, que «donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado». Ese es su destino.

Levantar el templo de su cuerpo

Por consiguiente, al repetir el hecho de poner su vida, añade el de su resurrección, y lo hace por su propio poder «para volverla a tomar». Dice que esa una razón especial para el amor del Padre: «Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar». Hablando del templo de su cuerpo, había dicho: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (2.19, 21). En su resurrección él participa de este poder junto con el Padre: «Nadie me la quita, sino que yo [con énfasis especial] de mí mismo la pongo. Tengo poder [o autoridad] para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre». Su resurrección fue, por consiguiente, un acto esencial en el cumplimiento de la voluntad del Padre, que él había venido a cumplir (6.38).

Por esta razón, él es «el Buen Pastor», «el Gran Pastor», «el Príncipe de los pastores» y será ese «un Pastor», con «un rebaño» completo.

Nunca perecerán

Así, en su siguiente declaración afirma: «Mis ovejas [las ovejas que son mías] oyen mi voz [cp. 10.4], y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna». No «les daré», como si la concesión de la vida fuera una promesa condicional a seguirle. Esa interpretación ha sido propuesta por algunos, pero se contradice con 5.24, donde el Señor declaró que la vida eterna se imparte al oír su palabra y creer. El tiempo presente indica la posesión de la vida de que ya se disfruta. El disfrute de la vida en el más allá es una continuación de la vida espiritual presente: «y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano». La negación es muy enfática: «jamás perecerán por ningún medio» (también en 8.51 y 11.26). Hay, en dos aspectos,

Tres hechos sucesivos.

En cuanto a las ovejas: (a) oyen su voz, (b) le siguen, (c) nunca perecerán. Y en cuanto al pastor: (a) él las conoce, (b) les da vida eterna, (c) las tiene seguras en su mano.

Entonces, como de costumbre, el Señor conduce a la enseñanza respecto al Padre, al que él siempre glorifica: «Mi Padre que me las dio, es mayor que todos». Aquí no se refiere a mayor que el Hijo (como en 14.28), véase el versículo siguiente, sino más bien expresa que tiene completo control sobre todos los poderes adversos. El hecho de que el Padre le dé sus ovejas avala su seguridad eterna. Nótese el tiempo perfecto, «ha dado», denotando un acto completo con resultados permanentes.

«Y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos» (vv. 29-30). Los que están en las manos del Hijo, habiéndole sido dados por el Padre, permanecen de igual manera en las manos del Padre, y esta es una poderosa demostración de la unidad de los dos. El Padre y el Hijo, siendo uno en divinidad, son así uno en infinitud de poder, un poder que se ejerce contra todos los adversarios. Como Liddon dice: «Una unidad como esta debe ser una unidad dinámica, distinta de toda unión meramente mortal e intelectual, tal como pudiera existir en un sentido real entre una criatura y su Dios. Si se niega esta unidad dinámica, se destruye la cohesión interna del pasaje. Si se admite esta unidad dinámica, se admite, por implicación necesaria, una unidad de esencia. El poder del Hijo, que protege a los redimidos de los enemigos de la salvación, es el mismo poder del Padre; y esta identidad de poder es en sí misma la unidad de naturaleza que rebosa y se manifiesta».

El quinto discurso público en el Evangelio de Juan

Aunque se enorgullecían de conocer las Escrituras, los judíos no esperaban que el Mesías fuera divino. Durante «la Fiesta de la Dedicación», en diciembre, Jesús refuta con sabiduría divina la acusación de blasfemia. Llevándoles a los Salmos, dice: «Si [Dios] llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije:

Hijo de Dios soy?».

Era ahora «la Fiesta de la Dedicación», fiesta observada para conmemorar la purificación y restauración del templo después de su profanación por Antíoco Epífanes. Duraba ocho días, a partir del 20 de diciembre. La mención de que era invierno (v. 23) parece conectarse con el hecho de que «Jesús andaba en el templo por el pórtico de Salomón», un claustro en el lado oriental del templo.

Lo que caracteriza a las verdaderas ovejas

Ahora él resume el tema del que ha estado hablándoles respecto a sus ovejas. «Pero vosotros [con énfasis en esta palabra] no creéis, porque no sois de mis ovejas», frase enfática, más literalmente, «las ovejas que son mías».

No hay nadie más obstinado que los fanáticos religiosos. Los judíos se prepararon para apedrearlo. A esto él responde, con calmada dignidad: «Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?». Ellos basaban su acción en lo que consideraron su afirmación de divinidad. El Señor conocía todos sus argumentos. Ellos no discernieron que las obras de él eran parte y porción de su naturaleza divina misma y no acciones de un hombre bondadoso. Eran esencialmente un testimonio de su divinidad. Para demostrar la validez de su acusación debían haberse preparado para apedrearlo por causa de sus obras tanto como por su declaración.

Él tiene una palabra más para ellos antes de dejarlos. La forma en que refuta del todo la acusación de blasfemia indica su sabiduría divina. Los lleva al Salmo 82.6, hablando de la cita como parte de «vuestra ley». Ellos se enorgullecían de su conocimiento de las Escrituras. ¡En realidad, cuán poco captaron su verdad! Tanto según sus propios principios como según las Escrituras, estaban errados: «Si [Dios] llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?». Está sobradamente claro que los judíos no esperaban que el Mesías poseyera divinidad. Toda la controversia entre Cristo y ellos lo muestra.

Así pues, el Señor, para concluir, hace que su afirmación sea lo más clara posible: «Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre». Esa declaración llevó el asunto a un clímax. Tenía a la vez un carácter de retrospectiva y de anticipación: retrospectiva respecto a todas sus «señales» y especialmente en la de darle la vista al ciego; anticipación respecto a la próxima y última señal, la revivificación de un hombre desde la tumba (ver 11.42).

Ellos hicieron otro esfuerzo para arrestarlo, pero durante unos días se aplicaba que «su hora todavía no había llegado». Escapándose, por consiguiente, de las garras de ellos, se fue al otro lado del Jordán, donde Juan había bautizado, y se quedó allí. Muchos fueron a él y creyeron en él.

EL PRELUDIO AL SACRIFICIO

Mientras estaba en Jerusalén, algunos griegos quisieron ver a Jesús, y su búsqueda condujo a Jesús a sus dos últimos testimonios públicos, que contienen constantes referencias a su muerte inminente. Sabios gentiles de Oriente vinieron a la cuna de Cristo; gentiles de Occidente vinieron a su cruz.

ASPIRACIONES GRIEGAS

Había algunos griegos que habían ido a Jerusalén para adorar. Eran prosélitos, gentiles de nacimiento que habían adoptado la religión judía. Querían ver a Jesús, no simplemente lograr verlo con sus ojos, porque eso era bastante fácil, sino entrevistarse con él, probablemente en cuanto a si él podría satisfacer sus aspiraciones. Ahora bien, Felipe tenía nombre griego y, siendo «de Betsaida, de Galilea» («Galilea de los gentiles»), conocía bien su lengua, así que se acercaron a él. Él vio el significado de su petición lo suficiente como para asociar a Andrés consigo mismo al acercarse a Cristo. Más aún, ¿estaría el Señor dispuesto, considerando que en una ocasión reciente había ordenado a sus discípulos que no fueran a los gentiles?

Sabios gentiles de Oriente vinieron a la cuna de Cristo; gentiles de Occidente vinieron a su cruz. Su respuesta a Felipe y Andrés no fue una negativa. La cruz ocupaba su corazón. Era el único medio de alcanzar para los gentiles beneficios mucho más grandes de los que estos griegos estaban buscando, las bendiciones de su salvación; y conseguir esto sería su propia gloria. En consecuencia, dice de inmediato: «Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto». Los inquisitivos griegos llegarían a conocerle y a darse cuenta de su poder, y de este modo tendrían el cumplimiento de más que sus aspiraciones, y eso no por sus milagros, sino por su muerte.

El Señor da dos lecciones en su respuesta. Su muerte provee el poder productor de la vida que está en él, resucitado y exaltado. Esa es su primera lección. Pero aunque su caer en la tierra, con el consiguiente fruto de su acto, fue único y absoluto, proveyó un principio ilustrativo que debería realizarse en la vida de sus seguidores fieles. Esa es su segunda lección. En este sentido, dice: «El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará». Si el grano de semilla se come en lugar de sembrarlo, no produce fruto. Si consumimos nuestras vidas para nuestra propia gratificación, ni somos fructíferos aquí ni cosecharemos las recompensas en la vida más allá. El que siembra su vida para Cristo a favor de otros pierde mucha ventaja mundanal, pero la guarda en el fruto que produce para vida eterna, el efecto y poder de la cual él mismo disfrutará para siempre.

UN LLAMAMIENTO ALTO

Después de su promesa de que el que aborrece su vida la guardará para vida eterna, promesa que él ha ilustrado con el fruto, muestra, primero, lo que esto significa en la experiencia práctica, la clase de vida que somos llamados a vivir, y, en segundo lugar, cuál es el rasgo especial de la vida más allá. «Si alguno me sirve, sígame». El énfasis está en el «a mí» en ambas cláusulas. Es él el objeto de la verdadera devoción de corazón y es él el que ha recorrido la senda antes. Su ejemplo ya está puesto. El verdadero servicio quiere decir aborrecer la vida de uno en lugar de amarla. El amor

propio es destrucción propia. Él ha dado su vida por nosotros; demos nuestras vidas por él, cueste lo que cueste. Esta manera de estimar nuestra vida no implica descuido en cuestiones de nuestro cuerpo y salud, pero sí quiere decir absoluta negación propia. Significa tomar nuestra cruz y seguirle, y eso diariamente (véase Lc 9.23 y 14.27). Si no seguimos la senda que él ha recorrido, andamos en tinieblas.

En cuanto al futuro, dice: «donde yo estuviere, allí también estará mi servidor». Eso no es solo futuro. Es la cúspide del privilegio, honor y bendición presentes. «Hay cielo donde Jesús está». Es así ahora. Lo será también en la eternidad. Es Cristo mismo quien hará del cielo nuestro paraíso y deleite.

Entonces dice: «Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará». Aquí el énfasis está en los verbos «servir» y «honrar». Es la voluntad del Padre siempre glorificar a su Hijo; por consiguiente, el servicio al Hijo recibirá honor del Padre. Siempre debemos procurar realizar lo que el apóstol llama el «premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús».

El preludio al sacrificio

La mención del Señor de su muerte inminente conduce a una declaración que se ha descrito como el preludio del conflicto de Getsemaní. De manera maravillosa, combina la angustia más profunda con el más alto deseo. Dice: «Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre» (vv. 27, 28).

Algunos encierran en signos de interrogación la frase que terminan en «hora», como si el Señor quisiera decir: «¿Y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?». Aunque esto es posible, la traducción sin signos de interrogación parece apropiada. La hora era el tiempo de sus sufrimientos inminentes de su sacrificio expiatorio y del juicio divino por el pecado sobre su alma sin pecado. Él sabía que todo eso se aproximaba para él. Eso fue suficiente para suscitarle la oración: «Padre: sálvame de esta hora». Fue una expresión de la más intensa agitación de su alma. Parece inapropiado considerarlo como pregunta, como si el Señor estuviera deliberando en cuanto a lo que debía decir. Él oró de manera similar en Getsemaní: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa» (Mt 26.39). Allí también dijo de inmediato: «pero no sea como yo quiero, sino como tú». Esa oración no sugiere desviación alguna de la sumisión a la voluntad de su Padre. Así que, en el caso presente, afirma a la vez la razón para su llegada a esta hora: «Mas para esto he llegado a esta hora». ¿No es la causa de poner su vida que el nombre del Padre sea glorificado (uniendo lo que él enseñó en el v. 25 y lo que sigue justo ahora en el v. 28)? No simplemente es en sumisión a la voluntad de su Padre, sino también en devoción perfecta de corazón a él como dice: «Padre, glorifica tu nombre».

Su mayor deseo

Ese fue siempre su motivo, sin desviación, y su oración recibe una doble respuesta inmediata: «Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez». El Padre lo había glorificado en la vida pasada de obediencia de su Hijo, alcanzando su clímax en su muerte, que parece estar incluida en la declaración como un hecho ya realizado. Cubre tanto su vida como su muerte. Él también lo glorificaría al resucitarlo de los muertos y sentarlo a su diestra.

La multitud que le rodeaba se imaginó que había retumbado un trueno. Algunos pensaron que un ángel le había hablado. Él declaró que la voz había venido especialmente por causa de ellos, a fin de que creyeran (ver v. 36). Sus pensamientos giran otra vez alrededor de su muerte. «Ahora es el juicio de este mundo». El «ahora» señala vívidamente a lo que es inminente. El juicio de este mundo significa la sentencia que se dictará, no una opinión que el mundo exprese. En tanto que en el amor y

misericordia de Dios él dio a su Hijo unigénito para que muriera por el mundo, no podría haber otra cosa que condenación para todos los que lo rechazan, para los que en la práctica determinaron su muerte y desde entonces para todos los que por su incredulidad se han puesto del lado de ellos.

El discurso en el aposento alto

Durante su última comida con sus discípulos, Jesús prepara a los once para lo que se avecinaba. Les da un nuevo mandamiento, les insta a que se amen unos a otros, les dice que no se perturben, y les insta a que crean en Dios. Cristo les advierte de nuevo de su muerte inminente, pero vuelve a asegurarles que enviará un Consolador. Estos son sus amigos y les dice: «Éste es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos».

La Cena del Señor

Tomando en consideración las narraciones de los Sinópticos de la institución de la Cena del Señor y las circunstancias que anota Juan en el capítulo 13, parece probable que esta institución tuvo lugar justo después de la salida de Judas y de los consiguientes comentarios de Cristo que se mencionan en el [capítulo 13] versículo 32, y antes de su discurso a los discípulos, según se menciona en el versículo 33. Es más probable entonces que después de lo que dice en el versículo 35, puesto que el 36 enlaza con el versículo 33.

La omisión es a propósito. Las enseñanzas del Señor en ese salón no se refieren al sacrificio por el pecado, el cuerpo y la sangre de Cristo y el nuevo pacto. Los temas principales son nuestras relaciones inmediatas con él. Hay correspondencias y conexiones manifiestas entre la institución y los discursos del Señor, como, por ejemplo, en la instrucción respecto a su retorno.

Un nuevo mandamiento

Cuán apropiado, después de que ellos habían recibido de sus manos los emblemas de su cuerpo y su sangre, los símbolos de su muerte, y habían oído su promesa de volver, que vengan las palabras: «Hijitos, aún estaré con vosotros un poco ... Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros ... voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y ... vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo».

Él les había anunciado a sus enemigos su partida, pero les había advertido de la separación eterna de él (8.21); el anuncio aquí de su partida a los discípulos va acompañado de la seguridad de la reunión eterna. Él se dirige a ellos como «hijitos» por primera vez. Juan usa esta expresión siete veces en su Primera Epístola. Da cuatro ideas: (1) afecto, (2) cuidado paternal, (3) compasión, (4) intimidad familiar.

Da un «mandamiento nuevo» de amarse unos a otros conforme al estándar de su propio amor (v. 34). Siete veces en todo el discurso habla de sus mandamientos, y en cada lugar los asocia con el tema del amor (aquí; 14.15, 21, 23; 16.10, 12, 14 con 13). Su amor nos da tanto *el motivo* como *la medida* de nuestro amor. Al exhibirse en nosotros muestra el *carácter* del discipulado real a la vez que también da testimonio del mismo al mundo. «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros». En esto somos responsables de ser sus representantes aquí.

La palabra *kainós*, «nuevo», no significa nuevo en tiempo, reciente (*neós*), sino algo nuevo en naturaleza y calidad, superior a lo antiguo. El amor del que el Señor habla aquí, por consiguiente, no es obediencia a la letra de la ley, sino la misma fuente y poder de la vida nueva, «la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús».

Pedro se preocupa especialmente por el aturdidor hecho de que el Señor se iba. Su respuesta

motiva al discípulo a asegurar de manera impetuosa pero fiel su lealtad hasta lo último. Esto, a su vez, produce otra revelación del completo preconocimiento del Señor, y ahora de todo lo que afectaría a las circunstancias de todos ellos.

El Señor pone un alto al mero impulso y a la confianza propia. Lo hace con su predicción de la triple negación de Pedro. Pero tanto su predicción como otros detalles de sus revelaciones producen agobio en el corazón de todos. Todo era una deliberada preparación de su parte para las palabras de consolación y bendita seguridad que les ministraría a ellos y a todos los suyos desde entonces, y la revelación de sí mismo, su carácter, sus caminos y obras, que constituyen la gran esencia del discurso que sigue.

Unidad de la Deidad

Consolación y revelación; este es su doble ministerio en todo. Son las características de su doble mensaje con que empieza esa parte del discurso al principio del capítulo 14: «No se turbe vuestro corazón», eso es consolación; «creéis en Dios, creed también en mí», eso es revelación. ¡Es consuelo para el corazón de sus seguidores, revelación de su propio corazón! Sin embargo, puesto que el verbo que se traduce como «creéis» también tiene la forma del imperativo, y puesto que su ministerio es de consuelo a corazones atribulados, es mejor considerar cada parte como un mandato: «crean en Dios, crean también en mí». Es una fe que va mucho más allá de una aceptación de la verdad; se aferra al que habla. Lo que el Señor revela es la unidad entre el Padre y el Hijo. La fe en ambos es una necesidad. Sin esto no hay salvación en ningún sentido del término.

Se declara también la unidad de las personas y, no obstante, sus personalidades distintivas. «En la casa de mi Padre» quiere decir que lo que es el Padre lo es de igual manera el Hijo, y es prerrogativa del Hijo a la vez preparar la morada y venir y llevar allí a aquellos para quienes fue preparada: «voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y ... vendré otra vez [tiempo presente intenso en ambas partes, dando seguridad de los hechos futuros], y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis». Esto es más que una recepción para encontrarse con él en el aire (1 Ts 4.17). Eso será así, pero él nos lleva, con certeza, del lugar de encontrarnos en el aire a la casa de su Padre, para que estemos con él. Dice «donde yo estoy», es decir, «dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor» (Heb 6.19-20). Ese lugar es «la casa del Padre» (véase también 17.24).

Su retorno

El Señor no se refiere al dormir del creyente individual. Está hablando del momento del arrebatamiento de todos los creyentes cuando la iglesia ya esté completa. De este modo, al principio de su discurso, él lleva los pensamientos de los discípulos justo hasta el tiempo de la consumación, de modo que esta promesa pueda arrojar sus rayos sobre todo lo que interviene, según lo trata en el resto de sus enseñanzas.

En su sabiduría, el Señor indica la presuposición de que ellos conocen el camino por el que él va. La traducción es correcta: «y adonde yo voy, ustedes conocen el camino». Él sabe que esto provocaría la objeción de Tomás ([cap. 14] v. 5). Cristo tenía lista la revelación de sí mismo, totalmente personal y completa. No dice «Yo hago el camino, yo revelo la verdad, yo doy la vida», sino «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida». Y el hecho de que él es la verdad y la vida, porque él es el camino, lo confirma su afirmación adicional: «nadie viene al Padre, sino por mí», que tiene que ver con el único camino, el camino al Padre, e implica experimentar a Cristo como la verdad y la vida.

De este modo, él va más allá del camino a la casa del Padre. Él ocupa nuestros pensamientos con el Padre mismo y la experiencia presente de venir voluntariamente y por fe a él, por medio de Cristo. «Por mí» contiene el pensamiento tanto de su mediación personal inmediata como de lo que ha hecho para realizarla, es decir, su encarnación, vida, muerte expiatoria, resurrección y ascensión (véanse Ro 5.2; Ef 2.13, 15, 18; Heb 7.25; 10.19-21). Por tanto, esta declaración va mucho más allá de lo que había significado para los santos del Antiguo Testamento venir a Dios.

Hay que conocer a los dos en uno

El Señor ahora inculca la profunda verdad que él había pronunciado en público (8.19), pero con una diferencia. Aquí dice: «Si me conocieseis [*ginosko*], también a mi Padre conoceríais [*oida*]». El primer verbo expresa un conocimiento progresivo y adquirido; el segundo un conocimiento inmediato y perceptivo. En 8.19, el verbo es *oida* en ambas partes.

Con los fariseos opositores se deja totalmente a un lado la misma idea de llegar a conocerle. Ningún conocimiento era posible para ellos. A los discípulos puede decirles, y en efecto les dice: «y desde ahora le conocéis [*ginoskete,* ustedes están llegando a conocerle]». Ellos habían entrado en el proceso y progresarían en su conocimiento. Más aún, ellos «le habían visto». Cristo, como el Hijo, era la manifestación personal del Padre, y en respuesta a la petición ferviente de Felipe de que Cristo se lo muestre, dice: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (v. 9).

Aquí también se emplea un verbo diferente, *jorao*, del que se utiliza en 12.45 (*teoreo*) . *Teoreo* denota ser un espectador de algo; recalca la acción del que contempla; *jorao* pone más énfasis en el objeto que se mira, en la dirección en que va la visión. Esto se ejemplifica especialmente con las palabras del Señor a los discípulos, diciendo que el Padre se manifiesta en el Hijo (cp. 1.17, 18). Debe ser así por razón de la morada mutua, «yo soy en el Padre, y el Padre en mí», repetida aquí y de nuevo en la oración de 17.23. Esta gran declaración fundamental del Señor conlleva la unidad esencial de su naturaleza en la Deidad, incluyendo unidad de mente, voluntad y acción.

Nuestra ocupación más alta

Desde luego, esta unidad, esta morada mutua, supera los límites de nuestra comprensión natural, y por esta misma razón añade: «creedme por las mismas obras». Esto lo había dicho en público (10.37, 38), pero aquí hay más. Primero la persona, luego las obras; estos son los motivos para la fe. A los judíos se las había presentado como alternativas; en la presentación a los discípulos, las obras proveen un motivo suplementario para la fe: «crean en mí por [i.e., “por razón de”, no “a causa de”, como en algunas versiones] las mismas obras». Nicodemo deriva una conclusión de las obras (3.2), y lo hace por vía de observación y razonamiento. Los discípulos le reconocen aparte de sus obras (1.41-48). Nuestra más alta ocupación es con Cristo mismo y nuestro conocimiento personal y creciente de él. Esto se fortalece al experimentar su trato con nosotros.

Obras mayores

Partiendo de la mención de sus obras les abre la mente de nuevo al futuro, pero ahora preocupado por el servicio de ellos. Él pasa de sí mismo como objeto de la fe a la vida de fe de ellos en dependencia de la presencia de él con el Padre. Y de nuevo la grandeza y novedad del tema se caracteriza con su «de cierto, de cierto os digo». La revelación de sí mismo continúa: «El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre» (v. 12). Esto es continuidad y aumento, pero él es el autor y medio de ambas cosas.

El hecho de que las obras serán mayores se debe a su exaltación. También llegarán a ser mayores

debido a su alcance en el mundo y porque, por ellas, la iglesia, el cuerpo de Cristo, está en el proceso de formación, la más grande de todas las obras creadoras de Dios.

Hay que pedir en su nombre

En este sentido, el Señor asocia la oración con las obras, indicando la necesidad de la primera para la efectividad de las segundas. Hay tres factores esenciales a este respecto: (1) las peticiones deben hacerse en su nombre; (2) él mismo las cumplirá; (3) el Padre es de este modo glorificado en el Hijo. En esta repetición de las primeras dos dice: «Si algo pidiereis en mi nombre» (v. 14), expresando de otra manera su unidad con el Padre en la Deidad.

Hacer una petición en su nombre no quiere decir simplemente añadir la frase a una petición u oración; incluye la experiencia de esa relación personal y la comunión con él, esa semejanza a su carácter y ese deleite en su voluntad que su nombre implica; quiere decir la apropiación de sus méritos, sus derechos, sus afirmaciones. Esto imparte un nuevo carácter, poder y dulzura a la oración que ellos no habían experimentado hasta el momento.

Su siguiente declaración no está desconectada de lo anterior: «Si me amáis, guardad mis mandamientos». Pedir en su nombre no es más que una muletilla verbal si no guardamos sus mandamientos, porque al apartarnos de ellos no le representamos y, por consiguiente, no hacemos nada en su nombre.

La Trinidad

Pero para esto no podemos apoyarnos en nuestra propia voluntad, por decididos que pudiéramos estar a ser obedientes. Por tanto, es justo aquí que el Señor introduzca el tema de la presencia y poder prometidos del Espíritu Santo: «guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre» [«hacer la petición de»; palabra diferente de «pedir» en los vv. 13 y 14: *aiteo,* allí, sugiere la petición de un inferior a un superior; *erotao,* aquí, sugiere un derecho a esperar cumplimiento], y os dará otro Consolador [no *jéteros,* otro de clase diferente, sino *alós,* otro de naturaleza similar], para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad».

La obediencia, entonces, es la obediencia de amor; amor que se expresa en un acto que cumple su voluntad. La autoridad de su voluntad y los afectos del corazón son como causa y efecto en los que están «en la ley [*ennomos,* palabra literal en 1 Co 9.21] de Cristo». Para esto él promete al Espíritu Santo. En este asunto él revela de nuevo su unidad e igualdad con el Padre; porque en el versículo 26 dice, como aquí: «a quien el Padre enviará en mi nombre». En 15.26 y 16.7 dice: «a quien yo os enviaré». ¿Qué es esto sino la Trinidad, los tres actuando en uno? Porque lo que él va a revelar respecto al Espíritu Santo no es otra cosa que un anuncio de su divinidad. El Padre actúa en y por medio del Hijo, el Hijo actúa en el Padre y el Espíritu actúa en perfecta sintonía de ser y acción con el Padre y el Hijo.

El Paráclito

El nombre dado al Espíritu es «el Paráclito», lit., uno llamado al lado (de otro); pero la palabra expresa el propósito para el que viene, la acción bondadosa que hace. Hay dos significados. Uno de ellos, que se da las cuatro veces en que aparece en esta parte del Evangelio, se refiere a alguien que por su presencia y compañerismo imparte estímulo, fortaleza y respaldo.

«Consolador» es la traducción apropiada, solo que significa más que meramente dar consuelo. El otro significado es abogado, alguien que se hace cargo de nuestra causa y aboga por nosotros; ese es su significado en 1 Juan 2.1.

Cuando dice «otro Consolador» (usando la palabra que significa otro de la misma naturaleza), está rememorando el hecho de que él había sido para ellos todo lo que la palabra significa en la primera de las dos acepciones que se acaban de mencionar. El mismo ministerio lo iba a continuar el Espíritu, y eso «para siempre», tanto aquí como en el más allá. Él es «el Espíritu de verdad»; es decir, que será el poder en su testimonio de la verdad, cumpliendo así tanto los consejos divinos como las necesidades humanas; porque en un mundo de tinieblas, maldad y engaño, la necesidad más grande del hombre es la verdad. Para esto vino Cristo al mundo (8.32) y él es en sí mismo, como acaba de decir, «la verdad». «El Espíritu es el que da testimonio», testimonio de Cristo y todo lo que eso significa, «porque el Espíritu es la verdad» (1 Juan 5.6).

El mundo: Un contraste

Justo aquí es donde el Señor hace un contraste entre ellos y el mundo. El mundo «no puede recibir» al Espíritu, «porque no le ve, ni le conoce». La propia condición del mundo le impide cualquier reconocimiento de él. Los discípulos contemplaron en Cristo y sus caminos y obras la manifestación de la persona y poder del Espíritu. En lugar de conocerle, el mundo acusó a Cristo de estar endemoniado (8.52). Los discípulos conocían al Espíritu, porque ya habían experimentado su poder, así como también habían visto sus obras en su maestro. Él «mora con vosotros», eso era ya verdad; «y estará en vosotros», eso sería verdad desde Pentecostés en adelante. Ellos le iban a descubrir como el Consolador, que da poder a su testimonio y obra en su testimonio escrito hasta llegar a completar las Escrituras de la verdad. ¡«Con» y «en»! ¡Qué poder para toda experiencia en la vida!

Pero eso no significa que él fuera a tomar el lugar de Cristo mismo. Esto se lo asegura en seguida y dice: «No os dejaré huérfanos [desolados]; vendré a vosotros». El propio Espíritu es ministro de Cristo. Si el Espíritu de Cristo mora en nosotros, Cristo mismo lo hace. Esto implica una visión de Cristo, no física, pero muy real. Lo espiritual reemplazará a lo físico para los discípulos. «Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis». El mundo le había visto solamente para equivocarse en cuanto a él, debido a su situación de pecado. Los discípulos, y nosotros como ellos, tienen una facultad diferente de vista, la vista de la fe.

Vida en verdad

Pero su presencia con nosotros y en nosotros, de acuerdo a su promesa, es simplemente la misma esencia y vitalidad de la vida, vida espiritual, «porque yo vivo, vosotros también viviréis». Eso quiere decir, en las palabras posteriores del apóstol Pablo, «para mí el vivir es Cristo». Lleva consigo más que la mera vida espiritual. Es la experiencia constante y personal del Cristo vivo y resucitado, produciendo su poder vivificador en nuestra vida diaria. En el disfrute presente de esto se nos da el disfrute de la bendita promesa: «En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros» (v. 20). Para la experiencia adicional de este mutuo morar véase 15.4-7.

Todo esto es cuestión de guardar sus mandamientos; no es mero sentimiento, sino disfrutar del amor como la fuente de la obediencia y de la obediencia como prueba del amor. Así, el Señor dice: «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él» (v. 21). Este amor práctico por parte del creyente trae una manifestación especial del amor del Padre y del Hijo, y no solo de su amor, sino también de su misma naturaleza y carácter según se revela en el Hijo. «En guardar sus mandamientos hay grandes recompensas», y no puede haber mayor recompensa que la comunión que se disfruta en el cumplimiento de esa promesa. Nos llega así una maravillosa revelación del verdadero corazón. El

verbo que se traduce como «me manifestaré» no es la palabra habitual *faneroo*, es *emfanizo*, que sugiere más que una aparición; lleva el pensamiento de una revelación de lo que la persona es en su propia naturaleza, carácter, consejo y obra.

El mundo religioso

Esto da pie a una pregunta de Judas (no el Iscariote) en cuanto a lo que había sucedido, para sacar a la luz esta distinción entre ellos y el mundo (v. 22). La publicidad, la auto propaganda para ganar aplausos, es característica de la mera religión; es la negación del carácter y camino de Cristo. Por tanto, su respuesta muestra hasta qué punto lo que él tenía en mente para ellos es del todo imposible para el mundo. El mundo no tiene lugar para Cristo en todo este período, así como tampoco lo tuvo cuando él estuvo en la tierra. Tiene ideas religiosas en cuanto a él, pero su concepto de Cristo es radicalmente distinto de lo que él es en sí mismo. Jesús le respondió: «El que me ama, mi palabra [no mis palabras, sino toda la Palabra como una entidad] guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él» (v. 23). No hay un lugar de morada en la tierra para el Padre ni el Hijo. Está en el corazón y vida de todo el que lleva la verdad completa de la Palabra de Dios, no alguna doctrina o práctica en particular, ni un conjunto especial de doctrinas que asigna importancia a algunas en tanto que denigra o menosprecia a otras. La «Palabra» es toda la enseñanza.

Esto trae del Padre y del Hijo, no una exhibición externa de poder o actividad atractiva, sino la revelación interna de su amor, produciendo semejanza al carácter de aquel que es «manso y humilde de corazón», y el poder real del Espíritu de Dios. La idea de una «morada» no es algo efímero, sino habitual y permanente. Así, Juan escribió más tarde: «el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo» (2 Jn 9). Y el Señor concluye su respuesta combinando, en una declaración negativa, el amor y la obediencia: «El que no me ama, no guarda mis palabras [plural ahora, las varias partes que constituyen el todo]; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió». Era en verdad la palabra de Cristo, pero solo según era la del Padre, en perfecta unidad.

El Espíritu Santo: Una Persona

Lo que les había dicho era solo un comienzo. Ellos mismos deben haber sentido la necesidad de más, y les asegura que la necesidad sería suplida. Su enseñanza no acabaría con que él estuviese allí con ellos: «Os he dicho estas cosas estando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (vv. 25, 26). Esto deja en claro que el Espíritu no es una mera influencia; es una persona, que actúa por sí mismo como ministro de consuelo e instrucción. Las dos cosas son inseparables. La instrucción imparte todo lo que conlleva el término «Consolador». Él enseñaría todas las cosas, es decir, la verdad de las Escrituras en su totalidad, y recordaría todo lo que Cristo enseñó. Esto último contiene la base de toda la verdad que iba a seguir, desde Hechos a Apocalipsis (cp. Heb 2.3). Todo el resto del Nuevo Testamento sirve para confirmar la autenticidad de los Evangelios.

Esta promesa señalaba a la responsabilidad de los discípulos para compilar lo que Cristo había enseñado, pero esto bajo el control del Espíritu Santo (cp. 12.16). Esto pone los escritos de los apóstoles más allá del alcance del mero recuerdo y contemplación.

La paz de Cristo

Siguiendo a esta expresión aseguradora, el Señor ministra una palabra de fuerte consuelo para ellos. Cuando dice «la paz os dejo» (v. 27), no está dándoles simplemente un mensaje de despedida. La

palabra que se traduce como «dejo» es la misma en el original que cuando dijo: «No os dejaré huérfanos». La paz es un legado, no meramente de la libertad de la ansiedad ante las circunstancias, sino de todo lo que contribuye al bienestar mental y espiritual.

Pero hay un rasgo especial en cuanto a la paz. Cuando él añade «mi paz os doy», usa una frase cuya fuerza no se expresa en nuestras versiones. Literalmente dice «la paz, la mía», una manera muy enfática de hablar de su paz como lo que le caracteriza de una manera especial y en un grado especial, una paz interna que es su sola posesión, una paz que no la alteran ni los enemigos ni el mundo. Más que eso, es lo que él imparte como lo que está de acuerdo con su propia naturaleza. Se ha descrito como aquello que consiste en «la compostura de un afecto santo, el resplandor de un propósito fijo y el brillo de una comunión despejada con Dios». Él describe su amor y gozo con las mismas expresiones (15.10, 12).

«Yo no os la doy como el mundo la da», dice. Hay más de un contraste. En cuanto al modo de dar, el mundo la da convencionalmente y la ofrece de manera meramente superficial. En cuanto a los medios, el mundo no posee paz real, duradera, ni puede dar lo que no tiene. En cuanto a la fuente, la paz que el Señor da ha sido conseguida para nosotros al precio de su sacrificio expiatorio; esto da a los creyentes el derecho de recibirla de él. En cuanto a la naturaleza, no es solo una paz de conciencia, es una paz de descanso en la voluntad del Señor, no meramente resignación a ella, sino deleite en ella, descansando en todos sus tratos.

Temor o amor

Añade una exhortación en contra de lo que es la misma negación de la paz, es decir, un corazón turbado o atemorizado. Aquí él repite lo que ha dicho al principio (hay una conexión diferente) y añade las palabras: «ni tenga miedo». El verbo es *deiliao* (solo aquí en el NT), no un temor pasajero sino una condición de temor (cp. 2 Ti 1.7).

Todo temor debe dar lugar al amor, por dos razones: (1) porque Cristo ha ido al Padre, (2) porque él vuelve (cp. 14.3). «Habéis oído que yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo» (v. 28). Esta última declaración da la razón consumadora para el amor y el gozo en Cristo, como poderes que eliminan la ansiedad y el temor. Al decir que el Padre es «mayor», no se refiere a las relaciones de las personas en la Trinidad. El Señor ha estado hablando de sí mismo como enviado por el Padre, el que cumple sus mandamientos, el camino que conduce al Padre y el que revela al Padre. De todo esto, el Padre es la autoridad y el objetivo. En estos aspectos, el Padre es mayor que el Hijo, pero no mayor en esencia y divinidad.

Estas expresiones de seguridad produjeron en efecto el amor y regocijo al cual el Señor les exhortó, porque así se dice en Lucas 24.53 y en los capítulos iniciales de Hechos. Nosotros debemos vivir, también, de modo que estas bendiciones puedan operar en nuestros corazones continuamente y dar efecto a nuestro testimonio.

Pero todo es cuestión de fe; fe que percibe y se apropia de lo invisible: «Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis» (v. 29).

El poder de las tinieblas

Para los discípulos, la escena estaba a punto de cambiar; esta conversación y compañerismo íntimos estaban a punto de terminarse por el tiempo. Los poderes de las tinieblas estaban reuniéndose para el ataque. «El príncipe de este mundo» venía; había venido a él reclamando ese título en el desierto al principio de su testimonio público. No le negó entonces el Señor victorioso esa vindicación. Y

ahora, con la autoridad que se le había concedido sobre el hombre rebelde, sobre el mundo en su persistente dureza de corazón contra toda la revelación y mandamientos divinos, Satanás se apresuraba al ataque crucial, usando a los poderes humanos de los judíos como instrumentos.

Sin embargo, si bien el príncipe del mundo tiene alguna autoridad que reclamar sobre los hombres, no tenía ninguna sobre el Hijo de Dios. Dice: «y él nada tiene en mí»; tampoco podía hallar, como sí lo hallaba en el mundo, algo que pudiera responder moralmente a su propia naturaleza. El mismo hecho de que los hombres son pecadores los hace partícipes con el maligno, que «peca desde el principio». Así fue con el primer pecado humano, y los hombres desde entonces han abierto de par en par las puertas de su ser a él. Pero él no halla ningún medio de entrar en Aquel en quien «no hay pecado». Por consiguiente, aunque Satanás podía intentarlo, sujeto a la voluntad permisiva de Dios, no tenía ningún derecho a hacerlo.

La gran cuestión

El que él lo hiciera así en ese momento fue, mediante tal permiso, concedido voluntariamente. Por consiguiente, debe haber un propósito divino en ello. Se ve en las siguientes palabras del Señor: «Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago» (v. 31). Por consiguiente, la acción no fue meramente por consentimiento voluntario, sino por obediencia de amor. Aquí había una exhibición de gracia en verdad. Esto es algo más que el hecho de que Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito para la salvación de todo el que cree. El mundo iba a saber que, al dar él su vida para que los hombres pudieran ser salvados, estaba dando evidencias de su amor por el Padre. Aquí, entonces, había una prueba de la gracia del Padre y del Hijo hacia el mundo culpable.

El que el Señor ahora diga «levantaos, vamos de aquí», no hace obligatoria la idea de que el grupo saliera inmediatamente de la habitación. Lo más probable es que ellos se quedaran allí, o por lo menos en el edificio, mientras él continuaba su discurso y elevaba su oración. Tal vez en este punto cantaron el *jalel*. Si después de levantarse se quedaron en otros rincones de la casa, con toda probabilidad habría una vid en algún lado, lo que puede haber conducido a sus comentarios al principio del capítulo 15. Lo notorio es que, inmediatamente después de mencionar que «viene el príncipe de este mundo», dice: «Levantaos, vamos de aquí», sugiriendo que estaba listo para afrontar el ataque y cumplir todo lo que ahora se iba a cumplir.

El propósito de la narración, sin embargo, es claramente la continuidad del discurso. En lo que sigue hay mucho que rememora y amplía lo que se había dicho previamente, y ahora él lo aplica mediante una exhortación práctica, no solo para los doce, sino para todos los creyentes. El tema de los dos capítulos siguientes es la relación de los creyentes con el Señor mismo como Aquel por cuyo poder ellos deben vivir sus vidas. La relación personal es quíntuple: ellos participan de su vida y fruto como sus miembros (vv. 1-8), en su amor y gozo como sus amigos (vv. 9, 19), en su obra y caminos como sus colaboradores (15.20-16.3), en su ministerio y espíritu como sus discípulos (16.4-15), en su conflicto y victoria como sus seguidores (16.16-33).

Vida y fructificación

Al hablar de sí mismo como «la vid verdadera» (lit., la vid, la verdadera) quiere decir que él es la misma esencia de la vida y fructificación espiritual, y el único de quien se puede poseer y producir ambas. La nación se había vuelto estéril y muerta. Él era el retoño del tronco (Is 11.1, 2). Pero él cambia las metáforas, porque ahora incluye a todos los que, como sus miembros, participan de su vida y sus frutos, mostrando que hay una unión virtual entre él mismo y ellos.

Pero esta unión y fructificación se debe mantener en una aprehensión práctica mediante la permanencia de ellos en él. Sin embargo, la fructificación no está dentro del poder de ellos. Ellos dependen por entero de la vid. Por eso dice: «mi Padre es el labrador». Hay dos clases de ramas, las que no llevan fruto y las que dan fruto. Las primeras las quita, a las otras las limpia. No hay pensamiento aquí de pérdida de la vida eterna. El Señor está ilustrando el uso del cuchillo de podar, en un caso, y la eliminación de cosas tales como parásitos y moho, en el otro caso.

«Él les muestra a los discípulos que, andando en la tierra, deben ser podados por el Padre, y ser cortados si no dan fruto; porque el tema aquí no es la relación con Cristo en el cielo por medio del Espíritu Santo, que no se puede romper, sino ese eslabón que ya entonces se formó aquí abajo, que pudiera ser vital y eterno, o tal vez no se ha formado. El fruto debe ser la prueba» (J. N. D.).

Hay que permanecer en él

Los once discípulos ya estaban limpios; su fe en Cristo los había convertido en ramas de la vid. Ellos habían quedado limpios debido a la palabra que él les había hablado. Todavía necesitarían limpieza para dar «más fruto». El secreto de todo está en su mandamiento: «Permaneced en mí».

Esto implica el ejercicio de la voluntad, una perseverancia voluntaria y consciente, y deja clara la posibilidad de los peligros espirituales, para que no se permita que nada interrumpa o estorbe la experiencia continua de esta unión. Más aún, la relación es mutua. Hay una promesa condicionada al cumplimiento del mandato. Él dice: «Permaneced en mí, y yo en vosotros». Esta es una condición, no de sentimiento, sino de actividad. En 14.20, «vosotros en mí, y yo en vosotros» significaba un estado. Aquí, la relación es la que se expresa en resultado práctico, la actividad es el resultado de darse cuenta del estado.

De este modo, la energía del alma halla sus efectos en la obediencia de amor a todos sus mandamientos, y ésta es la vida de Cristo dando fruto: «Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados [i.e., cortados de] de mí nada podéis hacer» (vv. 4, 5).

Nuestra insuficiencia

Hay que hacer una distinción entre el tema de la vida del creyente como inseparable de Cristo desde el día en que le recibe por fe y la relación del creyente con él en la cuestión de dar fruto espiritual. En cuanto a lo primero, el Señor dejó claro la vida imperecedera del creyente en el capítulo 10, al declarar que sus ovejas jamás pueden perecer. Lo que ahora está mostrando es que ningún creyente puede dar fruto por sus propios recursos o por su propia iniciativa. Como el apóstol Pablo dice: «he trabajado ... pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo». «No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos». «Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí».

El Señor compara al que no permanece en él con una rama seca. Ese tipo de ramas se recogen y se queman. Los tiempos aoristos de los verbos que se traducen «echado fuera» y «se secará», sugieren un doble significado: (1) el carácter decisivo de las acciones (no es practicable ningún otro curso), (2) la mente omnisciente del que habla (como el que sabe lo que debe tener lugar antes de que se convierta en hecho).

La falta de fruto puede ser causada por letargo del alma, incredulidad o apostasía voluntaria. Este último había sido el caso del traidor: avaricia, luego descontento, ¡luego claro antagonismo!

Condiciones para el poder en la oración

Ahora el Señor trata del fruto de disfrutar de la unión y la comunión y muestra que la morada de sus palabras significa poder en la oración, y que la vida de verdadera oración es la vida fructífera: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid[1] todo lo que queréis, y os será hecho» (v. 7). Sus palabras son principios vitales; están diseñadas para inspirar nuestros motivos y para dirigir nuestros pensamientos y estimular nuestras acciones. El tener sus palabras permaneciendo en nosotros nos da tal comunión con Dios que podemos contar con sus respuestas a nuestras oraciones. Y esto inevitablemente significa fruto. Y viceversa la falta de fruto.

Este pedir y obtener nunca da lugar a orgullo. Lo que en efecto produce es el verdadero discipulado de Cristo, cuyo único y solo motivo era la gloria del Padre. «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos» (v. 8). El discipulado de ellos había empezado, pero debía haber desarrollo y progreso.

La clave para el amor, el gozo y la amistad

Pasando, por el momento, de su tema de la vid y las ramas, con su significado de unión vital constante de sus miembros con él mismo para fructificación, ahora habla de su amor por ellos como sus amigos, y su efecto práctico en ellos. «Permanecer» sigue siendo la nota clave. Así como ellos deben permanecer en él como su vida, también deben permanecer en su amor.

Primero, en cuanto a la fuente, «como el Padre me ha amado»; segundo, en cuanto a lo que se concede, «así también yo os he amado»; en tercer lugar, en cuanto al elemento disfrutado, «permaneced en mi amor»; cuarto, en cuanto a los medios, «si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor»; quinto, en cuanto al ejemplo, «así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» (vv. 9, 10).

Todo esto deja claro que nuestra obediencia no produce el amor del Señor, así como tampoco andar bajo la luz del sol produce la luz del sol. La luz está ahí, su amor está ahí todo el tiempo. La obediencia nos permite percatarnos del mismo. La desobediencia, alejándonos de la senda de sus mandamientos, estorba nuestro disfrute de su amor. Descansa en él el que anda como él anduvo.

Su gozo

Es precisamente esto lo que conduce al tema de su gozo, porque era su gozo hacer la voluntad del Padre y en nuestro caso una vida de obediencia es una vida de gozo: «Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido» (v. 11). El propósito anterior implica que el gozo que es suyo pueda ser impartido a ellos (no tanto que su gozo en ellos pueda continuar). Esto se confirma en dos aspectos: primero, por el carácter impactante de la frase completa en el original, que describe el carácter único de su gozo, lit., «el gozo, el mío»; segundo, por su oración en 17.13: «para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos». No es «para que el gozo de ustedes sea completo»; tal traducción yerra el punto importante. El que sus seguidores vivan y trabajen en pleno compañerismo con él para la extensión de su reino, va a implicar que su gozo, al realizar la voluntad del Padre, se cumpla en cada una de las vidas de ellos.

Esto se ilustra abundantemente en las Epístolas. Para tomar un ejemplo, cuando Pablo dice de los creyentes tesalonicenses «vosotros sois nuestra gloria y gozo» (1 Ts 2.20), esto no es sino el propio gozo del Señor cumpliéndose en los corazones del apóstol y sus colaboradores.

Sus amigos

Pero esto se ha de cumplir por el amor mutuo de otros creyentes, y es a esto a lo que conduce su recordatorio de que los que actúan de esta manera son sus amigos: «Éste es mi mandamiento: Que os

améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos» (vv. 12, 13). Él usa de nuevo el mismo tipo de frase impactante respecto a su mandamiento que había empleado en cuanto al amor, gozo y paz: «Este es el mandamiento, el mío» («eso que es especialmente mío»).

Se ha planteado la pregunta de si, en el versículo 13, el Señor en realidad estaba haciendo referencia a su propio sacrificio expiatorio o si, al ordenarles a los discípulos que ejerzan amor mutuo, estaba simplemente dando el más alto ejemplo de sacrificio propio meramente humano. Esto exige una consideración cuidadosa. Es cierto que no hay ninguna otra referencia directa, en este discurso del aposento alto, a su muerte. Se ha cuestionado, también, si, puesto que Cristo murió por todos los hombres, «murió por los impíos», murió por todo el mundo, él habría hablado de su muerte como dar su vida por sus «amigos».

La referencia a su propia muerte

Es necesario considerar primero el propósito principal del mensaje del Señor a sus discípulos. Uno no puede leer este discurso sin notar que su gran objetivo era consolarlos, fortalecerlos e instruirles en vista a sus experiencias, pruebas y vicisitudes próximas, después de que él hubiera ido al Padre, y prepararlos así para su servicio y testimonio. Esto no significaría el encubrimiento entero de una insinuación de su muerte (eso sería improbable), pero sí significaría mantener el tema en cierta medida de reserva. Ellos ya habían conocido hasta cierto punto las circunstancias y significado de su muerte («ustedes saben el camino»), pero los hechos y sus implicaciones quedarían claros en pocas horas, y a su debido tiempo les sería dada a conocer su explicación completa. Por consiguiente, para esa ocasión inmediata había manifestada en sus mensajes una divinamente sabia economía de tratamiento. Haber tratado el tema de su muerte como algo ofrecido por el mundo, un dar su vida «por los impíos», habría sido exceder el alcance y método de sus enseñanzas inmediatas.

Coherente con esto, lejos de mantener secreto el tema de su muerte, trata a sus discípulos como sus «amigos» en este sentido. Él había usado ese término para ellos mucho antes (Lc 12.4). Así pues, en tanto él les instruye sobre cómo deben manifestar su amor unos a otros, está en línea con la naturaleza de sus instrucciones el que él incluya una referencia a su propia muerte como dar su vida por sus «amigos». Sin duda, se aplicaría a los once que estaban escuchándole, y no hay nada teológicamente erróneo ni doctrinalmente inconsistente con el tema de su sacrificio expiatorio como se explica en otras partes de las Escrituras, respecto a su declaración general, «nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos», incluyendo una referencia a su propia acción con su significado especial. El hecho de que su carácter general, como actuando en el recíproco amor de ellos, incluyera la mención de dar la vida como el acto de «un hombre», de ninguna manera le resta a la eficacia expiatoria de su muerte, como si se sugiriera que su acción fuera de un simple hombre. Por el contrario, la ilustración natural implicaba el uso de tal manera de expresarlo. A decir verdad, la palabra «hombre» no está en el griego en ninguna parte de este versículo. Las palabras son «nadie» y «cualquiera».

El ejemplo culminante hizo que incluir su propia obra, con su instrucción especial, fuese de lo más apropiado. Y, ¡cuán sabia y apropiadamente lo presentó! Su declaración no excluye una insinuación de su propia acción, con su carácter de única expiación posible, tal como lo confirma lo que su «discípulo amado» dice en su primera Epístola, en términos que con toda certeza contienen un eco de las mismas palabras de aquel en cuyo pecho él se apoyó: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (1 Jn 3.16). Podemos observar que el apóstol reduce el tema a los creyentes, en lugar de referirse al

mundo como aquello por lo que el Señor murió. Es lo mismo que Cristo hizo en la noche en que habló con sus discípulos.

La intimidad de la amistad

En la intimidad más honda establecida por el Señor en este discurso, ahora despliega más completamente para sus discípulos lo que implica ser sus «amigos». Él ya ha dicho con claridad que significa que ellos hagan todo lo que le agrada. Pero significaba más que eso. Por eso dice: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos».

Esto no significa que ellos ya no fueran sus siervos. Continuarían siéndolo e incluso se deleitarían en describirse así (*douloi,* esclavos; ver 1 P 1.1; Jud 5.1; Ro 1.1). En el creyente, la facultad de ser siervo lleva consigo la intimidad y comunión de la amistad. El siervo (*doulos*) como tal no sabe lo que un maestro está haciendo; su conocimiento está limitado a su deber. Pero si su maestro le toma en confianza, la escena cambia. Hay cooperación, simpatía y compañerismo. Se establece una amistad. Y eso es precisamente lo que el Señor ahora dice: «os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer» (v. 15).

Mediante esta comunicación de los consejos y caminos del Padre hay una comunicación que tiene lugar constantemente por el Espíritu y mediante la palabra. Cristo nos lleva al compañerismo consigo mismo, en sus propósitos, intereses y operaciones, somos sus amigos. Esto es más que la amistad producida por la obediencia de amor. Ser socios es un privilegio mayor que ser siervos.

Su siguiente palabra provee una hermosa conexión. Él fue quien tomó la iniciativa para hacerlos sus amigos, para que participasen en sus pensamientos y propósitos: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé» (v. 16). No es elección para vida eterna; es elección para servicio y fructificación. La declaración mira hacia atrás a dos hechos: al tema recién tratado de ser siervo y amigo a la vez, por la comunicación de los consejos y operaciones del Padre hecha a los discípulos por medio del Hijo; y mira también a la primera parte del capítulo, donde el Señor estaba hablando de la unión con él como el requisito para dar fruto.

Comunión privada y poder visible

Se retoma la metáfora. La palabra que se traduce como «he puesto» es, literalmente, «poner en» (i.e., «yo los puse en mí»). Pero ahora hay más que unión de ramas al tronco. Tenemos toda la actividad consiguiente de la misión que tenían por delante.

Para todos los verdaderos creyentes hay una doble condición necesaria: primero, la privacidad de la comunión vital e íntima, con la experiencia del compañerismo con él; y luego, solo entonces, la actividad espiritual y visible de producir resultados para su gloria, no para exhibición espectacular, sino mediante la respuesta ferviente pero callada a la guía y poder del Espíritu Santo. Tal fruto va del tiempo a la eternidad. Y el secreto de todo es el poder de la oración, oración que prevalece.

La enemistad del mundo

La renovación del mandamiento del versículo 17 de amarse unos a otros es un eslabón de conexión entre lo precedente y lo que ahora sigue (cp. 14.25; 15.11; 16.1, 25, 33). En cuanto a lo anterior, lo que comparten quienes conocen lo que es la unión y amistad con el Señor es que deben amarse unos a otros. Pero esto es más así debido al antagonismo del mundo (cp. 1 Jn 3.11-14). ¡Odio de afuera! ¡Amor dentro! En todo esto se ejemplifica su identificación con Cristo. «Si el mundo os aborrece,

sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros» (v. 18). Esto introduce ciertos principios, verdades espirituales que gobiernan la condición; estos principios son el tema de 15.18-27. En 16.1-15, el Señor da los detalles de las acciones.

Hemos visto como él les habla a los suyos, primero como sus *miembros,* que participan de su *vida*; luego como sus *amigos*, que participan de su *amor*. Ahora él muestra que ellos deben ser sus *seguidores*, participando en su *obra*. Pero esto último significa oposición y odio del mundo y experiencias consiguientes de sufrimiento y pruebas. Pero eso significa triunfo y gloria por el ministerio del Consolador.

«Si el mundo os aborrece»; el «si» expresa, no una posibilidad, sino un hecho. Y la explicación es clara: «Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece» (v. 19). Hay en el mundo una característica extendida, un tipo de afecto por los que naturalmente pertenecen al mismo, y esto se indica por la frase «lo suyo». El verbo *fileo*, aquí referido a ese amor del mundo, indica que es meramente natural, en contraste con *agapao*, amor por vía de decisión moral. La comunión creada por Cristo al escoger a sus discípulos del mundo y unirlos a sí mismo, conformándonos a su propia semejanza, es radical y esencialmente contraria al espíritu del mundo. Por consiguiente, este lo aborrece tanto a él como a ellos. Las cinco menciones del «mundo» recalcan lo que él dice del mismo. De modo similar, Juan habla cinco veces del mismo en su primera Epístola.

El Señor les recuerda ahora lo que ya había dicho: «El siervo no es mayor que su señor». Antes, este enunciado les enseñó la semejanza a él en humildad del servicio; ahora habla de identificación con él en el trato recibido del mundo: «Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra [lo que con certeza no habían hecho], también guardarán la vuestra». El cambio al «ellos» es notorio; el término «el mundo» sugiere su unidad en naturaleza y actitud, y el plural sugiere sus variados esfuerzos antagónicos: «Mas todo esto os harán por causa de mi nombre [debido a mi nombre]». Su nombre es expresivo de su carácter y caminos, los cuales son contrarios a los del mundo.

Su testimonio contra el mundo

En ambos aspectos él reveló al Padre que le envió. En ambos sentidos sus seguidores le representan a él. No teniendo conocimiento real del que enviaba, el mundo no reconoció al enviado. El enviado vino en persona y les habló; de ahí el grado extremo de su pecado. «Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado». El Señor mostró de este modo que estaba listo para conceder flexibilidad en donde fuera posible. El pecado de ellos era la incredulidad. No podían alegar ignorancia. Su incredulidad se transformó en odio.

La evidencia que él había dado era doble y abrumadora. Había dado testimonio de que él y el Padre eran uno. Al aborrecerle a él aborrecieron también a su Padre (v. 23). Entonces estaba el testimonio de sus obras: «Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre». Su incrédula malicia tenía por consiguiente una doble condenación.

Detrás de todo este testimonio estaba el de las Escrituras, a las que él se refiere como «vuestra ley». Ellos se jactaban en ella, ciegos al hecho de que ella testifica en contra de ellos mismos: «Sin causa me aborrecieron».

Testimonio adicional

Esta instrucción respecto al mundo y a la manera como los trataría la había enseñado con referencia

al testimonio que todavía tenían ellos que dar en ese mundo. Para este objeto ya se haría adecuada provisión. El adversativo «pero» conecta el pasado con el futuro: «Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio» (vv. 26, 27).

Hay un fuerte énfasis en los pronombres «yo» y «él». El primero recalca la propia acción del Señor; el segundo, la importancia de la acción del Espíritu Santo. El Señor habla de él ahora como «el Espíritu de verdad». Esto se añade a lo que ha mencionado en 14.16 y 26, y es apropiado para el tema del testimonio futuro, porque la verdad describe el asunto de los testigos. También «el cual procede del Padre» describe un proceder que es constante, pero su venida en el tiempo prometido iba a ser un acto especial de dicho proceder. El testimonio de los apóstoles se basaría en haber estado con Cristo desde el principio, es decir, desde el principio de su manifestación y ministerio público (Hch 1.2, 21, 22; 5.32; 1 Jn 1.1-3).

La Palabra que establece

El mismo hecho de que ellos darían testimonio de él en medio de feroz hostilidad da pie al recordatorio de que está a punto de dejarlos, y de que esto era necesario a fin de que reciban la provisión que está a punto de darles, para que puedan ser tanto librados como fortalecidos. Para obtener ayuda deben estar enfrentados al peligro.

«Estas cosas os he hablado [i.e., especialmente vv. 18-27 del cap. 15] para que no tengáis tropiezo» (16.1); la palabra aquí es una advertencia, no en contra de tropezarse en el camino, sino en contra de una reacción afligida de pensamiento al verse desilusionados por no ver el reino de Dios establecido en el mundo mediante la conversión de Israel. Que la fe de ellos no vacile por el fanatismo hostil de los dirigentes judíos al excomulgarlos e incluso matarlos como acto de servicio a Dios (vv. 1, 2). Que tengan presente la razón de todo eso, es decir, la ignorancia del Padre y de él mismo. Que recuerden, cuando el antagonismo estalle sobre ellos, que era nada más que el cumplimiento de lo que él les había dicho, y que de este modo cada adversidad no sea otra cosa que un recordatorio del ministerio de amor de él esa misma noche (vv. 3, 4).

«Esto», dice, «no os lo dije al principio, porque yo estaba con vosotros». Cabe destacar la expresión «al principio»; no es «en el principio» (como en la Versión Autorizada en inglés). Él les *había* hablado «en el principio» (ver Mt 10.16-25), pero él no había continuado haciéndolo, lo que produjo desconcierto en las mentes de ellos; porque él estaba con ellos, y lo que necesitaban era su persona y sus enseñanzas respecto a sí mismo. Bastaba con una advertencia.

Una advertencia

Esto contiene una lección para nosotros. Nunca debemos permitir que las dificultades y angustias del futuro preocupen tanto nuestras mentes que perdamos nuestro disfrute de la propia persona, amor y poder de Cristo. Que las negras circunstancias no oscurezcan la luz de su semblante y gloria.

Ahora él iba al que le envió, y, en lugar de fe y esperanza, nada sino aflicción llenaba sus corazones. Es verdad, ellos habían preguntado a dónde iba (13.36 y 14.5), pero las preguntas reflejaban desesperanza y perplejidad, no esperanza. «Pero», dice, «yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya [los pronombres «yo» son enfáticos]; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré». Convenía en más de una manera. La misma pérdida sería ganancia. La vista daría lugar a la fe, el factor primordial en el servicio presente. Ellos pasarían de la etapa de entrenamiento a la actividad cualificada. Su compañía terrenal con el Señor

sería cambiada por el poder del Espíritu de Dios que moraría en ellos, ministrando a Cristo en y por medio de ellos.

Hay dos palabras diferentes que se traducen como «ir» en el versículo 7; aparece dos veces el verbo *apelto*, que indica partida del lugar que se deja, i.e., el mundo; el último verbo, *poreuto*, indica la ida al lugar y el objeto a la vista, el cielo y Dios. El primero sugiere lo inevitable, el último el propósito.

Una triple convicción

Los versículos 8-15 presentan dos operaciones en contraste del Espíritu Santo después de su venida. Lo anterior tiene que ver con el mundo, lo último con los discípulos. En cuanto al mundo, él lo convencería «de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado». El significado de la palabra que se traduce como «convencer» es dejar grabado el mal que hay en las ideas falsas y los errores graves.

Los tres temas tienen que ver con el ámbito de la conciencia. Tienen que ver con el estado y actitud del hombre respecto a Dios y sus exigencias. Son factores en la antigua y continua controversia entre Dios y el hombre desde el principio del pecado humano. Pero el Señor muestra que, desde su propia entrada en escena, se aplica una nueva y especial prueba. La prueba tiene que ver con, y se centra en, él mismo; la aplica el Espíritu Santo. En cuanto a lo primero, la convicción de pecado no es una transgresión de la ley de Dios; va más hondo, va a la raíz del pecado, es decir, la incredulidad; porque todo el pecado es esencialmente incredulidad. Así fue con Adán y Eva, y ha sido así desde entonces. Pero ahora, con la nueva prueba, el mal consiste en negarse a creer en Cristo; «por cuanto no creen en mí».

En cuanto a lo segundo, la convicción respecto a justicia no es porque el hombre se haya apartado de los caminos rectos de Dios. Claro que se ha apartado, pero ahora, en Cristo, la justicia se ha cumplido por primera vez en un hombre, cuya entronización a la diestra de Dios la ha reivindicado debidamente: «de justicia, por cuanto voy al Padre» (otra palabra diferente para «voy», *jupago*, que tendría una traducción más completa como «yo sigo mi camino»; cp. Jn 8.21; 16.5). El mundo se había negado a reconocer su justicia; lo consideraron endemoniado, blasfemo y lo contaron con los transgresores. En cuanto a su derecho de ser resucitado de la tumba, y a estar a la diestra del Padre, ellos fraguaron una fábula mentirosa. El Señor añade muy significativamente «y no me veréis más» («contemplar», *teoreo*). Eso significa fe; y la vida de fe es una vida de justicia práctica; es un testimonio al mundo de lo que es la verdadera justicia. Por consiguiente, es una parte veraz de la obra del Espíritu de convencer al mundo. Apropiadamente, pues, el Señor asocia la vida de los creyentes aquí con su presencia con el Padre, con un factor esencial en este segundo proceso de convicción.

En cuanto a lo tercero, convencer de juicio es la operación culminante. El mundo se atreve a pronunciar su juicio sobre sus asuntos como si su política fuese a resultar en la reivindicación de los derechos de la humanidad. El presente es «el día del hombre», es decir, el tiempo en que el hombre trata de caminar a la luz de sus propios consejos. Pero el cálculo del hombre está contaminado por su alejamiento de Dios. «El mundo entero está bajo el maligno» (1 Jn 5.19). El mundo todavía está por descubrir eso. Pero el maligno, su príncipe, encontró su ruina en la cruz. Entonces se cumplió la palabra del Señor: «viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí». El triunfo de Cristo en el Calvario significó la expulsión de Satanás (cp. Col 2.15). Puesto que el ser que es el «engañador de las naciones» (Ap 20.3) ha sido juzgado, el mundo tiene que ser convencido por el Espíritu en cuanto

a juicio, la falsedad de su propio juicio y la rectitud del juicio de Dios.

En cuanto a las obras del Espíritu en el caso de los creyentes, el Señor tenía mucho que decir, pero este no era el momento: «pero ahora no las podéis sobrellevar» (*arti*, justo en el momento presente). Hay una economía divina en el proceso de revelación. El Señor había revelado ahora asuntos que hasta aquí había retenido. Lo que se nos confía se modula de modo que se ajuste a la etapa de desarrollo de la mente. La plenitud de la verdad les sería dada cuando las experiencias adicionales relativas a Cristo hubieran puesto a los discípulos en condiciones para recibirla. «Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir» (v. 13).

Finalidad de la revelación

El primer «él» es enfático (*ekeinos*, la persona, no una influencia). Él es «el Espíritu de verdad». La verdad es su naturaleza, y esa es la garantía del carácter de lo que enseña. Él no solo será enviado, él «vendrá», por su propio poder. Él guiará a la verdad, conduciendo a sus hechos y sus significados mediante un progreso divinamente arreglado. Es más, les sería completamente dado a ellos en su vida. No quedaría nada que la iglesia tuviera que añadir. Sería suficiente para todas las generaciones (Jud 3). Tal como Cristo habló lo que había oído del Padre (8.38; 15.15), así también el Espíritu. Él no es una divinidad separada originadora de verdad. Los tres son uno. Él declararía las cosas por venir, i.e., todas las cosas relativas a este período y a las edades venideras.

En cuanto al mundo, el Señor dijo: «él dará testimonio de mí». En cuanto al modo de su ministerio: «porque tomará de lo mío [dicho de manera más completa, de lo que es mío), y os lo hará saber» (v. 14). Todo el Nuevo Testamento es la gran prueba del cumplimiento de esto y, mediante las Escrituras en su totalidad, el Espíritu de verdad ha estado cumpliéndolo en y por medio de los creyentes desde entonces. Sin embargo, no todo ha sido revelado. El *ek*, fuera de, se debe tomar literalmente. Todavía queda más en las edades por venir.

Él da una razón para esta promesa al repetirla: «Todo lo que tiene el Padre es mío» (v. 15). De este modo, muestra no solo la unidad entre el Padre y él mismo en la divinidad, sino que señala lo vasto de la reserva de posesiones divinas que se revelarán y expondrán. «El Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios».

La tristeza se convertirá en gozo

El ministerio del Espíritu sería dado en medio de temporadas de angustia y prueba para todos los creyentes. El Señor ahora prepara a los discípulos para esto. Primero les recuerda que está a punto de dejarlos, pero hay gozo procedente de su propia persona: «Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis» (v. 16). El primer «un poco» serían unas pocas horas, y luego, después de algunos días, dejaría de ser visto por ellos (en el sentido del verbo *teoreo*, un contemplar visible). En realidad podrían verle con los ojos de la fe. Pero hay más que esto en el *opseste*, «ustedes verán [a mí]». El apóstol Juan usa este verbo y el mismo tiempo que en 1 Juan 3.2, y el Señor sin duda tenía en mente su retorno futuro, como lo había dicho en 14.3. Por el momento, los discípulos se quedaron perplejos. El Señor notó que estaban preguntándose entre ellos y satisfizo sus cuestionamientos con revelaciones adicionales (vv. 17-22).

Sí que iban a llorar y lamentarse, mientras el mundo se regocijaría, pero Cristo mismo, mediante su resurrección y manifestaciones, convertiría su tristeza en gozo, y, puesto que todo se centra en su muerte y su resurrección, la misma causa de su aflicción sería la causa de su gozo. Para él y para ellos, la experiencia halla su analogía en los dolores de parto de una mujer en su alumbramiento, con

el gozo resultante en el nacimiento de su hijo. Sus propias horas amargas en la cruz y el gozo triunfante en la tumba vacía iban a tener su contraparte en la experiencia de ellos, porque él los había identificado consigo mismo. Él «vio el fruto de la aflicción de su alma, y quedó satisfecho». Dios soltó los dolores de parto de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella (Hch 2.24).

En efecto, los vio de nuevo, el corazón de ellos se regocijó y nadie les quitaría su gozo (véase p. ej., Hch 5.41). Pero lo que se experimentó de esa manera, y ha sido así desde entonces, no es el cumplimiento completo de las palabras confirmadoras de la promesa del Señor. El mejor cumplimiento, el completo, tendrá lugar cuando él venga para recibirnos y llevarnos a la casa de su Padre arriba.

Comunión, sufrimiento, victoria

El Señor completa ahora su consuelo y sus palabras de seguridad y confirmación. La interacción que ellos habían disfrutado con él en su presencia corporal estaba a punto de cambiar (no terminar, sino continuar en una condición diferente). Hubo contacto durante los cuarenta días posteriores a su resurrección (Hch 1.1-8), pero la nueva experiencia se caracterizaría por un modo diferente de acceso y por un nuevo modo de comunión. «En aquel día no me preguntaréis nada [ustedes no me harán preguntas]. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido» (vv. 23, 24). Todo esto aúna acceso y mediación inmediatos (véase Ef 2.18; 3.12).

Respecto a la oración

Hay un cambio en los verbos traducidos como «pedir». El primero, *erotao*, significa primordialmente pedir a modo de pregunta, y luego por petición. El segundo, *aiteo*, quiere decir pedir mediante una petición. En *erotao* se implica una relación más íntima que en *aiteo*. *Erotao* aparece cuando los discípulos piden algo a Cristo (v. 19) y se usa en el versículo 26 cuando Cristo se dirige al Padre; así en 17.9, 15.20 (cp. el cambio en 1 Jn 5.16). El Señor no quería decir que después no se le debía elevar ninguna oración a él. De hecho, ellos se dirigieron a él en oración (Hch 1.24; 7.59; 9.13, etc.). Lo que él sí recalca en particular es su propio ministerio de mediación y el efecto de la oración dirigida al Padre. Lo que él da lo hace en nombre del Señor Jesús, es decir, por razón de todo lo que ese nombre implica en relación con el Padre (véase en 14.14, 26; 15.16). Cumpliéndose de este modo las condiciones para la oración, las respuestas están diseñadas para llenar de gozo el corazón, gozo del cual ningún enemigo ni circunstancia adversa pueden privarnos.

Pero iba a haber un cambio en la naturaleza de las revelaciones de la verdad. El Señor no adoptaría otra vez el uso de «proverbios», palabra que incluye diferentes modos de lenguaje figurado. Él hablaría «claramente» del Padre. La palabra se debe tomar en su sentido más amplio de libertad de expresión. El tiempo para la plenitud de las declaraciones se acercaba. La mente ya no necesitaría un proceso gradual de capacitación. Las comunicaciones impartirían una plena certeza de comprensión. Todo esto llegó a ser algo característico del ministerio del Espíritu a y por medio de los apóstoles. El tema es «el Padre», y el Señor a la vez comunica verdad clara y directa respecto a él.

Jesús dice: «En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré [haré petición] al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios» (vv. 26, 27). En primer lugar, no dice que él *no* orará al Padre, en realidad procede a hacerlo así (cap. 17), además «intercede por nosotros» (Ro 8.34); su manera negativa de

decirlo, «no os digo», es simplemente una manera de preparar para la intensa afirmación de seguridad que sigue de inmediato. En segundo lugar, la preposición *perí* significa aquí «concerniente a» («yo rogaré al Padre respecto a ustedes»). Él acababa de usar la misma preposición para decirles en cuanto al Padre. En tercer lugar, da una razón para su interés por ellos, que el Padre mismo los ama debido al amor de ellos por Cristo y su fe en él.

Calidad de Cristo como Hijo, no originada

Ahora siguen sus claras afirmaciones respecto al Padre y él mismo, hechos fundamentales de la máxima importancia, un clímax en su comunicación: «Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre» (v. 28). Estos cuatro hechos resumen la historia de Cristo. El primero nos lleva a su eternidad pasada. Hay un cambio significativo de preposición. En el versículo 27, dijo: «habéis creído que yo salí del [*pará,* de con el] Padre» (en lugar de «de Dios»). Pero ahora dice «Salí del [*ek*] Padre». Esta es una verdad más profunda; es más que un reconocimiento de la fe de los discípulos. El *ek* indica una unidad completa de esencia, del Padre y el Hijo, en la eternidad pasada. Los que niegan la calidad de Hijo preeterna de Cristo no disciernen, entre otras cosas, el significado de este *ek*; definitivamente implica la relación personal esencial de Cristo como Hijo del Padre antes de encarnarse; él no llegó a ser Hijo en su nacimiento.

El segundo cubre el hecho de su nacimiento, encarnación, muerte, sepultura y resurrección. El tercero marca su ascensión; el cuarto, su retorno al Padre, a Aquel que está en la misma relación con él que en la eternidad pasada. Su salida y su retorno son inseparables de su calidad de Hijo. La salida no sugiere que el Padre dejó de estar con él. No podía ser así. Él dijo «Yo y el Padre unos somos». «El Padre no me ha dejado solo».

Las dudas de las mentes de los discípulos se aclararon. Ellos usan una tercera forma de preposición al afirmar su fe de que él vino de Dios, la preposición *apó*, la menos definitiva de las tres. Da la noción general, cuando la usan los discípulos; *pará* es más íntima en la relación; *ek*, la otra palabra del Señor, es la más íntima.

Un mensaje final

Su respuesta: «¿Ahora creéis?» (no una afirmación: «Ustedes ahora creen») no es una duda o negación. Equivale a una exclamación, en vista de lo que él va a decir en cuanto al peligro inminente y a que ellos serán esparcidos: «He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas», dice, dándoles un mensaje final de consuelo, «no estoy solo, porque el Padre está conmigo». La intención de estas palabras era reafirmarlos a ellos y a todos los que, como él, pasan por condiciones de prueba y soledad. Porque él dice, con referencia a esta palabra y a todas las que les había dado: «Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo» (v. 33).

Esto resume mucho de lo que había dicho. Les había dado el legado de su propia paz (véase 14.27). Les había recordado el antagonismo del mundo (15.18-25; 16.1-4). Les había asegurado el resultado de su propio caso (14.3, 18, 20, 21; 16.22) y su victoria sobre el príncipe del mundo (14.30). Su propia palabra «confiad» sugiere que naturalmente habría motivos para la depresión del corazón. Pero él mismo es el antídoto contra eso. Él había pasado por todo aquello y había derrotado las influencias del mundo. Él había vindicado la verdad y la justicia en el hecho del engaño e iniquidad del mundo. El mañana vería el triunfo definitivo sobre el mal, el mundo y la muerte. Y su palabra «confiad» mira hacia la victoria cumplida.

Pero ellos iban a participar de la victoria, y nosotros vamos a participar de ella, y el medio para

ello es cumplir nuestra identificación con él y de este modo obedecer su mandato de promesa y seguridad: «confiad». Vamos a ser «más que vencedores por medio de aquel que nos amó». Y nuestra victoria que vence es la fe (1 Jn 5.4, 5). Es precisamente nuestro gozo en Cristo mismo, nuestro buen ánimo, lo que nos da para ser más que meros vencedores. Cristo señala a esa súper victoria en esta palabra final. La victoria puede dar alegría. El gozo en Cristo da más que la satisfacción de la victoria (véase Ap 3.21).

1. La mejor lectura en el original es *aitesate*, aoristo imperativo, «pidan ustedes».

La oración intercesora

Jesús concluye el discurso en el aposento alto con oración, permitiendo que los discípulos escuchen mientras el Padre y el Hijo hablan de la culminación de sus planes. ¡Qué declaración hace Juan al concluir los principales discursos con oración! Esto debe por sí mismo decir muchísimo en cuanto a la importancia de la oración en la vida del creyente.

«Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado». La mención de levantar los ojos inmediatamente después de sus palabras finales a los discípulos, muestra que no hubo ruptura en las circunstancias. La oración sigue al discurso como consumación de la enseñanza dada, ligándolo todo al trono. Todo lo que ha precedido recibe ahora su interpretación y ratificación. Los discípulos oyen cómo el Padre y el Hijo contemplan la condición de ellos, cómo consideran las perspectivas de los discípulos, cómo los más altos intereses de Padre e Hijo son los temas de intercesión efectiva y cómo otros con ellos han de ser traídos a la misma esfera de bendición eterna y a la bendición de unidad inefable tanto con el Padre como con el Hijo.

En esta oración no hay nada que dé la más ligera insinuación de debilidad, demérito o defecto. Incluso el tono de ruego está ausente. No hay nada más que la conciencia de una vida de cumplimiento constante, ininterrumpido, de la voluntad del Padre, resumida en la declaración: «Yo te he glorificado en la tierra». Esta es apenas una de las muchas declaraciones del cumplimiento perfecto de la voluntad y consejo divinos: «he acabado la obra»; «He manifestado tu nombre»; «Las palabras que me diste, les he dado»; «Yo los guardaba». Estas son declaraciones y aseveraciones imposibles para un mero ser humano. Cuando él dice «Padre ... quiero», expresa una petición con la completa conciencia del derecho de su logro, seguro de que es también la voluntad de Aquel a quien se dirige.

Es la oración de nuestro «Apóstol y Sumo Sacerdote», que es apóstol por ser enviado de Dios a los hombres, y es sumo sacerdote porque intercede por los hombres ante Dios.

Hay tres temas entrelazados: (1) respecto a sí mismo (especialmente vv. 1-5); (2) respecto a sus seguidores y mensajeros (vv. 6-20); (3) respecto a otros creyentes (v. 20 hasta el fin). Las cuestiones respecto a sí mismo incluyen las relativas a los apóstoles y otros. Estas tres corresponden a las mencionadas después de que Judas se hubiera ido: (1) 13.31, 32; (2) 13.33; (3) 13.34, 35. Esto marca el orden y conexión en todo.

La gloria de las personas y la obra

Las palabras iniciales indican de inmediato que todo se basa en, y está determinado por, la relación personal eterna «Padre ... tu Hijo». Está también la palabra consumadora del tiempo: «la hora». Es la hora predeterminada, cumpliendo el pasado, condicionando el futuro. Es la hora de la derrota de Satanás. Es la hora de la expiación y redención, con sus consecuencias eternas. «La hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti». La respuesta se ve en su resurrección, ascensión y obra mediadora, y en darle a él toda autoridad en el cielo y la tierra. En el ejercicio de esta autoridad y obra, con todos sus logros; el Hijo glorificó y glorificará al Padre.

Vida eterna

Pero esto recibe su expresión especial en lo que sigue: «como le has dado potestad sobre toda carne [i.e., toda la humanidad en su estado débil], para que dé vida eterna a todos los que le diste» (v. 2).

El «todos» es, lit., «todos los que», viendo lo dado en su aspecto colectivo y no en sus partes individuales (cp. 6.28 y véase otra vez 17.23, 24). Pero en eso de dar la vida eterna se tiene en mente a los receptores individuales (cp. 10.10, 28). La vida no es mera existencia, es una posesión disfrutada de capacidades y actividades, de afecto y energía dedicada. Esto se destaca en sus siguientes palabras (y son sus propias palabras, a pesar de los argumentos que las atribuyen al escritor). Esta es su aseveración de lo que en realidad constituye la vida eterna: «Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (v. 3). La palabra *ginosko*, «conocer», indica un conocimiento adquirido por la experiencia. El tiempo del verbo aquí significa un curso continuo de conocimiento progresivo. Más aún, es un conocimiento de personas, no simplemente de hechos, y esto incluye el contacto e interacción personales. Es *nuestra* mente respondiendo a *su* mente, *nuestro* corazón a *su* corazón, el apropiarnos para nosotros mismos de todo lo que Dios nos da a conocer, el Padre y el Hijo revelándose a nosotros por el Espíritu Santo.

No el Padre sin el Hijo

La unidad de Cristo con el Padre en la Deidad se implica en lo que el Señor dice respecto a la experiencia de conocerle, y se confirma con el testimonio del apóstol: «Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios, y la vida eterna» (1 Jn 5.20). No es posible conocer al Padre sin conocer al Hijo. Nadie puede conocer al Dios verdadero aparte del Hijo a quien él envió, y quien es en sí mismo la encarnación y manifestación personales del verdadero Dios. Su nombre compuesto, Jesucristo, mencionado aquí por el Señor respecto a sí mismo en su oración, contiene el título de divinidad, la obra para la que vino y la confirmación de la misma por Dios Padre. De ahí lo apropiado de los nombres en sus inmediatas declaraciones. Es su venida como Hijo desde el Padre y todo lo que sus nombres conllevan lo que hace que el conocimiento del uno sea inseparable del conocimiento del otro.

Él es «el único Dios verdadero». Todos los otros objetos de veneración son dioses falsos, y todo concepto de Dios que no acepta la unidad del Hijo con el Padre en la Deidad, y la unidad del Espíritu en la misma Deidad, según lo enseñó el Señor en las Escrituras, es un concepto errado. No hay vida eterna posible sin el conocimiento del Padre y del Hijo en esta unidad por la operación del Espíritu.

La glorificación y la gloria

La declaración «a quien has enviado» conduce a la mención del cumplimiento de aquello para lo que fue enviado «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese». Hasta ahora él había usado la tercera persona para referirse a sí mismo, dando una revisión introductoria de los grandes hechos concernientes a su relación como Hijo y del plan del ministerio de la vida eterna por medio de él. Ahora cambia a la primera persona, «yo». El contraste es impactante. «Yo te he glorificado»; una vida de resplandor inmaculado de gloria al cumplir la voluntad del Padre; «en la tierra», escena de atroz oscuridad en el rechazo humano a él mismo y su testimonio.

Él acabó la obra, no solo llevándola a su fin, sino cumpliéndola perfectamente y logrando su objetivo. Era su comida hacer la voluntad del que le envió y acabar su obra (4.34). Este es su ejemplo para todo verdadero seguidor que se da cuenta de que aquello en lo que participa está para que lo haga para la gloria de Dios.

La gloria del Hijo preexistente

Y ahora viene la secuela, expresada en un deseo certero de su cumplimiento, deseo que, mirando al futuro inmediato, retrocede al pasado eterno: «Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese» (v. 5). Hay tres partes de esto que exigen reverente atención: (1) la concesión de honores merecidos por, y consecuencia de, la obra perfecta: «glorifícame tú»; (2) «al lado tuyo», no «junto a», sino «con», *pará*, que expresa presencia con (la misma palabra que en la siguiente cláusula, «contigo»); (3) «con aquella gloria que tuve contigo», no meramente antes de venir como el enviado, sino antes de que el mundo recibiera su existencia de manos del Creador. Esta es la gloria de la Deidad esencial y no originada, de un ser no creado, un ser personal y no una existencia ideal, y de una relación personal eterna como el Hijo. Está claro porque es una gloria «contigo», el Padre; cláusula que en sí misma expone los errores del arrianismo, socinianismo, sectas del día presente, y la negación de la calidad eterna de Hijo que Cristo posee. Fue la gloria que «tuve», no que «recibí».

Hechos concernientes a los discípulos

El Señor menciona ahora siete hechos concernientes a sus seguidores: (1) él les había manifestado el nombre del Padre; (2) le habían sido dados del mundo a él y por el Padre; (3) habían guardado su palabra; (4) habían sabido que lo que le pertenecía al Hijo vino del Padre; (5) las palabras que el Hijo les dio le fueron dadas por el Padre; (6) ellos las habían recibido; (7) sabían que él salió del Padre enviado por él.

Está claro que el propósito de todo ello era preparar a estos hombres para su servicio como instrumentos al dar testimonio de él, con todas sus consecuencias. Al manifestar el nombre, él había declarado todo lo que Dios es: su naturaleza, consejos, caminos y obras (cp. 1.18). Sus discípulos le fueron dados «del mundo», la humanidad en su alienación de Dios y en su oscuridad. Ellos le pertenecían al Padre, no meramente como conocidos previamente por él, sino por estar relacionados en realidad y personalmente con él. Le fueron dados no meramente por propósito divino, sino que el Padre se los entregó a él para su posesión, cuidado e instrucción. Podía decir con gozo que ellos habían respondido a eso: «han guardado tu palabra»; no meramente la enseñanza como un todo, sino las mismas palabras de que constaban dichas enseñanzas.

Estas enseñanzas no eran simplemente suyas; él enseñó todo detalle tal como lo había recibido del Padre. Al recibir sus palabras, ellos habían aceptado la verdad concerniente a su persona como procedente del Padre y enviado por él. Esta fue la gran preparación para su misión. Se elevaron por encima de las confusiones, cavilaciones y críticas de los falsos maestros.

Una distinción radical

Él los iba a dejar, pero no sin la ayuda divina que necesitarían. Así que el Señor empieza con su propia intercesión sumosacerdotal: «Yo ruego [*erotao,* hago esta petición] por ellos [el «yo» es especialmente enfático]; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son». La distinción es solemne y radical: los discípulos, el mundo. No dice que él no tuviera los intereses del mundo en mente. Estaba a punto de enviarlos a fin de que todos los hombres pudieran creer y ser salvados. Pero los intereses primordiales e inmediatos eran los de los suyos. Ellos eran por igual del Padre y de él: «y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío». Decir «lo mío es tuyo» es posible para cualquier creyente, pero nadie sino el Hijo de Dios pudo jamás decir «todo lo tuyo es mío».

Las siguientes palabras, «y he sido glorificado en ellos», parecerían referirse a los discípulos; porque Cristo fue, y continúa siendo, glorificado en ellos. Es posible, sin embargo, leerlo también

así: «todas las cosas que son tuyas son mías, y soy glorificado en ellas», porque Dios ordena todas las cosas a fin de que puedan ser para la gloria de su Hijo.

Guardados en el nombre

Ahora viene el punto especial de su intercesión por los discípulos como los que van a estar todavía en el mundo, con todo lo que eso supone: «Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros» (v. 11). Él había experimentado por sí mismo toda la hostilidad y condiciones adversas del mundo, y lo sentía por los que todavía iban a estar allí. El mundo está lleno de todo lo que es impío y perverso, vacío de la vida espiritual y antagónico a su perseverancia y poder. Todo el tiempo que él estuvo con ellos, los guardó, «en tu nombre», dice, «a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliese» (v. 12). En las narraciones de los Evangelios se destaca cómo los guardó, enseñándoles y capacitándolos en medio de todas las circunstancias adversas de la condición de la nación. Así hasta el fin (ver 18.8, 9).

Pero él los guardó en el nombre que el Padre le había dado. Esa es la mejor lectura. Puesto que el nombre conlleva todo lo que Dios es según se revela en Cristo, toda la verdad concerniente a él, su naturaleza, carácter y caminos, había sido la misma esfera y elemento en la cual el Señor había guardado, enseñado y capacitado a estos hombres. Para el tema del nombre véase más en el versículo 26 y en Éxodo 33.19 y 34.5, 6. El nombre completo se menciona una y otra vez en las Epístolas como «Cristo Jesús (o Jesucristo) nuestro Señor» (ver p. ej. Ro 5.11, 21; 6.11, 23). Pide que todavía sean guardados en todo lo que eso significa. Y a favor de ellos se dirige al Padre como «Padre santo», porque ellos eran, y nosotros debemos ser, santos, porque él es santo. Ellos eran, y nosotros somos, por naturaleza impíos en un mundo impío.

Santidad

La santidad es una cualidad esencial para la verdadera unidad espiritual; todo lo que no cumple con eso resulta en división y discordia. La unidad está diseñada para los creyentes, y se manifestará en el más allá. No es simplemente similitud de parecer, ni mero reconocimiento de la verdad, es el mismo carácter de Dios manifestado en todas las circunstancias y actividades.

Se destaca en contraste al «hijo de perdición». Este tipo de frase describe el carácter y efecto del estado moral de un hombre, su forma de vida (p. ej., 1 S 25.17; Mt 23.31; Lc 6.35; Ef 2.2), y no un destino. Las Escrituras, siendo inspiradas por Dios, tienen el carácter de predicción precisa; jamás han sido, ni podrían ser, falsificadas. Cristo ha mostrado, respecto a esta misma persona, que él, el Verbo viviente, poseía poderes divinos de conocimiento (13.18).

Gozo

Pero no solo debían ser guardados; era su deseo que pudieran estar llenos de gozo, su propio gozo experimentado en ellos: «Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos» (v. 13). Esto indica claramente que el Señor dijo a propósito estas cosas a oídos de ellos. Pero, ¿por qué dice «en el mundo», en lugar de «a oídos de ellos»? Él les había expresado el mismo deseo a ellos directamente (15.11). El mundo, sin embargo, era el escenario de muchas cosas que tenderían a desilusionarlos y deprimirlos (y los estaba dejando en ese escenario), por lo que él repite este gran deseo, dirigiéndose a Aquel a quien se dirigía, para que el gozo que le caracterizaba a él pudiera continuar y cumplirse en ellos.

Pero no solo dice que tendrían su propio gozo sustentador, sino que sería mantenido por la palabra

que les había dado, la palabra del Padre. La Palabra de Dios, aceptada y guardada, ministra gozo al corazón. Guardar su palabra es, no obstante, contrario al espíritu del mundo y produce su aborrecimiento: «Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal» (vv. 14, 15). Quitarlos del mundo dejaría sin realizarse los efectos de su presencia y de su misma misión. Pero la parte negativa de la petición servía para recalcar la urgencia del deseo positivo. Porque el ser que había tratado de estorbarle y derrotarle todavía estaba activo, y seguiría estándolo, a pesar de su derrocamiento inicial en la cruz. Allí estaba, y allí está, el gran peligro.

El maligno

El Señor había hablado del maligno (Mt 13.19), no como una influencia siniestra, sino como una persona, y las Epístolas indican eso mismo en numerosos pasajes. El apóstol Pablo le asegura a la iglesia de Tesalónica que Dios los guardaría «del maligno» (2 Ts 3.3). El apóstol Juan habla de él cinco veces de este modo y dice en el pasaje final de su Primera Epístola, en palabras que se hacen eco de las del Señor: «Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica [tiempo presente continuo: «no continúa pecando»] el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios [i.e., el Hijo de Dios, 4.9] le guarda, y el maligno no le toca. Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno» (1 Jn 5.18, 19).

La preposición «de» en «del maligno» es *ek*, fuera de, y se usa para referirse a la liberación de personas, p. ej., Hechos 26.17.

Santificación

En el versículo 16, el Señor dice otra vez: «No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo», y esto precede a una petición para la liberación de ellos: «Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad». La santificación es un estado de separación para Dios; todos los creyentes entran en este estado cuando nacen de Dios; pero la santificación también se emplea para referirse la experiencia práctica de esta separación para Dios, es el efecto de la Palabra de Dios según se aprende del Espíritu Santo, y el creyente debe buscarla fervientemente (1 Ti 2.15; Heb 12.14).

El Señor ora aquí refiriéndose a este sentido de la palabra. Tiene en mente la separación de los creyentes con el propósito para el cual son enviados al mundo: «Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad» (vv. 18, 19). El hecho de que él se aparta a sí mismo para el propósito para el que fue enviado es tanto la base como la condición para que nosotros seamos apartados para lo que somos enviados (cp. 10.36). La santificación de él es el patrón de, y el poder para, la nuestra. El envío y la santificación son inseparables. Las palabras «en verdad» significan «en realidad», i.e., en la experiencia práctica (como en Mt 26.16; Col 1.6; 2 Jn 1).

Oración por todos los creyentes

«Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos». El Señor usa el tiempo presente «los que creen», al ver la vasta compañía que forma la iglesia, como resultado del ministerio inicial verbal y escrito, incluyendo en este último tanto a los Evangelios como a las Epístolas. En relación con esto, los cimientos de la futura ciudad de gloria tienen en ellos los nombres de «los doce apóstoles del Cordero». El propósito de la petición es el mismo que el que expresó para los que estaban escuchándole esa noche, «para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros» (v. 21), lit., «Una cosa

en nosotros» (neutro), no indica la eliminación de la vida individual, sino la unidad como un cuerpo en sus diversos miembros, donde cada uno desarrolla su actividad como una parte del todo.

El gran objetivo mira al tiempo en que la iglesia estará completa y se manifestará con él en gloria en su Segunda Venida. El mundo entonces será llevado a aceptar todos los hechos que implicaba el que él fuera enviado, y eso por el mismo propósito que él ha expresado. Hay tres propósitos: (1) unidad en ellos como la del Padre y el Hijo; (2) unidad en ellos («en nosotros»), la esfera esencial y relación de la unidad; (3) reconocimiento por el mundo.

Gloria impartida expresada en unidad

Esto se confirma y amplía en sus siguientes palabras: «La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado» (vv. 22, 23). Lo que es esta gloria impartida se explica en 1 Pedro 1.21: «Dios ... le resucitó de los muertos y le ha dado gloria». Es la gloria, por consiguiente, de la resurrección y de ser recibido en su presencia. En 1 Tesalonicenses 4.16, 17 se indica cómo el Señor impartirá esta gloria a todos los creyentes. Él «transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (Fil 3.21). En ese momento y desde ese tiempo los creyentes serán uno, así como el Padre y el Hijo son uno. El cumplimiento y compleción se ha de realizar en el hecho de que Cristo y el Padre morarán en cada uno de ellos y en todos, «y yo en ellos, y tú en mí». El perfeccionamiento en uno se logrará por, y consistirá en, que «seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1 Jn 3.2). Habrá una participación de todos en esta semejanza perfecta. Entonces se cumplirá la palabra: «a los que justificó, a éstos también glorificó» (Ro 8.30).

Entonces el mundo será obligado a reconocer, no solo las grandes verdades concernientes a Cristo como el enviado por el Padre (ver v. 21), sino que todo lo que se realizó es efecto del amor de Dios Padre hacia los creyentes, tan definitivo como su amor por su Hijo (ver v. 26). Se explica el cumplimiento respecto al mundo en, p. ej., 2 Tesalonicenses 1.10; Apocalipsis 1.7. Se habla del amor de Cristo como aquello que el mundo reconocerá en Apocalipsis 3.9.

La voluntad del señor

Hasta aquí, el Señor ha dicho tres veces «te ruego» (hago la petición); ahora dice «quiero»: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo». Esto y lo que sigue es una consumación de todo lo precedente respecto a los que son suyos. Lo conduce todo a un disfrute completo de todos los consejos y operaciones divinas a favor de ellos. Así pues, sus deseos hallan ahora expresión en una palabra que conlleva la igualdad del Hijo y el Padre en consejo y propósito. De nuevo habla de su pueblo, primero como totalidad, una unidad completa, «aquellos que me has dado», y luego como una compañía de individuos: «también ellos estén conmigo».

Su deseo respecto a ellos es doble: (1) que estén con él, (2) que puedan contemplar su gloria, ambas cosas incluidas en su relación personal con él. Acerca de lo primero, les había dado una promesa (14.3), y ahora su voluntad completa todo lo que ha añadido: «para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo» (v. 24). Esta es la gloria ya mencionada en el versículo 22, una gloria dada, y ahora es prueba de que el Padre le amó «desde antes de [no «desde», como en Mt 25.34, en cuanto al reino terrenal] la fundación del mundo». Contemplar su gloria será ser como él (cp. Sal 17.15).

Los hechos concluyentes y el propósito

Así como el título «Padre santo» era el que convenía usar teniendo en cuenta la santidad de sus seguidores (v. 11), así ahora, con respecto al mundo y a su estado impío de ignorancia de Dios, el Señor dice: «Padre justo». Dios había dotado al hombre con capacidad para conocerle, para así cumplir su voluntad y obedecer a sus mandamientos. De esta manera el hombre habría estado «bien con Dios». El mundo rehusó tenerle en su conocimiento (Ro 1.18). A los judíos les dijo: «vosotros no le conocéis; mas yo le conozco» (8.55). Ahora dice: «el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido [mirando hacia atrás al contraste experimentado en los días de su carne], y éstos han conocido que tú me enviaste» (v. 25).

Entonces viene la conclusión; es retrospectiva, prospectiva y deliberada. Aquello que él había estado haciendo por los suyos, iba a seguir haciéndolo, y ello con un gran objetivo: «Y les he dado a conocer tu nombre [cp. 15.15], y lo daré a conocer aún [véanse 14.26 y 16.13], para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos». Jesús continuó dando a conocer el nombre durante los cuarenta días posteriores a su resurrección; continuó haciéndolo por el Espíritu Santo y por medio de los apóstoles después de Pentecostés. Lo ha hecho desde entonces por el ministerio del Espíritu en y mediante las Escrituras de verdad; y no cesará en las edades por venir.

Finalmente, en cuanto a propósito, el amor del Padre por él tiene como finalidad morar en nosotros en razón de la morada perpetua de Cristo mismo. Si nuestros corazones estuvieran en una condición tal que su amor pudiera ser el poder controlador de nuestras vidas, aprenderíamos a amar como él ama, a amarnos unos a otros fervientemente con corazón puro, y así manifestar la misma vida y carácter de Cristo. Esa clase de vida es la que recibirá la recompensa más alta en el más allá.